
DE LA
TRAICIÓN
AL ALTAR
Cuando todo
se rompe,
el verdadero amor
entra por las grietas
ALINA
SOLACE

De la traición al altar

Por: Alina Solace

Sinopsis

El altar estaba listo. Las flores, perfectas.
Y su mundo... a punto de derrumbarse.

Valentina nunca imaginó que el amor de su vida la traicionaría con su propia hermana.
Ni que su vergüenza se haría pública ante cientos de invitados.
Ni que, esa misma noche, terminaría en los brazos de un completo desconocido.

Él no preguntó su nombre.
Ella no pidió explicaciones.
Solo se dejaron llevar por la oscuridad compartida que ardía en sus heridas.

Pero el misterio no terminó ahí.

Damián Castillo no era cualquier hombre.
Era un millonario reservado, peligroso... y con sus propios fantasmas.
Y ahora, está decidido a hacerle una propuesta que cambiará sus vidas para siempre:
Un matrimonio. Una venganza. Un juego donde las reglas se rompen al primer roce.

Entre secretos, pasión y una atracción imposible de ignorar,
Valentina descubrirá que a veces el amor se esconde donde menos lo esperas...
y que la traición puede ser el inicio de algo mucho más salvaje.

Título: De la traición al altar
© 2025,
©De los textos: ***Alina Solace***
Ilustración de portada: ***Alina Solace***
Edición emitida por: ***Alina Solace***
Todos los derechos reservados

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK.

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66

Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo final

Capítulo 1

Valentina

Hoy es un día hermoso, y debería ser el más feliz de mi vida. Es el día de mi boda.
Todo estaba listo. Todos los invitados ya habían llegado, y mis padres se encargaban de dar la bienvenida con una sonrisa en el rostro.

Opté por una ceremonia al aire libre, así que alquilamos una finca enorme, con una mansión elegante donde nos habíamos quedado los días previos a la boda. Yo estaba en los últimos preparativos; la maquilladora estaba retocando mi rostro para que la peluquera pudiera terminar el peinado.

Estaba tan emocionada que apenas podía mantenerme quieta para que pudieran trabajar con tranquilidad.

—Cariño, será mejor que dejes de mover tanto las piernas —me dijo la maquilladora con tono divertido, aunque un poco exasperado—. ¡Es muy difícil crear una obra de arte cuando el lienzo no para de moverse!

—Lo siento... estoy muy eufórica. Intentaré estar más tranquila —respondí con una sonrisa nerviosa.

Aproximadamente una hora después, por fin estaba lista. Mi vestido era como sacado de un cuento de hadas, como el de una auténtica princesa. Me veía hermosa.

La habitación donde se preparaba mi prometido estaba justo frente a la mía, así que decidí salir a buscar a mi hermana. Dicen que da mala suerte que los novios se vean antes de la ceremonia, así que evité acercarme a su puerta. Pero necesitaba hablar con Renata. La necesitaba.

Ella era mi mejor amiga. No confiaba en nadie más que en ella. Siempre que me sentía alterada, conseguía calmarme. Éramos

completamente opuestas. Ella era decidida, un poco arrogante incluso. Siempre conseguía lo que quería, sin importar los medios que usara. Pero la amaba, incluso con sus defectos.

Yo, en cambio, siempre fui más tranquila. Mucho más simple que el resto de mi familia. Aunque intentaron cambiarme, diciéndome que debía honrar nuestro apellido, nunca lo lograron. Para algunos, incluso, podía parecer tonta.

Caminé por el pasillo buscando la habitación donde se hospedaba, pero me detuve justo en la puerta al escuchar varias voces dentro. Una de ellas la conocía demasiado bien... ¿Qué hacía Gabriel en la habitación de mi hermana?

La mansión estaba vacía por dentro. Todos ya se habían trasladado al jardín donde se celebraría la ceremonia. Pero las voces que venían desde esa habitación no sonaban como una simple conversación.

Giré la perilla lentamente, tratando de no hacer ruido. Mi corazón latía con tanta fuerza que juro que podía escucharlo en mis oídos.

Mi respiración se volvió pesada. Ya sabía lo que estaba pasando detrás de esa puerta… pero tenía que verlo con mis propios ojos para creerlo.

Mientras abría apenas la puerta, los sonidos que provenían del interior se hicieron más intensos. Aquellos gemidos me herían los oídos. Eran pura traición.

Mi hermana estaba acostada, con las piernas abiertas, recibiendo a mi futuro esposo. Esa imagen se grabó en mi mente como un tatuaje. Una doble traición de las personas en las que más confié en la vida.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en mis ojos. Contuve la respiración para no hacer ruido.
¿Cuánto tiempo llevaban engañándome? ¿Cuánto tiempo llevaban escondiendo esa relación justo delante de mí?

Sentí cómo me dolía el pecho, el corazón, el alma. El maquillaje, que había tardado horas en quedar perfecto, se me estaba escurriendo por la cara. Pero ignoré todos mis impulsos por gritar o irrumpir. Me quedé allí, escuchando cómo Gabriel le susurraba a mi hermana, entre gemidos, que esa sería la última vez, que no volvería a pasar.

Me tragué el orgullo. Era casi la hora de la ceremonia y, probablemente, ellos ya estarían por terminar. Cerré la puerta en silencio y me dirigí al jardín, donde todos los invitados ya estaban sentados, esperando el gran momento.

—Lo siento... estoy muy eufórica. Intentaré estar más tranquila.

Aproximadamente una hora después, finalmente estaba lista. Mi vestido era como el de una princesa de cuentos de hadas. Me veía hermosa.

El cuarto donde se arreglaba mi prometido estaba justo frente al mío, así que decidí salir y buscar a mi hermana. Dicen que da mala suerte que los novios se vean antes de la boda, así que quise evitar acercarme a su habitación. Pero realmente necesitaba hablar con Renata.

Mi hermana era mi mejor amiga. No confiaba en nadie más que en ella, y cuando estaba agitada, siempre lograba ayudarme a mantener la calma. Éramos completamente polos opuestos. Ella siempre fue decidida, un poco arrogante incluso. Siempre hizo lo necesario para conseguir lo que quería, sin importar los medios que usara. Pero la amaba, incluso con sus defectos.

Yo, en cambio, siempre fui un poco más agradable, mucho más simple que el resto de mi familia. A pesar de que intentaron cambiar mis formas, diciéndome que debía honrar nuestro apellido, nunca lo lograron. Para algunas personas, incluso podía parecer muy tonta.

Caminé por el pasillo buscando la habitación donde ella se hospedaba, pero me detuve frente a la puerta al escuchar más voces dentro. Una de ellas la conocía demasiado bien… ¿Qué estaba haciendo Gabriel en la habitación de mi hermana?

La mansión estaba vacía por dentro; todos ya se habían ido al jardín donde se llevaría a cabo la ceremonia. Pero las voces susurradas desde esa habitación no sonaban como una simple conversación.

Giré la perilla lentamente para no hacer ruido. Mi corazón latía con tanta fuerza en el pecho que juro que podía escucharlo.

Mi respiración se volvió pesada. Ya sabía lo que estaba pasando detrás de esa puerta, pero necesitaba verlo para creerlo.

Mientras abría un poco la puerta, los sonidos que hacían se volvieron más fuertes, hiriendo mis oídos con tanta traición.

Mi hermana, acostada con las piernas abiertas, recibiendo a mi futuro esposo… La escena se tatuó en mi mente. Una doble traición, proveniente de las personas en las que más confié en la vida.

Se formaron lágrimas en mis ojos. Contuve la respiración para no hacer ningún ruido. ¿Cuánto tiempo habían estado engañándome? ¿Cuánto tiempo llevaban manteniendo esta relación justo debajo de mis narices?

Me dolía el corazón. El maquillaje que tomó horas en hacerse se me estaba chorreando por la cara. Pero ignoré todos mis instintos de irrumpir y terminar con esa deshonra. Aún escuchaba a Gabriel susurrarle a mi hermana, entre gemidos, que sería la última vez, que ya no volverían a hacerlo.

Me tragué todo mi orgullo. Era casi la hora de la ceremonia, así que probablemente ya estarían por terminar. Cerré la puerta en silencio y me dirigí al jardín, donde todos los invitados ya estaban sentados, esperando el gran momento.

Por supuesto, para mi vergüenza, la familia de mi prometido —que tenía un estatus social alto— había llamado a reporteros para cubrir la boda, además de invitar a miembros de la alta sociedad. Pero ya no me importaba. Nada podía ser más doloroso que lo que acababa de ver en esa habitación hace unos segundos.

Tan pronto como abrí las puertas corredizas que daban al jardín, con la alfombra roja extendida frente a mí, todos voltearon para ver quién venía.

Sus rostros se llenaron de asombro al ver a la novia caminando sola por el pasillo, antes que el novio, con el rostro marcado por las lágrimas. Eso sí, la escena debía ser digna de una película.

Los reporteros encendieron sus cámaras y comenzaron a tomarme innumerables fotos. Mis padres corrieron hacia mí, intentando detenerme, pero yo seguí caminando por el pasillo. Les anunciaría a todos la razón por la que estaba cancelando mi boda.

Mis suegros me miraban horrorizados por la situación. Tal vez no conocían al hijo que habían criado. Tal vez yo misma no conocía tan bien a mi hermana… y mucho menos al hombre con el que estaba a punto de casarme.

—¿Qué estás haciendo, Valentina? ¡Vuelve adentro ahora! —gritó mi padre, tan rojo como un tomate—. ¡No seas tonta, niña!

—Hija, escucha a tu padre. No expongas así a nuestra familia. No sabemos lo que está pasando, pero entremos y solucionémoslo como se debe —suplicó mi madre, nerviosa.

Ambos caminaban tras de mí por el pasillo, tratando de detenerme, de hacerme regresar, pero yo ya había tomado mi decisión. Todos sabrían la verdad. No perdonaría a nuestras familias solo por tener un apellido. Las avergonzaría por igual, como Gabriel me había avergonzado a mí.

Llegué al altar con un poco de dificultad, ya que mis padres intentaban estorbarme en todos los sentidos.

El micrófono estaba en su lugar, y todos los invitados me miraban fijamente.

—Buenas tardes a todos. Primero, quiero agradecerles por estar aquí. Lamento haberles hecho perder su tiempo para absolutamente

nada —dije con firmeza. Dejé que lo asimilaran unos segundos, y luego continué—. ¡Mi boda está cancelada!

Los murmullos estallaron por todos lados. El asombro era generalizado.

Vi las miradas acusadoras de mis padres. Por las mismas puertas por las que había entrado, apareció mi ex prometido, luciendo completamente confundido. Más atrás, mi hermana… con una sonrisa burlona dibujada en su rostro.

—Se cancela esta boda, señoras y señores, porque acabo de presenciar una escena que me provoca asco: mi querido prometido, Gabriel, teniendo sexo con mi hermana Renata. Los pillé en el dormitorio justo antes de venir aquí, y decidí acabar con esta farsa y desenmascararlos —exclamé, mirando al público, al borde de las lágrimas—. Disfruten de la comida y la bebida. Todo está allí afuera. No hay razón para desperdiciarlo. Que tengan una buena tarde.

Apenas terminé de hablar, mi padre y mi madre me tomaron por los brazos, arrastrándome al interior de la mansión.

Ambos me llevaron hasta donde estaban Gabriel y Renata. Sus padres también esperaban, pálidos, con expresión de haber visto un fantasma.

—¿Qué pasó? ¿Vas a negar lo que vi? Lamentablemente para ti, no hay manera. Yo los vi. Nadie me lo contó. ¡Yo los vi con mis propios ojos! Me apuñalaste por la espalda —le solté a Gabriel en cuanto crucé la puerta, con la voz quebrada por la rabia.

—Valentina, por favor, escúchame, puedo explicarte, yo…

—¡No quiero escuchar tus mentiras! ¡No hay nada que explicar! —lo interrumpí antes de que pudiera intentar justificar lo imperdonable.

—La verdad es que nos enamoramos —intervino Renata, con su tono ensayado de víctima—. Pero él tenía miedo de decírtelo… miedo de que nos odiaras. Se iba a casar contigo aun amándome,

solo para no lastimarte. Él fue mi primer amor… Traté de evitarlo, pero no puedes elegir a quién amas.

A pesar de que intentaba sonar como una buena chica, como una mártir atrapada por el destino, pude ver en sus ojos el brillo de la satisfacción. Estaba feliz con la situación. Y lo que ya me dolía… en ese momento empezó a doler aún más.

Mi corazón sintió el golpe de cada una de sus palabras. Los dos debían estar juntos desde hace algún tiempo. Me dolía pensar que había desperdiciado tres años de mi vida dedicándome a él, mientras ellos me engañaban sin remordimiento.

—Esto no se quedará así. ¡Es un escándalo! —bramó mi padre, rojo de nerviosismo—. ¡Tu hijo ha empañado el honor de mi hija y, para colmo, ha convertido a la otra en su amante! —señaló a los padres de Gabriel con el dedo tembloroso—. ¿Cómo sugieres que arreglemos esta situación? ¿Cómo? ¿Qué hacemos para sacar nuestro nombre del barro?

—¡Me caso con él! —interrumpió Renata con decisión—. En lugar de mi hermana. Ambos nos amamos. Solo queremos estar juntos. Si mi hermana lo permite, viviremos nuestro amor de la manera correcta.

Y ahí estaba ella, la manipuladora que tan bien conozco. Solo que jamás imaginé que algún día usaría sus artimañas en mi contra.

Otro golpe directo a mi ya herido corazón. ¿Cómo podía tener el coraje de pedirme algo así? ¿Cómo pudo mi propia hermana desear a mi prometido? Podía esperarlo de cualquiera... pero ¿de ella?

—Renata, no… eso no es…

—¡Será así! ¡Te casarás hoy! —interrumpió el padre de Gabriel con una voz grave y autoritaria—. Y no se atrevan a causar otra vergüenza. Ya hicieron lo suficiente, todos ustedes.

No hubo lugar para objeciones.

Mi hermana estaba radiante, sonriente, abrazando a Gabriel y a mis padres, saltando de un lado a otro como si hubiera ganado un

trofeo, mientras yo… yo solo lloraba, humillada, herida hasta lo más profundo por toda esa situación ridícula y cruel.

—Valentina, quítate el vestido y dáselo a tu hermana. Le pediré al chófer que te lleve a casa. No estás en condiciones para participar en la ceremonia. Saldrás por la parte de atrás y, al menos, una de ustedes no se hundirá en la vergüenza —me dijo mi padre, sin el más mínimo peso en la conciencia, sin una pizca de empatía por mi dolor.

Mi madre se me acercó tomándome del brazo y llevándome a la habitación donde me estaba vistiendo para caminar por el pasillo, para quitarme el vestido que con tanto cariño había elegido para mi gran día, para dárselo a mi hermana y que ella se casara con mi prometido.

El dolor estaba adormeciendo mis sentidos, me quedé insensible, ya no reaccionaba a lo que me estaban haciendo.

—¡Vamos, Valentina, quítate este vestido de una vez! —me ordenó mi madre mientras desabrochaba los botones de la espalda—. Podrías haber evitado todo esto si hubieras hablado con nosotros antes de hacer este show. ¡Ahora trágate las lágrimas y asume las consecuencias!

¿Cómo tuvo el descaro de culparme? Yo no hice nada malo, ¡fueron ellos! ¡Ellos fueron los que lo hicieron!

Capítulo 2

Valentina

Me estaba vistiendo para salir de ese lugar, pero antes de irme, mi hermana entró por la puerta. Ella ya vestía mi vestido de novia; eso fue como una puñalada.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves a venir a verme después de lo que has hecho? —le pregunté molesta.

—¿Qué hice que fue tan malo? ¡Te salvé de un matrimonio en el que no serías feliz! Nunca combinaste con Gabriel. Eres débil, muy buena, él necesita a su lado a alguien como yo, alguien capaz y fuerte como yo, sin mencionar que mi belleza coincide con la suya.

—Eres mi hermana, ¿cómo puedes ser tan cruel? ¡Confié en ti!

—Lo quería. No me importa si tienes mi sangre, no eres lo suficientemente buena para ser parte de nuestra familia, y no eres lo suficientemente buena para estar con él —esbozó una sonrisa siniestra y continuó—. ¡No significas nada para mí, solo tenía que acercarme lo suficiente para quitártelo! Y por suerte para mí, seguiste negándole lo que quería y me aseguré de estar disponible para cuando él desease. Gracias por ser tan conservadora y decente, sin eso nunca se habría acercado lo suficiente a mí.

—Iba a casarme con él, aún serías una sucia amante si no te hubiera encontrado. ¿Te das cuenta de que acabas de destruir mi vida entera? —¿Cómo pudo? Lo amaba tanto, hice todo por ella.

—Sabía que vendrías a buscarme, no das ni dos pasos sin consultarme. Vi cuando el maquillador y el peluquero salían de tu habitación; supe que muy pronto vendrías. Lo busqué y no pudo resistirse, es un adicto, así que lo seduje una vez más. Ya lo tenía todo resuelto, eres muy predecible —ella suspiró feliz—. Ya me voy, tengo una boda de ensueño que realizar. Bueno, regresa a casa. Ah, se me olvidaba darte la buena noticia, es lo que estábamos

celebrando cuando apareciste: ¡estoy embarazada! Felicidades, vas a ser tía.

No podía imaginar una manera de que ese día fuera peor, pero él se las arregló. Ella me engañó, nunca me tuvo ningún cariño, solo quería algo y lo tomaba, como siempre hacía con todo lo que quería.

Cuando pasé por la puerta por donde ella iba a ir al altar, la escena me enfermó: mis padres la estaban felicitando por la boda, diciendo que se veía hermosa, como una princesa.

Así es, para los dos no importaba cuál de las hijas se casaba, siempre y cuando una se casara, ya que Gabriel venía de una familia rica, y para mis padres lo único que les importaba era el estatus y el dinero... Creo que preferían tener a Renata que a mí para esta boda.

Nunca me había importado eso, estaba con Gabriel porque lo amaba, no por las posiciones que tenía ni por el apellido. A diferencia de mi hermana, que siempre quiso casarse con alguien con dinero, simplemente no imaginé que me quitaría a mi prometido por tener dinero.

—¡Sin duda la novia más hermosa que jamás haya existido! —dijo mi madre sonriendo y besando el rostro de mi sonriente hermana.

Mis padres siempre le prestaron más atención; yo siempre estaba al margen, la hija perfecta, la niña de los ojos de mi padre y la princesita de mi madre. Nunca se preocuparon tanto por mí como por ella.

Gabriel estaba cerca, junto a mi padre y el suyo, los tres hablando y sonriendo, como si hace unos minutos no me hubieran destrozado la vida.

Escuché cuando mi padre le dijo a Gabriel: "Bienvenido a la familia". ¿Esto realmente está pasando? ¿O está todo en mi cabeza?

—¿Crees que lo que está pasando es una alegría? ¿Cómo pueden perdonar las cosas que hicieron estos dos desvergonzados?

—Basta, Valentina, vete a casa, hablamos cuando llegues. ¡No quiero que armes otro escándalo!

—¿Yo? ¡No fui yo quien se acostó con el futuro marido de su hermana! ¡Fueron Renata y ese bastardo sin escrúpulos! —mi padre me tomó del brazo y me arrastró fuera de la habitación, donde uno de los chóferes me esperaba para llevarme.

—¡No te atrevas a causar más daño! ¡Vete a casa!

Estaba destrozada, sintiendo que mi fuerza estaba siendo drenada. Obedecí, pero no tenía intención de irme a casa; quería ir a la playa cercana. El lugar tenía una plataforma que llevaba al medio del mar, era una vista hermosa.

—Por favor, llévame a la playa.

—Pero su padre...

—Acabo de tener el peor día de mi existencia, ¿puedes tener algo de empatía y llevarme a donde quiero ir?

El clima había cambiado. El día que era hermoso y soleado ahora parecía querer igualar mi tristeza; el sol se fue, dando paso a nubes grises que acabaron con el color del cielo azul.

—Señorita, nos están siguiendo... —me informó, mirando por el espejo retrovisor.

—No te preocupes tanto, deben ser los paparazzi de los sitios de chismes que quieren una buena foto de mi dolor para publicar en algún tabloide.

Siguió el resto del camino en silencio y yo estaba perdida en mis pensamientos, pero me di cuenta de que seguía mirando por el espejo retrovisor todo el tiempo.

Durante las últimas horas, el chófer fue la única persona que se mostró condescendiente conmigo, al menos un poco respetuoso con mi dolor y el espacio que necesitaba. Me llevó de regreso a la casa de mi familia, que estaba completamente vacía, al igual que yo me

sentía. A estas alturas ya deberían estar casados, celebrando y disfrutando de la fiesta.

Me di una ducha y me acosté mirando el techo. No quería quedarme ahí lloriqueando mientras los dos se divertían. Me vestí y me maquillé, salí a beber y a divertirme. Necesitaba olvidarme por completo de ese día desastroso e infeliz.

Me dirigí hacia el centro de la ciudad, donde sabía que la noche era joven y los bares y discotecas estarían llenos.

Entré en uno del que reconocí el nombre. Recuerdo que mi hermana me había contado una vez que era muy concurrido, uno de los mejores de la ciudad. Decidí que allí ahogaría mis penas.

Di mi nombre en la entrada, me miraron de arriba abajo, pero después de susurrar entre ellos me dejaron entrar. El lugar estaba repleto de mujeres hermosas y superficiales, hombres con traje que parecían tener mucho dinero.

Fui al bar y comencé a beber. Brindé por mí y por mi ingenuidad. No veía algo que fuera completamente explícito; mi hermana era así con todos los que la rodeaban, siempre estaba cerca de Gabriel, siempre merodeando cerca de él, complaciéndolo. Estaba en mi cara y yo estaba demasiado ciega para ver.

Unos tragos después ya me sentía mareada y feliz, decidí ir a la pista de baile. No sé si me veía tan sexy como las otras mujeres en el lugar o si me veía muy desgarbada, pero yo estaba contenta de desahogarme un poco.

Sentí un fuerte golpe contra mi cuerpo y terminé cayendo de trasero en el piso. La sensación fue como haber chocado contra una pared de concreto. El hombre era alto, fuerte, y me tendió su mano para ayudarme a levantarme.

—Lo siento mucho —habló por encima de la música, muy cerca de mi oído.

No sé de dónde saqué todo el coraje, pero le dije que solo lo perdonaría si bailaba conmigo. Tal vez fue por beber demasiado.

Nuestros cuerpos se movían y encajaban al compás de la música lenta, tocándose en partes que nunca antes había explorado, provocándome sensaciones desconocidas, pero muy deliciosas.

Incluso después de unas tres canciones, no estaba dispuesta a dejar ir al extraño y, cuando hizo un ademán de irse, en un acto de extrema valentía y tal locura, presioné mis labios contra los suyos.

Su beso caliente sabía a whisky, sus manos exploraron mi cuerpo y todo se encendió ante sus toques. Mi mente me gritaba que saliera corriendo, lo cual estaba mal, pero mi cuerpo traidor no quería obedecerme de ninguna manera. Quería sentirme querida, quería estar con alguien en ese terrible día.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con aire de pocos amigos.

No sé cuál fue mi respuesta exacta, pero estaba tratando de decir que quería un beso más.

—¡Vamos! Te llevaré a un lugar seguro, no pareces estar muy bien, ¡y este no es un buen lugar para estar así! —sonaba autoritario y solo pude estar de acuerdo sin pestañear.

La discoteca está en el sótano de un hotel. Me arrastró, tomó un ascensor de acceso y nos dirigimos directamente al penthouse. Me sentía mareada pero muy emocionada.

Entramos a la habitación y traté de aferrarme a él, pero me sujetó por los brazos tratando de contenerme. ¿Será que soy realmente tan desechable así?

—¿Tienes alguna idea de quién soy? —Solo le di una sonrisa e insistí en acercarme.

—Creo que ya ni sabes quién eres, ven, te dejo en la cama.

Me ayudó a acostarme y estaba saliendo cuando lo detuve.

—Yo sé quién soy y qué es lo que quiero, ahora mismo te quiero a ti. —Por supuesto que la bebida me estaba dando coraje, pero también quería borrar a Gabriel de mi sistema de una vez por todas.

Me desperté a la mañana siguiente, sintiendo que la cabeza me daba vueltas, me dolía todo el cuerpo, y las imágenes de la noche anterior me golpeaban con fuerza.

Me moví y sentí un cuerpo junto al mío. Miré al extraño y aún dormía profundamente. Pensé que era hora de salir de allí.

Dejé una suma de dinero en la mesita de noche para cubrir mi parte de la noche en el hotel y salí de la habitación antes de que se despertara, no queriendo enfrentar una mañana incómoda esperando a que despertara.

Capítulo 3

Damián

Hace unos meses recibí una invitación a una boda, algo que realmente no esperaba, sobre todo viniendo de quien la envió.

Gabriel se iba a casar. Si me hubieran preguntado hace años, habría dicho que era mi gran amigo. Ahora, lo único que puedo decir de él es que algún día pagará por lo que me hizo.

Le envié un regalo en mi nombre, junto con unas felicitaciones formales por la boda, pero decidí no asistir a la ceremonia. Estoy seguro de que solo me invitó para demostrar que estaba bien y feliz, incluso después de todo lo que pasó.

Soy un hombre de negocios reconocido, con un nombre ligado a múltiples empresas exitosas y altamente rentables. Frío y calculador, esa es la fama que me precede entre quienes me conocen. No es casualidad que me haya hecho multimillonario a tan corta edad.

Nunca me involucro en escándalos ni doy pie a chismes; trato de mantener mi vida privada en un perfil bajo, lejos de los focos.

—Hola, ¿cómo estás? —interrumpió Iván, uno de mis pocos amigos, al entrar en mi oficina.

—Sabes que tienes que esperar a que te anuncien antes de entrar, ¿no? —respondí sin levantar la vista de los documentos que revisaba.

—Vaya, estás de mal humor como siempre. ¿Por qué sigo insistiendo en tenerte como amigo? —Además de socios en una empresa, Iván es alguien cercano a mí desde hace años.— ¿Qué vas a hacer después?

—Trabajar, y cuando termine, iré a casa —respondí con tono seco, dejando claro que no tenía intención de salir.

—Claro que no, tenemos una cita esta noche... —Lo miré por primera vez. Sus ojos tenían esa chispa de esperanza, como un niño esperando el regalo de Navidad.

—¡No! —Supe que insistiría, porque Iván no es de los que se rinden fácil y, precisamente por eso, somos un buen equipo, siempre persiguiendo y alcanzando metas.

—No acepto un no por respuesta. No has salido con nosotros en meses. Hay vida más allá del trabajo, Damián. Eres joven todavía. ¡Podemos ser gruñones cuando seamos viejos!

—No fue saliendo que conseguí todo lo que tengo hoy, fue trabajando —susurré derrotado, sabiendo que me mantendría aquí todo el día si no aceptaba. Asentí y di por hecho la invitación.— Ahora sal de mi oficina y déjame trabajar antes de que cambie de opinión.

—Entendido. ¿Y qué sentido tiene tener todo esto y no disfrutarlo? Mismo lugar, misma hora. Ahí nos vemos —salió silbando.

Aunque a veces parece cabeza hueca, Iván es inteligente. Nos conocemos desde la infancia, al igual que con Gabriel.

Terminé el trabajo poco antes de la hora de la cita. Fui a casa, me di una ducha rápida. No planeaba quedarme mucho tiempo.

Los guardias ni siquiera me miraron; saben que no deben detenerme. El lugar estaba lleno, como siempre, pero la gente era de clase alta o acompañaba a alguien con nombre, así que no había desorden.

Mis amigos ya estaban ahí, pocos y contables con los dedos de una mano. No todos tan cercanos como Iván.

Me saludaron efusivamente, un poco alterados, bebían mucho cuando salían juntos.

Después de poco más de una hora y muchas conversaciones superficiales, quise irme, pero me retuvieron. Hasta que llegó

alguien a quien no quería ver, alguien que hacía que cada hueso de mi cuerpo sintiera repulsión.

—Es bueno verlos a todos juntos —dijo Daniela, mirando a cada uno de nosotros. No hacía falta hablar tan alto; el área VIP estaba insonorizada para contener el ruido de la pista de baile.— Qué bueno verte, Damián, eres difícil socializando —sonrió nerviosa.

Solo asentí con la cabeza, deseando salir de ahí en ese mismo instante. La atmósfera cambió radicalmente cuando ella apareció.

Daniela fue mi novia en la universidad, cuando aún me preparaba para el mundo de los negocios, y su decepción marcó mi vida.

—Es hora de irme, diviértanse. Tengo mucho que hacer esta noche —me escabullí entre las protestas de Iván, pero esta vez ni él ni nadie podrían convencerme de quedarme, no con ella cerca.

Al salir, me crucé con una mujer que bailaba. Tropezó y la ayudé a levantarse, disculpándome.

—Solo te perdonaré si bailas conmigo —me dijo, con un aire divertido y algo ebria. Acepté.

Bailamos. A la tercera canción, cuando intentaba irme, ella me sorprendió con un beso.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté incrédulo.

Ella apenas me dio respuesta coherente, pero era imposible dejarla ahí en ese estado. Decidí llevarla a una de las habitaciones para dejarla a salvo.

En cuanto entramos, intentó retenerme de nuevo. La evité tantas veces como pude, pero fue persistente.

La guié a la cama y me dirigí a la salida, pero ella me abrazó, respondiendo a la pregunta que le hice sobre su memoria.

—Sé quién soy y lo que quiero. Ahora mismo te quiero a ti —dijo, segura y encantadora.

Me rendí. Yo también necesitaba relajarme. Tuvimos una noche increíble y dormí completamente satisfecho.

A la mañana siguiente desperté cuando la luz del sol entraba a raudales por la ventana. Fue extraño porque no suelo dormir tanto; no recuerdo la última vez que descansé así.

Abrí los ojos lentamente, mirando en todas direcciones, pero no había rastro de la mujer que me acompañó.

Me levanté y fui al baño, pero no la encontré. Al regresar a la habitación, en la mesita de noche había dinero. Lo miré incrédulo.

Cuando giré para buscar mi ropa, vi manchas de sangre en la sábana blanca.

—¡Era virgen! —No podía creer lo que estaba pasando.

Busqué mi celular y lo encontré en el bolsillo del pantalón.

Llamé a mi jefe de seguridad y le pedí que revisara las cámaras para averiguar quién era esa mujer.

—¡Quiero su información lo antes posible!

Me senté en la cama, tratando de procesar todo. Aún podía saborear el dulce sabor de sus labios. Mi cuerpo se calentó solo de pensar en lo maravillosa que fue esa noche.

Pensé en cada toque, en los sonidos que emitía, en cómo reaccionaba su cuerpo. Sentí un escalofrío recorrer mi columna. Ella me sedujo y huyó.

Necesito saber quién es.

Unos minutos después sonó mi celular.

—¿Sí?

—Señor, la chica se llama Valentina Andrade. Vive con sus padres y su hermana —dijo la voz con una pausa, como si dudara si debía continuar.

—¿Qué más? ¡Dígame!

—Debería haberse casado ayer. Hay varios rumores en sitios de chismes. Su prometido la pilló con su hermana el día de la boda. Ella lo reveló a todos los invitados y canceló la ceremonia. Pero su hermana se casó en su lugar.

—¿Ayer? Pero ayer también era la boda de Gabriel, ¿será posible...?

—¿Cómo se llama el novio? —Pregunté ansioso.

—Gabriel Novaes.

—El mundo es realmente pequeño.

—Encuentra a Valentina. Vigílala y avísame tan pronto la localices. Me voy a casa, y en cuanto sepa dónde está, iré a buscarla.

Esto no puede ser una simple coincidencia. Nuestras vidas se han cruzado de nuevo. Esta es la oportunidad que he estado esperando.

Solo fui a ducharme y cambiarme cuando me informaron que la habían encontrado en una playa a las afueras del pueblo.

—Vigílala. No permitas que le pase nada. Llegaré lo más rápido posible, ya voy en camino.

Capítulo 4

Valentina

Salí del hotel lo más rápido que pude, tratando de pasar desapercibida entre la multitud, con la esperanza de que nadie notara mi presencia después del escándalo que había desatado en mi boda. Mi corazón latía con fuerza, aún golpeado por la mezcla de vergüenza, rabia y tristeza que me carcomía por dentro.

Tomé un taxi, sin destino fijo, incapaz de enfrentar el silencio frío de mi casa. En vez de regresar, decidí dirigirme a la playa, a ese rincón especial que siempre había sido mi refugio cuando la vida me golpeaba demasiado fuerte.

La plataforma de madera se extendía hacia el mar, como un puente hacia otro mundo. Al final, una pequeña glorieta con un banco solitario, escondido del paso de turistas y curiosos, un lugar casi olvidado donde podía ser solo yo, sin máscaras ni explicaciones.

El cielo estaba cubierto por densas nubes grises, anunciando lluvia, y esa melancolía se fundía con mi ánimo roto. No quedaba nada de color dentro de mí, sólo la amarga sensación de traición. Dos personas a las que amaba profundamente me habían herido sin piedad.

Caminé lentamente por la cubierta, mis pasos resonando en la madera mojada mientras miraba el horizonte infinito, dejando que el viento frío y salado despejara un poco el peso en mi pecho. Quería desaparecer, aunque solo fuera por un rato.

Pensé en el extraño con el que me acosté anoche. Aún no podía creer que hubiera tenido el valor —o la locura— de entregarme a alguien que ni siquiera conocía. En todos los años que estuve con Gabriel, nunca permití que me tocara así. Y sin embargo, en esa noche de borrachera y desesperación, me abandoné al olvido.

Qué tonta fui. ¿Por qué creí que eso podría borrar el amargor que sentía? Los recuerdos se arremolinaban en mi cabeza con una claridad dolorosa. Esta mañana, cuando lo vi dormido, su cuerpo me pareció perfecto, casi imposible. Un hombre hermoso, extraño y peligroso.

Me alegraba no tener que verlo otra vez. Probablemente moriría de vergüenza. ¿Qué pensaría de mí? ¿Una loca, una perdida, una víctima?

Intenté apartar esos pensamientos, pero mi mente seguía lanzándome recuerdos como cuchillos afilados.

Al llegar al final de la cubierta, me detuve y miré hacia el mar, ahora encrespado y violento. La lluvia había empezado a caer con más fuerza, el viento azotaba con furia. Sabía que pronto este lugar dejaría de ser seguro.

Incliné la mano hacia abajo para mojarme las yemas de los dedos, sintiendo el frío punzar en mi piel, cuando de repente escuché pasos apresurados que se acercaban hacia mí.

Me di la vuelta rápidamente, sorprendida.

Dos hombres se plantaron frente a mí con las manos alzadas en señal de calma. Iban vestidos con trajes oscuros, impecables, pero su presencia intimidante no dejaba lugar a dudas: no eran simples transeúntes.

—Señorita, le pido que se calme y se aleje de aquí. El mar está bravo, no haga nada precipitado —dijo uno con voz firme pero sin agresividad.

¿De qué hablaban? ¿Qué querían?

—¿Quiénes son ustedes? —pregunté con voz temblorosa, sintiendo cómo el miedo se apoderaba de mí. Eran como personajes sacados de una película de espionaje, idénticos, con miradas frías y sin expresión.

—Solo queremos que regrese sana y salva —respondió el otro.

—No voy a ningún lado con ustedes. No sé quiénes son ni qué quieren. Será mejor que se vayan —traté de sonar segura, aunque por dentro estaba paralizada.

Noté con el rabillo del ojo que uno de ellos tenía el teléfono pegado a la oreja, hablando en voz baja. No pude escuchar las palabras, pero el tono era urgente.

Retrocedían lentamente hacia mí, y yo sentía crecer la desesperación. ¿Por qué estos hombres me perseguían? No era nadie importante, ¿quién querría hacerme daño?

—¡Aléjense! —grité, con más miedo que autoridad.

Me di la vuelta de golpe, tropecé con la madera resbaladiza y, sin pensarlo, salté del otro lado de la plataforma. Un segundo después, los vi quedarse paralizados, sin saber qué hacer, con expresiones de sorpresa.

El mar estaba furioso y el viento azotaba con fuerza. Sabía que no podría quedarme mucho tiempo.

De repente, un tercer hombre llegó corriendo hacia nosotros, la lluvia arreciaba y la visibilidad era mala. No podía distinguirlo bien, pero su presencia me llenó de incertidumbre. ¿Sería alguien que quería ayudarme o alguien que estaba con esos dos?

Miré al mar agitado bajo mis pies y sentí el frío clavándose en mis huesos. Sé nadar, pero lanzarme en esas condiciones era un riesgo. Sin embargo, si intentaban atraparme, estaba dispuesta a hacerlo.

—Señorita, no le haremos daño, solo queremos llevarla a un lugar seguro —dijo uno de los hombres con una voz más suave.

—¡Entonces váyanse! No quiero ayuda, solo quiero que me dejen en paz.

El hombre que corría finalmente llegó hasta nosotros. Mi corazón dio un vuelco. Era él, seguro. El hombre de la noche anterior.

¡Qué mala suerte la mía! ¿Cuál era la probabilidad de encontrarlo de nuevo? ¿Cómo estaba aquí?

Tal vez tuviera suerte y no recordara quién era.

—¡Valentina, baja de ahí! Es peligroso —me llamó con voz urgente.

Me sorprendió que supiera mi nombre. ¿Cómo podía ser? Nunca lo había visto antes.

—¿Quién eres y qué quieres de mí? —pregunté, con la voz temblorosa.

—Debes saberlo... escapaste de mi habitación esta mañana. No creo que haya sido un lapsus en tu memoria —su tono era firme, con un dejo de reproche.

Si no estuviera tan asustada, seguramente me habría sonrojado.

—¿Y qué quieres de mí? —insistí, pero antes de que pudiera escuchar su respuesta, perdí el equilibrio y caí al mar.

El agua salada me quemó la nariz y el pecho al tragarla por el susto. Luché para orientarme, pero de repente sentí un tirón fuerte y su mano firme me arrastraba de vuelta hacia la seguridad de la playa.

Salimos del agua juntos, jadeando, con el frío calando hasta los huesos.

—¿Crees que vale la pena quitarte la vida por gente como ellos? —preguntó con voz fría y autoritaria.

—¿De qué hablas? No iba a hacer eso. Ustedes me dieron un susto de muerte —respondí, tratando de recuperar el aliento.

—¡No te hagas la tonta! No vale la pena hacer algo tan estúpido.

—¿Y quién eres tú para decirme qué hacer? No te conozco.

—Tengo una propuesta para ti... —dijo, con una intensidad que me heló la sangre— ¡cásate conmigo!

Solo podía tener agua en el oído o estar loca. ¿Qué había dicho? ¿Casarme con él? Esto debía ser una broma de mal gusto.

—¿Estás jugando conmigo? Mira, no estoy teniendo un buen día y me ayudaste a empeorarlo al hacerme caer al agua. Me voy. Si me disculpas...

—No estoy bromeando, Valentina. Lo digo en serio. Quiero que te cases conmigo. Puedo ayudarte, y además siento que debo asumir lo que pasó. Todavía eras virgen y me siento responsable.

—¿Ayudarme? ¿En qué? —pensé que estaba frente a un lunático hermoso y peligroso— No hay nada de qué hacerse responsable, yo también quise. Somos adultos y podemos seguir adelante.

—Puedo ayudarte a vengarte de ellos. De tu hermana y de tu ex prometido. Puedo ayudarte a que paguen por lo que te hicieron.

—¡No! No me voy a casar contigo, y no voy a vengarme. Los dos son iguales y no quiero descender a ese nivel.

—No merecen ser felices después de lo que te hicieron. Si te casas conmigo, podremos darle una cucharada de su propia medicina.

—¿Y por qué te preocupas? —pregunté, desconfiada— ¿Qué te hace pensar que aceptaría esta locura? ¿Quién eres?

—Tengo mis propias razones.

—Está bien, pero mi respuesta sigue siendo no. Me voy, me estoy congelando.

—Te llevo a casa.

—¡No! Gracias —dije, alejándome rápido. Debe estar loco. ¿Cómo alguien puede pedir matrimonio así, sin siquiera conocerme?

Tomé un taxi y me dirigí a casa, con la cabeza llena de preguntas y confusión. Nada podía ser más extraño hoy.

Al entrar, encontré a mis padres, Renata y Gabriel, juntos, abrazados y sonriendo como si nada hubiera pasado. Renata ya había vuelto a hacer las maletas para irse unos días de luna de miel, y ellos parecían felices, ignorando el desastre que era mi vida.

—Ah, mira a quién tenemos aquí. ¿Dónde estabas, hermanita? ¿Qué hacías anoche que no estabas en casa cuando llegamos? —preguntó Renata, con una sonrisa fingida.

—¿Y eso qué te importa? —respondí con indiferencia.

—Solo estoy preocupada por ti. ¿Vas a dejar que me hables así, Gabriel? Estoy embarazada, no puedo estar nerviosa, podría afectar al bebé —su voz era irritante, me revolvía el estómago.

—Entiendo que estés enojada, Valentina, pero por favor, respeta este momento —dijo mi padre con un tono autoritario.

—¡Son repulsivos! ¡Nunca serán felices después de lo que me hicieron!

Mi padre reaccionó rápido y me dio una bofetada fuerte en la cara, como tantas veces antes. Él nunca estuvo de mi lado. Nunca me dio el amor que le brinda a mi hermana.

—¡No le digas esas cosas a tu hermana! —me gritó.

Salí corriendo de la casa, sin mirar atrás. No quería verlos más, ni a ellos ni a nadie.

Afuera, tropecé con alguien. Mis ojos ni siquiera enfocaban bien por las lágrimas, pero reconocí la voz que me preguntaba qué había pasado.

—Acepto, acepto tu propuesta. ¡Quiero vengarme de ellos, de todos ellos! —dije, con una mezcla de rabia y determinación que nadie esperaba de mí.

Capítulo 5

Damián

Valentina es una mujer obstinada y bastante orgullosa, se nota. Le ofrecí ayudarla, pero ella me rechazó.

Aún así, después de que se fue, estaba preocupado por su seguridad. Decidí seguirla a distancia, para acompañarla hasta su casa y asegurarme de que todo estuviera bien.

Cerca de la entrada vi que el auto de Gabriel estaba estacionado, así que esperé un poco por si me necesitaba. No debería ser muy fácil para ella verme ahora.

Mi corazonada fue correcta. La vi salir corriendo de su casa llorando; caminé hacia ella y chocó conmigo.

—¿Qué sucedió? —le pregunté. Estaba tratando de contener las lágrimas cuando respondió que aceptaba mi propuesta. Lo que sea que pasó, la puso bastante furiosa por eso. Ella quiere venganza, y haré todo lo posible para cumplir su deseo.

Mientras la miraba más de cerca, noté la marca roja en su rostro. ¿Alguien se había atrevido a ponerle una mano encima?

—¿Quién te hizo eso? —La ira me consumía. ¿Realmente alguien tiene el coraje de golpearla? —¡Ven conmigo!

—No, mis padres están ahí, y mi hermana y... y él también...

—Necesitan entender que no pueden tocar el cabello de mi esposa. No lo permitiré.

Ella me miró extrañada, como si esa palabra la hubiera lastimado. Claro que entiendo sus motivos, pero tenemos que arreglar algunas cosas antes de que yo termine perdiendo el control.

—¿Y quién eres realmente? —preguntó con curiosidad, mirándome intensamente. Sus grandes ojos negros parecían estar viendo mi alma.

—Soy Damián Castillo. —Pensé que por el nombre me reconocería, pero me miró como si no tuviera ningún sentido para ella.— Soy CEO de Tech Company, una gran empresa en el campo de la tecnología, a nivel nacional e internacional. —Parece que finalmente lo entendió.

—¿Me estás diciendo que eres el CEO de la compañía más grande del país? —Sonrió como si no creyera lo que estaba diciendo, pero me detuve tan pronto como se dio cuenta de que no estaba bromeando.— ¿Es en serio? —Asentí.— ¿Pero entonces qué quieres con una mujer como yo?

Parece que esta mujer no es realmente consciente de su belleza y encanto, ni de cómo me estremece de una manera especial. Me despierta un instinto protector y algo fuerte que dejaré para analizar más adelante.

No respondí su pregunta, solo extendí mi mano hacia ella. Tomé su mano y regresamos a la entrada de su casa. Sentí que temblaba un poco, pero no vaciló. Es una mujer fuerte, a pesar de la situación. Está dispuesta a enfrentar todo de frente; puede que solo sea la ira lo que la impulse, pero creo que en parte hay una fuerza que proviene de ella.

Ella entró primero, proyectando su rostro hacia arriba, mostrando su grandeza. Por primera vez no la veía tan abatida. Ya había dejado de llorar, lo que me sorprendió por su habilidad para controlar sus emociones rápidamente.

Una pareja estaba sentada en la sala de estar, quienes supuse eran su padre y su madre. Ambos la miraron de mala manera y luego me miraron a mí.

—¿Qué significa esto? ¿Quién es este hombre? ¿Y por qué crees que puedes traerlo a mi casa? —gritó su padre. Era un hombre de

mediana edad, sin muchos atributos físicos; su rostro rojo mostraba que estaba bastante irritado.

Ella se encogió casi imperceptiblemente, pero no pasó desapercibido para mí. En el ejército aprendí a observar todo con cuidado y, una vez más, sentí la furia líquida recorrer mis venas. Ese hombre trata a su hija como si fuera una extraña, sin siquiera darle la oportunidad de responder antes de gritar.

—¡Papá, él es...!

—¡No quiero saber quién es! ¡Quiero que se vaya de mi casa! ¡Nos hiciste pasar una enorme humillación frente a la familia de Gabriel y ahora traes a un extraño a nuestra casa! ¡Qué desvergonzada!

Ya tenía los ojos llorosos de nuevo y mi ira llegaba a niveles alarmantes. Pero antes de que pudiera poner a ese hombre en su lugar, otra joven, que debía ser la hermana de Valentina, entró en la habitación con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Ya estás causando problemas otra vez, Valentina? ¿No te cansas de poner nervioso a papá? Deberías estar avergonzada. Un día de estos terminarás matándolo.

La madre, que hasta ese momento no había dicho una palabra para defender a Valentina, se levantó y caminó hacia su otra hija.

—No te estreses, Renata, no puedes. Deja que tu padre se ocupe de esta ingrata y de ese hombre que ella trajo.

Vi a su hermana midiendo con la mirada y sonriendo burlonamente a Valentina.

—Entonces, ¿realmente vas a recurrir a esto? ¿Traer a alguien a casa solo para no sentirte mal después de lo que pasó? —Ella la miró con altivez, con la nariz respingona.— Dios mío, ¿es él con quien pasaste la noche? —Valentina se sonrojó.— Bueno, al menos así me dejarás a mí y a mi esposo en paz, encontrando a alguien a tu nivel, ¡alguien que te merezca! —Lo dijo con desdén, menospreciándonos tanto a

Valentina como a mí. Claramente, ninguno de los miembros de esta familia sabe quién soy.

Esta hermana de Valentina no me agrada para nada. Trata de hacerse pasar por inocente, ataca sin mostrar sus garras, se esconde detrás de una linda cara de niña. Pero puedo ver sus expresiones faciales; está tratando de provocar a Valentina por todos lados, de todas las formas posibles.

—Creo que es hora de presentarme. Yo soy...

—¿Damián? —Fui interrumpido de nuevo, esta vez por Gabriel, cuyo rostro no tenía precio. Nos miraba a Valentina y a mí con la mirada perdida y confundida.— ¿Qué haces aquí?

—¿Ustedes se conocen? —Renata cuestionó a Gabriel, mientras cambiaba la mirada entre él y yo.

—Si me permiten explicar mi presencia, puedo aclarar todo, pero desde que entré por la puerta, nadie nos ha dejado a Valentina ni a mí expresarnos —dije mirando fríamente a todos los presentes.

—Así que tal vez sea bueno que expliques, Valentina. Llegamos y no estabas en casa; ahora te presentas con él. ¿Qué están haciendo juntos? —preguntó Gabriel, visiblemente perdido y asustado.

Será mejor que te asustes, porque te voy a atrapar.

—¡Creo que estás interrogando a la persona equivocada! Tu esposa es Renata, no yo.

—Y eso es exactamente de lo que estamos aquí para hablar, señor y señora Andrade. Vine a pedir la mano de su hija en matrimonio. —Esperé a que absorbieran la información; sus caras eran de asombro, especialmente la de Gabriel, cuya cara roja parecía a punto de estallar.— Sé que parece un poco repentino, pero puedo asegurarles que tengo las mejores intenciones.

—¿Qué? —El hombre se levantó, luciendo muy nervioso, pero su hija Renata lo sostuvo del brazo.

—Papá, tal vez sea mejor que la dejes casarse de una vez, así nos deja solos a mi familia y a mí para ser felices. No quiero que mi hermana esté siempre maldiciéndome. Te garantizo que no encontrará a alguien tan amable como Gabriel, así que lo que venga, aunque sea pobre, ya es de buena talla. Después del escándalo que provocó, dudo que tenga pretendientes en el futuro. —Miró a su padre como un gatito astuto ronroneando, y el hombre pareció calmarse solo porque fue ella quien habló.

Me imagino que Valentina nunca debió haber sido tratada muy bien en esta casa. Sus padres no parecen preocuparse por ella en absoluto.

Mientras tanto, ella guarda silencio mientras habla su hermana y Gabriel la mira incesantemente, mirándome fijamente.

—Bueno, pensándolo así, mi hija tiene mucha razón. ¿Quién con respeto y prestigio querría a alguien como Valentina? Una mujer que deshonró a su familia en público y sin remordimientos.

—Creo que mi prestigio y respeto son suficientes para que nadie abra la boca para hablar mal de ella —dije, mirando directamente a la pérfida hermana.

—¿Y nos puedes responder entonces, ¿quién eres? —preguntó Renata.

—Damián Castillo, ese es su nombre.

—Gracias, pero puedo responder por mí mismo. Soy CEO de Tech Company, y para mí sería un placer y un honor casarme con esta hermosa mujer. —Volví a tomar las manos de Valentina entre las mías, frente a las miradas perplejas de su familia.

El rostro de Renata se distorsionaba por la ira; esta vez no pudo ocultar su naturaleza envidiosa y mala.

—¿Estaban juntos entonces? ¿Es por eso que aceptaste todo tan fácilmente, e incluso nos hiciste ver a mí y a tu hermana como malas

personas? —La pregunta nos tomó desprevenidos.

—¿Quién se cree él para acusarla de esa manera?

Capítulo 6

Renata

Valentina siempre hace todo lo posible para llamar la atención, con ese aire de superioridad y la apariencia de buena chica, pero no me engaña. Aunque conseguí que Gabriel se casara conmigo, y logré mi objetivo finalmente, ella siempre logra superarme, sin ningún esfuerzo, simplemente lo hace. Eso me ha irritado desde que éramos pequeñas.

Valentina era la niña perfecta, la hija mayor, y yo siempre tuve que esforzarme más para captar la atención de mis padres y de todos los demás. Siempre intentando alcanzarla, mientras ella lo tenía todo sin mover un dedo.

Ella era naturalmente hermosa, no necesitaba nada para resaltar su apariencia, siempre tan pura, tan casta. Todos se arrojaban a sus pies; todos querían ser sus amigos.

Con los años, empecé a inventar muchas historias sobre ella. Todo corrió como pólvora, y la gente empezó a alejarse de Valentina, dejándola solo conmigo. Mis padres nos brindaban la misma atención, pero yo seguía queriendo más de ellos, reprochándoles que siempre estuvieron de su lado.

Valentina se volvió más solitaria, haciendo todo por mí, habiendo perdido a todos sus amigos con el tiempo. Fue entonces cuando apareció Gabriel. Aunque al principio ella no le prestó atención, fue a ella a quien él miró primero.

Él se enamoró de ella, dándole toda su atención, amor y afecto, pero sabía que Valentina no podía ofrecerle algo: era demasiado pura para eso, quería esperar hasta la boda. Así que me acerqué a él lentamente.

Un día que Gabriel había bebido un poco de más, lo seduje y terminé volviéndolo loco de deseo. Sabiendo que él no tenía ese

placer con Valentina, me acosté con él. Y lo repetimos varias veces.

Él trató de detenerse, muchas veces quiso dejarme, pero yo siempre lo perseguía y lo hacía cambiar de opinión. Lo hice sentir culpable por usarme, aunque fue a propósito. Con el tiempo, llegó a creer en mí y en mi amor por él.

Finalmente tuve todo: todo lo que quería, todo lo que merecía. Pero ahora aquí está ella, superándome una vez más, con la propuesta de un hombre multimillonario.

No voy a dejar que sea mejor que yo. No voy a permitir que vuelva a superarme.

—¿Estaban juntos entonces? ¿Por eso aceptaste todo tan fácilmente, e incluso nos hiciste ver a mi y a tu hermana como las malas? —escuché a mi marido preguntar. Y sí, hacerlos parecer traidores fue una buena manera de poner a mis padres en contra de ese matrimonio.

—¿Qué crees que estás diciendo? —respondió Valentina con aire de horror—. He estado contigo durante años, no fui yo quien encontraron en la cama con otro. No me eches esa culpa a mí.

Tan santa... eso me fastidia. Si hubiera conocido a Damián antes, no lo habría dudado, pero ella no. Ella nunca sería capaz de traicionar... pero nadie lo sabe.

—No estuvimos juntos, nunca lo estuvimos, pero reconozco una joya cuando la veo, y ella lo es. Seré un tonto si dejo escapar esto entre mis dedos —defendió Damián rápidamente, y eso me asqueó.

Él la miraba con una suave sonrisa, como si realmente viera al amor de su vida. Esa interacción me ponía de los nervios.

—Claramente ella está mintiendo. ¿Por qué te casarías tan rápido si no tuvieran una aventura? Padre... —pero mi padre me interrumpió, no me dejó seguir. Eso me hizo hervir la sangre y lo fulminé con la mirada. Ella no merece tener un puesto más alto que el mío, nunca hizo nada para lograr nada, ¡siempre tuvo todo en bandeja de plata!

—Renata, hablamos más tarde, tienes que hacer un viaje. Puedes irte, arreglaré las cosas por aquí —dijo mi padre con la mano levantada hacia mí.

¡¡¡No se quedará así, no puedo dejar que se case con este hombre!!!

Tomé a Gabriel del brazo y salí de la habitación, dejándolos hablar. Estoy segura de que mi padre los dejará casarse; después de todo, es un hombre poderoso, nunca se negaría.

Nuestras cosas ya estaban empacadas. El viaje sería corto, él tiene mucho trabajo por hacer; no podemos estar lejos mucho tiempo.

—¿De dónde lo conoces? —pregunté con curiosidad.

—Fuimos grandes amigos durante años, pero nos distanciamos tras algunos problemas —me respondió. No me dijo la verdad, lo supe.

—Ya vuelvo —bajé las escaleras y vi a mi madre y a Valentina entrar en la cocina.

—¿Qué haces, Valentina? No te atrevas a molestar a tu hermana —escuché decir a mi madre cuando me acerqué.

—¿Molestar a Renata? ¿Es ella la que te preocupa? ¡Mamá, ella fue quien se acostó con mi prometido! ¿Por qué todos están de su lado, cuando fui yo quien tuvo que lidiar con esta traición? —respondió Valentina.

—Tengo curiosidad, Valentina, ¿cómo es que con esa cara de tonta consigues atraer a un hombre así a tu red? —le pregunté, sin poder ocultar mi disgusto. Incluso yo me casé con Gabriel, pero si ella se casara con Damián, sería más importante que yo en la sociedad.

—¿Y qué te importa? Renata, ya estás casada con la persona que, como dices, amas. ¿Ahora qué te irrita que yo vaya a casarme? —me replicó—. ¡Me irrita que quieras ser mejor que yo sin luchar por ello!

—El problema es que debes estar engañando a ese hombre. ¿Él sabe que estás enamorada de mi marido? ¿Sabía que te ibas a casar? ¿Cómo te hace una propuesta y la aceptas tan rápido? —

estoy segura de que está haciendo esto solo para molestarme. ¡No ama a ese hombre, ni siquiera lo conoce! Siempre se ve como la chica perfecta, pero sé que en el fondo hace todo lo posible para llamar la atención solo hacia ella.

—Simple: amor a primera vista. Si creen que tú amas a Gabriel y no a su dinero, la gente también puede creer que nosotros nos enamoramos a primera vista —respondió con cinismo.

No dejaré que eso suceda. Regresaré pronto y haré que se separen. No se quedará así; ella no será mejor que yo en nada, no se merece esto.

—¡No lo mereces! No estás enamorada de él. Un hombre poderoso como él necesita una esposa decente, no alguien que se case por su fortuna. Eso es obvio, solo te interesa su dinero —la desenmascaré para que Damián vea que ella no lo ama.

—Bueno, eso fue lo que tu futuro cuñado decidió, y no me importa su dinero. ¡No soy como tú! ¿Gabriel ya sabe que eres esa víbora? ¿O sigues jugando a la chica buena? Tarde o temprano lo descubrirá —me desafió.

—Mamá todavía quiere que mi matrimonio no funcione... ¿Nunca nos dejarás ser felices? —vi que venía Gabriel, así que no pude continuar la discusión. Pero cuando regrese en unos días, verá de lo que soy capaz.

—Renata, por favor, querida, el bebé... no puedes estar así. Vamos, las maletas ya están en el carro. Deja que tus padres se encarguen de eso. Para que no digas que te deseo mal, Valentina no es alguien con quien debas jugar o engañar, ten cuidado —me advirtió Gabriel, que también cree que la dulce Valentina está jugando con Damián. Ahora solo necesito hacer que Damián lo vea.

Estoy segura que, una vez casados, mi padre les prestará toda su atención a ellos y me dejarán a un lado, porque mi matrimonio no será tan valioso como el de ella. Pero ella no tendrá tanta suerte.

—No te preocupes, estamos bien y sabemos lo que queremos —respondió Valentina con indiferencia.

Afortunadamente, mi luna de miel no será larga, así que podré regresar y haré todo lo que pueda para asegurar que esta boda no se realice.

Valentina no volverá a estar por encima de mí.

Capítulo 7

Damián

Los observan a todos con atención; ninguno parece realmente afectado por el dolor que siente Valentina. Todos están listos para atacarla de la nada, sobre todo su hermana. Siempre he sido muy observador, eso me da muchas ventajas en los negocios, y más aún en la lectura y comprensión de las personas.

Mi padre solo quería asegurarse de sacar algún beneficio de este matrimonio, y mientras las mujeres se retiraban para prepararnos el té, le hice una oferta que no podía rechazar. Todo lo que le importaba eran sus ganancias personales, no su hija, así que fue bastante fácil.

—Solo tengo una petición más, espero que puedas entender —le dije antes de que regresaran las mujeres.

—Dímela. Haré lo que pueda —respondió. Después de todo lo que habíamos negociado, era difícil que rechazara mi pedido, no importaba cuál fuera.

—

—Noté la marca roja en la cara de mi prometida. Nada pasa desapercibido a mis ojos, y no me gusta que toquen lo mío... —No bromeo cuando digo eso; sería mejor que lo sepan. Él quería hablar, pero no se lo permití—. Sepa que el bienestar de Valentina está directamente ligado a lo que hemos acordado aquí, así que no la moleste —le advertí. Vi cómo su rostro se tornó rojo; sabe perfectamente de qué hablo.

No permitiré que nadie la maltrate, ni esta vez, ni nunca, ni siquiera su familia.

Valentina y su madre regresaron de la cocina; bebí el té que me sirvieron lo más rápido que pude, con ganas de salir de ese lugar cuanto antes.

Miré a mi prometida una vez más. Bajo toda esa calma, guardaba una fuerza enorme. Aún frente a quienes la lastiman, no me defraudaba; esa era una cualidad valiosa.

—Todavía tenemos mucho de qué hablar. Si nos disculpan, sacaré a Valentina a caminar, además de arreglar algunos detalles. La boda será pronto, necesitamos definir todo lo posible —dije. Mis futuros suegros me miraron, pero no protestaron.

Valentina me miró expectante cuando me acerqué, le extendí la mano y ella la aceptó sin dudar. Nos dirigimos a la salida.

Sentí la mirada fija de sus padres sobre nosotros, pero no me molesté en dar explicaciones. Tendrían que acostumbrarse a mi forma de ser y, sobre todo, a que Valentina ya no era problema de ellos.

Ese leve roce me hizo estremecer la piel. Mirarla me recordó nuestra noche en el hotel; es una mujer increíble y nunca había sentido una atracción física tan intensa por nadie.

—¿Estás bien? Demoraron mucho en la cocina —le pregunté con interés.

—Acabo de discutir otra vez con mi hermana... es una mujer muy difícil de entender —respondió mientras subíamos al auto—. ¿A dónde vamos?

—De hecho, me resultó increíblemente fácil leer a tu familia. Pero entiendo que debe ser mucho más complicado para ti, son tu familia y los amas —comenté, notando la tristeza que brotaba de sus ojos. De alguna forma, eso me molestaba, y no suelo molestarme por cosas relacionadas con otros—. Vamos a mi apartamento —cambié de tema para animarla—. No quiero que la gente piense que mi prometida no sabe dónde vivo.

Sentí que su cuerpo se tensaba, y quizás ella pensó lo mismo que yo. La última vez que estuvimos solos pasamos una buena noche, y tengo la intención de repetir la dosis. Aunque nuestro matrimonio es un contrato, mi deseo por ella es muy real.

—¿Qué vamos a hacer en tu apartamento? —Noté que su respiración cambió, se volvió más profunda y pesada; ahora estoy seguro de que piensa lo mismo que yo—. Es decir... nosotros... todavía no estamos casados, ni siquiera sé cómo será nuestro contrato... y...

Estaba nerviosa y se veía preciosa así, con las mejillas sonrojadas y las manos que no dejaban de moverse, evitando que la mirara.

—¿Te sientes bien? —No pude evitar sonreír al verla tan angustiada —. Es solo mi apartamento, ¿por qué estás tan ansiosa? ¿Qué estás pensando? —Sabía bien a qué se refería, pero quería escuchar su respuesta.

—Estoy bien, solo que... yo... —Mi sonrisa se amplió; es aún más bonita cuando se sonroja—. ¿Te estás burlando de mí, señor Castillo? Eso no es muy educado de tu parte —me respondió, pero vi que en las comisuras de sus labios se formaba una sonrisa.

Mirar sus labios no fue buena idea. Aún podía sentir el sabor de su boca, y eso hizo que mi cuerpo reaccionara rápidamente.

—Nunca haría eso —le respondí, pero me callé para intentar controlar el cuerpo y el volumen molesto entre mis piernas.

Llegamos al condominio más cotizado de la ciudad. Para vivir aquí se necesita mucho dinero.

Me di cuenta de lo impresionada que estaba con la belleza del lugar, y era realmente hermoso.

—Vaya, es muy lujoso —comentó, mirando alrededor de la recepción.

La dejé admirando todo mientras le decía al portero que tenía acceso libre a mi apartamento, y que nunca le prohibiera subir.

—Vamos —la dirigí al ascensor privado que conducía al penthouse. No me gusta socializar, por eso pedí que lo hicieran por separado.

Al llegar al apartamento, ella estaba aún más sorprendida; la vista panorámica de la ciudad era impresionante, y me tomó tiempo acostumbrarme a ella.

Ella caminó unos pasos adentro, observando todo a su alrededor.

—¡Guau! Es hermoso, justo lo que me imagino para ti... —Eso me intrigó.

—¿Y qué piensas tú de mí? —pregunté interesado.

Vi cómo su rostro volvió a enrojecer, lo hacía tan seguido que me excitaba aún más. Tendremos un problema con esto...

Caminé hacia ella, incapaz de contener las ganas de volver a tocarla. Me volvía loco, pero de la mejor manera. Perdí por completo el control y, por primera vez en mucho tiempo, no me pareció algo malo.

Ella dio un paso hacia atrás, y eso me detuvo.

—No respondiste mi pregunta —insistí.

—En realidad, te imagino como un hombre sobrio, frío, que apenas muestra emociones... y tu apartamento es igual: sin colores, nada fuera de lugar, ni cuadros, nada sentimental... No soy experta, podría estar equivocada, pero esa es la sensación que me das.

—¿Frío? —Pensó que no tenía idea de lo caliente que estaba en ese momento.

Ella caminó hacia la sala de estar, tocando el sofá mientras se dirigía al enorme ventanal con vista a la ciudad.

—La vista es hermosa... tienes muy buen gusto —parecía perderse en sus pensamientos, y eso no era lo que yo quería. La necesitaba despierta, cálida, receptiva; la necesitaba como un adicto necesita su dosis.

Me acerqué a ella, que estaba de espaldas. Detuve mi cuerpo a escasos milímetros del suyo, inhalé el aroma de su cabello. Su

perfume era embriagador, vainilla... el mismo que había sentido aquella primera noche juntos.

Pasé mi mano suavemente por su brazo desnudo, trazando un camino hasta la base de su cuello.

—¿Qué estás haciendo? —su voz era un susurro, y su cabeza se inclinó ligeramente, dándome más acceso.

—Nada que no hayamos hecho ya esa noche —dije y pegué mi cuerpo al suyo para que sintiera cuánto la deseaba. Llevé mis labios a su cuello, y el contacto la hizo jadear.

Ella era increíble, y me encantaba su dulzura e inocencia.

—Damián... —su suspiro me confirmó que estaba tan loca de deseo como yo.

La giré hacia mí bruscamente y llevé sus labios a los míos. Era justo lo que necesitaba, y su gemido me mostró que ella también lo deseaba.

Mi lengua exploró cada rincón de su boca, embriagándome con su sabor dulce y provocador. Mi cuerpo se encendió a niveles alarmantes, mientras ella solo era jadeos y gemidos, mezclados con palabras incoherentes y sin sentido.

—Te deseo, Valentina... no tienes idea de cuánto te deseo.

Capítulo 8

Valentina

Estaba admirando la vista desde la ventana del apartamento de Damián cuando lo sentí pegado a mi espalda. Un fuerte escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Entonces, ¿estas eran las sensaciones que le negaba a Gabriel? Ahora entiendo por qué él no pudo esperar hasta nuestra luna de miel.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, sin apenas reconocer mi voz, mientras su mano recorría mi brazo, haciendo que mi piel se calentara. Damián es un hombre atractivo, y recordar todo lo que hicimos la noche que dormimos juntos hacía que mi cuerpo respondiera con ganas.

Presionó su cuerpo aún más contra el mío, su erección rozándome, y sentí cómo mi vientre se retorcía de deseo. Sus labios rozaron mi cuello, y jadeé ante el contacto.

—Damián... —susurré.

¿Cómo podría resistirme a este hombre? A su cuerpo, a la forma en que me hace sentir...

Me giré hacia él, y de repente sus labios se pegaron a los míos, provocando una falla completa en mi sistema. Sentí que mi vientre se tensaba; su lengua invadió mi boca y un gemido involuntario escapó de mi garganta.

—Te deseo, Valentina... no tienes idea de cuánto te deseo.

Que un hombre como Damián me dijera eso era toda una revelación, un buen masaje para mi ego magullado después de todo lo que había pasado en mi vida.

—Damián... —puse mi mano en su pecho, lo que hizo que se apartara un poco—. ¿No deberíamos parar? Nos conocemos tan poco... yo no...

—¿No quieres? No es lo que tu cuerpo me dice —respondió a centímetros de mi cuello, haciendo que toda mi piel temblara de nuevo.

—No es que yo... yo sé cómo estoy, solo que no me parece correcto.

—Soy tu futuro esposo, no está mal —replicó rápidamente.

—¡Por un contrato! Ese contrato que ni siquiera sé cómo será.

—Se está escribiendo. Mañana por la mañana vas conmigo a la oficina, y analizaremos todo con calma.

—¿Mañana? ¿Esperas que duerma aquí? —pregunté incrédula.

Él abrió una sonrisa pícara solo de un lado y me pegó al vidrio.

—¿Y a dónde irías? —me susurró al oído—. Tengo una buena idea de lo que podemos hacer toda la noche...

Me besó de nuevo, pero esta vez no protesté. Su hambre por mí solo podía competir con la mía... Nuestra noche fue larga.

A la mañana siguiente, Damián se levantó más temprano. Yo estaba tan cansada que ni siquiera quería salir de la cama, pero sabía que tenía que hacerlo.

Tenía mucho miedo de cómo iban las cosas. Ni siquiera sabía quién era Damián, y acepté casarme con él con la promesa de que me ayudaría con mi venganza. Pero, ¿qué ganaría si me ayudara un desconocido? ¿Cuáles serían sus beneficios? Hasta ahora, era un gran misterio para mí.

Frente a mis padres intentó mostrar cariño y afecto para convencerlos de que estaba realmente enamorado, pero cuando estábamos solos, no era el mismo. Una cosa era segura: él me deseaba, y eso era bastante obvio.

Cada vez que cierro los ojos, vienen a mi mente destellos de lo que hizo; me lleva al delirio. Su cuerpo parece esculpido, un verdadero

dios griego. Solo recordarlo hace que mi cuerpo quiera más... él creó un monstruo.

—Buenos días —me dijo apenas entré a la cocina—. ¿Dormiste bien?

Su sonrisa me dijo que sabía muy bien que no había dormido nada la noche anterior.

—Sí, lo hice —respondí, aunque estaba casi dormida de pie. No le diría eso; seguro que se da cuenta.

Desayunamos en completo silencio. Es raro, somos muy íntimos, pero aún así no tenemos nada, no sabemos nada el uno del otro. Ni siquiera sé cómo iniciar una conversación tranquila.

—¿Está todo bien? —parecía demasiado pensativo.

—Sí, solo estaba pensando un poco en todo esto —respondí sinceramente, porque todo era una locura. Realmente necesitaba saber que, incluso para mí, que estaba a punto de casarme con él, esto era extraño; para otros sería un shock.

—¿Estás pensando en rendirte? —sus ojos se clavaron en los míos con suficiente intensidad para hacer que mi rostro se calentara.

—No, no es eso. Solo me estoy dando la oportunidad de analizar todo esto. Me parece completamente surrealista que pase algo así.

—Bueno, leerás el contrato y entenderás un poco mejor de qué se trata todo esto —dijo.

Me impactó aceptar una relación con reglas y cláusulas, o lo que él pusiera en el contrato.

—¿A dónde vamos? —pregunté con curiosidad cuando subimos al auto.

—Vamos a mi empresa. Te presentaré el lugar. Los documentos también están ahí, así que podemos analizarlos con calma y despejar tus dudas.

Realmente me impresionó la magnificencia del edificio. Se parecía mucho a él y a su personalidad: colores sobrios, grandes e

intimidantes.

Incluso me avergoncé de la sencillez de mi ropa para ese lugar. Las recepcionistas estaban tan bien vestidas que me hicieron sentir incómoda.

Dondequiera que pasáramos, todas las miradas se volvían hacia él. Tanto hombres que parecían mirarlo con respeto y admiración, como mujeres que lo miraban con deseo explícito. Damián era un hombre increíblemente guapo, muy inteligente y poderoso, lo que hacía que muchos prestaran atención a su vida.

Noté que algunas personas me miraban extrañadas, seguro se preguntaban qué diablos hacía allí, sobre todo con él. Pero no me importó. Seguí caminando tranquilamente a su lado, y él tampoco parecía preocuparse por lo que pudieran pensar.

Me entregó el contrato para que lo leyera y fuimos a su oficina. Todo allí era muy elegante, en tonos de negro, gris y blanco.

—Puedes tomarte el tiempo que necesites mientras analizas todo con calma. Yo trabajaré. Si tienes alguna duda, solo pregúntame.

Asentí con la cabeza. Pensé que hablaríamos un poco sobre nosotros, sobre lo que nos gusta, pero ya tendremos tiempo para conocernos mejor, eso espero. Al parecer, él es muy dedicado a su trabajo.

La cláusula principal del contrato era que nadie, absolutamente nadie, debía saber que nuestro matrimonio se basaba en ese acuerdo. Y que si uno de los dos se enamoraba de alguien más, podía solicitar el divorcio.

La única regla que me incomodaba era la de darle un heredero, tener un hijo con alguien a quien solo estaría vinculada por un contrato. Apenas comenzábamos, pero eso me parecía muy extraño.

El resto eran cosas más sencillas, como estar presente en eventos importantes, fechas conmemorativas... cosas que toda pareja normal hace.

De vez en cuando lo sorprendía mirándome. No puedo imaginar qué estará pensando. Es un hombre que no deja que sus emociones se muestren; es difícil de leer.

En general, acepté todos los términos y no quise agregar nada, pero no estaba segura de lo del heredero.

—Sí... no sé si entendí bien... ¿quieres un hijo? —sentí que mi rostro ardía ferozmente, pero necesitaba saber qué esperaba de mí.

—Sí, quiero un hijo, pero tenemos tiempo. También puedo esperar hasta que estés cómoda y tranquila —respondió con claridad y objetividad, sin andarse con rodeos.

—¿Pero y si no quiero? —pregunté, un poco atónita.

—Bueno, en realidad ese es uno de los puntos que son realmente importantes para mí. No me hago más joven y nos casaremos de todos modos. El contrato es solo para que quede claro —volvió a centrar su atención en el trabajo, como si esa conversación no le resultara tan extraña como a mí.

—¿Qué sacas de todo esto? Quiero decir... me ayudarás, pero, ¿qué voy a hacer por ti? —lo miré con atención. No parecía querer compartir mucho conmigo. Él sabía ya buena parte de todo lo que me había pasado, pero yo no sabía nada de él, y eso no me pareció justo—. Bueno, si vamos a hacer que esto funcione, tenemos que ser honestos el uno con el otro.

Vi que su expresión mejoró ligeramente.

—El Consejo quiere que me case para estabilizar mi vida, tener herederos... la idea vino de alguien que está muy interesado en juntarme con su propia hija. Al casarme contigo, te puedo ayudar porque tenemos el mismo objetivo. El padre de Gabriel quiere que me case con su hija para obtener aún más acciones de mi empresa.

¿La hermana de Gabriel? Entonces ella era la candidata a casarse conmigo. Este mundo es pequeño, demasiado pequeño...

Capítulo 9

Valentina

Después de aclarar todas las dudas, firmé el contrato y nos comprometimos oficialmente.

—En cuanto pensemos en todos los detalles de la boda y se realice la ceremonia, te vienes a vivir conmigo —dijo.

Asentí.

—¿Cómo piensas ayudarme con lo de Gabriel y mi hermana?

Me explicó que el padre de Gabriel estaba en el directorio de su empresa y se entrometía constantemente en asuntos suyos, algo que no le gustaba y terminaba interfiriendo en la forma en que dirigía su empresa.

Por eso tenía la intención de comprar la empresa familiar y usarla para sacarlos de su negocio. Quería alejar a toda esa familia de su empresa; también me pidió ayuda para deshacerse de su matrimonio con la hermana de Gabriel.

En cuanto a mi hermana, ya se había dado cuenta de lo superficial que era, así que haría que todo lo mío fuera mejor que lo de ella: la mejor fiesta de bodas, el anillo de compromiso más caro, todo a un nivel que ella jamás habría visto.

Conociéndola bien, sabía que estaría furiosa, porque para ella siempre tenía que ser mejor que lo mío y que lo de los demás.

—¿Tienes hambre? Perdona, ni siquiera me di cuenta del paso del tiempo.

—No te preocupes, yo también estuve bastante entretenida, tampoco noté cuánto había pasado. Si quieres, podemos almorzar aquí mismo, no me importa —dije con sinceridad, sin querer que se sintiera presionado a llevarme a otro lugar.

Damián es un hombre ocupado; desde que entramos, su teléfono no ha dejado de sonar y tiene una pila de papeles a su lado para revisar y firmar.

—Yo... —Iba a hablar, pero el sonido de la puerta al abrirse lo interrumpió. Por ella entró una mujer increíblemente hermosa y muy bien vestida, parecía una modelo, de esas que vemos en portadas de revistas.

La secretaria de Damián estaba justo detrás de ella, disculpándose profusamente por no haber podido evitar que entrara y preguntándose si debía llamar a seguridad.

—No será necesario, puedes irte —le dijo Damián a la secretaria.

Quise no sentirme incómoda con la presencia de esa mujer, pero fue imposible después de notar el cambio en Damián: su rostro, que antes estaba relajado, ahora estaba completamente tenso, sus ojos podían congelar el mar con tanta frialdad, su boca estaba cerrada y firme.

Cualquier mujer no provocaría tanta intensidad de emociones. Había sido alguien importante en su vida, y eso despertó en mí un sentimiento nuevo, algo que no podía identificar.

Él miró a la mujer con aire frío; si esa mirada fuera para mí, estoy segura de que me habría dado la espalda y salido por donde entré.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí? —casi gritó con voz firme.

—Vine a llevarte a almorzar, desde que regresé nunca me dejaste acercarme a ti. Ha pasado tanto tiempo, ¿alguna vez me perdonarás por lo que pasó? —Hizo un puchero travieso, sus ojos me recordaron a los de un cachorro buscando cariño.

La mujer ni siquiera notó mi presencia en la oficina; tenía los ojos fijos en Damián, y él la miraba con completo disgusto.

Al menos la forma en que la trataba me hizo sentir un poco de satisfacción; después de todo, él es mi prometido.

—No voy a almorzar contigo, ya puedes irte.

Me moví un poco, lo que llamó su atención; su rostro se volvió hacia mí.

—¿Podrías traerme un café, por favor? —la pregunta iba dirigida a mí.

—¡Ella no es mi empleada, Daniela! —Él tomó la delantera antes de que pudiera contestar.

—¡Pero ella tampoco está haciendo nada! Además, esta es una conversación privada, no quiero audiencia —Qué mujer tan arrogante.

—En realidad, eres tú quien debe salir de aquí, Daniela. Nos estás estorbando y molestando a mi prometida —El rostro de la mujer se distorsionó, se estaba poniendo roja. Su mirada se clavó en mí, fulminándome. No podía ocultar la ira que sentía.

—¿Tú qué? ¿Estás bromeando, no? —le pregunté incrédula.

—¿Por qué estaría jugando con algo así? Le pedí que se casara conmigo, ella aceptó, estamos aquí precisamente para conocer sus preferencias sobre la boda de compromiso y fijar la fecha y los detalles. —Me miró, tendiéndome la mano para que me acercara.

Me levanté lentamente, sintiendo los ojos de la mujer sobre mí, midiendo mi ropa sencilla; seguro se preguntaba qué vio en mí.

—Daniela, esta es mi prometida, Valentina. Valentina, esta es Daniela, fuimos juntos a la universidad.

Daniela me miró como si fuera un insecto; sabía que tendría problemas con ella, no parecía el tipo de mujer que dejaría pasar esto.

Sin duda, ellos tenían un pasado juntos, y ella aún no lo había dejado atrás.

—Encantada de conocerte, Valentina. No tenía idea de que eras su prometida, perdona por la forma en que te hablé —ella mostró una

sonrisa tan falsa como sus disculpas. Su rostro, que antes ardía de ira, ahora estaba pálido.

—El placer es mío. No te preocupes por eso —respondí con toda la calma que pude.

Estaba muy enfadada, pero Damián parecía tranquilo. Nada en él estaba tenso; sus facciones cambiaron, volvió a su aparente calma. Puso una mano en la parte baja de mi espalda, lo que envió ondas de calor por todo mi cuerpo.

Después de todo lo que había pasado entre nosotros, mi cuerpo siempre reaccionaba ante él de formas extrañas, como si tuviera vida propia.

—Felicidades, me tomó por sorpresa, no sabía nada de este compromiso, debes estar disimulándolo bien —me di cuenta de que no estaba tan cómoda como cuando llegó.

—Estamos esperando un tiempo, es bastante reciente, hablé con mi familia ayer, todavía vamos a programar todo —le respondí tomando la iniciativa, no iba a dejar que pensaran que solo era un adorno.

Me miró; su mandíbula casi se apretaba con la fuerza que hacía para contenerse. Sonrió, pero más parecía una mueca.

—Daniela, Valentina y yo vamos a almorzar. Terminé dejándola esperar demasiado; si no tienes nada más que decir, discúlpanos, tiene hambre —le informó Damián con el mismo tono taciturno que usa con la mayoría.

—Oh, claro, siento haberte interrumpido —dijo ella, aunque dudé que lo sintiera realmente—. Espero que tengas una buena comida y ten cuidado de no engordar demasiado, Valentina. El vestido de novia siempre es tan ajustado que no hay lugar para un gramo extra.

—No te preocupes, Daniela, Valentina es perfecta. Me casaría con ella aunque fuera a la iglesia en pijama; el vestido no será problema —me miró a los ojos, sentí un calor intenso en lo más profundo de

mi vientre—. Y si engordas, que sea la barriga que lleve a mi heredero.

—Ahh, te enviaré la invitación, es un placer conocer a los amigos de Damián; él siempre trata de guardarme en una cajita —me metí en su ritmo.

Sus ojos se abrieron y su rostro palideció aún más; la idea no debió sentarle bien. En cuanto a mí, sentí mis mejillas arder; no podía creer que hubiera dicho eso.

Giró sobre sus talones y salió de la oficina tan rápido como entró. Damián me soltó y parecía que yo era la única que encontraba extraña esa situación.

Sabía que acababa de conocer a alguien que probablemente ahora me odiaba, posiblemente alguna exnovia.

—Eso fue bastante raro... —comenté apenas la perdí de vista en el pasillo—. ¿Siempre hace eso?

—No te preocupes por ella. ¿Almorzamos? —cambió completamente de tema, tal vez eso lo incomodaba más de lo que mostraba, pero ¿por qué iba a importarme? Sentí una punzada al pensar que tenían algo; era extraño, pero lo dejé pasar y acepté su invitación. Tenía mucha hambre y habíamos pasado demasiado tiempo encerrados en esa oficina.

—Vamos entonces —respondí, y mi voz sonó un poco más seca de lo que debería. Él se dio cuenta y me miró de forma extraña, pero noté una leve sonrisa en la comisura de su boca.

No parecía querer hablar de ese pequeño detalle de su vida, pero si quería que confiara en él, tendría que aprender a confiar en mí. Y dejarme en la oscuridad sobre Daniela no era una opción para mí. Él tendría que decirme por qué ella no parecía dispuesta a dejar nuestra historia atrás.

Fuimos a uno de los restaurantes más famosos de la ciudad; noté que siempre nos seguía el auto de su seguridad personal.

También vi algunos paparazzi. Realmente parece que mi vida nunca será la misma. ¿Qué dirán…?

Capítulo 10

Damián

Ni yo mismo podía creer la desfachatez de Daniela, apareciendo en mi oficina como si todavía significara algo en mi vida. Me hervía la sangre al verla, pero lo que más me inquietó fue cómo miraba a Valentina. Y más aún, cómo la miraba Valentina a ella. Había algo en su gesto: incomodidad, desagrado... ¿celos?

Cuando salimos a almorzar, Valentina estaba distante, fría. Y esa actitud suya, en lugar de preocuparme, me hizo sentir... bien. ¿Será que le molestó verla? ¿Será que le importa más de lo que admite?

—Nos están siguiendo —me dijo, sin rodeos—. No hablo de tus guardaespaldas, hablo del otro coche, el que se mantiene cerca de ellos.

Miré por el retrovisor. Ahí estaban. Paparazzi. Con las cámaras listas, como sabuesos hambrientos esperando una imagen que vender. Daniela. Solo ella podía haber avisado. Debió pensar que estábamos escondiéndonos. Como si aún tuviera poder sobre mí. Patética.

Cuando bajamos en el restaurante, una ráfaga de flashes nos cegó. Preguntas sin parar, murmullos, gritos de "¡Damián! ¡Valentina!". La ignoré, la tomé de la mano y entramos como si nada. Pero sabía que a Valentina no le gustaba. No está hecha para esta exposición.

—¿En qué piensas tan concentrada? —le pregunté durante la comida. Me fascinaba observarla, querer entenderla. Con ella todo era nuevo, incluso el deseo de conocer lo que pasa por la cabeza de alguien más.

—Mi vida nunca volverá a ser la misma, ¿verdad? —dijo mirándome con una profundidad que me dejó sin aire.

—No... no volverá a ser igual —admití—. Pero, ¿realmente te gustaba tanto la vida que llevabas? A veces el cambio es lo mejor que puede pasarnos.

Lo dije sin pensar. Sin filtrar. No quería que malinterpretara, pero algo en mí necesitaba saber si seguía aferrada a ese pasado que tanto daño le había hecho. ¿Seguirá pensando en Gabriel?

—No estoy acostumbrada a esto... a ser el centro de atención —susurró, bajando la mirada—. Siempre he vivido una rutina más simple.

La dejé en su casa y, por supuesto, los fotógrafos nos siguieron hasta la puerta. Cada vez que la miraba, parecía más incómoda, como si regresar a su hogar fuera una condena.

—Sabes que puedes venir al apartamento cuando quieras, ¿no? —le dije, deteniendo el coche—. Eres mi novia, puedes quedarte el tiempo que quieras.

—Gracias... pero esta sigue siendo mi casa, al menos por ahora —respondió sin demasiado entusiasmo, abriendo la puerta.

—¿No crees que olvidas algo? —La tomé de la cintura y la atraje hacia mí. La besé, profundo, firme, dejando que todo el mundo —cámaras incluidas— supiera lo que significaba para mí. Ella suspiró contra mi boca, y por un segundo, el mundo desapareció.

Al menos les había dado a los paparazzi lo que querían: una imagen de amor en carne viva.

Esa noche no logré dormir. El recuerdo de Valentina, la imagen de Daniela, los flashes, todo se mezclaba. Y para colmo, recibí noticias de que Gabriel regresaría pronto de su luna de miel. Era hora de hacer público nuestro compromiso, de mostrarle al mundo quién era Valentina.

A la mañana siguiente, Steve me esperaba en la puerta del penthouse con el ceño fruncido y un periódico en la mano.

—¿Problemas tan temprano?

—Será mejor que vea esto usted mismo, señor...

Me entregó el periódico. El titular era un ataque disfrazado de noticia: **"Valentina Andrade repite la historia de su hermana: otra traición amorosa a la vista"**. Decían que me estaba utilizando, que había conquistado al prometido de su hermana igual que esta lo había hecho con Gabriel, que todo era por despecho, por venganza.

Mi sangre hirvió. La rabia me nubló la vista.

—Averigua quién filtró esto. ¡Quiero un nombre! Hoy.

No podía concentrarme. Pasé la mañana luchando con las cifras de la empresa, pero mi mente estaba con Valentina. ¿Ya lo habría leído? ¿Cómo estaría? Ayer ya se sentía afectada con todo lo de Daniela, y ahora esto…

Horas después, Steve volvió a llamarme.

—Tenemos al responsable. No le va a gustar.

—Habla. —Ya sabía que iba a explotar.

—Fue Salomón Novaes. Él habló con varios medios, confirmó tu compromiso y les proporcionó toda esa historia manipulada sobre la señora Andrade.

No lo pensé. Tomé las llaves del coche y salí disparado. Ni siquiera avisé en recepción. Entré como un huracán a la oficina de Salomón. La recepcionista me gritó que me detuviera. No lo hice.

Abrí la puerta de golpe.

—¿Quién te crees que eres para difamar a mi prometida? ¿Te has vuelto loco, Salomón?

—Damián, qué sorpresa... pasa —respondió, fingiendo inocencia—. ¿A qué viene tanto escándalo?

Me fulminó con la misma sonrisa hipócrita de siempre. Quería casar a su hija conmigo desde el principio, y ahora recurría a sus artimañas. Él no deseaba un yerno: quería un socio, un peón, un premio. Y yo no iba a dárselo.

—Esa mujer no es buena para ti —insistió, como si pudiera juzgar mi vida—. Mi hija es de buena familia. Con ella harías una alianza perfecta.

—Tu hija no le llega ni a los talones a Valentina. Ni en esta vida ni en ninguna otra —espeté.

Salomón perdió la compostura.

—¡No compares a mi hija con esa… esa oportunista!

—¡Lávate la boca antes de hablar de ella! —me acerqué tanto que sentía su respiración—. Valentina vale más que todos ustedes juntos. ¿Y tu hija? ¿La misma que le robó el prometido a su hermana? ¡Eso sí es ser basura!

Salí de allí sin darle opción de responder. Pasé junto a su hija como si fuera invisible.

Tenía que ir con Valentina. No sabía si ya lo había leído, pero lo que sí sabía era que no iba a permitir que se sintiera sola. No esta vez. No mientras yo existiera para defenderla.

Mientras manejaba, llamé a mis abogados. Ordené que demandaran a los medios por difamación y que borraran cada rastro de esa calumnia. No permitiría que nadie la lastimara, ni a ella, ni al bebé que llevaba dentro.

Y esta vez, se los haré pagar a todos. Uno por uno.

Capítulo 11

Valentina

Después de ese beso, entré a la casa toda roja y con una sonrisa tonta en el rostro; realmente estaba sonriendo. Damián es muy amable cuando quiere.

Mis padres no estaban cuando llegué y no los vi después. Me quedé en mi habitación hasta la hora de acostarme, así que me escondí ahí.

Me sorprendí pensando en Damián y muchas veces lo comparé con Gabriel. Seguramente, los atributos físicos de Damián ganaban; el hombre era un gran espécimen masculino. Sus ojos son tan profundos y cálidos que con solo la mirada pueden provocar un incendio en el cuerpo de cualquier mujer, y eso no me incluye.

Tiene un magnetismo difícil de ignorar. Debería dejar de pensar en él, necesito concentrarme. Tenemos un contrato, no es como si fuera a ser mi verdadero esposo. No puedo ilusionarme así.

Aun así, me fui a dormir pensando en él y tuve un sueño que ni siquiera me atrevería a contarles a las paredes.

A la mañana siguiente me desperté con un alboroto en la casa. Mis padres discutían y sus voces se acercaban cada vez más a mi habitación, hasta que entraron sin permiso alguno. Mi padre estaba rojo como un tomate, mi madre justo detrás de él tratando de contenerlo.

—¿No estás cansada de avergonzarnos, niña? ¿Qué hice mal en tu creación? —Bajó la mano sobre mi rostro. Momentáneamente no sentí el dolor de la bofetada, pero sí el ardor que siguió.

Mi madre le gritaba que no hiciera eso, pero otro golpe me dio en la cara y ni siquiera sabía de qué se trataba. No entendía qué podía

haber hecho para hacerlo enojar tanto.

Por supuesto, mi mamá no estaba preocupada por mí, sino por algo que Damián le había dicho a mi papá. Ella seguía diciéndole que recordara lo que Damián le había dicho.

Mi padre me tiró el periódico a la cara.

—¿Crees que esto es cosa de mujer digna? ¿No te avergüenzas de tomar el marido de otra persona? —Pero… miré detenidamente las noticias, y lo único que decían era que yo era una ladrona de novios, que me había robado a Damián.

—¡Eso no es verdad! Damián no tenía nada que ver conmigo, me lo había dicho él mismo. —Mi padre no me escuchaba, seguía gritando que yo era una peste, que se avergonzaba de mí y de mis malos modales, que Renata siempre le advertía que yo era una víbora.

—¿YO? ¿Estás seguro de que hablas de la hija correcta? ¿Qué sabes tú de dignidad? —A estas alturas ya les gritaba. —Apoyaste a Renata, mi propia hermana, en el robo de mi prometido. Ella se casó con él cuando se suponía que yo debía estar en el altar. ¿Y ahora quieres darme lecciones de moral por una mentira? Ustedes son los que deberían avergonzarse, yo no. Yo no hice nada malo. Ya basta de vergüenza bajo su propio techo.

Mi padre levantó la mano hacia mí una vez más. Cerré los ojos y me encogí de hombros para recibir el golpe, pero unos momentos después no vino. Abrí los ojos y la escena frente a mí me aterrorizó y a la vez me hizo sentir extremadamente aliviada.

Damián estaba frente a mí, sosteniendo la mano de mi padre por la muñeca. Su cuerpo fuerte me protegía como una pared. Solo podía ver parte de su rostro, pero sus ojos brillaban de ira, todo su cuerpo estaba tenso y respiraba con dificultad.

—¡Te advertí que no la volvieras a tocar! —Su voz resonó como un trueno en la habitación, y mi cuerpo se estremeció solo al escucharlo.

—Ella sigue siendo mi hija y está bajo mi techo, ¡y no empañará el nombre de esta familia! —Respondió mi padre con igual fuerza.

—¡Es mi prometida! ¡Mi futura esposa! Puedes ser quien seas, pero nunca volverás a tocarla si quieres mantener tus manos en su lugar. —El tono amenazante de Damián hizo retroceder a mis padres.

Damián soltó a mi padre y se giró hacia mí. Sus ojos, que antes parecían icebergs, se derritieron al mirarme. Pude ver lástima mezclada con ira, pero también algo más, quizás cariño. O tal vez solo estaba imaginando cosas.

—Ven conmigo, yo te cuidaré. —¿Cuidar de mí? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que alguien me decía esas palabras?

Mis padres despejaron el camino para que pasáramos, pero ambos estaban muy enojados mientras me miraban.

Antes de irse, Damián se volvió hacia ellos nuevamente.

—Valentina vivirá conmigo de ahora en adelante. No pienso dejarla aquí más tiempo. Enviaré la invitación de la boda.

Me llevó al auto. Yo no había llevado nada y solo iba en pijama, pero no estaba preocupada. Lo único que podía pensar era en cómo ellos dos podían ser mis padres.

Damián ordenó a alguien que condujera el coche y se sentó en la parte de atrás conmigo.

—¿Estás bien? —Su mano corrió hacia mi rostro, frotando la marca roja que probablemente aún estaba allí.

—Sí, estoy bien —respondí con calma—. Simplemente no puedo entenderlos. —Añadí con amargura.

Tomó mi cara entre sus manos y me giró hacia él, sus ojos profundizaron en los míos de manera cálida.

—Nunca más dejaré que nadie te toque así. Siempre te protegeré. Siento no haber llegado antes.

Sentí que mi corazón dio un vuelco. Lo decía con tanta certeza, como si fuera capaz de cualquier cosa por mí. Esa actitud me tomó por sorpresa.

Me soltó entonces, como si eso lo hubiera sorprendido tanto como a mí, sacó su celular y empezó a mandar mensajes.

—Hice que mi asistente organizara una conferencia de prensa para aclarar nuestra relación, anunciar nuestro compromiso y también les pedí que encontraran la fecha de boda más cercana para organizarla. —Me miró para ver si estaba entendiendo todo lo que decía. Solo asentí—. También pedí que enviaran ropa, maquilladora y peluquera. No dejaré pasar este anuncio sin hacer ruido.

Vi que su mandíbula se tensaba mientras hablaba. Parecía estar tratando de controlar la ira; creo que incluso podría ser por mí, pero lo más probable es que estuviera preocupado por su imagen y los problemas que ya le había dado en tan poco tiempo.

Aun así, mi tonto corazón insistía en latir salvajemente cada vez que mostraba cariño hacia mí.

Me quedé sola en la habitación preparándome, mientras él me esperaba en la sala. Las personas que contrató hicieron un gran trabajo; ni siquiera podía reconocerme en el espejo. Nunca había estado tan arreglada, ni siquiera cuando me iba a casar.

Al terminar, caminé con pasos firmes hacia la sala. Damián estaba mirando su celular, pero cuando me acerqué, me miró y su expresión no tenía precio.

Sus ojos se agrandaron, recorrió mi cuerpo de abajo hacia arriba, tragando saliva un par de veces.

—Te ves encantadora, Valentina... —Su voz era profunda, sus ojos se oscurecieron y me imaginé que estaba pensando lo mismo que yo en ese momento.

—Será mejor que nos vayamos pronto, antes de que no pueda llevarte a compartir esta visión con el mundo.

Sentí que mi cara se calentaba; si no me hubiera maquillado, probablemente estaría muy roja.

Llegamos a la empresa y todo estaba listo para la conferencia de prensa. Estábamos solos en una habitación mientras los demás anunciaban que estábamos a punto de entrar. Damián sostenía mi mano, y el calor que emanaba de ella me calentaba por completo.

—Todo está bien, estoy contigo. Nadie se atreverá a ofenderte. —Estaba tan cuidadoso conmigo.

—Gracias... Quiero decir, ni siquiera te agradecí... por todo. —Estaba un poco avergonzada y las palabras se perdieron.

Puso su mano suavemente sobre mi rostro, y asentí voluntariamente, acercándonos un poco más.

—No necesitas agradecerme, este es mi deber como tu prometido. —Me sonrió.

—Aun así, estoy agradecida. Nadie ha hecho algo así por mí.

Se acercó más, su rostro quedó a centímetros de mi oído, su aliento me hacía cosquillas en el cuello.

—Así que tenemos de nuevo una primera vez. —Se apartó y esbozó una sonrisa desvergonzada, imposible de no seguir.

—Vamos y brindemos un espectáculo que valga la pena ver. —Me tendió el brazo y lo tomé con elegancia. Caminamos juntos hacia el escenario, donde apenas cruzamos las puertas comenzaron los aplausos.

Lo abracé un poco más fuerte y él acarició mi mano, probablemente tratando de calmarme y decirme sin palabras que todo estaba bien.

Entonces empezaron las preguntas.

Capítulo 12

Valentina

La rueda de prensa transcurrió tal como Damián quería: se resolvieron todas las dudas, se respondieron todas las preguntas. Por supuesto, hubo quienes hicieron comentarios muy malos, pero mantuve la cabeza fría y no permití que Damián se contradijera, incluso cuando las preguntas eran hirientes y ofensivas.

No podía permitirme sentir tristeza por la boda que se llevó a cabo, pues tenía que demostrar que Damián y yo estábamos completamente enamorados.

Él declaró que quien haya filtrado la información columnista enfrentaría un proceso judicial, lo que hizo que muchos periodistas se mostraran aprensivos. Probablemente también fue una técnica para que esta vez fueran más amables.

Al regresar al departamento, me sentí más aliviada. Realmente es un buen actor; en cada palabra me hizo sentir única y especial, aunque siempre serio e imponente.

Damián es un hombre realmente impresionante: su cuerpo tonificado, su rostro masculino, el deseo que aparece en sus ojos cada vez que me mira... es difícil creer que todo esto sea real, pero sé que es solo un contrato.

—No te ves muy bien, ¿qué te pasa? —me preguntó tranquilamente mientras caminábamos de regreso al departamento.

—No sé, no pasa nada, pero me siento diferente. Las cosas van tan rápido que me mareo un poco —respondí sinceramente.

—Me imagino que debe dar miedo que tu vida cambie tan rápido, pero me gustaría pensar que todos esos cambios serán para mejor —siempre intentaba hacerme sentir bien; era admirable.

—Todavía no me doy cuenta de que pronto me cansaré de alguien a quien conozco desde hace solo unos días —le sonreí y negué con la cabeza—. Si alguien me hubiera dicho eso hace un mes, lo habría llamado loco enseguida.

Damián soltó una carcajada sincera; ambos empezábamos a entendernos bien.

Llegamos y él se fue a su habitación. Yo me quedé un poco perdida, fuera de lugar, sin saber a dónde moverme ni qué hacer.

Decidí entrar a una de las habitaciones; probablemente estaríamos en habitaciones separadas, así que una de las tres tenía que ser la mía.

Me di una ducha larga y me lavé todo el maquillaje, pero como todavía no tenía ropa allí, me puse la toalla y salí a buscar algo para ponerme.

Entré en su habitación, pero ya no estaba. Miré alrededor, abrí algunos cajones y, en uno de ellos, encontré un uniforme militar, doblado prolijamente como todo lo demás. Tenía el apellido de Damián. Cerré el cajón y encontré algunas prendas más comunes; tomé una camiseta y unos pantalones cortos y me los puse. Eran grandes, pero no me importó.

En el pasillo, el olor a algo muy delicioso flotaba en el aire. Caminé hacia la cocina, suponiendo que provenía de ahí.

Damián estaba en la cocina, preparando algo que olía muy bien.

—Espero que te gusten los mariscos. Estoy haciendo pasta, ¿te gusta? —Estaba sin camisa, solo con pantalones de chándal.

—Me gustan bastante; creo que es uno de mis platos favoritos —dije. Apenas se volvió, ni siquiera pude ocultarlo: mis ojos recorrieron su abdomen, grabando cada cuadrito en mi mente.

—Mira, estoy hablando de la comida —dijo divertido.

Sentí cómo mis mejillas ardían, pero salí de donde estaba y me acerqué.

—También estaba hablando de la comida. Espero que no te importe; no tenía nada cómodo para usar, así que tomé algunas de tus prendas del guardarropa. ¿Cuándo podemos ir a buscar mis cosas?

—Pedí que compraran todo nuevo, no hay que preocuparse por las cosas que quedaron atrás —respondió.

—Claro que no... —dije.

—Es solo que hay algunas cosas que son sentimentalmente valiosas para mí, cosas que no podré reemplazar —traté de explicar—. ¿Quieres ayuda con algo? Soy buena en la cocina.

—Tu cara... —se limpió las manos con un paño y tocó suavemente mis mejillas—. ¿Esto te molesta? Tengo algunos ungüentos que podrían ayudar —sus ojos estaban llenos de preocupación.

—No, está bien, no siento nada; solo está un poco marcado, no mucho —traté de no perderme en esa magnífica mirada—. Entonces... ¿ayudas en la cocina?

—Entonces... creo que pelearemos para ver quién cocina. ¡Yo también soy bueno en eso! —esbozó una gran sonrisa, parecía bastante tranquilo y relajado.

—No pareces alguien a quien le guste cocinar, ¿sabes? Nunca me lo hubiera imaginado —comenté.

—Todavía no sabes muchas cosas... Está bien, no hace falta que nos peleemos por la cocina, pero lo haremos juntos, ¿qué te parece?

—¡Una gran idea! —respondí emocionada.

—Mi ropa te queda mucho mejor a ti que a mí —me midió con una mano en la barbilla y una sonrisa en los labios.

—Manos a la obra, deja de ser tan lindo —respondí, rodando los ojos, sonriendo y sacudiendo la cabeza. A veces es tan gracioso.

Parecíamos una pareja feliz mientras cocinábamos, jugábamos y nos tirábamos cosas. Era muy divertido estar con él.

Charlamos de cosas sin importancia, sin ningún tema realmente necesario. Parecíamos amigos de toda la vida. Comimos sentados en la alfombra de la sala, viendo la televisión. Lo último que pensé que haría con alguien como él. Su mundo no parecía estar tan cerca del mío.

Un hombre tan rico y poderoso como él, que cocinaba y comía en el suelo como un niño... era algo digno de contemplar.

—Entonces... no quiero parecer aburrida ni invasiva, pero fui a buscar ropa para ponerme y terminé encontrando un uniforme. ¿Fuiste militar? —No quería invadir su privacidad, pero era lindo conocer un poco de la persona con la que iba a compartir la casa.

—Sí, realmente parece que fue hace una eternidad, pero no fue hace tanto tiempo. Aprendí a arreglármelas por mi cuenta durante el tiempo que estuve allí —pareció perderse un poco en sus pensamientos. Debe ser un tema sensible para él.

—Entiendo. ¿Y dónde me voy a quedar? ¿Hay algo que no pueda hacer o mover? No quiero hacer nada malo —dije, agitando las manos con ansiedad.

Damián parece un hombre organizado y sistemático. Debe ser muy diferente para él tener a alguien aquí, revisando sus cosas y cambiando su rutina.

—Valentina... creo que todavía no entiendes... este es nuestro apartamento, nuestra casa. No tienes que preguntarme qué puedes hacer o dónde puedes quedarte, aunque me gustaría que te quedaras en nuestra habitación. Tú también vives aquí, ¿entendido? —tomó mis manos y las sostuvo entre las suyas, sonriendo.

—Gracias, me siento un poco fuera de lugar, pero seguro que me acostumbraré —al menos lo intentaré. Lo conozco tan poco.

—Eso espero... escuché que tu hermana regresará de su viaje mañana —su tono de voz cambió, sonaba como el hombre de negocios otra vez: frío y calculador. Cambiaba muy rápido, era confuso a veces—. La cena de compromiso será pasado mañana. No quiero retrasar nada más. De hecho, mañana tenemos que ir a la joyería; tienes que elegir tu anillo.

—Ah, sí, podemos ir cuando quieras —era extraño hablar con tanta naturalidad de todo lo que hacíamos. Mi mente me recordaba una y otra vez que esto era un contrato y que esos cambios drásticos solo lo confirmaban.

—También puedes elegir algo de ropa, cosas que te hagan sentir más cómoda. Creo que todo lo que te trajeron no debió gustarte para estar en casa, al menos...

—Es cierto, sus ropas se veían mucho mejor que todo lo que me trajeron; eran apretadas y adornadas.

Me gusta la sencillez, aunque sé que tendré que acostumbrarme a su mundo, donde las apariencias lo son todo.

Damián no se parece en nada a lo que imaginé que sería. Me sorprendió un poco hoy el cuidado que tuvo conmigo, defendiéndome como lo hizo, las actitudes que tomó sobre quien difundió la noticia. No pensé que llevaría en serio su papel de novio, pero me equivoqué: es muy responsable y está haciendo todo lo que debe hacer un verdadero novio.

—Me voy a la cama, el día ha sido bastante largo. Me siento agotada —anuncié, preparándome para levantarme e ir a la habitación de invitados.

—Creo que nuevamente te estás olvidando de algo —lo miré por milisegundos antes de que me atrajera hacia su cuerpo, cubriendo mi boca con la suya y encendiendo todo mi cuerpo.

Me entregué a él nuevamente, ahora marcando la sala de nuestro departamento.

Como dijo, me dejé guiar hasta encontrar mi placer y olvidar todos mis problemas, miedos y dudas. Nos convertimos en uno solo, y todo era perfecto cuando estábamos en los brazos del otro.

Capítulo 13

Valentina

A la mañana siguiente me desperté sola. Dormí más de lo habitual, ya que mi noche con él fue bastante larga.

Damián ya debía haberse ido a la empresa; después de todo, no es un hombre de negocios exitoso porque se queda en casa durmiendo hasta tarde.

Pasé el día un poco aburrida. El departamento de Damián, o como él dijo, nuestro departamento, está impecable; no hay absolutamente nada que hacer, todo está extremadamente limpio y bien mantenido.

Estaba distraída en la cocina cuando una voz femenina me sobresaltó.

—Hola. —Juro que casi podía sentir mi corazón salirse de la boca.

—Lo siento, no quise asustarla. Mi nombre es Ivone, soy empleada del señor Castillo.

—Está bien. —Recuperé el aliento—. No me había avisado que venía alguien, por eso me asusté mucho. —Le di una sonrisa—. Soy Valentina, encantada de conocerte. —Extendí mi mano para saludarla y ella me devolvió el gesto con una sonrisa sincera.

—El placer es mío, señorita. Vine a cuidar la casa. Vengo tres veces a la semana, solo para asegurarme de que todo quede como al señor Castillo le gusta.

—Entonces nos veremos a menudo... —Parecía una buena persona —. Si te puedo ayudar en algo, por favor dímelo; casi me vuelvo loca sin nada que hacer. Ivone debe andar por los cuarenta, está muy bien vestida y es educada.

—Estoy segura de que al señor Castillo no le gustaría mucho la idea. Después de todo, la señora es su prometida.

—Por favor, llámame Valentina, a él no le importará. ¿Fue él quien te habló del compromiso?

—Se comunicó con ella y pudo haberme advertido, evitando así mi susto.

—No, la noticia está en muchos lugares, es un hombre muy conocido. Cada vez que hace una declaración sale en todos los medios. —Claro que lo había olvidado por completo.

—Oh, así es. ¿Has trabajado para él durante mucho tiempo? —pregunté, ya curiosa. Al menos ahora sé que no estaré desesperadamente sola.

—Sí, ha pasado un tiempo. —Está esquivando mis preguntas, no es tan abierta a conversaciones. Mejor la dejo trabajar, pobre, la estoy molestando.

Iba paseando de un lado a otro, caminando para acá y para allá, pero no había absolutamente nada que hacer. Ese departamento, sin color, completamente sin vida, me estaba deprimiendo, así que decidí salir a comprar algunas flores y jarrones. Él dijo que podía hacer lo que quisiera y quiero darle algo de color a este apartamento sobrio.

Le avisé a Ivone que iba a salir y me puse uno de los vestidos más básicos que pude encontrar entre la ropa que trajeron.

Tomé un taxi hasta el centro de la ciudad. Apenas bajé y empecé a comprar lo que quería, noté que muchas personas me miraban. Y cuando iban acompañadas, susurraban con la persona a su lado.

Aproximadamente una hora después de que me fui, mi celular comenzó a sonar insistentemente. Respondí a la segunda llamada, ya que tenía las manos llenas de bolsas y me costaba tomar el teléfono.

—¿Hola?

—¡Valentina! ¿Dónde estás? —Su voz sonaba un poco autoritaria y también algo preocupada, quizás.

—Estoy en el centro, vine a comprar algunas cosas, ¿por qué? —pregunté un poco confundida; él no parecía muy normal.

—Todo está bien. Encuéntrame en la plaza al lado de la oficina de correos, voy en camino. —Qué raro, ¿por qué está actuando así?

Me dejé el sentimiento a un lado y fui a donde me pidió. A los minutos apareció. Yo estaba sentada en un banco con las bolsas. Paró con el auto en la acera, se bajó y me ayudó con las cosas, luego me pidió que me sentara a su lado.

Estaba muy serio, no se veía igual que ayer.

—Valentina, necesito recordarte que ahora eres una persona conocida, eres mi futura esposa, nos casaremos en unas semanas. No puedes andar así sin avisar y sin compañía... —miró al frente, pero se veía bastante tenso.

—Lo siento, no me detuve a pensarlo. Me estaba sintiendo un poco apresada, así que decidí salir a caminar. No pensé en eso.

—Pero necesitas empezar a pensar. Tu vida no es tan simple como antes, debes prestar atención a estos detalles. Algo te pudo haber pasado.

Está preocupado por mí...

—Dejé a alguien encargado de acompañarte en caso de que salieras, pero parece que se había ido del puesto justo cuando decidiste salir. De ahora en adelante dejaré dos, para que se turnen cuando sea necesario.

—¿No crees que estás exagerando un poco? No necesito que me escolten, no me gusta la idea de que alguien me acompañe siempre.

—Sé que esto te puede sonar extraño, Valentina, pero no creo que sea una exageración. No sé cómo decirlo sin sonar arrogante, pero soy rico y existen muchas personas malas en el mundo. Lo último que quiero es que te pase algo malo por mi culpa.

Realmente sonaba bastante arrogante, pero en eso tenía razón: me pueden secuestrar para llegar a él, o mejor dicho, a su dinero. Después de todo, nadie sabe que no somos una pareja real. Bueno, somos muy buenos en la cama, pero en realidad no nos amamos... Pensar en eso hizo que mi corazón sintiera una leve e incómoda punzada, pero no le presté mucha atención.

—Está bien, lo siento. Prestaré más atención a estos detalles y te avisaré cuando salga, si te sientes más cómodo. —Le di una sonrisa débil, pero ni siquiera se dio cuenta.

—Vamos al centro comercial, elijamos tu anillo y almorzaremos allí, ¿de acuerdo? —Asentí y el resto del camino anduvimos en un silencio de puro bochorno.

Yo parecía una niña a la que acababan de regañar. Él me dejaba confundida; sus emociones cambiaban drásticamente a una velocidad que era difícil de seguir.

Fuimos al centro comercial más exclusivo de la ciudad. Nunca había estado allí y era hermoso. Miré alrededor, algunas tiendas que nunca tuve el placer de visitar, tantas cosas de lujo: joyas, ropa de diseñador, de todo. Olía a riqueza.

Me llevó a una joyería muy lujosa; los encargados de la puerta ya lo estaban esperando.

—Señor Castillo, qué bueno verle, le estábamos esperando. —Le habló una rubia sonriendo—. Vamos a la sala de espera y felicidades por su compromiso. —Dijo mirando en mi dirección.

—Claro, vamos, cariño. —Me guió con una mano en la parte baja de la espalda, entramos a un salón gris con cómodos sillones. Había chocolates y una mujer nos trajo champaña.

Unos minutos más tarde, regresó con los anillos y los colocó sobre la mesa.

—Estos son nuestros modelos exclusivos, solo hay una pieza de cada uno de ellos.

Miré asombrada los anillos. Trajo siete, y todos eran de una belleza encantadora; brillaban más que el cielo estrellado.

No me atreví a mover un músculo, los observé atentamente mientras Damián me miraba.

—¿Te ha gustado alguno? —me preguntó, y yo inmediatamente lo miré.

—Todos son hermosos. —Me preguntaba cuál sería el precio de esas piezas. Ni siquiera sé si estoy en condiciones de usar algo así; seguramente valdría más de lo que podría pagarle en toda la vida si perdiera el anillo.

Él se acercó a los anillos y tomó el que más me había llamado la atención. Me tendió la mano para que se la diera y así lo hice. El anillo me quedó perfecto.

—Quedó hermoso. —Besó mi mano, justo encima del anillo—. Tan perfecto como mi hermosa novia. —Se volteó hacia la mujer—. Lo llevaremos.

El anillo me gustó, me recordó a un girasol, mi flor favorita. No sabía qué piedras tenía, pero por estar en esa tienda, definitivamente era muy caro.

Salimos de la tienda y todavía estaba boquiabierta. No podía apartar los ojos de mi mano, analizando el anillo desde todos los ángulos posibles.

Pagó y salimos de la tienda.

—¿Te gustó? —Me miró profundamente.

—No hay manera de que no me guste. Es perfecto... —respondí, casi sin aire. Lancé mis brazos alrededor de él y lo envolví en un fuerte abrazo—. Me encanta.

Sentía una mezcla de emociones muy fuertes. No sabía de dónde venían, pero la sensación era muy buena.

Caminábamos cerca del restaurante donde íbamos a almorzar cuando su celular comenzó a sonar.

—¿Me disculpas un momento? Necesito contestar la llamada en un lugar más tranquilo. —Asentí y él comenzó a caminar más lejos hacia una de las tiendas mientras yo miraba las vitrinas.

—Mira a quién tenemos aquí...

Capítulo 14

Valentina

Por supuesto que reconocí la voz en cuanto la escuché. ¿Cómo alguien no podría reconocer la voz de una de las personas más importantes de su vida?

—Renata, me alegro de verte. ¿Cómo estuvo tu viaje? Espero que todo haya ido bien —respondí tratando de sonar desinteresada y tranquila, lo cual era bastante difícil, ya que ella estaba en la luna de miel que yo había planeado.

—No hace falta que vengas con ese aire de quien ya lo superó, Valentina. Sé bien que te mueres de rabia. Sí, mi viaje fue maravilloso, con mi increíble esposo. ¿Y tú? ¿Ya descubrieron que eres una estafadora? —Por supuesto que no perdería la oportunidad de provocarme.

—Damián y yo estamos genial. ¿No tuviste tiempo de ver las noticias? Lo anunciamos públicamente ayer y nuestra cena de compromiso es mañana. Estás invitada —moví mis manos levemente y la mirada de mi hermana se clavó en mi mano.

—¿De dónde has sacado eso? —Su pregunta estaba llena de indignación, de enojo. Claro que había reconocido el anillo; se pasaba la vida diciendo que tendría lo mejor, conocía todos los modelos exclusivos de todas las tiendas importantes de la ciudad.

—¿Cómo que de dónde lo saqué? Por supuesto que me lo regaló mi prometido. Es mi anillo de compromiso —le di una sonrisa falsa y burlona, tal como solía actuar ella conmigo.

—¿Quién crees que eres para andar presumiendo? ¡No te mereces ese tipo de joyas, no eres lo suficientemente mujer para estar al lado de alguien importante! —Estaba casi gritando, sus ojos abiertos, su rostro rojo, muy enojada. Yo simplemente no podía

entender por qué estaba tan furiosa. Ella quiere ser feliz, pero, ¿no soporta que yo lo sea también?

—Bueno, parece que mi prometido piensa que soy alguien que lo merece, ya que él lo eligió para mí —ella estaba echando espuma por la boca y yo disfrutaba haciéndola enojar.

—¿Y dónde está tu prometido? ¡Apuesto a que ni siquiera sabe que estás aquí gastando su dinero! ¿Él sabe qué tipo de persona eres? ¿Sabes que todo lo que te importa es su dinero? No me engañas con esa cara de niña buena, Valentina, ¡sé lo egoísta que eres! ¿Quién dice que está tan enamorado que acepta una propuesta de matrimonio tan rápido? ¡Tu interés es notable! —Menos mal que el centro comercial estaba vacío, porque no era cualquiera el que podía estar allí. Aun así, sus acusaciones me dolieron. Yo nunca fui así; todo lo contrario, quien siempre se mostró así fue ella misma.

Me estaba conteniendo para no darle la paliza que se merecía, ya que estaba embarazada y no quería ser la culpable de que le ocurriera algo malo al bebé.

—Creo que será mejor que te calmes, Renata, en tu estado no es bueno estar tan estresada. Además, mi vida con Damián no le incumbe a ti ni a nadie más —iba a entrar al restaurante, tenía muchas ganas de evitar más conflictos; sabía muy bien que Renata haría todo lo posible por provocarme.

—¡Sabes que cuando se entere de la verdad serás el hazmerreír de todo el pueblo! Ser abandonada por segunda vez en tan poco tiempo no debe ser agradable —su risa me estaba irritando profundamente; tenía el don de dejarme por el suelo, ya que era la única que había estado a mi lado hasta hace poco.

—¿Por qué no puedes alegrarte por mí? ¿Por qué tanta ira? Dices que amas a Gabriel, genial, ustedes están juntos entonces. ¿Por qué todo esto? Ira, rencor... ¿qué te he hecho? —Tenía muchas ganas de saber, eso no podía ser a cambio de nada, no era posible.

—No serás feliz, no te casarás porque no vales nada y yo lo ayudaré a abrir los ojos. No eres mujer para él ni para ningún hombre —todavía me costaba creer que pudiera odiarme tanto, pero lo hacía y lo dejaba en claro.

—¿Y desde cuándo tengo los ojos cerrados? —escuché la voz de Damián cerca de nosotras. A juzgar por la cara de sorpresa de mi hermana, ella tampoco se había dado cuenta de su acercamiento.— No fue con los ojos cerrados que construí mi imperio, creo que te equivocas. —Renata cambió su expresión en cuanto Damián se acercó.

—Señor Castillo, no sabía que estaba por aquí. Siempre es un hombre tan ocupado. Hacer lo que le gusta a mi hermana no debe haber sido fácil, es muy exigente, ¿no?

—¿Exigente? ¿Valentina? —Me abrazó por la cintura y, como siempre, sentí que mi cuerpo se calentaba. Mi constante y creciente deseo por él comenzaba a asustarme. Renata observó cada uno de nuestros movimientos, analizándonos como si buscara fallas.— Valentina casi tuvo que ser arrastrada hasta aquí. Es difícil ver a una mujer que ni siquiera sabe lo que lleva en las manos. Y no es el anillo del que estoy hablando; es mi propio corazón que salta en mi pecho cada vez que la veo.

—Eso es porque todavía no la conoces bien —su rostro no negaba su disgusto. Sus expresiones cambiaban fácilmente.

—Tienes razón. Si conociéndola tan poco daría el mundo por ella, imagina cuando la conozca como la palma de mi mano. Y ay de quien se meta con ella —me miró por un momento y una sonrisa apareció en mis labios, un reflejo de que él también estaba presente.

—Bueno, no quiero molestar, solo pasaba por aquí comprando algunas cosas para el bebé. Gabriel está tan emocionado por la llegada de nuestro hijo que casi no puede contenerse.

—Valente avisó de la cena. Espero que no sea demasiado repentino. Quiero que esté presente toda la familia de Valentina —¿Mel? ¿Ahora soy Mel? Esto es diferente... —Quiero que todo el mundo sepa que esta preciosa mujer es solo mía.

—Claro, sí me avisó. No me perdería esta cena por nada, después de todo, es mi hermana. No quiero más molestias en la familia, aunque sé que no me perdonará tan fácilmente. Yo aún la amo. —¿Cómo se atreve a tratar de hacerse pasar por una buena chica? ¡Es una víbora traicionera! —¡Víbora!

No puedo creer que le creí por tanto tiempo. ¿Cómo pude ser tan ingenua? ¿Tan tonta? Renata es como el mismísimo diablo con esa cara de niña buena, pero he visto su verdadera cara y Damián no es el tipo de hombre con el que caiga en jueguitos.

—Te aseguro que no hay nada que me haga guardar rencor. Fue gracias a ti, Renata, que encontré a alguien tan maravilloso como Damián. Estaba cometiendo un error en mi vida y dejaría pasar el amor verdadero, pero fuiste tú quien terminó siendo quien me abrió los ojos. Y aquí estamos, comprometidos y felices. No te preocupes por nada, ustedes dos se merecen. Se ven muy bien juntos —respondí con todo el sarcasmo que pude.

—Vamos a almorzar, querida. Tengo que volver a la empresa, así que primero te dejaré en nuestra casa —vi que el rostro de Renata estaba distorsionado por el nerviosismo, así que abrí mi sonrisa más brillante y me despedí.

Sonrió y se alejó pisando fuerte, tenía varias bolsas en las manos. Solo quería estatus y eso es lo que creo que le da Gabriel: una vida de lujo y riqueza. Por eso me lo quitó, pero, ¿por qué insiste en que yo soy la que no es buena? ¿Que no me lo merezco?

—¿Está todo bien? —me preguntó Damián, sacándome de mis ensoñaciones.

—Sí, simplemente no lo entiendo. Quería saber por qué es tan traicionera —dije mientras entrábamos al restaurante. Entonces

recordé algo mucho más interesante que Renata.— ¿Así que Mel? —Vi que se sentía un poco avergonzado.— Me encantó. —Le sonreí y él hizo lo mismo.

—¡Te queda perfecto! Igual de dulce que tú —ahora era mi turno de estar avergonzada.

—Gracias una vez más por rescatarme. Muy pronto puede que acabe creyendo que eres mi príncipe de la armadura y el caballo blanco.

—Tal vez... pero yo soy más como el lobo feroz —sonrió, pero era aquella sonrisa; ya podía definir cuándo estaba pensando en otra cosa justo cuando me sonreía.

Almorzamos, hablamos, realmente nos llevamos muy bien...

Capítulo 15

Damián

Salí temprano del apartamento, sin hacer ruido, antes de que Valentina despertara. Otra noche perfecta. Ella tiene esa extraña habilidad de calmarme, de hacerme sentir... completo. Es como una adicción que no supe que tenía hasta que la conocí. Cuanto más estoy con ella, más quiero. Más necesito.

Entré en la oficina con una sonrisa estúpida que ni siquiera intenté disimular. Lo supe cuando vi a Iván cruzar la puerta sin anunciarse —como siempre— con su típico tono burlón.

—No puedo creer esa cara de idiota enamorado que estás poniendo —dijo, soltando una carcajada.

—¿Viniste solo a molestar o traes algo útil hoy? —resoplé. Iván es uno de los pocos a los que llamo amigo de verdad. Hermano, incluso. Compartimos trinchera, cicatrices y secretos que nunca verán la luz.

—Me presento aquí, con todo mi encanto, y así me recibes... Qué bonito. Pero explícame una cosa, genio: ¿cómo es que tu mejor amigo se entera de tu compromiso por una maldita revista de chismes? —Se tiró en el sofá con falsa indignación.

—Fue todo muy rápido. No tuve tiempo —reconocí con resignación —. Mañana haremos la cena de compromiso. Espero que vengas.

Lo noté. Detrás de la broma había una punzada de verdad. Estaba dolido. Y con razón.

—¿Muy rápido para hacer una llamada? Vaya, el amor te está haciendo olvidar tus raíces, maldito. Pero bueno, ya está. Hasta que no conozca a mi cuñada, seguirás siendo esa maleta sin asa que nadie quiere cargar —soltó con dramatismo, cruzando los brazos.

—No empieces, Iván. Sabes bien que esto es un acuerdo. Ella necesitaba protección, yo necesitaba una esposa. Nos convenía. Eso es todo.

—Claro, claro... Un contrato —repitió, paseándose por la oficina como quien se prepara para soltar una profecía—. Pero tú te estás metiendo hasta el cuello. Te conozco, Damián. Y esto de fingir… No va a acabar como crees.

—Para mí, sí —respondí firme, pero sin tanta convicción como otras veces.

Cogí el móvil y llamé a casa. Me informaron que Valentina había salido. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Con quién? El guardaespaldas que tenía asignado juró que solo se ausentó unos minutos. Un error. Uno que no volvería a cometer.

—Lo siento, señor. No la vimos salir. Asumo toda la responsabilidad.

Suspiré, luchando contra la rabia. No era culpa de ellos. Valentina no entendía del todo los riesgos. Aún no era consciente de lo mucho que su vida había cambiado.

—Envíen más personal. Quiero turnos dobles y sin distracciones —ordené. Colgué.

Iván me observaba con los brazos cruzados, la sonrisa burlona instalada en la cara.

—Estás completamente perdido, amigo. Enamorado. ¡Totalmente hechizado por una mujer que ni conoces del todo!

—No digas estupideces. Me preocupa su seguridad. Ahora todos la conocen, y ella aún actúa como si nada hubiera cambiado.

—Dilo como quieras —se encogió de hombros, riéndose entre dientes—. Pero admito que me sorprende. Nunca fuiste de los que caen en esto. Y mírate ahora... ¡te vas a casar antes que yo!

—¿Puedo llamarla? ¿O vas a seguir con tus reflexiones de telenovela? —resoplé, ya sin paciencia.

Valentina atendió. Me dijo dónde estaba. Me tranquilizó un poco, pero soné más frío de lo que pretendía. No quería parecer controlador, pero necesitaba que comprendiera los riesgos. Quedamos en vernos en un punto cercano.

—¿Puedo decir una última cosa antes de que salgas corriendo a verla? —Iván me detuvo con su mejor cara de cordero degollado.

—Dilo, maldito.

—Tu cuñada es un monumento. Sexy como pocas... Felicidades. Pero sigo sin entender qué demonios hace contigo —salió de mi oficina riéndose como un idiota mientras yo buscaba las llaves.

Valentina llevaba poco tiempo en mi vida, pero ya había hecho cosas impensables en mi mundo. Como convencerme de comer en el suelo de la sala, descalzos, riendo sin preocuparse de nada. Lo hacía ver tan natural, que terminé encontrándolo perfecto.

No quería admitirlo, pero tal vez Iván tenía razón: este contrato era una bomba de relojería. No solo por mí. Ella sigue teniendo en la cabeza a ese tipo... Gabriel. Y aunque no sea su culpa, sé que eso impide que sienta por mí algo más profundo. Pero yo... yo ya no estoy tan seguro de poder mantenerme al margen.

La encontré sentada con varias bolsas. Me bajé, la ayudé y charlamos durante el trayecto. Le expliqué lo importante que era que saliera con seguridad, que ahora no era solo ella. Ya no era invisible.

La llevé a la joyería más lujosa de la ciudad. Había reservado una selección de anillos para el compromiso. Quería que llevara algo que gritara a los cuatro vientos que estaba conmigo.

La vendedora nos atendió con esmero. Cuando sacó la bandeja, noté cómo los ojos de Valentina se iluminaron con uno en particular. Lo supe antes de que lo dijera.

—¿Este te gusta? —pregunté.

Ella asintió, sin poder disimularlo. Le tomé la mano y le puse el anillo. Luego, sin pensar, llevé sus dedos a mis labios y los besé. No fue planeado. Fue... instinto. Ella sonrió, de ese modo que me deja sin aire. Y en ese momento supe que estaba jodido. Muy jodido.

Salimos de allí rumbo al restaurante, pero el teléfono vibró en mi bolsillo. El identificador me congeló por dentro. Daniela. Otra vez.

—Discúlpame un segundo —le dije a Valentina, y entré en una tienda para tomar la llamada.

—¿Qué quieres, Daniela? —pregunté con frialdad.

—No tienes que ser tan cruel, Damián... Solo quiero hablar. Nunca me diste la oportunidad.

—No hay nada que decir. Esa puerta se cerró hace mucho.

—Te vas a casar, y sé que no me has olvidado —dijo, fingiendo esa voz quebrada que antes me manipulaba.

—Te equivocas. No te quiero. Valentina es todo lo que necesito. Tú tomaste tus decisiones. Ahora vive con ellas.

Colgué. No más fantasmas del pasado. No más teatros. No más Daniela.

Al volver, escuché voces. Renata y Valentina discutían. Entré justo cuando el ambiente estaba por estallar. Intervine antes de que la tensión pasara a mayores.

Finalmente, entramos al restaurante. Y allí, mientras la veía frente a mí, tan serena después de un día tan turbulento, entendí que había pasado algo irreversible.

Valentina ya no era solo un contrato.

Era... mi punto de no retorno.

Capítulo 16

Valentina

Después del increíble almuerzo que tuvimos, fui a una tienda a comprar un vestido para la cena de compromiso y también a otra para comprar algunas cosas más básicas.

Damián quería ver el vestido, pero se lo prohibí.

—¿Cómo no me dejas ver? ¡No creo en eso! —murmuraba mientras yo salía del probador sin mostrarle absolutamente nada. Siempre he sido muy decidida, así que el vestido que me llamó la atención me gustó y lo compré sin ni siquiera querer mirar otro.

—Valentina, ¿voy a tener curiosidad hasta mañana por la noche? No puede ser... —Me reía de su perplejidad. No sé por qué, pero quería sorprenderlo, y creo que le gustará mucho mi elección.

Me llevó a casa. Los de seguridad, en el auto de atrás, se encargaron de llevar las compras, porque en su coche no cabía mucho.

—¿Realmente no vas a mostrarme nada? —Sonreí y negué con la cabeza.

—Tendrás que esperar hasta la cena... como todos los demás.

—Soy el novio, no soy como los demás.

—Así te perderás la gracia.

—Creo que nada en tu cuerpo perderá su gracia para mí... jamás. —Logró sonrojarme. Sentí cómo mi cara se calentaba y supe que estaba roja.

—Me parece increíble cómo hago que te sonrojes tan fácilmente. —Me miraba tan profundamente que sentí aún más calor en los pómulos.

Me llevó de vuelta a nuestro apartamento. Él necesitaba volver a la empresa, mientras yo me quedaba para comenzar el proyecto de decoración del lugar.

Compré algunos jarrones, flores y muchos girasoles —me encantan —. No compré flores reales, pero dejé un jarrón aparte para eso, así que compraría diferentes para intercambiar.

También cojines para el salón y el dormitorio, y unos Damián para poner fotos del compromiso y la boda.

Me voy a casar, no puedo creerlo. Estoy pasando por todo esto otra vez, pero el problema es que mi corazón late con fuerza. Solo de pensarlo siento un escalofrío recorriéndome la espalda.

—Señorita, me alegro de que haya regresado. El señor no estaba muy contento porque usted había salido sola...

—Ivone, por favor, llámame Valentina. Señorita o señora, no... —le supliqué con ambas manos entrelazadas, provocando una risita en su rostro.

—Está bien, Valentina, pero si alguien pregunta, lo negaré para siempre. —Nos reímos juntas, y noté que su mirada recorría la habitación.

—¿Crees que se enfadará mucho cuando vea esto? Es solo que todo parece tan frío y aburrido, sin vida ni color. Solo quería darle un poco de mi estilo. —Estaba realmente desesperada por que el lugar no se viera tan triste. —Y si no le gusta, puedo retirar todo, es muy fácil.

—Valentina... cálmate. Seguro que al señor no le importarán los cambios. Hace tiempo que no lo veo tan tranquilo ni sonreír... Creo que no lo había visto sonreír antes de que llegaras.

Claro que creo que exagera, no es posible que trabaje aquí y nunca haya visto sonreír a Damián. Lo he visto hacerlo varias veces y solo llevo unos días en la empresa.

Pasé toda la tarde y la noche de un lado para otro. Ivone lavó mi vestido cuidadosamente y lo dejó colgado en la habitación de

invitados.

Damián llegó un poco más tarde de lo que esperaba, estaba resolviendo algunos problemas en la empresa, según él.

—Parece que estabas bastante ocupada... —Miró a su alrededor y me sentí mal inmediatamente.

—Espero que no te importe, es solo que yo... solo pensé que tal vez... —Se acercó lentamente mientras yo caminaba hacia atrás, sus ojos eran oscuros, profundos...

—Ya te dije que esta es nuestra casa. Me encantó lo que hiciste, ahora me recuerda a ti... —Me besó de repente, parecía loco de deseo, a lo que respondí de inmediato—. Hueles tan bien... —Se apartó y yo quería más—. Hoy estás libre de mí, no quiero que mañana estés cansada.

—No estoy cansada... —No pude controlar mi lengua y sentí mi rostro arder. No puedo creer que tuve el coraje de decir eso.

—Parece que creé un pequeño monstruo... —Se echó a reír mientras me tapaba los ojos con las manos, muriéndome de vergüenza.

Nos quedamos en habitaciones separadas esa noche. Dijo que no podía resistir si me acostaba con él, y yo ya empezaba a acostumbrarme. Dormir en sus brazos se había convertido en mi lugar favorito.

A la mañana siguiente estábamos en casa. Desayunamos juntos, pero yo estaba muy nerviosa. Él se encargó de la cena de compromiso, lo hizo todo tan rápido que yo seguro lo hubiera estropeado, pero él es muy eficiente.

El salón de baile que alquiló era increíblemente hermoso, todo decorado en blanco y dorado, con arreglos florales impecables. Había una habitación donde llevaron mis cosas y el vestido. Me esperaban maquilladores y peluqueros.

Me prepararon y cuando llegó la hora de irme, Damián vino a buscarme. La expresión en su rostro al verme fue mejor de lo que podría haber imaginado. Realmente tomé la decisión correcta.

Un vestido azul con pequeñas flores, la falda bastante voluminosa, y la blusa con un escote profundo y corsé que marcaba mi cintura. La vendedora incluso dijo que era sexy, ni demasiado ni poco.

Lo vi tragar saliva.

—Estoy arrepentido de dejar que me ocultaras esto... te ves hermosa, pero no quería tener que compartir esta imagen con nadie...

—No exageres, señor Castillo, podría ir a la panadería así...

—No, ciertamente no podría. —Me dio un ligero beso en los labios mientras el maquillador miraba, nada exagerado—. ¿Estás lista, futura señora Castillo?

Asentí y nos dirigimos donde ya estaban llegando los invitados.

—Te ves maravillosa... ay de los que miren más de lo debido.

El salón era encantador, decorado en tonos dorados y blancos, con varios arreglos blancos por todas partes.

Damián me presentó a mucha gente, pero no he visto a mis padres por ninguna parte. Desde nuestra última conversación no los he vuelto a ver.

Después de unos minutos, escuché que alguien decía mi nombre. Me giré, pero no era nadie que conociera...

—¡Valentina! Encantado de conocerte finalmente, realmente eres una belleza. —Me rodeó con los brazos mientras miraba a Damián sin saber qué hacer, y él me miraba con una leve sonrisa.

—¿El placer es mío, señor...? —Miró a Damián, parecía irritado.

—No puedo creer que no me haya mencionado... es un amigo terrible. Soy Iván, el único que lo aguantó hasta que apareciste...

¿Cuál es su problema? —Me preguntó sonriendo. Ya me caía bien, parecía muy divertido.

—Iván, por favor, no asustes a mi prometida antes de la boda. Tengo esperanzas de que vayamos al altar —regañó Damián a su amigo.

—Debe estar algo loca, Damián, no puede ser normal, eres muy aburrido... —Los tres sonreímos y me felicitaron por la boda.

Tiempo después vi llegar a Daniela, luego a mis padres con Renata y Gabriel. Mi corazón se aceleró, pero sabía que no podía mostrar más que felicidad completa.

—¿Cómo están? Me alegro de que hayan venido... —saludó Damián mirando a todos.

—Está todo muy bonito... —Renata parecía genuinamente impresionada con la elegancia del lugar, mucho mejor que el lugar que yo había elegido para casarme.

—Sí, mi prometida se merece solo lo mejor —respondió Damián—. Vamos, dejé la mesa junto a la nuestra reservada para la familia de Mel.

Sentí la mirada de Gabriel sobre mí, pero no quería mirarle.

Mis padres ni siquiera me dieron un abrazo, no estaban contentos, se notaba. Se sentaron sin felicitarme.

Renata miraba todo con enfado, a mis padres no parecía importarles, y yo sentía el peso de la mirada de Gabriel. Quería que esa noche saliera bien. No quería que viniera, pero es su marido, no había nada que hacer.

El clima, que no era tan agradable, empeoró aún más cuando Daniela vino a felicitarnos. A Damián parecía importarle menos su presencia, mientras que Gabriel estaba aún más molesto.

Capítulo 17

Gabriel

No quería ir al compromiso de Valentina, pero Renata insistió tanto... y lamentablemente no pude decirle que no.

Renata siempre fue muy dulce conmigo, me prestaba atención, amaba a Valentina, pero una noche terminé bebiendo demasiado, y ella se veía tan atractiva que no pude resistir. Ella estaba allí, dispuesta a darme todo, mientras que Valentina quería esperar hasta después de la boda.

Varias veces traté de parar, pero después de un tiempo ya no pude deshacerme de Renata. Luego su presencia comenzó a gustarme, estaba dividido y confundido. Aun así, iba a casarme con Valentina. Pero Renata me dijo que estaba embarazada el día de mi boda.

Nada salió como debía, pero no podía dejar a Renata. Fue algo malo que vino para bien, después de todo.

Salimos de la casa en contra de mi voluntad. Dije que no era buena idea, pero aunque Valentina la odia por todo lo que pasó, Renata aún la ama y espera que algún día su hermana la perdone.

—¿Estás segura de que quieres ir? —le pregunté mientras ella se arreglaba—. Sabes que Valentina siempre termina provocándote y no puedes estar estresada. No me gustaría verte enferma.

—Por favor, Gabriel... es mi hermana. No puedo evitar estar feliz. Si sigue adelante, por fin podrá dejarnos vivir en paz —me respondió dulcemente.

En el camino intenté varias veces hacerla cambiar de opinión, pero fue imposible. Ella era inflexible.

Llegamos al local más conocido y prestigioso de la ciudad. Por supuesto sabía que Damián no haría algo sencillo, aunque Valentina no era mujer de lujos.

Renata miraba todo con asombro. Le encantan esas cosas, le gustan lo hermoso, y nunca trató de ocultarlo.

Tan pronto vi a Valentina, deseé no haber ido a esa cena, no por Renata, sino por mí. Nunca la había visto tan hermosa, ni siquiera el día de nuestra boda.

Estaba deslumbrante con un vestido azul pálido que resaltaba todas sus curvas sin caer en la sensualidad barata. Era perfecta, pero no se parecía a la mujer que conocí. Su mirada no era la misma.

Lo que más me molestó fue verla mirar a Damián. En casa de sus padres, la primera vez, no lo miraba con ningún sentimiento, pero ahora parecía feliz y lo admiraba... y eso no me gustó. Ella me superó muy rápido, como si nunca me hubiera amado realmente.

Damián y Valentina se acercaron a saludarnos.

—Hola, ¿cómo están? Me alegro de que hayan venido —él nos miró uno a uno. Mis suegros le sonrieron, pero no había sinceridad; el ambiente estaba tenso.

—Es todo muy bonito —comentó mi esposa, impresionada con el lugar.

—Sí, mi prometida se merece solo lo mejor —respondió Damián, presumiendo, como siempre—. Reservé la mesa junto a la nuestra para la familia de Mel.

¿Mel? Miré a Valentina. Solía llamarla así cuando estábamos juntos. Sabía que evitaba mi mirada por eso, y aquello me provocó un amargo dolor en el pecho.

Nos guiaron a nuestros asientos. La última persona que esperaba ver apareció para felicitar a Damián: Daniela. Era muy bonita. Ella fue la razón por la que Damián y yo dejamos de ser amigos; a Daniela le gustaba el dinero. En aquella época, yo tenía mucho más que Damián, no era como ahora.

Daniela

Me obligué a ir a esa cena. Quería saber si Damián tendría el valor de casarse con esa mujer, que me parecía tan aburrida y sin chispa.

Aun así, allí estaba ella, al lado de Damián.

El día que fui a la oficina me sentí humillada. No podía creer que él estuviera comprometido. Poco después llegaron las noticias y el anuncio oficial del compromiso. Me pareció que estaba comprometido con la hermana menor de Gabriel.

Nada de eso olía bien. Hasta donde sabía, Gabriel estaba casado, pero hubo un gran escándalo en su matrimonio. Luego investigué para entender mejor. Antes no me importaba, pero ahora que la esposa de Gabriel es la hermana de la prometida de Damián, necesito saber qué pasó.

Gabriel fue mi mayor arrepentimiento, una mala elección. Toda mujer tiene una, y él fue la mía.

Yo era inexperta pero ambiciosa. Me enamoré perdidamente de Damián y acepté ser su novia, pero él y Gabriel siempre estaban juntos. La familia de Gabriel tenía un alto estatus, mientras que Damián solo tenía ideas.

Siempre fui consciente de mi belleza y de cómo Gabriel me miraba. Quería una buena vida, con un marido con futuro. Damián era mi amor, pero no quería vivir con alguien que no pudiera darme lo que quería. Empecé a coquetear con Gabriel suavemente, sin ser explícita, quería que él viniera a mí.

Un día pasó lo inevitable, pero Damián se enteró. Tiempo después Gabriel dijo que no quería una relación, solo me usó, y poco después salió con otra. El maldito me usó y terminé sin ninguno de los dos.

Me mudé y pasé un tiempo fuera. Vi cómo Damián Castillo llegaba a la cima, pero nunca se involucraba con nadie. Decidí regresar, y para mi sorpresa, justo cuando él estaba a punto de comprometerse.

Me acerqué a la mesa donde estaba la familia. Damián y Valentina estaban de pie, diciéndoles a los demás que se sentaran porque aún

tenían invitados que saludar.

—Buenas noches, felicidades, todo es increíblemente hermoso. Ustedes dos tienen muy buen gusto —noté que Gabriel estaba incómodo con mi presencia, pero él no se preocupa por nada. No es mi objetivo.

—Buenas noches —me giré cortésmente hacia los demás, que asintieron—. La mujer al lado de Gabriel le susurró algo, pero no me importaba ninguno de los dos. Quería saber lo principal—. Te ves hermosa, Valentina. Te confieso que cuando te vi en la oficina no parecías tener todo ese potencial. Hoy estás impresionante.

Ella me sonrió antes de responder:

—Creo que precisamente por eso le gusté a Damián. No soy superficial, solo me gusta sentirme bien.

Y Damián completó:

—Además, se las arregla para verse hermosa naturalmente, no necesita nada para llamar mi atención.

—Claro que sí —dijo la mujer de Gabriel, muy pendiente de nuestra conversación—. ¿Y para cuándo piensan la boda? ¿Un año, dos? Estas cosas tardan en organizarse...

—En pocas semanas —respondí—. Valentina y yo ya vivimos juntos, no sería correcto seguir sin casarnos. No quiero dejar que ella piense que es demasiado buena para mí.

Él la miró con una ternura que me dio náuseas. ¿Unas pocas semanas? ¿Cómo podría revertir eso?

—Pero una boda no se puede arreglar tan rápido... puede que no salga como quiere la novia —alcancé a decir.

Noté que su familia también estaba sorprendida por el anuncio; ellos tampoco lo esperaban.

—No te preocupes, Daniela —dijo Damián—. Si quisiera hacerla mañana, ya estaría hecho. Esa es una ventaja de ser tan influyente.

—Saludemos a la gente, muchos esperan hablar contigo, Damián. Disculpen, querida, pronto volveremos. Mamá, papá, siéntanse libres. Regresaremos tan pronto terminemos.

Echaba espumarajos de rabia. Daniela es inteligente, pero yo soy más. Y parece que a alguien más no le gustaba nada. Su hermana la miraba con el mismo disgusto que yo. Gabriel no prestaba atención a su esposa. Hay algo allí. Voy a averiguar qué y qué puedo hacer.

Esta boda no sucederá...

Capítulo 18

Valentina

Todo había sido realmente extraño. Miré a Damián en busca de alguna señal de incomodidad, pero no encontré nada. Sonreía como si nada lo perturbara, como si todo fuera perfecto.

—Eso fue realmente raro, ¿no? ¿O fui la única que notó lo tenso que estaba el ambiente? —le pregunté entre dientes, intentando mantener la sonrisa mientras hablaba en voz baja.

—Podemos hablar de eso más tarde, cuando estemos en casa... ¿no crees que es mejor? —respondió sereno.

Todavía me cuesta acostumbrarme a que diga *en casa*, *nuestra casa*. Tengo que recordarme constantemente que esto no es más que un acuerdo. A veces magnifico sus actitudes, y quizás solo está cumpliendo su parte del trato.

Me desorienta. A veces es frío y distante; otras, tan cariñoso, dulce, protector... me confunde, me hace sentir cosas que no debería.

Caminamos juntos por el salón. Saludé a muchas personas. Algunos hombres lo felicitaban mientras me miraban como si fuera un trofeo, y algunas mujeres me observaban con una mezcla de odio y envidia. Parece que estar comprometida con Damián despierta pasiones de todo tipo. Me odian por eso... y ni siquiera saben quién soy en realidad.

Damián me llevó al centro del salón. Tomó una copa de champán y bebió con tranquilidad.

—Me gustaría pedirles unos minutos de atención —anunció.

La mayoría de los invitados se acercó; otros se mantuvieron más alejados, observando desde la distancia.

—Quiero explicarles lo que ha pasado en las últimas semanas. Muchos aún no comprenden bien cómo hemos llegado hasta aquí.

Algunos asintieron. Otros callaban, mirándome como si hubiera hecho algo increíble.

No sabía qué iba a decir. Todo sucedió tan rápido... ni siquiera nos conocemos realmente. No me había dado cuenta de lo ansiosa que estaba hasta que comenzó a hablar.

—En las últimas semanas he tenido el inmenso placer de conocer a Valentina. Nada entre nosotros ha sido convencional —hizo una pausa y me sonrió—. Llegó a mi vida trayendo una luz tan fuerte, tan brillante, que me hizo ver colores en mi mundo gris. Su sonrisa me encanta y me da una motivación que creía perdida.

Me tomó de la mano. Me temblaba ligeramente.

—Todos ustedes saben que soy incapaz de no razonar. Siempre analizo miles de posibilidades en segundos, así construí mi imperio. Pero con ella, todo sucede de forma simple y natural. Mi mente puede descansar, por fin. Y es por esa ligereza que me aporta que están todos ustedes aquí hoy, para presenciar el que tal vez sea mi mayor acto de locura... y de valentía. Porque no podría permitir que esta joya se me escapara entre los dedos.

Se volvió hacia mí. Su mirada era tan profunda que sentí que podía ver dentro de mí.

—Así que, oficialmente, frente a nuestras familias y amigos... Valentina Andrade, ¿quieres casarte conmigo?

Mi corazón retumbaba en el pecho, como si quisiera escapar. Le sonreí. Nada en mi vida estaba saliendo según lo planeado, pero si alguien me preguntara en ese momento si quería cambiar algo... mi respuesta sería un rotundo *no*. Damián también me estaba transformando, y me gustaba.

—Sí, claro que acepto.

El salón estalló en aplausos. Me besó. Todo se volvió silencio a mi alrededor. Solo existía él.

Renata

Después de tanto insistir, Gabriel finalmente aceptó llevarme al compromiso de Valentina.

Mi esposo parecía irritado, tenso. No entendía por qué, pero preferí no decir nada. No quería discutir. Valentina sigue siendo una sombra en nuestras vidas. No puedo permitir que eso continúe.

Cuando llegamos al salón, casi se me cayó la mandíbula. No se parecía en nada a lo que mi hermana hubiera elegido. Era exquisito, chic, rebosante de poder y riqueza. Estoy segura de que ni siquiera participó en la organización. Todo eso era lo que yo siempre había deseado para mí. Y mientras tanto, yo tuve que conformarme con una boda sencilla en el jardín que *ella* organizó. Sin glamour. Sin compromiso. Y ahora, esta fiesta es más perfecta que la mía.

Valentina y Damián se acercaron a saludarnos. Luego nos guiaron a la mesa familiar. Mis padres parecían tan poco felices como yo de estar allí. Sus rostros no ocultaban la incomodidad.

Y entonces la vi... y mi rabia se triplicó. Estaba hermosa. Su vestido era exclusivo, de una boutique que adoro. Nunca había visto a nadie con uno igual. Ni siquiera está expuesto en tienda. Cuesta una fortuna.

Pero lo que realmente me sacó de quicio fue la mirada estúpida de mi esposo. La miraba con tanta intensidad, tan profundamente, que por un momento pensé que iba a llevársela de ahí mismo.

—Será mejor que controles esa cara, Gabriel. No sería bueno para tu imagen que la gente vea... —bajé aún más la voz— que estás mirando a *mi hermana* así.

Me miró como si yo estuviera loca. Pero no lo estoy. Conozco esa mirada. Llevo años viéndola. No me va a hacer esto... no aquí, no en público.

Gabriel no dijo nada. Se quedó sentado, rígido, como parte de la decoración.

Damián dio un breve discurso antes de formalizar su propuesta de matrimonio. Todos aplaudieron cuando se besaron.

Ella siempre tiene todo lo mejor. Yo no. ¿Por qué? ¿Qué tiene ella que yo no? No voy a dejar que esta vez le vaya mejor que a mí. Esta boda no se va a celebrar... no si yo puedo evitarlo.

Mientras seguía rumiando mi rabia, noté que alguien más tampoco parecía feliz con la situación: Daniela. La misma que no quería creer que la boda fuese en unas pocas semanas.

Me levanté, dejando a mi esposo mirando a los enamorados como si fuera una tragedia griega, y me acerqué a ella.

—Hola, eres Daniela, ¿verdad? ¿Estás bien? —me acerqué como quien no quiere la cosa.

—Hola, sí, soy Daniela. Un gusto. Estoy bien, gracias —respondió sonriendo. Lo disimulaba bien, pero yo ya la había visto antes.

—Soy Renata, la hermana de Valentina... pero no por elección —le dije, clavando los ojos en los suyos.

—Parece ser una buena mujer —contestó. *No mejor que yo*, querida. Sé que también la odias.

—No hay por qué fingir. Me gusta tanto como te gusta a ti. Podríamos ayudarnos mutuamente...

—¿Cómo?

—Tengo información. Cosas que tú no sabes. A cambio, tú me ayudas a impedir este matrimonio.

Me miró y me entregó una tarjeta.

—No puedo hablar aquí, pero pensaré en lo que dijiste —respondió antes de alejarse.

Estoy segura de que aceptará. Me necesita. Será útil tener a su ex de mi lado. Ella lo conoce bien: lo que le gusta, lo que no. Tal vez eso haga que Valentina se sienta insegura. Algo *tiene* que pasar.

Regresé a mi asiento. Gabriel ya no estaba.

—¿Dónde está tu yerno? —le pregunté a mi padre, que había estado en silencio toda la noche.

—Se levantó hace un rato. No vi adónde fue —respondió con indiferencia.

Mi madre me hizo una seña y apuntó hacia un pasillo. Seguí la dirección con la mirada.

Busqué a Gabriel... y noté que Valentina tampoco estaba cerca de Damián. Él estaba rodeado por un grupo de hombres que lo felicitaban. Me vio, asintió con la cabeza. Pero yo solo pensaba en una cosa: *¿dónde están Gabriel y Valentina?*

Mi corazón latía desbocado. La furia me cegaba. No bastaba con que él la hubiera estado mirando toda la noche… ¿ahora estaban solos?

Me adentré en el pasillo donde estaban las habitaciones privadas. Una puerta entreabierta. Escuché su voz, distinta... nerviosa.

—Regresa al salón, por favor. Este no es lugar para ningún invitado.

—¿Por qué estás tan nerviosa? ¿No puedo felicitarte? —La voz de Gabriel me atravesó como un rayo. Me acerqué sigilosamente. Espié por la rendija.

Valentina estaba apoyada contra el tocador del maquillaje. Gabriel, demasiado cerca de ella, invadiendo su espacio.

No lo permitiré.

—¿¡Qué diablos están haciendo ustedes dos aquí solos!? —entré de golpe, sorprendiéndolos a ambos.

Capítulo 19

Valentina

Damián y yo estábamos teniendo una animada conversación con algunos de sus compañeros de trabajo, pero necesitaba ir al baño y retocar mi maquillaje.

—Cariño, necesito ausentarme un momento. Vuelvo enseguida —le susurré con una sonrisa, despidiéndome amablemente de los demás.

Ha sido una noche maravillosa, pero no voy a mentir: lo único que deseo ahora es estar en casa, en la alfombra del salón, comiendo palomitas de maíz en pijama.

Entré en una habitación que servía como camerino, donde me habían arreglado para la fiesta de compromiso. Mi lápiz labial estaba un poco manchado por las copas de champán, así que me acerqué al espejo con la intención de retocarlo.

Mientras lo hacía, seguía pensando en su discurso... todo se sintió tan real. Me sentía como la mujer más afortunada del mundo.

No pasó mucho tiempo hasta que escuché la puerta abrirse.

—¿Me tardé mucho? Iba ya de regreso... —dije al girarme, suponiendo que era Damián. Pero no lo era.

—¿Qué haces aquí, Gabriel? Esta zona está restringida. Solo Damián y yo podemos estar aquí —dije, molesta, frunciendo el ceño.

Sinceramente, era la última persona que esperaba ver allí. Lo más curioso es que ya ni siquiera sé cómo sentirme en su presencia. Ha pasado tan poco tiempo, y sin embargo, se siente como si hubiera sido toda una vida.

—Solo vine a hablar un poco, Valentina. No es como si nunca hubiéramos conversado —respondió con ironía, y odié su tono—. ¿Estás feliz? ¿Estás segura de lo que estás haciendo?

¿Pero qué demonios le pasa? ¿Dónde está Renata? ¿Y qué clase de preguntas son esas?

—¿Dónde está tu esposa? Seguro te está buscando. Además, odiaría saber que viniste a verme. Renata no tiene precisamente un carácter fácil —intenté usarla como excusa para que se marchara, pero él, en cambio, se acercó aún más.

—Te ves preciosa, Mel. Ese vestido te sienta como un guante... —su mirada recorrió mi cuerpo con descaro. Me apoyé contra el estante, incómoda.

—Gracias, Gabriel. Pero insisto en que regreses al salón. Si alguien nota que hemos desaparecido, podrían pensar cosas que no son, y no quiero eso... —aunque lo que realmente me preocupaba era lo que Damián podría pensar.

—Tranquila, Valentina, no pasa nada. Solo quería hablar contigo. No es gran cosa —¿pero en qué diablos está pensando?

—Regresa al salón, por favor. Esta zona no es para invitados —insistí, claramente nerviosa. Su comportamiento era extraño... y perturbador.

—¿Por qué estás tan alterada? ¿No puedo felicitarte acaso?

No. No puedes. Por supuesto que no.

—¿Qué diablos están haciendo ustedes dos aquí solos? —Y ahí está. El drama se sirve caliente: mi hermana entró en escena, más furiosa que nunca.

—¿Renata? —Gabriel dio un paso atrás, visiblemente preocupado. Bien. Eso te pasa por idiota.

—Sí, Renata, tu esposa, Gabriel. La misma que está embarazada de tu hijo. ¿Y tú estás aquí... haciendo qué? ¡Ya sabes que mi hermana me odia y siempre dice que no nos dejará en paz!

—¿Qué? ¡Nunca te dije eso, Renata! No me importan ustedes dos. Estoy feliz con mi prometido. Podéis estar juntos, esconderos en

vuestra cueva, hacer lo que queráis. ¡Me da igual! —le solté, harta. Gabriel me miró como si le hubiera abofeteado.

—¡Eso es mentira! Estás cansada de decir que no seremos felices. ¡Siempre intentas interponerte en nuestro camino, en nuestro matrimonio! ¿Por qué no lo superas de una vez? —gritó mi hermana, fuera de sí. Yo solo estaba retocándome los labios; fue su idiota de marido quien vino a buscarme.

—Esto es ridículo. Estoy en *mi* fiesta de compromiso, y tu marido vino aquí detrás de mí. Si no puedes controlar a tu mascota, ¡ponle una correa! —estaba completamente fuera de mí. Siempre ha sido la víctima, pero esta vez no pensaba permitirlo.

Renata siempre ha sido la niña consentida. Durante años permití que toda la atención fuera para ella, mientras yo era tratada como si no existiera. Pero ya me cansé de quedarme callada. Nunca he hecho nada de lo que me acusa. Siempre estuve para ella, incluso cuando no lo merecía... pero si va a odiarme, al menos que tenga un motivo real.

—Haces todo lo posible por llamar la atención de mi esposo. Te vistes como una cualquiera solo para provocar su mirada. Te haces la santa, ¡pero yo sé quién eres! ¡Sé cuál es tu jueguito! Pero no voy a dejar que me lo quites.

—Tranquila, Renata. Estás embarazada. No deberías alterarte así —intentó calmarla Gabriel.

—¿Y pensaste en eso antes de venir aquí? —me miró como si quisiera matarme con la mirada.

—¿Qué está pasando aquí? —Una voz profunda, helada, hizo que todos nos giráramos.

Damián estaba en la puerta, imponente. Sus ojos, gélidos. Su mandíbula, apretada. Parecía capaz de romper a cualquiera en mil pedazos.

—¿Qué hacen aquí? Esta zona es privada. No deberían estar ni cerca.

—¡Pregúntale a tu querida prometida! No puede mantenerse alejada de mi marido. Deberías reconsiderar ese matrimonio. Ella no te respeta. Imagínate cuando estén casados... —Renata me señalaba como si quisiera clavarme una lanza.

¿Está loca? ¡Yo no lo busqué! ¡Estaba aquí, tranquila, hasta que *su* marido vino a perturbarme!

—¿Por qué mientes, Renata? ¡Yo no hice nada! Solo vine a retocarme el maquillaje. ¡Ni siquiera sabía que me había seguido hasta que entró sin permiso!

—Valentina tiene razón. Solo vine a felicitarla —intervino Gabriel, tratando de suavizar la tensión.

—¿Y por qué no lo hiciste como todos los demás invitados? ¿Tenías que hacerlo a solas, detrás de mi prometida, sin mi presencia?

Mi mente iba a mil por hora. No quería que Damián creyera las mentiras que Renata estaba sembrando.

—No quise hacerlo delante de gente que sabe que Valentina y yo estuvimos comprometidos —respondió Gabriel, como si su explicación tuviera sentido.

—¿Y no pensaste en lo que parecería verte arrastrándote detrás de ella?

—¿Qué pasa, Damián? ¿No confías en ella? ¿Tienes inseguridades conmigo? Es mi cuñada...

—No culpes a mi marido por este patético intento de llamar su atención. Valentina no ha superado que él no la ama, y hace lo que sea por atraerlo. ¿Por qué vino sola aquí, eh?

—¡Ya te lo dije! ¡Fue tu esposo quien me siguió! ¡Ponle una correa si no quieres que ande por ahí! —mi voz temblaba de furia—. Esto ya se pasó de la raya. Esta es *mi* fiesta de compromiso. ¿Podéis

respetarlo, por favor? *¡Controla a tu marido!* Si hay alguien que no respeta nada, ese es él. Cuídalo. Así como te engañó conmigo, puede hacerlo con cualquiera.

Pasé junto a ella y caminé hacia Damián. Aún no me había mirado. Estaba serio, rígido... evitaba mis ojos.

Renata se llevó la mano al vientre. Su rostro se torció entre dolor y rabia. Pero cuanto más la observaba... más parecía teatro.

—Oh, por favor. A cualquiera le resultaría evidente que estás fingiendo.

Gabriel corrió hacia ella, preocupado. Ambos son tan ridículos... se merecen.

Damián les dijo que podían quedarse allí hasta que Renata se recuperara, y luego me indicó con un gesto que lo siguiera.

Ya en un rincón más apartado, intenté hablar.

—Mira, te juro que yo no...

—Podemos hablar de eso después. Cuando estemos en casa —su tono era seco, tajante, sin espacio para réplicas.

Así sería entonces. Más tarde, en casa, intentaría convencerlo de que nada de lo que ocurrió fue culpa mía. Solo esperaba que me creyera.

Capítulo 20

Damián

Valentina está realmente radiante esta noche. No ha habido un solo instante en todo el tiempo que hemos estado aquí en que no haya clavado los ojos en ella con deseo.

Me ocultó su elección de vestido. No puedo creer que se lo permitiera... pero sucedió. Normalmente me gusta tener todo bajo control, pero con ella... es difícil negarle cualquier cosa. Eso no es habitual en mí.

El vestido azul pálido abrazaba sus curvas de forma perfecta. No era nada excesivamente revelador, pero yo la he visto sin nada, y no me hace falta demasiado para dejar que mi mente divague.

Cuando abrió la puerta para que la condujera al pasillo, no estaba preparado para lo que vi. Valentina era tan hermosa, que por un segundo olvidé cómo respirar. Tragué saliva y noté mi respiración volverse más irregular. Lo único que deseaba era sacarla de ahí y tenerla solo para mí.

—Lo siento… dejé que me ocultaras esto… Te ves hermosa, pero no quería tener que compartir esta imagen con nadie —le dije, sin poder apartar la mirada.

—No exagere, señor Castillo… podría ir a la panadería así —respondió con una sonrisa juguetona.

¿De verdad cree que la dejaría salir sola vestida así? Sentí cómo algo se tensaba en mi pecho… una sensación nueva, incómoda y demasiado intensa.

—No, ciertamente no podrías —le dije antes de darle un beso breve en los labios. Necesitaba ese contacto, un gesto posesivo, mío, para dejar claro que era *mía*.
—¿Estás lista, futura señora Castillo?

Ella asintió, y nos fuimos. No queríamos hacer esperar más a los invitados.

—Te ves maravillosa... Ay de los que se atrevan a mirar más de la cuenta.

Una de las primeras personas en saludarla fue Iván. Pobre hombre... Valentina lo miró confundida, sin tener ni idea de quién le hablaba con tanta familiaridad. Fue divertido ver su cara, pero ya conocía a Iván: es imposible que no sea así, un desastre social con piernas.

Su familia no parecía estar disfrutando la noche. Todos tenían el ceño fruncido, como si estuvieran en un velorio. No me importó. Incluso cuando Daniela se acercó a hablar sobre los preparativos de la boda, mantuve la compostura. No perdí la paciencia ni un solo segundo.

Pero hubo algo que arruinó la perfección de la noche.

Valentina me informó que necesitaba ausentarse unos minutos. Por un instante pensé en acompañarla, pero estaba justo en medio de una conversación con unos socios importantes y no quería ser descortés.

—Cariño, necesito irme un momento. Vuelvo enseguida —me dijo con naturalidad.

La vi dirigirse hacia los camerinos donde nos habíamos preparado.

Continué la conversación, intentando mantener el entusiasmo. Hasta que vi a Renata caminar en la misma dirección en la que Valentina había ido.

Lo noté. Pero no reaccioné enseguida. Sabía que Valentina era perfectamente capaz de lidiar con su hermana; ya han tenido enfrentamientos antes. Pensé que, como en otras ocasiones, no pasaría de una discusión sin importancia.

Pero el tiempo pasaba… y Valentina no regresaba.

La incomodidad comenzó a crecer. Miré hacia la mesa de su familia. Renata no estaba allí. Y su querido esposo… tampoco.

¿Dónde demonios estaban?

—Disculpadme un momento. Voy a comprobar si mi prometida está bien —anuncié con una sonrisa forzada.

—¿Ya no puedes estar un minuto sin ella? —bromeó uno de los socios—. Después de la boda eso cambia...

Todos rieron, y me retiré con calma, sin querer parecer desesperado.

Caminé directo hacia la habitación donde Valentina se había arreglado. Estaba seguro de que estaría allí.

Entonces escuché voces... No estaba sola.

—Tranquila, Renata, estás embarazada. No puedes ponerte así —dijo Gabriel.

¿*Gabriel*?

Mi mandíbula se tensó. ¿Había llegado antes o después que su esposa? ¿Qué hacía aquí? ¿Qué quería de Valentina?

—¿Y pensaste en eso antes de venir aquí? —la voz de Renata era pura rabia. Lo que implicaba que él había llegado primero.

Toqué la puerta con fuerza y entré.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté con un tono seco, helado—. ¿Qué hacen aquí? Esta área es privada. No deberían estar ni cerca.

Renata fue la primera en abrir la boca, como la serpiente que es:

—¡Pregúntale a tu querida futura esposa! No puede mantenerse alejada de mi marido. Deberías replantearte este matrimonio. Ella no te respeta. ¡Imagínate cuando estén casados!

Toda mi atención estaba en Gabriel. Solo quería saber *qué demonios hacía ahí*, a solas con mi prometida.

—¿Por qué mientes, Renata? ¡Yo no hice nada! —gritó Valentina. Pude sentir sus ojos sobre mí… pero no pude mirarla. No todavía. —Solo vine a retocarme el maquillaje. ¡Ni siquiera sabía que él me había seguido hasta que entró aquí sin ser invitado!

Le creo. Pero estoy tan jodidamente furioso...

—Valentina tiene razón, Renata. Solo vine a felicitarla —dijo Gabriel.

Ese bastardo...

—¿Y por qué no lo hiciste como todos los demás invitados? ¿Tenías que hacerlo a solas, sin nadie más presente?

—No quería hacerlo delante de gente que sabe que estuvimos comprometidos —respondió como si fuera lo más razonable del mundo.

—¿Y no pensaste en lo que parecería que te vieran arrastrándote detrás de mi prometida sin que yo estuviera presente?

Estaba conteniéndome con todas mis fuerzas. Quería partirle la cara en dos.

—¿Qué pasa, Damián? ¿No confías en ella? ¿Tienes inseguridades conmigo? Es mi cuñada...

—¡No culpes a mi marido por este vergonzoso intento de llamar su atención! —intervino Renata, fuera de sí—. ¡Ella no ha superado que él no la ama! ¡Hace lo que sea por atraerlo! ¿Qué hacía aquí sola, eh?

—¡Ya te lo dije! ¡Tu marido me persiguió! ¡Ponle una correa si no quieres que ande por ahí suelto! —Valentina estaba al borde. —Esto ya es demasiado. ¡Esta es mi fiesta de compromiso! ¿Pueden respetarlo, por favor? ¡Controla a tu marido! Si me engañó contigo, también puede hacerlo con otra, ¡así que cuídalo!

Caminó hacia mí, visiblemente alterada.

Estábamos a punto de marcharnos cuando Renata, como en una mala telenovela, fingió sentirse mal. Se llevó las manos al vientre, su

cara se contrajo... pero para mí era evidente: teatro.

—Oh, por favor, cualquiera puede ver que estás mintiendo —soltó Valentina, con asco.

Gabriel, claro, corrió a socorrerla como si fuese de cristal.

Les dije que podían quedarse hasta que Renata se recuperara. Luego le indiqué a Valentina que me acompañara.

Apenas nos alejamos, ella intentó hablar.

—Mira, te juro que no...

—Podemos dejar ese asunto para más tarde. Cuando estemos en casa, no ahora —le corté.

Mi tono sonó más duro de lo que pretendía, pero era mejor así. No quería que nuestra discusión se convirtiera en el nuevo entretenimiento de los invitados... y menos que cayera en oídos de periodistas. Ya estaban tomando fotos; había permitido su presencia para evitar rumores. Pero una palabra mal dicha y todo podía venirse abajo.

Valentina parecía inquieta. Seguía sonriendo, por pura cortesía, pero se notaba lo incómoda que estaba.

Yo también lo estaba.

Lo único que deseaba era que esa cena terminara. Pero los minutos parecían eternos.

—¿Y esa cara de amargado? Puede que los demás no se den cuenta, pero yo sí. Estamos en un compromiso, no en un funeral —dijo Iván, acercándose.

—Baja la voz, Iván. ¿Quieres que todos se enteren? —le advertí. Él asintió, entendiendo el mensaje—. Hablamos en la oficina, ¿de acuerdo?

La tensión se me estaba metiendo en los huesos. Era raro en mí que algo me afectara tanto... pero no podía dejar de pensar en lo ocurrido.

Y ver a Gabriel, mirándola desde lejos, incluso después de todo eso, solo me encendía más por dentro.

Solo quería sacar a Valentina de ahí. Pero el maldito tiempo no pasaba.

Capítulo 21

Valentina

Damián pasó el resto de la noche evitando mi mirada. Creo que estaba realmente molesto por lo que ocurrió, aunque no fue culpa mía. Yo no llamé a Gabriel, fue él quien vino a buscarme sin que nadie se lo pidiera… y encima terminó provocando problemas.

—Es hora, ¿vamos? —me preguntó de pronto.

Estaba tan perdida en mis pensamientos que ni siquiera me di cuenta de cuándo se acercó.

—Claro… vamos, que estoy agotada —intenté sonreírle, pero antes de lograrlo, ya me había dado la espalda.

Será una noche muy larga...

Durante todo el trayecto hasta el apartamento, guardó silencio. No mencionó nada de lo sucedido, ni una palabra, ni una mirada. Y yo… no fui lo bastante valiente como para ser la que rompiera el hielo.

Me sentía avergonzada a su lado. El silencio se me hacía insoportable, y no sabía de qué hablar, mientras él parecía encerrado en sus propios pensamientos.

—Todo salió bien en la cena… aunque hubo algunos imprevistos —intenté decir, cuando ya casi estábamos llegando al edificio—. Creo que todo fue maravilloso… gracias por hacer que todo fuera tan increíble.

—Mi equipo fue muy eficiente. Incluso cambiaron la fecha de alguien que ya había reservado para hoy. Todo quedó impecable —respondió seco, sin mirar siquiera en mi dirección.

Sé que no fue él personalmente quien se ocupó de los detalles, pero mi comentario solo pretendía agradecerle. Y él lo rechazó amablemente… o eso intentó.

Estoy en problemas. Aunque realmente no hice nada malo. Gabriel siempre ha sido impulsivo, actúa sin pensar en las consecuencias que sus decisiones tienen sobre los demás. Yo soy un buen ejemplo de eso. Mira lo que me hizo.

Sé que Damián y yo tenemos un acuerdo, algo contractual. Pero incluso dentro de eso… está claro que lo que pasó hoy, el día de nuestro compromiso, le afectó más de lo que admite. Podría haber arruinado todo, y él tenía mucho que perder.

No quiero parecer desagradecida. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí, sobre todo cuando mi familia me dio la espalda y él fue quien me defendió. No quiero fallarle. No quiero avergonzarlo.

Al llegar al apartamento, el silencio seguía persiguiéndonos como una sombra. Yo ni siquiera podía quedarme quieta; jugaba con mis manos, balanceaba los pies. Me sentía pequeña.

Él me abrió la puerta. Entré, decidida a encerrarme en la habitación de invitados y no salir de allí hasta la próxima vida. Pero antes, quería al menos desearle buenas noches, acabar con este ambiente sofocante.

Me giré para hablarle, pero lo encontré observándome. Estaba apoyado contra el marco de la puerta, aparentemente relajado… pero sus ojos ardían. Me recorrían de arriba abajo como si estuviera estudiando una escultura. Me atravesaban. Me quemaban.

—¿Qué pasa? —le devolví la mirada sin apartarme un solo segundo —. ¿Está todo bien?

Tiene ese don de desarmarme por completo con solo una mirada. Pero no es *cualquier* mirada. Siempre es *la suya*. Esa que me prende fuego desde dentro.

No me respondió. Simplemente se separó del marco y comenzó a caminar hacia mí con lentitud… como un depredador que se acerca a su presa.

Mi corazón martilleaba contra mis costillas. La respiración comenzó a acelerarse. Sabía exactamente lo que quería, pero no sabía si aún estaba enfadado… si esto era deseo o rabia, si su estado de ánimo se había calmado o seguía en llamas.

Sus manos me alcanzaron, dibujando un lento recorrido hasta mis hombros. Sus ojos, oscuros y anhelantes, me hipnotizaban. Pero la duda me quemaba por dentro. Esto no resolvía nada, y aun así… me sentía incapaz de apartarme.

Sus labios encontraron mi cuello, y un gemido suave escapó de mí sin que pudiera evitarlo.

—Damián…

—Shhhh… solo déjate llevar —murmuró con esa voz grave que me derrite por dentro.

Me estaba volviendo loca...

Damián

Me moría por volver a casa desde el momento en que la vi con ese maldito vestido. Nunca me había sentido tan cerca de perder el control como cuando vi a Gabriel tan cerca de ella.

Estuve incómodo el resto de la noche. Agitado. Estresado. Sabía que todo era culpa de Gabriel, pero reconozco que mi reacción fue más intensa de lo que esperaba.

Valentina parecía nerviosa, visiblemente afectada. Y si juzgo por cómo se comportaron Gabriel y Renata, es evidente que ella no tuvo nada que ver con esa escena. Tal vez fue una trampa. Una provocación bien medida.

Hablando con franqueza, ya no dudo de nada. Gabriel nunca fue un santo. Me dejé engañar hace años. Ya no más.

Y lo de Renata… no entiendo el origen de tanto odio hacia su hermana. Pero es claro que la desprecia. Lo demuestra cada vez que

tiene oportunidad. Y Valentina… Valentina solo intentaba sobrellevarlo, lo noté. Me miraba con dudas, jugando con sus manos, inquieta.

Intenté pensar con claridad. Intenté alejar de mi mente la imagen de ese vestido, de su cuerpo, de lo que deseaba hacerle. Pero con ella cerca, pierdo toda racionalidad. Y aunque a veces eso puede ser bueno… también me asusta el nivel de control que tiene sobre mí.

Finalmente no pude más. Caminé hacia ella. Sus ojos no se apartaron de los míos. Y los míos… los míos eran arrastrados sin remedio hacia sus curvas.

—Damián… —susurró. Me deseaba tanto como yo a ella.

Esperé este momento toda la noche. Sentía una necesidad feroz de recordarle que era mía.

—Shhhh… solo déjate llevar —murmuré junto a su oído.

Tembló. Su cuerpo reaccionó al instante.

Besé su cuello, inhalando su aroma, ese que siempre me enloquece. Valentina era como una droga. Cuanto más la tenía, más la necesitaba. Una adicción que me consumía.

Lo único que quería era tomarla entre mis brazos, demostrarle que no necesitaba a nadie más. Que yo era suficiente.

No la culpo por lo que pasó. Pero sé que aún está tensa. Y eso me vuelve más loco de lo que me atrevo a admitir.

La alcé de pronto, sin decir una palabra. La quería en nuestra habitación. Quería arrancarle ese vestido que me atormentó toda la noche.

—¿No estás enojado conmigo?

¿Qué? ¿Por qué preguntas eso ahora?

—No… —logré decir, a duras penas. Me desarma con una facilidad que me deja sin palabras.

—¿No quieres hablar? —su voz era débil, como una súplica. Como si quisiera parar, pero no pudiera.

—Ahora no…

Hablar no es lo mío. Pero con el cuerpo… con el cuerpo siempre sé cómo expresarme.

Hace mucho, *demasiado* tiempo, deseé a alguien con esta intensidad. Y me arrepentí como nunca. Pero con Valentina… hay algo diferente. Algo que podría desestabilizarme.

Tuvimos otra noche increíble. Y sin embargo, noté que ella seguía incómoda. Lo sentía en su cuerpo, en sus silencios. Y lo único que deseaba era borrar cualquier rastro de esa noche maldita.

Se acurrucó contra mi pecho. En cuestión de minutos, se quedó dormida. Yo acariciaba su cabello con los dedos, sintiendo cómo mi mundo entero se había reducido a eso: a tenerla cerca.

Nunca pasé más tiempo del necesario en casa. Ahora no puedo esperar a estar aquí con ella. Comer tirados en el suelo del salón mientras hablamos de cualquier tontería. Soportar la decoración absurda que eligió con mil cosas coloridas esparcidas por todos lados…

No hay muchas cosas en mi vida que se me escapen del control. Pero cuando se trata de ella, todo es diferente. Me siento libre.

Para mi edad… supongo que está bien.

Ya tengo todo lo que la vida puede ofrecerme. Pero en medio de esa rutina robótica y gris, ella apareció y lo cambió todo. Desde que la conocí, pienso en ella más de lo que debería.

Para alguien tan centrado como yo… esto es confuso.

Su cuerpo, suave y cálido, presionado contra el mío… es mi nuevo refugio. Por fin me permití cerrar los ojos y descansar. Su aroma me envolvía como una promesa.

Ella dormía en paz. Y poco después, el sueño también me encontró. Nunca he dormido tan bien como lo hago con Valentina en mis brazos.

Se ha convertido, sin duda, en mi lugar favorito del mundo.

Capítulo 22

Damián

Me desperté antes que Valentina. Aún dormía profundamente entre mis brazos. Me quedé observándola unos minutos más de lo que debía. No quería moverme, no quería romper la calma de ese instante… pero tenía que irme. Las responsabilidades en la empresa no esperaban por nadie, y menos por mí.

Intenté moverme con cuidado, haciendo lo imposible por no despertarla. Pero en cuanto intenté apartar su brazo y su pierna de encima, abrió los ojos. Me quedé atrapado en su mirada, como tantas veces antes.

Me regaló una sonrisa hermosa, aún adormilada.

—Buenos días —murmuró, volviendo a apoyarse en mí.

Ese momento era tan perfecto que estuve a punto de rendirme y quedarme a su lado.

—Buenos días. ¿Dormiste bien? —le devolví la sonrisa.

—Sí, dormí muy bien, aunque aún tengo un poco de sueño… Creo que anoche nos ejercitamos mucho —dijo con picardía, y luego se cubrió la cara con la manta, avergonzada. Esa inocencia suya… incluso después de todo, seguía allí.

—Entonces vuelve a dormir. Siento haberte despertado. Tengo que ir a trabajar —sus ojos perdieron un poco del brillo que tenían segundos antes.

Me levanté y ella se sentó en la cama, cubriéndose el cuerpo con las sábanas como si le doliera que me alejara. No entendía esa tristeza repentina… al despertar parecía tan feliz.

—¿Quieres que pida que traigan el desayuno? Ivone no vendrá hoy, tuvo algunos problemas con su hermano —le informé.

—¿Pero ella no venía solo tres veces por semana? No creo que hoy tocara… —respondió algo distraída—. Espero que esté bien. No te preocupes por mí, haré algo por mi cuenta.

—Le pedí que venga todos los días de ahora en adelante. No quiero que estés sola.

—No hacía falta, Damián. Estoy acostumbrada a hacer las cosas sola…

Me acerqué antes de entrar al baño.

—Ya no estás sola, Valen—le susurré, dándole un suave beso en la frente. Vi cómo se le sonrojaban las mejillas.

Entré a ducharme. El agua me ayudó a despejarme un poco, pero no del todo. Apoyé la frente contra el azulejo frío, intentando entender qué tenía esta mujer que me hacía actuar como un idiota enamorado.

Podría hacer una lista: salir en horario de trabajo solo para buscarla, dejarle decidir cosas sin imponerme, permitir que cambiara mi decoración sin protestar, llegar tarde a la empresa…

¿En qué más estaba dispuesto a ceder por ella?

Esa idea me asustaba. Pero también me hacía sentir vivo. Hacía mucho que no me sentía así.

Al salir del baño, ella ya no estaba en la cama. Para alguien que decía estar cansada, se movió muy rápido.

En cuanto salí al pasillo, me llegó el aroma. Café recién hecho, huevos, pan caliente… y tocino. Entré en la cocina y allí estaba, de espaldas, cocinando como si lo hiciera todos los días.

Aunque nunca desayuno, en ese momento mi estómago gruñó con fuerza. Creo que puedo sumar eso a la lista de cosas nuevas.

—Hice el desayuno. Podemos comer juntos… —dijo en voz baja, como dudando de si yo aceptaría.

—No puedo… voy tarde —miré la mesa puesta. La intención era hermosa, pero no podía permitirme otro retraso. Su cara se apagó al instante, y solté una risa incómoda.

Me despedí con la mano y salí. Bajé hasta el coche, que ya me esperaba frente al edificio. Entré, encendí el motor…

Pero no pude avanzar.

Su cara seguía en mi cabeza. La forma en que me miró cuando le dije que no podía. El modo en que bajó la vista, como si no valiera la pena insistir.

Apagué el coche y subí de nuevo.

Ella estaba sentada a la mesa. No lloraba, pero sus ojos estaban ligeramente enrojecidos. No podía haber llorado en esos pocos minutos… ¿o sí?

—¿Olvidaste algo? —preguntó sin mirarme directamente.

—No. Pero, si todavía estoy a tiempo, ¿puedo aceptar esa invitación? Tengo hambre.

—Claro… hice suficiente para los dos —su sonrisa volvió, cálida, iluminando la cocina.

Me senté a su lado. Comí más de lo habitual, solo por complacerla. Tomamos el café conversando de tonterías, del clima, del tráfico, de cualquier cosa menos de lo que verdaderamente queríamos hablar. Ella evitaba el tema. Yo también.

Sé que Valentina quiere hablar de lo que pasó. Pero todavía no estoy seguro de poder controlarme si empiezo a pensar en Gabriel.

Nunca sentí esta necesidad de proteger a alguien. Siempre me basté a mí mismo, me acostumbré a la soledad. Pero ahora que la tengo a ella… me enloquece la idea de perderla.

Al terminar, le di un beso y le agradecí por el desayuno. Normalmente, yo solo bebo café, rara vez almuerzo, y ceno lo que Ivone deja preparado para que no me duerma sin haber comido

algo. Valentina me estaba sacando de esa rutina sin que me diera cuenta.

Salí mucho más tarde de lo que debía, pero también mucho más feliz.

En cuanto llegué a la empresa, Iván se acercó con una sonrisa socarrona.

—¿Qué clase de cara de gato que se comió al canario es esa? —me dijo alzando una ceja.

—No sé de qué hablas —respondí, fingiendo desinterés mientras evitaba llamar la atención de los demás.

—Con una novia así, ya me imagino por qué estás tan contento —soltó, divertido.

—Iván, siendo el jefe de seguridad, creo que estás necesitando más trabajo… ¿te asigno unas tareas extra? —fruncí el ceño, pero él sabía que no lo decía en serio.

—¡Eres terrible! ¡Un jefe cruel, despiadado… y además llegas tarde! —se burló.

—¡Idiota! —le solté mientras entraba en el ascensor.

Sí, había llegado tarde. Pero después de tantos años de puntualidad, creo que tengo derecho.

¿A quién quiero engañar? Solo intentaba quitarme la culpa. Me avergonzaba que mis empleados me hubieran visto llegar con retraso.

El resto del día lo pasé corriendo para recuperar el tiempo perdido. Me perdí una reunión importante y tenía decenas de llamadas sin contestar. El estrés empezó a apoderarse de mí.

Poco después del almuerzo, Iván apareció otra vez.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo es que alguien que esta mañana parecía flotar, ahora tiene cara de haber descubierto que Papá Noel no

existe?

Su sarcasmo no fallaba.

—Realmente debería reorganizar al personal…

—Vamos, dime qué pasa. Tal vez pueda ayudarte.

Lo pensé un momento. Si ni yo mismo entendía lo que me pasaba, ¿cómo iba a explicárselo a otro?

—Valentina es el problema. O tal vez no… no lo sé con certeza. Y eso me irrita. Ella… yo… —suspiré—. Llegué tarde, Iván. Y he estado haciendo cosas que no hago nunca…

—Vaya… ¿no me digas que no reconoces las señales de cuando alguien se está enamorando?

—No digas estupideces, Iván. Sabes que después de Daniela no me queda espacio para esas tonterías. Valentina es mi responsabilidad. Tal vez verla sufrir me afectó más de lo esperado. Pero enamorarme… eso no. No, Iván.

—Si tú lo dices… —levantó los hombros—. Pero para ser sincero, me parece bastante obvio lo que te pasa.

—La última vez que creí estar enamorado, terminé con la peor decepción de mi vida. Daniela me engañó, me manipuló… y lo peor es que yo bajé la guardia. Esa noche bajo las estrellas fue mi mayor error. No me hables de amor. Daniela fue la única vez que perdí el juicio. Y me salió caro.

—Te conozco desde hace años, Damián. Estuvimos en el ejército, trabajamos codo a codo. Si hoy tengo una vida, es gracias a ti. Y en todos estos años, jamás te había visto tan feliz como esta mañana. Ni siquiera en tu supuesto compromiso. Así que, si no quieres llamarlo amor, ni pasión, está bien. Llámalo como quieras. Pero si es algo que te hace bien… no lo dejes escapar, amigo.

Iván es el único con quien he hablado de Daniela. Él sabe lo que pasó con Gabriel también. Es el único vínculo que conservo del

pasado.

Solo necesito entender qué es lo que está ocurriendo. Ponerle nombre a esto. No quiero perderlo todo por estar confundido con Valentina.

Capítulo 23

Valentina

¿Sabes cuando te despiertas y piensas que aún estás soñando? Ese tipo de sueño donde todo es perfecto, cálido, casi irreal. Así me sentí al abrir los ojos.

Damián me miraba. Y por un momento creí que aún estaba dormida, atrapada en una ilusión hermosa. Le sonreí, medio adormilada, y solo cuando le dije "buenos días" y él me respondió, entendí que no estaba soñando. Era real. Él estaba ahí. Conmigo. Después de todo lo que vivimos anoche.

Respondió con esa sonrisa suya que consigue hacerme olvidar cualquier herida. Hasta entonces, todo parecía perfecto. Nos habíamos comprometido ayer, de una forma complicada, sí, pero en mi cabeza eso significaba un nuevo comienzo. Pensé que, después de todo, hoy se quedaría conmigo, que pasaríamos el día juntos. Al menos esta vez.

Pero no fue así.

—Entonces vuelve a dormir. Siento haberte despertado, tengo que ir a trabajar —dijo, como si nada.

Fue como si una punzada me atravesara el pecho. No lo esperaba. La alegría que sentía se esfumó de golpe, y al mirarlo, ya no podía fingir.

Se levantó. Me quedé sentada en la cama, cubriéndome con las sábanas, sintiéndome… pequeña. Ridícula. Como un objeto. Como si solo hubiera estado ahí para cumplir una función, como si él hubiera venido, conseguido lo que quería… y ahora pudiera marcharse sin más.

Me obligué a levantarme. No podía quedarme en la cama sintiéndome así. Fui a la cocina y comencé a preparar el desayuno, más por necesidad de ocuparme que por hambre. Mientras

cocinaba, no pude evitar pensar en Gabriel. En cómo al principio me hizo sentir especial, afortunada, como si yo fuera la única mujer del mundo. Y luego... todo cambió. Sin que me diera cuenta, el sexo empezó a pesar más que el amor. Más que yo.

Me esforcé por no llorar. Por no volver a ese lugar oscuro. Estaba harta de revivir el pasado.

Fue entonces cuando lo vi entrar a la cocina.

—Hice el desayuno… podemos comer juntos —le ofrecí, sin saber si aceptaría. Había preparado suficiente para los dos.

—No puedo, llego tarde… —dijo. Y sentí mi corazón hundirse una vez más. ¿Tanto le costaba quedarse unos minutos más? ¿Fingir siquiera que estar conmigo fuera agradable?

Sonreí como pude, fingiendo que no me afectaba. Él hizo lo mismo y se fue.

Apenas la puerta se cerró, las lágrimas brotaron. Me sentí tan patética… No tenía razones para sentirme así. Él nunca me prometió amor. Solo un acuerdo, un contrato. Ayuda y venganza. Debería ser suficiente.

Seguí tomando café mientras intentaba recomponerme. No pasó mucho tiempo antes de que volviera a entrar.

—¿Olvidaste algo? —pregunté, evitando mirarlo. No quería que viera mis ojos húmedos, ni mucho menos mi decepción.

—No. Pero… creo que tengo hambre. ¿Todavía estoy a tiempo para aceptar la invitación?

—Claro. Hice suficiente para los dos —respondí, y la alegría volvió como una ráfaga de aire fresco. Bastaba una chispa suya para encender todo en mí. ¿Era eso bueno… o muy peligroso?

Desayunamos hablando de cosas sin importancia. Rellenamos el silencio con frases superficiales, ignorando todo lo que realmente flotaba entre nosotros. Luego se fue. Y el vacío volvió.

Intenté distraerme limpiando. Lavé platos que ya estaban limpios, barrí pisos relucientes, quité el polvo a muebles impecables. No servía de nada. El apartamento parecía una vitrina. Y yo me sentía como un adorno más.

Encendí la televisión, pero nada me atrapaba. Estar encerrada comenzaba a desquiciarme.

Decidí salir a caminar al parque. Necesitaba aire, sol, gente, lo que fuera. Pero en cuanto abrí la puerta, me encontré con dos hombres trajeados que me observaban de cerca.

Los reconocí al instante.

—¡Ustedes! ¡Fueron los que me siguieron en la playa! —exclamé, señalándolos.

—Lamentamos el malentendido, señorita. No era nuestra intención asustarla. Solo cumplíamos con nuestro deber.

—¿Y qué hacen parados en mi puerta? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Son órdenes del señor. Estamos aquí por su seguridad. ¿Quiere ir a algún sitio?

Así que hablaba en serio cuando dijo que nunca estaría sola.

—Solo iba al parque. Está a unas cuadras. No tienen que venir conmigo —protesté, desesperada por un poco de libertad.

—Lo siento, no podemos dejar que salga sola. Tenemos instrucciones claras.

No podía creerlo. Cerré la puerta con rabia, tomé el teléfono y lo llamé.

—¿Valentina? ¿Pasó algo? —contestó al segundo timbre. Su voz sonaba preocupada.

—No, nada grave. Solo… ¿podrías decirle a los de seguridad que me dejen salir sola? Solo voy al parque de aquí abajo. Quiero caminar un poco. No me iré lejos.

—Valentina… ya te lo expliqué. No podemos dejar que corras riesgos innecesarios.

—¡Pero son solo cinco minutos! No es como si alguien estuviera persiguiéndome…

—Ellos harán todo lo posible por no incomodarte, te lo prometo. Pero es por tu seguridad.

—Está bien… —murmuré, resignada.

Volví a salir. Los dos me siguieron, como sombras vestidas de negro.

—Tendrán que empezar a usar ropa normal. Con esos trajes llaman demasiado la atención —les dije con fastidio.

—Por supuesto. Si eso la hace sentir más cómoda, no hay problema. Además, estos trajes dan mucho calor.

Compré helado. Caminé un poco. Pero sentía todas las miradas clavadas en mí. Y en ellos. Me sentía un bicho raro, una mujer observada. Una muñeca en una vitrina de cristal.

Damián estaba acostumbrado a esa atención. Yo no. A mí siempre me gustó ser invisible, ir a donde quisiera sin que nadie me juzgara, sin llamar la atención. Vivía feliz en mi anonimato.

Miré a los guardias. Estaban tensos, con las manos cerca de sus armas, los ojos escaneando cada rincón.

—¿Quieren un helado? Mi favorito es el de nata —pregunté.

—Gracias, pero no es necesario.

—Un dulce no le hace daño a nadie —insistí, dándoles uno a cada uno.

Se miraron entre ellos como si estuviera loca.

Y yo, tal vez lo estaba. Porque no podía dejar de pensar en qué hacer para no volverme completamente loca en ese apartamento.

¿Y si trabajara?

No había terminado la universidad para quedarme encerrada entre cuatro paredes. Me negaba a resignarme a esa vida de adorno.

Pensé en preparar una cena especial. Tal vez, si lo hablábamos con calma, Damián entendería.

Fui al mercado, compré lo necesario. No conocía bien sus gustos, pero sabía que una comida sencilla y casera podía conquistar a cualquiera. Menos es más, ¿no?

Cogí todo lo que necesitaba para preparar pasta al ajo, solomillo, arroz, una ensalada fresca. Quería que todo estuviera perfecto.

Damián tardó en llegar. Un hombre tan meticuloso y organizado… debería pensar en establecer horarios más humanos. En cuanto entró, lo llamé desde la cocina.

—¡Preparé algo especial para ti! Estoy segura de que te encantará.

—Solo necesito darme una ducha rápida. Enseguida estoy contigo.

Mientras él se duchaba, terminé de montar la mesa. Me sentía nerviosa, inquieta. Llevaba todo el día ensayando cómo decirle lo que quería.

—Vaya… ¡el olor es increíble! Está invadiendo todo el piso —dijo desde el pasillo, y su estómago rugió.

—¿No almorzaste hoy?

—No tuve tiempo. Pero esto huele tan bien que me acabo de dar cuenta de cuánto hambre tengo.

—Tengo que hablar contigo —solté, mientras él servía los platos.

Se detuvo. Me miró con interés, incluso adoptó esa pose suya de jefe… me dio risa pensar eso.

—¿Qué pasa?

—Damián… estaba pensando… realmente no me gusta estar aquí encerrada, y… quería saber si… bueno, si no fuera demasiado…

—Valentina… dilo ya. Me estás empezando a preocupar —me interrumpió con el ceño fruncido, atento a cada uno de mis gestos nerviosos.

—¡Quiero trabajar! —dije de golpe—. Estoy cansada de estar encerrada. No puedo quedarme así todo el día, todos los días. ¡Me voy a volver loca!

Se quedó mirándome en silencio. El suspenso me estaba matando. Solo podía pensar: *Si no quiere que salga ni a la esquina sola, ¿cómo va a reaccionar ante la idea de que trabaje...?*

Capítulo 24

Valentina

Creo que está pensando en matarme. Su rostro es tan inexpresivo que no puedo adivinar lo que pasa por su cabeza. Solo me mira en silencio, y yo, por dentro, ya me imagino todos los escenarios posibles... y en ninguno escucho un "sí, claro que puedes trabajar, Valentina".

—¿Hablas en serio? —pregunta al fin, con expresión desconcertada.

Me quedo sin voz. El calor me sube al rostro. Qué vergüenza.

—Mel… claro que puedes trabajar. Obviamente tendrás que estar protegida, pero jamás me opondría a eso —dice, con total naturalidad.

Lo miro boquiabierta. ¿Así de fácil? Creo que lo juzgué mal… otra vez. Siempre me preparo para lo peor, y a veces no hace falta.

—Pensé que no te gustaría la idea. Siempre estás tan preocupado por mi seguridad… temía que lo vieras como un problema.

—Claro que no es un problema. De hecho… tengo una propuesta: podrías trabajar conmigo.

¿Trabajar con él? ¿Eso es lo que escuché?

Me levanté de golpe, rodeé la mesa dando pequeños saltitos y me lancé a sus brazos.

—¡Gracias! Y sí, me encantaría trabajar contigo. Me muero por poner en práctica lo que estudié.

—¿Aún no has trabajado en tu campo?

—No… Mis padres nunca se preocuparon por mi desarrollo profesional, y cuando empecé con Gabriel, lo único que les importaba era que me casara con él. Así podrían lucirse con la

empresa de su familia. Tú ya sabes… no son precisamente unos santos.

—Sí, tu familia deja mucho que desear, pero ahora tienes a un futuro esposo que sí te apoyará. ¿Qué estudiaste?

—Ciencias tecnológicas. Desarrollé algunos sistemas de seguridad. Trabajé en grupo, no lo hice todo sola, pero era buena… o eso creo. Ya no sé si tengo la misma habilidad de antes.

—Vaya. No lo habría imaginado. No es que juzgue por las apariencias, pero no pareces una fanática de la tecnología.

—Lo hacía bien. En serio. Echo de menos sentirme útil. Me hacía feliz.

—Te creo. Me has estado sorprendiendo mucho últimamente… y eso no es fácil.

Me miró de una forma distinta. No era deseo, o no solo deseo. ¿Era admiración?

—¿Cuándo empiezo? ¿Mañana? ¡Estoy emocionadísima! —exclamé, incapaz de ocultar mi entusiasmo.

—Cuando quieras. Mañana está perfecto.

—¡Pues mañana empezaré a prepararte el desayuno cada mañana, y me aseguraré de que el señor Mi Querido Futuro Esposo coma sus comidas como corresponde!

—Uh, ¿vas a controlarme? Vamos a tener problemas…

—¿Por qué? —pregunté entre risas.

—¿Cómo voy a resistirme, sabiendo que vas a caminar por los pasillos como una tentación con piernas? —dijo con esa voz que me pone la piel de gallina.

Mi cara ardía.

—Me encanta cuando te sonrojas —añadió, y pasó suavemente las yemas de los dedos por mis mejillas.

—Tendrás que tener autocontrol, señor Castillo. No querrás tener problemas con mi jefe…

Lo dije con una voz seductora, sin pensar. No sé por qué lo hice. No soy así.

—Oh, estás jugando con fuego, Mel… ¿Cómo quieres que me concentre, sabiendo lo que hay bajo esa ropa?

Me ruboricé aún más.

Trabajar con Damián será un desafío. Para él… y para mí. ¿Cómo voy a resistirme a mi jefe irresistible?

Damián

Apenas entré en casa, el olor a comida casera me golpeó con fuerza. Dios, cómo había echado de menos eso. Tener a Valentina aquí estaba empezando a cambiar incluso mis peores hábitos: desayunos a deshora, cenas recalentadas en el microondas… ahora todo olía a hogar.

—¡Preparé algo especial para ti! —me dijo apenas me vio—. Estoy segura de que te encantará.

Le dije que solo necesitaba una ducha rápida y enseguida volvería.

Y mientras me duchaba, no pude evitar pensarlo: es extraño lo mucho que disfruto tenerla en casa. Siempre rechacé la idea de convivir con alguien. Nunca quise a nadie curioseando en mi vida, tocando mis cosas, invadiendo mi espacio… pero con ella, todo es distinto. Su presencia me calma. Me atrae. Me desarma.

Y ese deseo irracional que siento por ella… bueno, eso es otro tema.

Como dijo Iván: pase lo que pase, no puedo dejar que se me escape de las manos.

Volví a la cocina y el olor era incluso mejor que antes.

—¡Vaya! El aroma ha invadido hasta el dormitorio —comenté, y mi estómago rugió de inmediato.

—¿No almorzaste hoy? —preguntó, curiosa.

—No tuve tiempo. Pero ahora mismo necesito comer o me desmayo.

Me senté, y entonces me lanzó la bomba:

—Tengo algo que decirte…

Su tono nervioso lo dijo todo. Valentina es transparente, no puede ocultar nada. Y eso me mata… porque lo primero que pensé fue que quería dejarme. Me tensé al instante.

—Puedes hablar —le dije, tratando de sonar tranquilo. Me senté para contener los nervios.

Ella se rió nerviosamente, y no sé por qué, pero su risa me desconectó. Tiene esa habilidad de desarmarme incluso cuando estoy al límite.

—¿Qué pasa?

—Damián… no me gusta estar en casa. Quiero trabajar. Estoy harta de pasar los días sin hacer nada. ¡Me voy a volver loca!

¿Eso era todo? ¿Tanto nerviosismo… por eso? No supe si reírme o preocuparme por lo mal concepto que parece tener de mí.

—¿Hablas en serio? —tuve que preguntarlo.

Pensé que había matado a alguien. O que quería huir. ¡Incluso me imaginé ayudándola a esconder un cadáver! Pero… ¿trabajar?

—Mel, por supuesto que puedes trabajar. Tendrás seguridad, claro, pero nunca me negaría a eso.

¿Realmente pensaba que la iba a retener en una jaula?

—Pensé que no te gustaría la idea. Siempre estás tan obsesionado con mi seguridad…

—Y lo seguiré estando, pero eso no significa que no puedas hacer tu vida. De hecho… tengo una propuesta: podrías trabajar conmigo.

La idea ya me había rondado la cabeza antes. Tenerla cerca en la oficina… verla cada día, colaborar juntos, ocupar espacios comunes… No me molestaría en absoluto.

Se levantó, me abrazó, y no lo voy a negar: me encantó.

—Gracias. Me encantaría trabajar contigo. Quiero usar lo que estudié.

—¿Nunca has trabajado en tu área?

Me costaba recordarla en la universidad. Apenas la vi después de que empezó a salir con Gabriel. Pero sí recuerdo verla con libros, siempre concentrada, metida en su mundo.

Ahora que lo pienso… estaba preciosa entonces. Pero ahora, ahora está aún más impresionante.

La miré. Por un segundo imaginé cómo habría sido nuestra historia si hubiera estado conmigo desde aquella noche.

Tal vez habría sido todo distinto. Pero tal vez… todavía estemos a tiempo.

Capítulo 25

Damián

Valentina es muy graciosa. De hecho, creo que es la única mujer que he conocido que, tras comprometerse con alguien como yo, aún quiere trabajar. La mayoría estaría encantada de quedarse en casa, viviendo una vida cómoda. Pero ella no. Ella quiere más. Quiere valerse por sí misma.

Y eso me gusta. Al menos sé que no está conmigo por interés. No le importa mi dinero. Otro punto a su favor.

—No... sí... mis padres, al final no me dejaron mucho... bueno, ya los conoces, no son tan maravillosas personas —dijo con tristeza.

Sus palabras me indignaron. ¿Cómo pudieron sus padres limitarla tanto? ¿Cómo se puede tener a una hija como Valentina y no apoyarla? Le han robado tanto...

Vi cómo sus ojos se nublaban. Siempre que habla de su familia pierde un poco del brillo que tanto me gusta en ella.

—Tu familia no es la más encantadora, debo admitirlo —respondí con franqueza—. Pero ahora tienes a un futuro esposo que te apoyará como mereces. Por cierto, ¿qué estudiaste? ¿Cuál es tu área?

Siento la necesidad de reforzarle su valor, recordarle que ahora tiene a alguien que cree en ella.

—Ciencias tecnológicas. Ya he desarrollado algunos sistemas de seguridad. Claro que trabajé, pero todo fue en grupo, no hice todo sola. Nos repartimos el trabajo —dijo encogiéndose de hombros.

Eso sí me sorprendió. ¿Tecnología? Jamás lo habría imaginado. Con ese rostro angelical y sonrisa dulce, parecía cualquier cosa menos una experta en sistemas.

—Vaya… No es que la apariencia defina a una persona, pero no pareces alguien que se mueva en ese campo —admití, sonriendo. Realmente siento que he ganado la lotería: una mujer hermosa e inteligente.

—Sé que no debería decirlo, pero lo hacía muy bien. No sé cómo estoy ahora, pero era muy buena —confesó con melancolía.

Otra vez esa mirada triste. Esta mujer ha pasado por más de lo que me ha contado. Estoy seguro.

—Te creo. Me has estado sorprendiendo últimamente… algo que no mucha gente logra —le aseguré. No se lo decía por compromiso. Lo sentía. Ella me sorprendía a diario.

—¿Cuándo empiezo? ¿Mañana? ¡Estoy tan emocionada! No puedo esperar a poder ayudarte con algo —dijo, con los ojos iluminados de ilusión.

—Puedes empezar cuando quieras. Mañana está perfecto para mí —respondí, encantado de tenerla cerca.

—¡Prepararé nuestro desayuno todas las mañanas! ¡Y me aseguraré de que el señor Mi Querido Futuro Esposo coma en los momentos apropiados! —dijo con esa voz juguetona que me hipnotiza.

Cada vez que pronuncia "esposo" se me acelera el corazón. Me tiene en sus manos.

—¿Vas a monitorearme? Creo que vamos a tener algunos problemas…

—¿Por qué? —preguntó, sabiendo perfectamente a qué me refería.

—¿Cómo voy a resistirme? ¿Cómo voy a concentrarme sabiendo que tú, mi tentación andante, estarás caminando por los pasillos de la empresa? —le dije, provocando otra de sus deliciosas sonrisas avergonzadas.

—Creo que es tan hermoso cuando te sonrojas —añadí, rozando su rostro con mis dedos. Me incliné sin pensarlo, deseando más

contacto. Con solo tocarla, mi cuerpo reacciona.

—Tendrá que tener mucho autocontrol, señor Castillo. No queremos que tenga problemas con mi jefe —susurró con tono seductor. ¿Valentina provocándome? Eso sí que es nuevo.

—Oh… pero eso es pedirle demasiado a un hombre. ¿Cómo concentrarme, sabiendo lo que hay debajo de esa ropa? —murmuré, mientras ella se volvía escarlata una vez más.

No pude resistir más.

La levanté en brazos, haciéndola soltar un gritito divertido. Su risa llenó toda la habitación.

—¡¿Qué haces?! ¿Estás loco? —preguntó entre risas.

—Me llevo a la señora Castillo a nuestra habitación, para recordarte cuán difícil será mantenernos concentrados en la empresa… y lo mucho que deseo que cada día recuerdes esto —susurré, mirándola mientras se mordía los labios. Su deseo era tan claro como el mío.

La deposité en la cama y me apoderé de sus labios. Su sabor me consume. Soy un adicto sin remedio, y no quiero curarme.

Mi boca exploró su cuerpo. Ella se rindió a cada caricia. Me encanta verla así, entregada, feliz. Nuestra noche fue perfecta. Dormimos abrazados, yo con el rostro escondido en su cuello, inhalando su aroma. Y al despertar… la cama estaba vacía.

Ahora entiendo cómo se sintió ella cuando me fui. Aunque parezca ridículo, deseaba tenerla ahí, conmigo.

Al salir al pasillo, el olor del desayuno me golpeó. Había cumplido su promesa.

—Vaya, alguien está ansiosa… ¿no pudiste dormir más? Creo que tendré que mejorar mi rendimiento —bromeé al entrar a la cocina.

—Tu rendimiento fue espectacular, como siempre —respondió, sin mirarme, removiendo la sartén—. Pero sí, estoy nerviosa. No dormí bien. Me desperté mil veces.

—Si quieres quedarte aquí a descansar, no hay problema. Le pido al conductor que venga más tarde —ofrecí, aunque sabía que lo rechazaría. Aun así, quería que supiera que tiene opciones. No es una empleada. Es mi futura esposa.

—¡De ninguna manera! Si me quedo un minuto más, me dará un ataque de ansiedad —dijo riendo.

La mesa estaba lista. Incluso hizo panqueques. ¿A qué hora se levantó esta mujer?

—Está bien, señora Castillo. Pero puedes esperar a que despierte. Podríamos hacer el desayuno juntos. Yo te ayudo —dije, buscando una excusa para no despertar solo. La verdad es que me dolió no tenerla en mis brazos esta mañana.

—Parecías dormir tan profundamente… No quería molestarte. Pero sí, esperaré. Desde mañana lo haremos juntos.

Después de desayunar, fui a ducharme. Ella fue al baño de la habitación de invitados. Estaba dejando cosas allí, y eso me molestaba. Necesito ampliar el armario… quiero que tenga su espacio junto al mío.

Y justo cuando pensé que ya la había visto en su mejor versión, apareció.

Estaba frente al espejo, poniéndose los pendientes. Llevaba una falda lápiz negra con abertura trasera, camisa blanca, tacones rojos a juego con su bolso, y un abrigo colgado de los hombros. Su cabello recogido en una coleta alta, con una parte suelta sobre un hombro.

—Estoy lista. No quiero retrasarte. ¿Así está bien? —preguntó.

Tuve que aclararme la garganta.

—Estás increíble. Maravillosa.

—Gracias —dijo con una sonrisa radiante—. ¿Ya estás listo?

—Sí. Vamos. El coche ya nos espera.

Mientras cruzábamos el vestíbulo, todos la miraban. Guardias, empleados… todos. Ninguno fue irrespetuoso, pero yo lo noté. No se me escapa nada. Así empieza mi dolor de cabeza...

El trayecto fue en silencio. Ella parecía absorta en sus pensamientos. Yo también. Todos giraban en torno a ella.

Y en cuanto cruzamos el vestíbulo de la empresa, la misma voz de cada mañana me recibió:

—¡Cuñada! ¿Estás aquí? ¡Caramba, qué bonita estás!

Ah, Iván...

Capítulo 26

Valentina

No pude dormir bien en toda la noche, estaba muy ansiosa, no veía la hora de estar en la empresa. Preparé el desayuno y me arreglé. Damián parecía un poco incómodo esta mañana, pero no podía pensar en eso; tenía muchas ganas de trabajar.

—¡Cuñada, ¿estás aquí?! ¡Caramba, qué bonita estás! —nos recibió el hombre que conocí en mi fiesta de compromiso, Iván. Es bastante espontáneo y muy amigable, parece todo lo contrario a Damián. No tengo idea de cómo se conocieron, pero esos dos no combinan en absoluto.

—¡Buen día! —respondí un poco torpe. Hablaba tan fuerte que mucha gente que pasaba se detenía a mirarme, no me gustaba llamar la atención.

—Iván... ¿estás aquí de nuevo? Voy a pasar por la sala de seguridad un día de estos, no sé cómo te las arreglas para seguir molestándome cuando estás en servicio —lo regañó Damián, aunque se notaba que no hablaba en serio. Los dos tienen un fuerte lazo de amistad, lo cual es bastante extraño, pues Damián es muy cerrado.

—Cuñada... consejo de hermano: corre mientras aún hay tiempo. ¿Cómo vas a aguantar ese temperamento todos los días por el resto de tu vida? ¡Es imposible! —Iván tiene un alma muy juvenil y es muy divertido.

—Me gustan los retos —le sonreí.

—Vamos, cariño, tenemos que trabajar, a diferencia de algunas personas aquí, ¿cierto, Iván? —Damián le lanzó una mirada mientras me guiaba hacia el ascensor.

Iván hizo una mueca y yo sonreí, siguiendo a Damián. Todos nos miraban y eso me molestaba mucho; el anonimato siempre fue una

de las cosas que más valoré en mi vida, pero ahora nada será como antes.

—¡Iván parece ser muy divertido! Su humor es encantador —comenté ya dentro del ascensor mientras subíamos al último piso.

—¿Te gusta la gente divertida? —preguntó Damián, con una voz que me sonó un poco extraña.

—¿A quién no le gusta la gente así? —respondí—. Parece que hasta a ti te gusta, después de todo es tu mejor amigo, ¿no? Al menos es el único hasta ahora que he visto que te trata tan íntimamente.

Él estuvo en silencio. No sabía en qué estaría pensando, pero se le veía muy concentrado. Terminamos la subida en silencio, bajamos y fuimos directo a su oficina.

—Disculpa la pregunta... pero quiero saber en qué sector voy a trabajar, en qué piso es y qué esperan que haga —le sonreí emocionada.

—Bueno... pensé que sería bueno que trabajaras conmigo. Toda la empresa tiene la misma red de acceso, solo cambian las credenciales, así que puedes trabajar desde cualquier lugar de la empresa.

—¿Aquí? Pero... —me quedé callada porque no quería empezar mi primer día yendo en contra de mi jefe, pero la idea me incomodaba mucho.

—¿Qué pasa, Valentina? Puedes decirme, puedo escuchar tu cerebro gritando desde aquí —comentó con una sonrisa. No sé si le gustaba mucho la idea, pero creo que nos concentraríamos mejor si mantenemos cierta distancia.

—En realidad pensé que tal vez... sería mejor quedarme en la parte de desarrollo de sistemas o en la de seguridad. Desde aquí no tengo mucho que hacer si, por ejemplo, alguien intenta invadir la red; necesito estar cerca de los servidores —él se puso serio, su rostro cambió tan pronto como terminé de hablar.

Yo y mi bocota, pero no puedo trabajar lejos del sector donde debo estar, no está bien, y más si quiero hacerlo bien. Lo bueno de ser su futura esposa es que no tengo que estar de acuerdo con todo lo que dice.

—Mmm... ¿estás segura? También puedes trabajar desde aquí. Puedo adaptar todo para ti. El sector de los servidores no es tan cómodo como aquí, y la mayoría son hombres cuya masculinidad se ve amenazada por sus compañeras. Creo que solo hay un par de mujeres allí —¿de verdad hay eso? La gente no evoluciona, créeme.

—Segura que sí. Tengo que trabajar en el lugar adecuado para dar lo mejor de mí. Desde aquí muchas cosas no serían posibles. Quiero entender sus sistemas y ver si hay alguna falla de seguridad. Nunca se sabe y soy buena en eso. Como dije, desarrollé un sistema de seguridad en la universidad y puedo detectar una falla a distancia —le informé con convicción. No quiero que piense que, por ser su futura esposa, me voy a aprovechar.

—¡Maldición! —exclamó tan de repente que me asusté—. ¡No puedo creer que traje a mi esposa al trabajo conmigo y ella no quiere estar cerca de mí! ¿Qué ventaja tengo realmente? —Tenía una sonrisa juguetona, pero algo me decía que una parte de él estaba molesto y de acuerdo al mismo tiempo.

—La ventaja de tenerme aquí, señor Castillo, es que hay pocas personas que trabajen con tanto compromiso como yo. Conociéndome bien, muy probablemente en unos meses tendrá un prototipo de un nuevo sistema de seguridad especial solo para su empresa. ¡Apuesto a que ninguno de los "hombres" sexistas y retrógrados ha hecho eso! —Espera, amor, sé de lo que hablo. No sería la primera vez que me reto a hacer algo así y la primera vez mis profesores quedaron muy orgullosos.

—Ah, doña Valentina, realmente disfrutas sorprenderme... ¿qué más tienes escondido? —Tenía los ojos entrecerrados, como alguien que intenta entender algo—. ¿Qué más puede ser tan impresionante como eso? Y qué lengua tan afilada...

—Es un secreto. Si descubrieras todo de una vez, no sería divertido —comenté sonriendo—. ¿Entonces? ¿A dónde debería ir?

—Me convenciste... pero tendrás que quedarte en un cuarto aparte, ya que estarás trabajando en algo nuevo. Espero que esto sea solo entre nosotros. Confío en mis empleados, pero sé que los celos existen, así que prefiero que lo hagas discretamente —levanté una ceja con aire de burla.

—¿Los celos entre los funcionarios o los celos que tú tienes que lidiar, señor Castillo? —no pude ocultar la sonrisa. Se veía muy avergonzado, es bueno verlo así. Siempre tan seguro de sí mismo, y siempre me hace sonrojar como un pimiento. Me vengué con éxito.

—Llamaré a Iván para que te acompañe. Haré que alisten una oficina para ti, dame unos días, tal vez dos, para que todo esté listo.

—Por supuesto que se lo agradezco, pero denle a la gente un poco más de tiempo. No quiero tener problemas con mis compañeros por esta exclusividad. Háganme saber con quién voy a trabajar para saber en quién confiar, quién puede ayudarme si lo necesito, cosas así.

—Pensé que harías sola el trabajo, señora Castillo. ¿Ya estás pensando en necesitar ayuda? —entrecerró los ojos desafiándome. Oh, él verá.

—No quiero tener la reputación de ser un snob. Quiero llevarme bien con mis compañeros de equipo, además, todos trabajaremos juntos, es natural que eventualmente nos necesitemos.

Iván puso fin a nuestra pelea entrando sin llamar a la puerta.

—¿A dónde se fueron los buenos modales, Iván? ¿Los dejaste en casa? —preguntó Damián.

—Si estuviera pasando algo que no debería ver, no me llamarías, ¿verdad? —me guiñó un ojo—. ¿Entonces para qué sirvo?

—Quiero que lleves a Valentina a la planta de servidores. Ella trabajará allí a partir de hoy. Haz que Recursos Humanos escriba un

contrato para ella; será desarrolladora. Ya sabes cómo funciona esto... pero llévala primero.

—Con mucho gusto. Aún trataré de entender cómo funciona la cabeza de esta chica, no debe ser normal...

—Iván... sin bromas, por favor. También pide que envíen a una diseñadora de interiores y un ingeniero para ver si pueden darle más espacio a una de las oficinas.

—Eso no es necesario, Damián, puedo trabajar igual que los demás.

—Eso no está abierto a discusión. Ya te estás alejando. ¿No puedo darte un poco más de comodidad?

—Ah... qué lindo. ¿Quieres que me vaya para que puedan discutir su relación en paz? —Damián suspiró y Iván se echó a reír.

—Está bien, está bien, me callo.

—Gracias. Pueden irse, me uniré a una videoconferencia en unos minutos.

Nos despedimos y Iván me acompañó hasta la puerta. Noté que contenía la risa, pero no le pregunté nada. Seguro que en cuanto nos alejemos me lo contará todo.

Capítulo 27

Valentina

—Ah, cuñada, ¿todavía no entiendes que la última palabra siempre es la suya? Damián no está acostumbrado a tener cosas fuera de su control.

—Tendrá que acostumbrarse, porque tampoco soy de las que se lo toman todo con calma, pero nos llevamos muy bien —respondí. No quiero que piense que soy un adorno. Damián y yo tenemos un acuerdo, pero no voy a hacerme la sumisa total.

Iván parecía conocer bien a Damián. Tenía curiosidad por saber de dónde se conocían y por cuánto tiempo.

—¿Lo conoces desde hace mucho tiempo? —pregunté con interés.

—Ha pasado mucho tiempo, ni siquiera puedo recordar exactamente —respondió con una sonrisa pícara, consciente de que estaba tratando de sacarle información. No creo que nadie que trabaje para Damián sea lento. —No te preocupes, poco a poco lo conocerás mejor...

—Lo sé —respondí, desganada.

Entramos al ascensor, Iván presionó el número 8 en el panel y bajamos en silencio. No quería parecer fastidiosa insistiendo, así que traté de quedarme tranquila.

—Aquí es donde vas a trabajar. Debo decir que estoy impresionado con la situación; quien te vea no diría que entiendes de esto.

—No es la primera vez que escucho eso, pero sí, sé mucho. Siempre me ha gustado la tecnología, crecí queriendo aprender sobre ella. Es fascinante.

—Es realmente impresionante. Te presentaré a tus colegas. No son muy amigables por alguna razón que no entiendo; piensan que son

demasiado inteligentes para encajar —dijo, riendo y levantando las manos en señal de disculpa.

—Lo entiendo. Estudié con muchos genios, no suelen ser sociables. Te aseguro que fue un verdadero esfuerzo graduarme, yo fui la excluida.

Caminamos por un pasillo con varias puertas; probablemente detrás estaban los servidores. Al final había cinco personas: tres hombres y dos mujeres, todos concentrados en sus computadoras.

Antes de acercarnos más, tomé el brazo de Iván.

—¿Será que puedes no contarles que soy la novia de Damián? —pedí un poco retraída—. No quiero que piensen que estoy aquí solo por ser la novia del jefe.

—Entiendo... pero todo el mundo sabe quién eres y sales en todos los periódicos y revistas —me miró como si estuviera loca.

—Confía en mí... esta gente no es el tipo que lee revistas de chismes, probablemente ni me noten, así que...

—Claro... si así lo quieres, no veo problema, tú mandas.

Caminamos hasta el centro de la sala y solo se volvieron cuando Iván se aclaró la garganta.

—Tengo a alguien que presentar —dijo. Al ver que nadie respondía, continuó—: esta es Valentina, su nueva colega. Espero que le muestren todo y...

—Si tenemos que mostrarle algo aquí... ¡creo que está en el lugar equivocado! —respondió una de las mujeres, midiéndome de arriba abajo. Estoy segura de que me estaba regañando mentalmente. Tal vez mi elección de ropa no fue la mejor para esta industria, si lo analizaba bien...

—Wow... ¿segura que quieres quedarte aquí? —susurró Iván con los ojos muy abiertos. Sí, no son muy agradables, pero seguro están molestos porque les quitamos concentración.

—Oh, por favor, dejen de ser tan molestos —dijo un chico con gafas —. Bienvenida al equipo, Valentina. No dudes en preguntarme cualquier cosa si tienes dudas, soy Mike —dijo tendiéndome la mano.

Al menos alguien era agradable. Acepté la mano con una sonrisa.

—Encantada de conocerte, Mike. ¡Gracias!

La otra chica también se presentó.

—Hola, soy Amelia. No te preocupes por los demás, todos son un poco gruñones, pero somos un equipo, así que... bienvenida —le sonreí y pronto llegaron algunas personas trayendo una computadora nueva, una mesa, una silla y todo lo que pudiera necesitar.

Todos vimos cómo instalaron todo rápidamente. En cuestión de minutos todo estuvo listo.

—Señorita, si nos puede acompañar, necesitamos que nos diga cómo quiere que esté decorada su oficina —mi cara cayó, todos me miraban como si fuera de otra galaxia.

—Por supuesto... —Iván sonreía, probablemente riéndose de mí, ya que mi plan para encajar se había ido por el desagüe gracias a mi futuro esposo.

—Por acá.

Fui con ellos a una de las primeras oficinas, estaba vacía.

—Podemos adaptarnos a tu gusto. Cuéntanos tus preferencias de colores, qué te gusta para la decoración, arreglamos todo. Abriremos la pared y uniremos esta oficina con la de al lado, así tendrás más espacio, será amplio, podrás pensar en cosas más grandes: mesa, diván, sofás... lo que quieras —decían tan rápido que apenas podía seguirles el ritmo. ¿Romper la pared?

—Mira, ¿puedo dar mi opinión? —no entendía la necesidad de todo eso, me sentiría genial trabajando con el resto del equipo.

—Sí, el señor Damián nos pidió que hiciéramos todo lo que usted quiera —respondió uno.

Puse ambas manos sobre mi cabeza, tratando de ordenar mis ideas. Ni siquiera me había dado cuenta de que Iván estaba allí; no lo habría visto si él no se hubiera reído otra vez.

—Realmente puede ser sofocante, ¿no? Como dije, control, mucho control.

—Pero como dijo, deberán escucharme... no hay necesidad de romper nada aquí. La oficina es del tamaño perfecto para mí, solo estaré yo y probablemente no tendré muchas visitas —comenté, triunfante.

—El señor...

—Les dijo que lo hicieran como yo quería... ¿no es eso lo que me dijiste? —lo interrumpí sonriendo—. Entonces, solo quiero que decores esta oficina de la manera que mejor te parezca. Me encantan los tonos vivos, los sillones y las flores —la cara de todos no tenía precio. Todo en la compañía era frío y sobrio; yo quería color y vida. Solo sería aquí en mi rincón. No es elegante para una empresa, pero es lo que me gusta.

—Bien, entonces. Como prefiera. Contábamos con que estaría listo en dos días, pero creo que mañana estará listo...

—Genial, me pondré manos a la obra.

—Cualquier cosa en la que necesites ayuda, no dudes en comunicarte conmigo, ¿de acuerdo? El clima aquí no es muy bueno. Tus compañeros son más como enemigos, grita pidiendo ayuda si la necesitas. Regresaré a la sala de seguridad antes de que invadan el edificio y ni siquiera lo vea —me reí y le di las gracias.

Una cosa que dijo me llamó la atención: "invasión". Quiero saber cuál es el sistema de protección que tiene la empresa. Mi mente ya da vueltas en algo muy bueno, pero si el servidor está bien protegido, quizá no sea necesario cambiarlo.

Regresé a la mesa improvisada bajo la mirada curiosa de mis colegas.

—Wow, ¿vas a tener tu propia oficina? Eso es nuevo aquí...

—Es solo para trabajar en algo, tal vez sea temporal —mentí.

—¿Será que la Miss Universo está donde debería estar? —comentó la mujer que no se presentó mientras me sentaba.

—Sí, lo estoy, no te preocupes por mí —pensé que algunas personas en ese ambiente son extremadamente desagradables. No creo que sea necesario actuar así. No es porque tenga un coeficiente intelectual alto que debas tratar a todos como inferiores.

—¿Me pueden decir cuál es el sistema de seguridad de la empresa?

—Simplemente abre tu computadora y podrás encontrarlo —respondió otro chico que había estado en silencio.

Cuánta gente grosera.

—Si me dices el nombre, puedo saber cuál es y cómo funciona. Así no tengo que perder tiempo abriéndolo mientras la máquina arranca —Amelia me dijo el nombre y empecé a detallar todo el sistema para ellos, que me miraban en silencio.

—Es increíble que te sepas todo eso de memoria —Mike me elogió —. Muy bien, ¿cómo sabes todo esto?

—Yo lo desarrollé —no podía creer que en realidad comercializaran algo que prácticamente hice sola. ¡Esto es absurdo!

—¿Qué? Eso es imposible. La empresa que lo desarrolló es enorme. Si tú lo desarrollaste, ¿por qué estás aquí?

—¿Quieres que te mencione todos los defectos también? También me los sé de memoria, y algunos los hice a propósito —este prototipo era muy bueno, pero no perfecto. Si estaba igual que el original, tenía algunas lagunas casi imperceptibles, pero las conozco. Alguien lo suficientemente inteligente definitivamente las encontraría y las usaría para infiltrarse.

Necesito hablar con Damián sobre esto. Voy a crear un nuevo sistema, pero necesito tiempo. Además, quiero saber cómo lanzaron este sistema al mercado sin mi consentimiento. Nunca estuve al tanto. Es absurdo que ni siquiera me pidieran permiso, yo desarrollé todo esto.

Me levanté antes de que la computadora portátil comenzara a funcionar, con todos mirándome. Por supuesto, pensaron que estaba mintiendo, pero no importaba su opinión; solo quería saber cómo...

Me dirigí hacia el ascensor... Damián definitivamente estaría sorprendido, y no en el buen sentido.

Capítulo 28

Damián

Tan pronto como Iván y Valentina se fueron, me quedé pensando en todo esto: los cambios que estaba aceptando sin cuestionar, las preocupaciones excesivas que me invadían. Nada de lo que pensaba tenía sentido.

Tomé mi celular y llamé para que modificaran la oficina de Valentina. Quería que todo estuviera listo en dos o tres días. Me molestaba pensar que no estuviera cómoda o que se quedara mucho tiempo aislada entre los demás.

—Quiero que me hagan un favor. Necesito que el cambio sea rápido, usen a tantas personas como sea necesario para terminar lo antes posible.

Les di todas las indicaciones y les pedí que consultaran a Valentina sobre la decoración. Sé que le gustaban los colores, así que no quería que yo tomara esa decisión.

—Por supuesto, lo haremos cuanto antes —me respondieron sin demora.

Tuve una videoconferencia con un importante proveedor de la empresa, pero no lograba concentrarme del todo. Mi mente no paraba de pensar en cómo le estaría yendo, en qué haría ella.

Poco después de terminar, Iván entró a mi oficina con esa sonrisa en el rostro que solo un buen amigo entiende: tenía noticias nuevas.

—¿Qué quieres, Iván? —le pregunté, fingiendo estar ofendido. —No hagas escena, sé que tienes algo que decir —su sonrisa se amplió aún más.

—Solo quería decir que cuanto más conozco a tu futura esposa, más me sorprendo. Ella es realmente impresionante —comentó sonriendo —. ¿Sabías que rechazó algunos cambios que propusiste? No quiere

nada demasiado grande como lo imaginabas, pidió que no lo hicieran.

—¿Qué? ¿Pero mi palabra ya no cuenta?

—Claro que sí, pero tu orden era que siguieran sus indicaciones y ella usó eso. —Valentina siempre me reta, le cuesta obedecer sin cuestionar.

Me recosté en la silla, apoyando las manos en la barbilla. Iván aún mantenía su expresión feliz.

—Sí… ¿qué haces todavía aquí? ¿Qué más tienes que decir? —pregunté con mal humor.

—Te diré algo como amigo: mejor expresa lo que sientes. Te conozco bien, siempre lo dejas entre líneas, pero no dices nada explícito —se acercó a mi mesa—. Es una joya, no la pierdas.

—¿No tienes trabajo que hacer? —quise cambiar de tema. Hablar de ella me ponía aún más ansioso. —Puedo conseguirte algo.

—De eso hablo, ¿lo ves? Llévala a pasear, deja de pensar solo en el trabajo, disfruta un poco la vida —se dio la vuelta y se fue.

Tenía mis dudas. Estar con ella era bueno, pero me estaba cambiando de maneras que no me hacían sentir tan bien.

Recibí una llamada del personal, confirmando lo que me había dicho Iván. Si eso era lo que Valentina quería, no me opondría. Dejé que lo hicieran a su gusto.

Para mi total disgusto, el señor Novaes vino a visitar la empresa.

—¿Cómo estás, Damián? Me enteré de tu compromiso con mi exnuerita, felicidades —nada de lo que dijo sonaba sincero.

—Muchas gracias. ¿Qué haces aquí? La reunión con los accionistas es recién la próxima semana —odia este hombre y no intento ocultarlo.

—Uh, no hay nada que me impida estar aquí, es parte de ser accionista y participar en la junta —su cinismo me irritaba—. ¿Cómo

está Valentina? Le tengo un gran cariño, no sé qué estará pensando mi hijo… pero quién sabe, la vida da sorpresas… Aún no te has casado, ¿verdad? —estaba tratando de provocarme, y lo estaba logrando. Hablar de ella era un punto sensible últimamente.

—¡Ella está muy bien! No le daré oportunidad a la mala suerte, la boda será pronto. No hay sorpresas que la vida me pueda traer que no pueda arreglar —respiré hondo para recuperar el control—. ¿Qué quieres hoy? No me gusta que aparezcas sin avisar, terminas estorbando.

—Oh, no mucho, solo una visita rutinaria. Puede volver a sus asuntos —iba a irse, pero justo entonces Valentina entró, sin aliento.

No podía haber llegado en peor momento, pero claro, ella parecía atraída a este tipo de situaciones.

—Damián, necesito... —su voz se apagó al ver quién estaba allí—. Señor Novaes, ¿cómo está?

—Desolado desde que mi familia te perdió para recibir a esa hermana tuya… No sé qué pensaba Gabriel… —hizo una pausa y se acercó a ella—. ¿Qué haces aquí?

Sentí que mi ritmo cardíaco se aceleraba. Ella estaba bastante incómoda con su presencia.

—Vine a hablar con Damián, pero si está ocupado puedo volver más tarde —miró hacia mí, buscando ayuda, pero mi ira subía a niveles peligrosos para pensar con claridad.

—Es bueno dejar el pasado atrás, ya pasó, ya se fue. Estamos felices con nuestras parejas y así debe ser la vida —Valentina intentó dejarle las cosas claras, tratando de cerrar ese tema incómodo para ella.

—Nunca hubiera aceptado ese circo si no hubiera sido tan feo delante de la sociedad. Lo amabas tanto, niña, espero que en tu corazón aún haya un espacio para él, sé que hasta se arrepintió.

¡Eso fue el colmo!

—Señor Novaes, Valentina es mi prometida, ¡y en su corazón ahora solo hay lugar para mí! —me levanté, poniéndome firme frente a ellos.

—Oh, no quiero ofenderte, Damián, pero Valentina y Gabriel tenían una historia y eso no desaparece de un día para otro —este hombre solo venía a hacerme perder la cabeza, estoy seguro—. Además, solo hago un comentario: Valentina es una gran mujer y tiene un corazón enorme...

—Que ahora solo me tiene a mí dentro de él —lo interrumpí—. Si nos disculpa, creo que ella tiene algo que decirme.

—Oh, solo es sobre el buffet. Dicen que necesitan más tiempo para acomodarnos lo antes posible —ella no quería que su exsuegro supiera que estaba trabajando conmigo—. Quería tu opinión.

—Mientras no exceda las dos semanas, está bien —respondí serio.

Sabía que no era culpa de él y que solo intentaba provocarme, pero no pude evitar enfadarme. Las palabras no iban dirigidas a ella, pero mi tono frío hizo que sus ojos se abrieran.

—Tienes muy buen gusto, niña. Seguro estás pensando en lo mejor para ti según tus gustos. Dales más tiempo. ¿O Damián tiene miedo de que cambies de opinión? —me miró fijamente. Quise tomarlo del brazo y sacarlo de mi compañía, pero en lugar de darle ese gustito, tomé a Valentina por la cintura y la acerqué a mí.

—¡La prisa que tengo no es por miedo, es porque quiero decirle al mundo que ella es mía! —le dediqué una sonrisa fría—. Si eres tan amable de dejarnos para conversar a gusto.

—Por supuesto, no quiero molestarte —se volteó hacia Valentina, tomando sus manos entre las suyas—.

—Por favor, no desaparezcas. Mi hijo fue quien te hizo daño, pero aún te tengo como una hija. Ven a tomar un café conmigo de vez en cuando.

¿Escuché bien? ¿Todavía era su hija? ¡Prácticamente estaba diciendo que ella seguía comprometida con mi hijo y no conmigo! No podía dejar que ese hombre me quitara la paz; eso era todo lo que quería: desestabilizarme, enfurecerme, pero no lo lograría.

—Por supuesto, iré cuando pueda. Tengo mucho que hacer y poco tiempo. Espero que trates a mi hermana tan bien como a mí durante estos años —ella le dio las gracias con un ligero apretón de manos —. Que tenga un buen día.

No podía ser más desagradable para mí verla tan cercana a su exsuegro, como para darle consejos sobre su hermana.

—Perdón por quitarles tanto tiempo. Hasta luego, Damián y Valentina. Te iré a cobrar ese café.

Él se fue y la atmósfera en la oficina no era nada agradable. Pero de nuevo, no estaba molesto con ella. Tan pronto como la solté, noté que sus ojos estaban sobre mí.

—Necesito hablar contigo de algo —fue un poco más cuidadosa esta vez, pero no estaba de humor; necesitaba aclarar mi cabeza antes que nada.

—Ahora no. ¿Podemos hablar otro momento? —no quería que estuviera conmigo mientras estaba tan enojado, pero parecía herida.

—Por supuesto, hablaremos más tarde entonces —ella también salió de la oficina y yo quedé completamente confundido. ¿Estaba enojada conmigo?

Capítulo 29

Valentina

Llegué al último piso como un huracán. Rara vez me pongo tan nerviosa, pero lo que hicieron no estuvo bien. Ese proyecto mío no se suponía que debiera implementarse, y mucho menos sin mi autorización.

Pasé junto a la recepcionista sin apenas escuchar lo que intentaba decirme. No era lo habitual, pero en mi defensa, estaba cegada por la rabia y ni siquiera podía procesar sus palabras.

Al entrar a la oficina, me encontré con alguien que jamás imaginé volver a ver: mi exsuegro caminaba hacia la puerta y se detuvo en cuanto me vio.

Él y Damián parecían estar en una acalorada discusión. Damián estaba visiblemente molesto, mientras que el señor Novaes permanecía tan tranquilo como un monje, apuñalando a mi prometido con palabras sobre su querido hijo, mi ex, a quien yo estaba aquí para vengar.

Cuando hablé de la boda, Damián me dio una respuesta fría. Tenía que inventar alguna excusa para haber entrado tan de repente, pero él estaba enojado, y no era culpa mía. Más bien parecía estar en mi contra.

Su comportamiento era extraño; ¡incluso cuando yo no hacía nada, él era frío conmigo! Dios, esto era irritante. Y hoy no era un buen día para que me tratara así. Ya estaba tan enojada, tan desorientada al darme cuenta de lo que hicieron a mis espaldas…

—Necesito hablar contigo de algo —dije tan pronto como el señor Novaes salió de la oficina. Traté de no sonar irritada; quizás había tenido el peor primer día de trabajo y hablar con Damián era la única opción antes de enloquecer por completo.

Damián es un hombre inteligente, sin duda sabría qué hacer, pero como era de esperar, estaba enojado conmigo sin motivo, como siempre.

—Ahora no, ¿podemos hablar en otro momento? Tengo muchas cosas que hacer —me respondió seco. Es tan difícil lidiar con alguien así… Un momento estamos bien, somos amigos, estamos en sintonía, y al siguiente, ni siquiera nos hablamos con cortesía.

Era una montaña rusa emocional, y sus cambios repentinos me mareaban, especialmente cuando no era culpa mía.

—Por supuesto, hablaremos más tarde entonces —me despedí, sin decir más, porque el día ya era malo y su actitud solo lo empeoró.

No me gusta actuar con la cabeza caliente, pero en ese momento no podía pensar con claridad. Las ideas que me venían no eran buenas, pero haría que sintieran el golpe.

Regresé a la computadora donde me iba a instalar antes de subir. Descargué unos comandos para ocultar el origen del ataque. Les iba a enseñar a jugar.

Lo bueno de ser una genio de la tecnología es que puedo falsificar muchas cosas, incluso cambiar el origen de la computadora que realiza el ataque. Eso era justo lo que iba a hacer.

Los demás ni prestaban atención a lo que hacía, demasiado ocupados con sus propios asuntos y trabajo, mientras yo me preparaba para entrar en la red de seguridad que ellos creen invulnerable. Es una gran empresa, pero les mostraré cómo se hace, porque conozco sus puntos débiles, y por lo que he visto, ni siquiera se molestaron en buscar errores.

Lo primero fue ingresar al sistema y obtener la dirección IP del servidor principal. Fácil. Dejaron la brecha perfecta para una intrusión. Por cierto, fui yo quien la dejó: sabía dónde estaba y cómo hacerlo. Por eso era un proyecto, un prototipo. Alguien se aprovechó de mi arduo trabajo, ahora venden algo que no les pertenece. Eso no…

A veces soy muy tonta, lo admito. Mira qué ridículo no darme cuenta de que mi prometido y mi hermana tienen una aventura. Pero todo tiene límites, y algo que aprendí de Damián es no dejar estas cosas a la ligera.

Invadí muchos otros dispositivos disponibles en la empresa y realicé un ataque DDoS contra el servidor principal. No fue un juego limpio, pero ellos tampoco lo fueron conmigo. No había razón para ser gentil.

Un ataque de esta magnitud sobrecarga los servidores con tanto tráfico que pueden desconectarse y dejar todos los dispositivos sin acceso al sistema por completo.

Antes de lanzar el DDoS, protegí la empresa lo más que pude. Aunque casi nadie intentaría algo mientras tanto, seguía siendo peligroso, así que más vale prevenir que lamentar.

Envié el ataque y, dos minutos después, los sistemas de protección cayeron. Los demás estaban desesperados, pensando que alguien intentaba hackear la empresa.

—No se preocupen, ya dejé la empresa protegida. Este tipo de cosas pueden pasar, debemos estar preparados para todo —traté de calmarlos.

Aun así, conseguí estropear sus sistemas. Se lo merecían después de lo que hicieron.

Será una buena lección: una empresa de seguridad que se deja invadir tan fácilmente. Muchos perderán la confianza, y con razón, no fueron honestos.

—¡Fuiste demasiado rápida! Felicitaciones, nunca pensamos que algo así pudiera pasar —comentó Amelía—. Si no fuera por eso, no sé qué haríamos tan de repente.

Mike también me felicitó, pero los demás se negaban a dar el brazo a torcer, solo me miraban.

El líder del equipo habló con Damián, por supuesto debía ser advertido. Después de todo, paga una fortuna para que sus sistemas funcionen seguros.

—Él pidió que fueras a verlo, Valentina —me informó el líder.

—Tú eres el responsable, dile que me negué a subir. Él lo entenderá. Tú eres responsable de nosotros y yo necesito vigilar todo lo que hay aquí —respondí secamente.

Que no piense que soy un cachorro domesticado para dar órdenes cuando quiere, como si no sintiera nada cuando me trata con rudeza y luego espera que corra hacia él. De ninguna manera. Todavía tengo dignidad.

—No es buena idea rechazar un pedido del jefe en tu primer día. Él no es cualquiera, es el dueño de la empresa. Terminarás metiéndote en problemas —Mike me advirtió antes de irse.

—No te preocupes, no peleará, te lo garantizo. Solo seguimos protocolos. Él es el líder y nosotros hacemos el resto —los calmé otra vez—. Si quiere pelear, que lo haga después. Él es quien no me quiere escuchar. Ahora haré que espere, y hablaremos luego. No quiero que nada salga mal.

—Oye, ¿cuánto tiempo llevas en el área? Anticipaste algo que nadie esperaba, debes estar acostumbrada a esto —me dijo una chica muy antipática—. Mi nombre es Patricia, por cierto.

—En realidad hace mucho que no toco una computadora, pero es algo que no olvido —respondí sinceramente, queriendo caer bien. Aunque si descubren que fui yo quien hizo todo esto, seguro me odiarán.

—Es impresionante, muy bueno. Me alegro que estés en el equipo. Aquí nadie fue contratado por nada, supiste salir adelante y eso es genial —dijo Mike feliz.

Fue agradable que me reconocieran por esto, aunque lo había provocado yo misma. Pero recibir elogios por algo que amo hacer es

encantador.

Teníamos una conversación amena, ni cuenta nos dimos cuando un par de ojos llameantes entraron en nuestro pequeño espacio.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Se ríen y bromean mientras tenemos un problema así? —Damián estaba realmente nervioso, con ojos tormentosos como un huracán—. Pensé que aquí estaban los mejores y más responsables.

—Y los tiene, por eso su empresa no corre riesgos. Ya hay un sistema secundario de protección si falla el otro. Anticiparse al problema es la mejor forma de actuar con tranquilidad —respondí con el mismo tono de desaprobación que él—. No sé por qué vino, el representante de este sector subió, pero no voy a dejar que hable con quien quiera como le da la gana, aunque sea el jefe.

—¿Serías tan amable de acompañarme, Valentina? —me miró fijamente y sostuve su mirada.

—Claro, vamos —respondí. Todos nos miraban mientras caminábamos hacia mi futura oficina. ¡No era un buen día para que se comportara así conmigo!

Capítulo 30

Damián

Tan pronto como me enteré de la falla del sistema, pedí a Valentina que viniera a mi oficina, pero para mi sorpresa, no fue ella quien subió.

—Disculpe, señor —el líder del equipo atravesó la puerta como si fuera lo último que quisiera hacer ese día—. Vine a informarle sobre la seguridad de sus datos.

—¿Dónde está Valentina? —pregunté, molesto—. ¿Por qué no vino? Le pedí expresamente que viniera aquí y, una vez más, me desobedece.

Este era un problema recurrente entre nosotros: Valentina no podía seguir órdenes, hacía lo que quería, y eso me volvía loco.

—Ella dijo que, como líder del equipo, sería mejor que viniera yo a hablar —respondió—. Probablemente tenga razón, pero aún así desearía que fuera ella.

Me explicó lo ocurrido, que Valentina se adelantó al problema y que estábamos a salvo, a pesar del contratiempo. De inmediato llamé a la empresa encargada para obtener información, porque estar a oscuras no era aceptable.

Lo único que me dijeron fue que hubo una gran falla en el servidor y que todo fue desconectado para reiniciarse; nada concreto que explicara lo que sucedió.

Bajé acompañado del chico que me había informado.

Al llegar al piso, escuchamos una conversación animada entre los empleados, más precisamente la voz emocionada de mi prometida y otro compañero.

Mi sangre se alteró al instante: ella se negó a venir a hablar conmigo, y sin embargo estaba aquí, charlando despreocupada

mientras la compañía estaba vulnerable.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Se ríen y bromean cuando tenemos un problema de esta magnitud? —mi tono indicaba que no había lugar para charlas triviales—. Pensé que tenía aquí a los mejores y más responsables.

—Y los tiene, precisamente por eso la empresa no corre ningún riesgo —respondió ella con seguridad—. Había un sistema secundario por si el principal fallaba. Anticiparse al problema es la mejor forma de actuar con tranquilidad.

Sabía que fue ella quien lo anticipó, pero no quería toda la gloria para sí misma. No imagina que ya sé que fue su mérito y no un trabajo en equipo.

—¿Serías tan amable de acompañarme, Valentina? —le pedí, sosteniendo su mirada unos segundos. Finalmente accedió.

Fuimos hasta su futura oficina. Observé el lugar: no era pequeña hasta resultar incómoda, pero tampoco tenía el tamaño que me haría sentir cómodo. Preferiría que aceptara mis ideas, pero ella sabe lo que quiere.

—¿Qué quieres? —me habló con una voz fría y cortante, como nunca antes, realmente enojada.

—Quiero que me expliques qué pasó… Justo en tu primer día pasa algo así, ¿y por qué no subiste cuando te llamé? ¿Hiciste algo y te dio vergüenza contarlo? Pensé que eras buena en esto, eso me dijiste —intenté, esperando que se abriera.

Pensé que se avergonzaría si cometió un error. Sé que ha estado sin práctica desde la universidad, así que podría haberse perdido.

Si antes parecía nerviosa, ahora estaba furiosa. Su rostro se contrajo y se tornó rojo brillante, como si incluso se sintiera mal. Cuando abrió la boca, entendí la razón.

—¿Estás pensando que cometí un error? ¿Eso crees? De todo lo que puedas imaginar, lo primero que piensas es que hice algo mal y que

me da vergüenza decírtelo.

Estaba muy enojada, pero no pregunté con mala intención. Solo quería que se abriera, pero con su actitud no lo logré.

—Es típico que los hombres hagan esto… impresionante. ¿Avergonzarme de cometer un error? ¿Nunca han cometido uno en su vida?

—No, Damián, no cometí ningún error. De hecho, evitamos que estuvieras desprotegido. El error vino de la empresa contratada, no de mí.

—He trabajado con ellos tantos años, nunca había pasado algo así. Pensé que…

—¿Que tuve un pequeño accidente que provocó todo esto? No, y tampoco fue accidental. ¡Pero tu empresa estaba a salvo! —ya no soportaba que menospreciara mi inteligencia.

Lo vi entrecerrar los ojos. No lo había asimilado, pero empezaba a conectar los puntos.

—Espera… ¿cómo que no fue un accidente? ¿De qué hablas?

—Solo suma uno más uno, no es difícil.

Empezó a pasearse por la oficina, mano en la barbilla, ojos perdidos en sus pensamientos.

—¿Me dices que tuviste algo que ver en esto, que nada fue accidental, que lo hiciste a propósito?

—¿Aún dudas? Pensé que tras lograr todo esto serías más inteligente —moví las manos alrededor—. Como ya te dije, tu empresa no corrió riesgos y no los correrá. Todo está bien y así seguirá.

—¿Pero por qué? ¿Qué te pasó por la cabeza para hacer algo así, Valentina? ¿Qué interés tenías? —su voz se calmó un poco, pero estaba molesto. Claro, piensa que podría perjudicar a su empresa, yo también lo haría.

—Traté de hablar contigo, pero no me escuchaste. Así que tomé una decisión, y no suelo tomar buenas decisiones cuando estoy enojada —hablé con sinceridad—. Si hubiera pensado mejor, no habría hecho nada.

—¿Entonces fue porque no te presté atención? ¿Te enojaste e hiciste eso?

—¡No! Esto no tiene que ver contigo, Damián. Solo fui a hablar contigo porque quería instrucciones para no hacer algo mal, quería que me calmaras, pero no funcionó, como sabes.

—Entonces explícame, Valentina. No logro entender tus razones.

—Si me hubieras escuchado en vez de enfadarte por algo que no es culpa mía, lo entenderías —estaba exhausta de sus idas y venidas. Su estado de ánimo era inconstante y no podía seguirle el ritmo.

—Te escucho ahora. No estaba enojado, solo no quería descargar mis frustraciones con la persona equivocada —esa respuesta me tomó por sorpresa. ¿Intentaba no desquitarse conmigo? Pero, ¿por qué siempre parece estar enfadado conmigo?

—Me engañaron…

—¿Quién?

—Los dueños de la empresa. Eran mis compañeros de universidad. Yo desarrollé este sistema de seguridad. No era para comercializarlo, solo para obtener una calificación. Para mí estaba bien, pero cuando analicé la seguridad y vi que era mi proyecto, perdí el control —estaba molesta, y ahora aún más triste por mis bajas expectativas aquí—. Fui a hablar contigo porque no entendía los términos legales para actuar…

Me acerqué a la ventana, dejándolo quieto, sin entender del todo lo que decía. Su cara de confusión era casi divertida. Si no fuera por la tensión, le tomaría una foto.

—¿Me dices que diseñaste este sistema y lo comercializaron sin tu autorización? —preguntó.

Asentí.

—¿Y qué hiciste aquí?

Me giré hacia él.

—Hackeé el sistema. Hice un ataque masivo que sobrecargó el servidor y lo desconectó por completo. Era mi sistema. Usé varias fallas porque lo conozco como la palma de mi mano. Fue fácil.

—No sé qué decir… sabes que esto es un delito. No digas nada a nadie hasta que podamos probar que ese sistema es tuyo. Si ellos se enteran y actúan primero, podrías terminar tras las rejas, ¿entiendes? —no estaba enojado, sino preocupado. Pensé que le importaría lo que le hice a su empresa, pero en cambio le preocupaba que me arrestaran.

—Borré todas mis huellas, no podrán saber quién fue. Esa es una garantía que te doy. Eres el único que lo sabe.

—¿Y el resto del equipo?

—Nadie prestaba atención. Todos estaban concentrados en su trabajo.

—Pensemos en una solución —me dijo, y me jaló en un abrazo. Estaba sorprendida—. Va a estar todo bien…

Capítulo 31

Gabriel

Mi padre salió de la oficina hace un rato, no me dijo a dónde iba, pero me advirtió que no tardaría mucho.

Desde aquel pequeño incidente en el compromiso de Valentina, Renata me ha estado haciendo la vida un infierno, siempre usando eso para conseguir lo que quiere: ropa, joyas, zapatos… es muy caprichosa y antes de casarnos no era así. Ella ha cambiado mucho.

Mi padre no la soporta; ella incluso intenta ser un poco más amable con él, pero a él no le interesa llevarse bien con ella. A mi padre le gustaba mucho Valentina, estaba realmente feliz con nuestro matrimonio.

Alrededor de la hora del almuerzo, Renata entró en mi oficina, seguida por mi recepcionista, que le decía que necesitaba anunciarla.

—¡Soy su esposa, no necesito que me anuncien! —dijo con arrogancia, mirando a mi secretaria como si no fuera nadie.

Y vamos por otra ronda…

Levanté la mano para indicarle a la secretaria que podía irse. Conozco bien a Renata; haría un espectáculo si no me quedaba a su lado.

—No esperaba verte aquí hoy, ¿todo bien? —pregunté, volviendo la mirada a mi computadora.

—Sí, quería comprar algunas cosas, mi barriga está creciendo y mi ropa me empieza a apretar, no quiero andar caminando como un saco de ropa demasiado ridículo —se colocó a mi lado—. También quiero almorzar en ese restaurante nuevo, ¿quieres acompañarme?

—En realidad estoy saturado de trabajo, no puedo ir ahora, pero si quieres ir, siéntete libre. Nos vemos más tarde, tal vez podamos

cenar —traté de mantener la calma; ella se pone nerviosa por cualquier cosa y no quiero poner en riesgo a mi hijo.

—Desearía que vinieras más conmigo, tú y yo ya no vamos a ningún lado juntos —hizo un puchero—. Desde la fiesta de compromiso estás muy raro, Gabriel, ¿qué te pasa? Aquí va de nuevo con lo del compromiso… Si hubiera sabido que esto iba a pasar, nunca habría ido allí… o quizás sí.

—Renata, necesito trabajar, ¿crees que podría cubrir tus gastos si no trabajo todos los días? No quiero ser grosero, pero quiero darles a ti y a nuestro hijo lo mejor, y para eso tengo que trabajar duro.

—Lo sé, pero…

—¿Pero ahora tengo que verte también en la empresa? ¡Este no es lugar para ti! Estorbar en los negocios no lo toleraré.

En ese momento, mi padre entró en mi oficina, ya peleando con ella.

—Ay, hola, suegro, no te vi llegar —dijo torpemente.

Mi papá siempre es muy duro con Renata, no sé qué tiene en su contra.

—No quiero tus disculpas, estoy cansado de escuchar tus quejas. ¡Mi hijo solo pudo estar loco cuando se involucró contigo!

—¡Papá! Por favor… Renata está embarazada, ¿no puedes considerar eso? Es tu nieto.

—Ya me he aguantado demasiado, precisamente por el niño. Espero que al menos sea un varón…

Cielos, ¿cómo puede ser tan frío? Es mi hijo de quien hablamos, y si es una hija la querré igual, pero a mi padre no le sirve una niña.

—¡Vi a Valentina hoy! Cada día está más hermosa, antes lo era, pero ahora aún más. Se suponía que sería mi nuera, una mujer inteligente y educada que hasta nos ayudaría en la empresa. Pero… oh, hijo mío, ¿dónde te embrujaron? —miró a Renata con repugnancia absoluta.

Vi cómo sus manos se apretaron en puños, estaba realmente molesta por el comentario cruel de mi padre.

—Papá… —me giré hacia ella—. Ve a almorzar, no puedes saltarte las comidas. Apenas llegues a casa, avísame si todo está bien.

Ella se fue y me volví hacia mi padre.

—¿Dónde viste a Valentina? —sentí curiosidad.

—Estaba con su futuro esposo. Dijo que quería saber algo relacionado con el matrimonio, pero por su actitud, no creo que fuera eso.

—¿Cómo que no?

—Soy viejo, difícil engañarme. Ella estaba allí por otra razón, muy bien vestida, como para trabajar, no para una visita casual. Ella sí es una mujer para casarse, pero cambiaste un diamante por bisutería barata.

Renata

Regresaba para hablar con Gabriel cuando escuché a mi suegro llamarme "bisutería barata" y a Valentina "diamante". Ella, aunque lejos, siempre logra molestarme; está en mi camino.

Mi suegro me trata como a un insecto, a pesar de que soy la esposa de su hijo y estoy esperando a su nieto. No me quiere porque prefiere a esa tonta de Valentina.

Nunca hice nada para que me odiara tanto, es simplemente porque le gusta Valentina. Reniega de mí como nuera, siempre habla de ella a Gabriel, incluso delante de mí, sin escatimar elogios para Valentina y acusaciones para mí.

Saqué mi celular para hablar con la mujer que conocí en el compromiso de Damián y Valentina. Parecía tan enojada con ellos como yo, o al menos con mi querida hermanita, y eso para mí es suficiente.

Le pedí a Daniela que nos encontráramos en el restaurante nuevo; la invité a almorzar para entendernos mejor y unir fuerzas para acabar con la diversión de esa loca de mi hermana.

Tardó un poco en llegar, pero así es ella, no parecía cómoda, miraba alrededor todo el tiempo, buscando conocidos.

—Me alegra que hayas podido venir. Creo que podemos ayudarnos; Valentina y Damián no pueden casarse. Si tenemos los mismos objetivos, una alianza sería beneficiosa.

—Lo que no entiendo es qué sacas de todo esto… ¿por qué quieres hacerle daño a tu propia hermana? —tenía las manos en la barbilla, esperando mi respuesta con interés.

—No me gusta, nunca me gustó. Siempre quiere ser mejor que yo en todo, y ahora quiere a alguien más rico y poderoso que mi esposo. Sé que no ama a Damián, ama a mi esposo y lo está usando solo para fastidiarnos. Daniela querrá proteger a Damián de una estafadora, si realmente le gusta.

—¿Cómo estás tan segura de que ama a tu marido?

—Ella estaba comprometida con él, pero él estaba enamorado de mí y ella se enteró el día de la boda. Se comprometió con Damián al día siguiente. ¿Crees que eso es natural? Yo no… ella no olvidó a mi marido en unas horas; habían estado juntos años —le dije a mi manera, sin entrar en más detalles. Solo necesitábamos un plan que funcionara.

—Bueno… eso es interesante. ¿Por qué no salió nada en las noticias? Tu marido también tiene empresa, no como la de Damián, pero lo suficientemente grande para que la prensa quiera saber.

—Mi suegro silenció todo. Tiene sus maneras. Así que me casé y ella terminó hechizando a Damián. Si te gusta, debes defenderlo de esa mujer.

—Cometí un error hace años. Se suponía que estaríamos juntos, pero calculé mal. Ahora lo quiero de vuelta. Por lo que dices, tengo

razón en no dejar que ese matrimonio suceda. Damián no merece ser engañado —Daniela caía en mi artimaña. No me importa si ella es otra estafadora buscando dinero; la única que no puede atraparlo es Valentina.

—Por mí está bien. Dos cabezas piensan mejor que una. Si nos ayudamos, podemos asegurarnos de que ese matrimonio no suceda. Eso es todo lo que me importa.

—Tienes razón, podemos ayudarnos. Me diste información muy importante. No sabía nada de esta historia, pero ahora tengo aún más razones. Cuando lo vuelva a ver, se lo contaré.

—Hay algo más. ¿Viste el escándalo justo antes del compromiso? La acusaron de robarle el prometido a mi cuñada. Mi suegro quería que su hija menor se casara con Damián. No sé cómo obtuvieron la información, pero la atacaron, diciendo que era una ladrona.

—Esto se pone interesante… parece que me vas a ser muy útil —Daniela respiró hondo—. Pero nadie debe saber de nuestro acuerdo. Si algo sale mal, cada una se hará cargo por su cuenta. No quiero que me menciones, como yo no te mencionaré.

—¡Me parece justo! ¿Tenemos un trato? —le extendí la mano.

Ella la aceptó y la apretó ligeramente.

—¡Tenemos un acuerdo!

Capítulo 32

Damián

Sabía que ella estaba molesta conmigo, podía sentir la frialdad en cada palabra desde que salió de mi oficina. Pero jamás imaginé que Valentina vendría a buscarme en busca de ayuda. Nunca la habría dejado ir si hubiese sospechado que quería un consejo.

Me siento culpable. Le prometí cuidarla y protegerla, y ahora ha cometido un error grave que podría costarle muy caro.

No puedo creer la inteligencia que tiene esta mujer: invadió el sistema de una empresa de seguridad que, qué ironía, ni siquiera puede proteger sus propios datos. Pero lo que más me impresionó fue que ese sistema, la base de la empresa más grande del mercado, lo diseñó ella misma. Ese sistema es suyo y se lo robaron.

Sentí que la sangre me hervía pensando que ella debería estar siendo una mujer de negocios exitosa, dueña y administradora de su propia compañía, pero los dueños se lo arrebataron.

Aunque ya les dio una lección, yo no estoy satisfecho. Quiero hacer que paguen muy caro por arrebatarle ese futuro brillante.

Mi cabeza no paraba de dar vueltas, pensando en las posibles consecuencias, en cómo podría dañarla todo esto, y en cómo presentaríamos los documentos para demandar. Me di cuenta de lo grave que podía ser para ella y la abracé con fuerza.

—Pensemos en una solución —la apreté contra mi pecho después de hacerle innumerables preguntas—. No puedo permitir que le pase nada malo. Solo de pensarlo se me hiela la sangre.

Miedo… un sentimiento nuevo que Valentina me trajo. Yo nunca he tenido miedo; lo dejé fuera de mi diccionario cuando estuve en el ejército. No puedes tener miedo cuando la vida de alguien está en tus manos o cuando la tuya está en juego. Pero ahora siento ese

sabor amargo, el miedo a perder a alguien que en tan poco tiempo trastornó toda mi vida.

—No te preocupes —me dijo con calma, ya no parecía enojada conmigo, lo cual me aliviaba—. Cuidé que nadie supiera que fui yo. Nadie sospechará. No tienen forma de llegar a mí.

—Solo quiero asegurarme de que eso sea verdad. ¿Sabes que podrían arrestarte? ¿Eres consciente? —dije con voz firme, sin soltarla, con el abrazo rodeando su cuerpo pequeño.

Solo pensar en no tenerla cerca me desespera. No quiero imaginar esa posibilidad. Lo que importa ahora es que esté a salvo.

Saqué el celular del bolsillo; tenía que llamar a Iván. Necesitaba ayuda para pensar en algo, y por ahora, no quería despegar mis ojos de Valentina.

—Encuéntrame en mi oficina ahora mismo. Necesito que me ayudes con algo. Ya —le dije cuando contestó.

—Déjame adivinar: ¿tiene que ver con esa hermosa mujer que no te deja pensar en otra cosa? —bromeó Iván y Valentina soltó una risita, estaba tan cerca que escuchó todo, y aún no la había soltado—. ¿Adiviné bien? ¿Lo hice?

Mi silencio fue suficiente para que supiera que acertó.

—Solo haz lo que te digo, Iván. No es broma, por favor —le pedí, ya harto de sus constantes elogios hacia mi prometida.

—Vamos, Iván nos ayudará a pensar qué hacer, además de ser muy bueno en eso. Si no fuera tan parlanchín, sería un gran abogado —finalmente solté a Valentina y la miré—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan roja?

Ella evitó mirarme.

—La verdad es que no puedo quedarme. El líder del equipo es otra persona, no yo. No puedes venir aquí y sacarme de mi trabajo, pensarán que es raro.

—¿Raro? ¿Qué hay de raro en que Valentina y yo estemos juntos? Sobre todo ahora.

—En realidad, no saben que soy tu prometida, no les dije… yo…

—¿Cómo que no lo saben? ¡Está en todas partes! Solo viviendo en otro planeta sería posible.

—Les pedí a Iván y a los demás que no lo dijeran. No quiero que sepan que soy tu prometida, al menos no todavía.

¿Se avergüenza de mí?

—No quiero que piensen que estoy aquí solo porque tú me dejaste. No soy solo tu mujer, soy inteligente, pero me han juzgado hasta por la ropa. Imagínate si supieran todo esto…

Valentina tiene problemas con ella misma, siempre buscando aprobación. Seguro tiene que ver con su disfuncional familia.

—Si no quieres decir más, está bien. Pero no se ocultará para siempre. Ahora tienes que venir conmigo, no te perderé de vista.

—Pero yo...

—No voy a discutir ahora.

—Puedes caminar o puedo cargarte, como quieras. No me importa tocarte un poco más. Hueles maravilloso.

Su rostro se puso rojo intenso.

—No te atreverías…

Levanté una ceja y sonreí con picardía.

—¿Quieres probar?

Fui hacia ella, pero me gritó que iría sola.

Todos nos miraban mientras salíamos al ascensor. Me molestaba que no quisiera que se enteraran, pero eso tendrá que esperar; tenemos asuntos más urgentes.

Al llegar a mi oficina, caminé nervioso mientras ella se sentaba en un sillón, tranquila.

—¿Dónde está Iván? ¿Por qué tarda tanto? —pregunté para mí mismo, era solo unos pisos.

Iván es en quien más confío, aunque habla demasiado, pero cuando la situación es seria, sabe su papel. Nunca me ha fallado, y ahora es mi mejor opción.

—Tu caminar me marea —dijo Valentina con una sonrisa—. Ya te dije que no tienes que preocuparte, todo está bien.

¿Cómo puede estar tan tranquila cuando su futuro está en juego? Ella pone a prueba mi paciencia.

—¡Vaya! ¡Miren a quién tenemos aquí! Mi hermosa Valentina… ¿por qué no me sorprende cómo me llamó? —anunció Iván entrando.

—Aquí no hay nada que sea tuyo, Iván. Ella es MI esposa —dije, enfatizando "mi" para ponerlo en su lugar. Valentina me miró con cejas alzadas y una sonrisa pícara.

Me estaba empezando a enfadar de verdad, pero ahora no era momento para eso.

Tres cerebros pensando en una solución serán mejores que uno solo.

—Ya te dije que no necesitamos hacer nada, solo estamos perdiendo el tiempo —dijo Valentina, segura—. Estoy segura de que no podrán atraparme.

—¿Qué sucede? No me han explicado nada, ¿cómo puedo ayudar?

—Valentina hackeó la empresa de seguridad, pirateó el sistema, lo sobrecargó y provocó que se cayera.

Iván no dijo nada, solo me miró como si fuera una broma.

—Estoy esperando...

—Eso fue lo que pasó. Y estoy preocupado de que la descubran.

Iván se sentó a su lado, serio, dejando atrás su lado bromista.

—¿En serio? ¿No lo hiciste en tu primer día? —dijo resignado—. ¡Ay, mierda!

—¡Exacto! —exclamé.

Capítulo 33

Valentina

Damián y Iván caminaban por la oficina, ambos visiblemente preocupados por lo que pudiera pasarme, mientras yo estaba completamente tranquila. No había motivo para alarmarse.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila en una situación así? —me señaló Iván, como si fuera un fenómeno extraño.

—Porque estoy totalmente libre de sospechas.

—No hay rastros, no hay manera de que den conmigo —levanté las manos al cielo—. Escuchen, no tiene sentido que estén tan preocupados. Lo hice y estoy segura de que no podrán encontrarme. Ni siquiera lograron eliminar los defectos que dejé, ¿cómo van a descubrir quién hizo el ataque?

Los dos me miraban incrédulos. Damián cada vez se ponía más nervioso, mientras que Iván me observaba como si intentara armar un rompecabezas.

—¿Así que estás segura de que estás protegida? —preguntó Damián. Asentí.

—Bueno… yo te creo —dijo Iván.

—¿Qué? —exclamó Damián, molesto—. Ella ya rechaza mi ayuda, ¿y ahora estás de su lado? ¡Debes estar bromeando!

—Mira, ella irrumpió en un sistema que protegía la empresa, hizo que se desconectara y aparentemente ni siquiera han podido reiniciarlo. ¿Y aún dudas de que sabe lo que hace? —sonreí feliz de que alguien por fin me entendiera.

—¡Eso es lo que intento decir! —dijo Damián—. Necesitas confiar más en mis habilidades.

—Claro, Damián, confía en mí, sé lo que hago, nada saldrá mal —me acerqué a él, sonriente—. Pero Iván…

—¡No delante de mí! Estaré enfermo varios días —se rió—. ¿Está resuelto entonces? Estaré preparado para lo que venga —me lanzó una mirada a Damián, más significativa que las palabras—. Pero por ahora, confiemos en la palabra de mi cuñada.

—Aún no me convence este plan, pero si insistes… —Damián me miró con una expresión que no lograba descifrar—. Puedes irte, solo te hice venir por esto. Si necesito hablar contigo, te aviso.

—¿Ves, cuñada? Siempre es así, me usa y luego me despide como si fuera cualquiera. ¡No me llames más! —Iván se fue riendo de su propio drama, saludándonos.

—Iván es todo un personaje —dije mientras me acercaba a Damián y lo abrazaba por la cintura—. Está bien, estoy segura, ¿vale? Normalmente no soy yo quien toma la iniciativa, pero esta vez, viendo lo preocupado que estás, me puse de puntillas y le di un beso leve en los labios. Pero, como un verdadero macho alfa, el control duró poco.

Damián profundizó el beso, arrancándome un suspiro reprimido.

—He querido hacer esto desde que te vi esta mañana en nuestra habitación —me levantó sin dificultad y me colocó sobre su escritorio, poniéndose entre mis piernas—. ¡Te ves maravillosa!

—Damián… —susurré, y él se detuvo un instante, mirándome con un deseo tan intenso que sentí que el vientre se me retorcía—. Estamos en la oficina…

—Si no puedo sacar ventaja por ser el dueño, dejaré esta empresa —me besó de nuevo, pero lo aparté.

—Tenemos trabajo, y necesito asegurarme de que ningún imbécil intente entrar en el sistema mientras desarrollo uno nuevo solo para ustedes —me bajé del escritorio ante su mirada acusadora.

—¡En casa no te escapas! —me sonrió travieso, pero en segundos su rostro cambió—. ¡Eso es! —Lo miré, riéndome de su cambio—. Eso haremos…

—No te entiendo.

—Tendrás tu propia empresa de tecnología, desarrollarás tu propio sistema, y después del fracaso de hoy, muchas empresas dejarán de confiar en los servicios que ellos ofrecen. Buscarán alternativas, ¡y tú crearás la mejor! —Sus ojos brillaban, y yo trataba de procesar todo.

—¿Yo? ¿Crear una empresa? ¿Estás loco? —él no está bien—. Tienes una empresa multimillonaria, sabes lo difícil que es montar algo así de la nada. No puedo permitirme invertir.

—¿No tienes cómo invertir? —me interrumpió, entrecerrando los ojos —. Dije que tengo una empresa multimillonaria, miles de millones en inversiones. ¿Cómo crees que no voy a apoyar la empresa de mi esposa?

—No se puede basar una inversión solo en nuestra relación personal, es arriesgado.

—Soy un hombre de negocios, Valentina. No tomo decisiones por relaciones personales. Veo tu potencial. Solo necesitas empezar. ¿Dónde está la mujer segura que vi hace un rato?

—¿Y si no funciona y pierdes mucho dinero? —la incertidumbre me ataba—. No quiero perjudicarte.

—En los negocios siempre hay riesgos. Por eso diversifico: si un proyecto falla, otro puede salir bien. Estoy dispuesto a arriesgar para verte alcanzar tu máximo potencial —mi mente corría, tratando de asimilarlo.

¿Quiere invertir en mí?

Pero mi miedo a fallar me detenía. No quiero defraudarlo, no quiero que pierda nada por confiar en mí.

—Sé que suena aterrador, pero ¿qué puedes perder? Si sale mal, no me afectará, cosa que sé que no pasará. Podemos adaptar dos plantas del edificio para montar la empresa, al principio con ese espacio bastará; cuando crezcas, necesitarás más —él parecía entusiasmado.

—Necesito tiempo para pensar, ¿de acuerdo? No puedo aceptar algo tan improvisado. De todos modos tengo que comenzar el proyecto, así que tendré unos meses para decidir —respondí, tratando de aclarar la cabeza.

Damián está loco, pero esta vez la locura me gusta. Sé que tiene mucho dinero, pero no quiero parecer una cazafortunas. Nuestro trato fue de ayuda mutua, no dinero.

No sé si puedo o debo aceptar esto…

—Acepto esa respuesta por ahora, lo hablaremos más adelante. Puedes estar segura —me dio un beso ligero—. Ahora debo volver al trabajo. Este día me ha desconcertado esa mujer de intelecto envidiable —me eché a reír por su manera de hablar de mí—. Protege la empresa, mi pequeña hacker, confío en ti.

Le sonreí sinceramente. Damián conquistaba cada día un lugar más grande en mi corazón; siempre me sorprende agradablemente.

Bajé a mi piso, imaginando lo maravilloso que sería aplicar todos mis conocimientos en una empresa de tecnología. Estaba en las nubes solo con la idea.

Volví a mi computadora y todos me miraban, quizás pensando que estaba en problemas, pero con la sonrisa que no podía borrar, probablemente ya sabían que no.

¿Yo? ¿Dueña de una empresa? Más allá de cualquier sueño que tuve en mi vida.

Capítulo 34

Damián

Tan pronto como Valentina salió de mi oficina, le pedí a Iván que volviera. Los dos pueden estar seguros de todo, pero yo no puedo evitar preocuparme.

—Mira, estoy cansado de tanto subir y bajar, siempre aparezco aquí sin que me llames. Ahora no puedes dejarme en paz. Dime, ¿qué es lo que hace que me necesites tanto? Pensé que lo teníamos todo resuelto hace un rato.

Iván tiene razón. Nunca he estado tan metido en algo que no pueda dejar de pensar.

Valense ha apoderado de todos y cada uno de mis pensamientos. Es enloquecedor; no sé cómo sentirme al respecto.

—Iván, sé que confían mucho en las habilidades de Valentina, pero de todos modos necesito un favor...

—Por la expresión de tu cara, no me va a gustar mucho, ¿verdad? Pero vamos, lo que no me pides sonriendo, yo lo hago llorando — Iván no pierde la costumbre de usar el humor para todo.

Sé que es su forma de lidiar con las cosas. Iván ha pasado por mucho, todos hemos pasado por lo nuestro. Yo me encerré en mi mundo, controlando todo; él aprendió a esconderse detrás de esta vida de chico divertido y bondadoso, pero solo nosotros sabemos las marcas que llevamos.

—Necesito que investigues a la empresa, para verificar que realmente no tienen idea de quién hizo esto. Ve en mi nombre, di que quiero saber qué pasó, que estoy ofreciendo mi ayuda para encontrar al culpable, inventa algo, eres bueno en eso y necesitas volver a usar tu inteligencia para algo distinto.

—¿Quieres parecer el bueno, ofrecer ayuda y que me encargue de borrar cualquier evidencia, si es que existe?

—Exactamente.

—¡Considéralo hecho! No estoy haciendo nada emocionante en absoluto —Iván siempre se ocupó de todo lo que necesito; no me puedo quejar, ha sido un gran amigo.

—Gracias.

Antes del buffet, Valentina me recordó que aún no habíamos organizado nada. Teníamos que encontrar a los organizadores, ella necesitaba buscar el vestido perfecto y había mucho por hacer en poco tiempo.

Después de terminar en la empresa, fui a la sala de servidores a buscarla. Ella me miró extrañada; se me había olvidado que quería que guardara su pequeño secreto.

—Contigo no hay manera, ¿cierto? —ella puso los ojos en blanco y yo sonreí—. Podrías haberme enviado un mensaje, bajaría sin que vinieras a buscarme —comentó mientras el ascensor descendía.

—Sí, pero no sería tan divertido como verte intentando ocultarlo —ella me lanzó una mirada irritada—. Y tenemos un lugar a donde ir, jovencita, ¡no podemos perder tiempo!

—¿A dónde vamos? —me preguntó con los ojos brillantes de curiosidad.

—Pronto lo descubrirás.

Valentina

Damián mantenía en misterio el lugar al que íbamos y yo, como buena curiosa, me carcomía por dentro, pero sin mostrar mi agonía.

Pasamos por algunas carreteras y entramos en un pequeño bosque. Los árboles, perfectamente alineados, nos condujeron a una enorme puerta dorada.

—Escuché que te gusta estar al aire libre.

—Pero, ¿qué es este lugar? Es hermoso —me impresionó la belleza del entorno; el camino hacia una casa grande estaba lleno de flores.

Un poco más adelante había un lago de agua cristalina que brotaba de una pequeña cascada, con peces nadando tranquilos. Antes de llegar, un arco adornado con flores para alguna ceremonia.

—Qué lindo —susurré encantada—. Se parece a esos bosques de cuento de hadas que vemos en las películas, y justo en medio del claro está este paraíso.

—Me alegra que te guste. Lo reservé para que nos casemos aquí —lo miré directo a los ojos y vi algo que tal vez también estaba en los míos: emoción.

A pesar de ser un contrato, Damián y yo estamos en una sintonía increíble. Incluso cuando no estamos de acuerdo o me enojo por sus actitudes, nunca nos quedamos sin resolverlo. No puedo mantenerme molesta con él mucho tiempo.

—¡Esto es increíble!

Del interior de la casa salió una mujer muy elegante con un traje femenino, una tablet enorme en sus manos, y nos sonrió.

—Señor Castillo, me alegro de verlo. Espero que haya tenido un buen viaje —se volvió hacia mí con una sonrisa amable—. Y aquí tenemos a la novia. Qué hermosa esposa tendrá el señor. Soy Emma —me besó en ambas mejillas—. Felicidades por su futuro matrimonio.

—Muchas gracias, Emma. Soy Valentina, la afortunada novia —le di una sonrisa sincera y noté la mirada de Damián hacia nosotras.

—Por tanta belleza, creo que él fue quien se ganó la lotería. Entremos, tenemos mucho que decidir. Su prometido tiene mucha prisa; solo tenemos una semana para tener todo impecablemente listo —me ahogué y tosí un poco.

—¿Una semana? —recuperé el aliento—. Damián, ese tiempo es...

—¿Es qué? Confío en el equipo que contraté. Sé que no habrá retrasos —se volvió hacia Emma—. ¿No es cierto?

—Es tiempo suficiente para nosotros. No te preocupes, Valentina, todo estará perfecto en tu gran día —ella nos guió por la casa y nos mostró todo el lugar.

—Aquí tenemos el estudio de la novia, equipado con todo lo necesario. ¿Tienes maquilladores y estilistas? —me miró expectante.

Si supiera que la primera vez que me puse maquillaje fue para mi compromiso, no me preguntaría eso.

—No, no tengo a nadie en particular.

—Contamos con un equipo que estará disponible todo el tiempo que necesites, incluidos los retoques —asentí con una sonrisa.

—¿Prefieres la ceremonia en el jardín? ¿Quieren decidir los colores?

—Me gusta el azul claro, el blanco, el verde agua... son tonos que me encantan —respondí sin esperar a que Damián dijera nada.

Ella hizo más preguntas, algunas las respondí yo, otras Damián, y no estuvimos en desacuerdo en nada, lo cual fue fantástico, considerando que ni siquiera nos conocíamos bien.

Justo en ese momento, pensé en lo raro que era todo: compartíamos la cama, la intimidad, los planes... pero no nuestra vida privada. No sé quiénes son sus padres, dónde creció, qué le gusta hacer aparte del trabajo, cosas básicas que la mayoría de parejas saben.

Me hice una nota mental para hablar de eso después.

Además, quería saber la historia entre él y Daniela. Es injusto que él sepa tanto de mí y yo tan poco de él.

—¿Todo bien? —escuché su voz—. De repente te quedaste en silencio. ¿En qué estás pensando?

—Oh, lo siento, no me di cuenta que me habías hablado. Estaba pensando en el día de la boda, estoy un poco ansiosa —mentí. Cuando lo miré, sus ojos estaban entrecerrados; sabía que no me creía.

—Preguntaba si quieres ir a ver los vestidos ahora, o si prefieres que alguien de tu familia esté presente para la prueba —eso me dolió un poco. En la última prueba, quien me ayudó fue Renata; creo que ya tenía todo planeado, porque lo que me hizo elegir era más de su gusto que del mío.

—Um, sí... no, nadie elegirá conmigo. Solo yo. Si quieres puede ser ahora... o... —miré a Damián—. Si prefieres que venga sola más tarde, tal vez me tarde y no puedas ver...

—Vine para dejar todo decidido. Tómate el tiempo que necesites, aquí estaré esperándote —me sonrió y asentí.

Emma y yo entramos a una habitación enorme, cerrada con llave. Cuando abrió, mis ojos se llenaron de emoción: todas las paredes tenían un enorme perchero con infinidad de vestidos colgados.

—Son muchos...

—No te preocupes, solo dime cuál es tu estilo y encontraré los modelos más parecidos a lo que pides.

—En realidad... —miré esos vestidos voluminosos, algunos estilo sirena—. No creo que aquí tengan algo que me quede bien. Me gustan las cosas sencillas... ya sabes, esos vestidos básicos que suelen usarse en bodas en la playa, sin volumen, sin exageraciones, sin sofoco. Uno en el que pueda ir descalza y llevar una pequeña guirnalda de flores en la cabeza.

La mujer me miró como si fuera de otro mundo.

—Esto es realmente impresionante... ¿Te vas a casar con el hombre más codiciado de la ciudad, que está alquilando el espacio más impresionante, y tú quieres que lo principal sea simple? —sonrió ampliamente—. Esto será hermoso de ver...

—¿No crees que es una petición extraña?

—De hecho, la mayoría de las novias no entienden la boda en el campo. Quieren el glamour de una ceremonia en un salón elegante, pero aquí, la sencillez hace que todo sea aún más encantador... Creo que tomaste la decisión correcta —se acercó a una esquina más alejada—. Te mostraré tu vestido...

Capítulo 35

Valentina

Me trajo un hermoso vestido, de caída sencilla pero sin dejar de ser elegante. Sus tirantes eran de raso, diseñados para formar un lazo. El busto era ceñido y estaba cubierto de pequeñas piedritas que brillaban como miles de luciérnagas.

—Son diamantes —me explicó Emma—. Es simple, pero no tanto; los diamantes se colocaron a mano.
La miré asustada, imaginando el valor de un vestido incrustado con diamantes. El dobladillo de la falda tenía flores bordadas, muy delicadas, casi imperceptibles. Era a la vez sencillo y elegante. Nunca imaginé que encontraría algo que encajara tan bien con mi gusto y, a la vez, con el alto estatus social de Damián.

—Es perfecto... —mis ojos se llenaron de lágrimas. Ese vestido era realmente como yo, no tenía nada que ver con el otro.

Sentí que la tristeza me golpeaba al recordar que iba a pasar por todo de nuevo: caminar por el pasillo, vestirme, no verlo hasta el momento indicado... Pasaría por ese proceso otra vez, en tan poco tiempo. Estaba a punto de casarme de nuevo.

El peso de todo esto me tomó desprevenida. Si no lo hubiera descubierto, probablemente me habría casado con un sinvergüenza que pensé que me amaba; ahora me caso con un hombre al que acabo de conocer y del que no sé nada.

Volví a sentir toda la rabia que me invadió ese día. En cuanto nos casemos, Damián y yo haremos lo que acordamos: me vengaré, y creo que ya sé por dónde empezar... la empresa. Si hay algo que puede dañarlos en el lugar que más les duele, es eso.

Verme una vez más vestida de novia trajo sentimientos desagradables, pero tendría que lidiar con ellos si quería vengarme.

—Estás linda —me dijo Emma mientras me observaba en el espejo con el vestido puesto—. Creo que serás la novia más hermosa que haya pasado por aquí.

Le regalé una pequeña sonrisa.

—¿Cómo será tu ramo? ¿Qué flores te gustan?

—La verdad, me gustaría mucho que fueran girasoles. Sé que no combina con los tonos que te di, pero para mí es una flor tan bonita. Su color me recuerda a la felicidad, a un día cálido y soleado, a la alegría, y creo que coincide con lo que está por suceder.

—Puedo incluir el amarillo claro en la decoración, así funcionará, porque todos los colores que me diste son en tonos pastel. El amarillo también irá bien, no te preocupes. Todo quedará perfecto. Y, por cierto, a mí también me parecen hermosos los girasoles. Además, encajan con el tema del campo.
Escondí todo mi dolor tras la sonrisa y me volví hacia ella.

—Me pareció increíble. Este es el indicado, no quiero ni mirar a los demás, no tiene sentido cuando ya encontré lo que necesitaba.

—Nunca he tenido una novia tan rápida en decidir su vestido. Esto es realmente inaudito —comentó Emma con una sonrisa—. Bueno, esto es todo por hoy, hemos terminado.

Me acompañó hasta donde nos esperaba Damián, que me miró sorprendido.

—¿No era esta la parte que debería haberte tomado más tiempo? — su rostro era una mezcla de desconcierto y asombro.

—Tu prometida es muy decidida. ¡A mí también me sorprendió la velocidad! —dijo Emma.

Le sonreí a Damián, pero él seguía con una expresión que no supe interpretar: parecía sorprendido o decepcionado.

Emma nos acompañó hasta la salida; ya iba a ponerse manos a la obra.

—Te veré en unos días para que revises los detalles, y para saber si quieres cambiar algo —dijo mientras se despedía.

—Muchas gracias, Emma. Sé que lo que pedí fue un poco repentino, pero me alegro de que lo hayas aceptado. Te garantizo que sabré recompensar bien a todos los involucrados.

—Me gustan los buenos desafíos —respondió ella—. Gracias a ti. Tomamos rumbo de vuelta a casa.

Damián no dijo ni una palabra en todo el camino. Traté de iniciar algunas conversaciones, pero sus respuestas cortantes me hicieron desistir. Se puso raro y no podía entender por qué.

Al llegar al apartamento, Ivone estaba saliendo; esperaba el ascensor cuando llegamos al piso.

—Oh, qué bueno verlos, hacía tiempo que no podía venir.

—Me alegro de verte. Espero que todo se haya resuelto bien —le dije, recordando lo que había dicho Damián.

—Sí, así fue, querida. Me informaron que la señora está trabajando, felicidades, me alegro mucho. Tengo la cena lista, pueden comer ahora, aún debe estar caliente.

—Tenía muchas ganas de hablar contigo sobre esto. Me gustaría crear una buena rutina, así que estoy haciendo las comidas. Si no te importa, me gustaría encargarme yo —dije tratando de no sonar mandona; no quería que ella pensara que soy un grano en el trasero.

—La casa es tuya. El día que quieras que haga algo, mándame un mensaje. Fuera de eso, dejaré que prepares lo que gustes.

Damián no dijo nada; solo saludó a Ivone con un movimiento de cabeza y se excusó para entrar cuando vio que nos tomábamos nuestro tiempo.

Debe ser bipolar; yo no puedo seguir el ritmo de sus constantes cambios de humor.

—Yo también entraré. Gracias, cuídense mucho —le sonreí a Ivone y entré.

Ya estaba en la ducha cuando entré a la habitación. No había sacado la comida que Ivone había dejado en la nevera, así que la saqué para que no se enfriara.

Me metí en la habitación de invitados para no hacerle esperar y evitar que la cena estuviera fría, pero cuando salí de la ducha, él ya estaba en la mesa del comedor... Pensé en él, pero él no pensó en mí.

—Espero que la comida esté buena. Igual la iba a calentar un poco para no comerla fría —dije apenas lo vi.

—Está genial. No me importa comer un poco fría, ya estoy acostumbrado —su tono frío me molestó demasiado como para quedarme callada.

—¿Qué está pasando? Estuviste bien con lo de la boda, pero tu estado de ánimo cambió de repente. Siempre es así y no puedo entenderte. Es muy frustrante, ¿sabes? —dije, molesta.

—No estoy acostumbrado a explicarme, Valentina, así que prefiero el silencio. Pero si quieres saber por qué, aquí va: ¿realmente te estás tomando este matrimonio en serio?

—¿Qué?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que me lo estoy tomando en serio. ¿Por qué crees que no?

Entrecerró los ojos.

—A mí no me lo pareció, y estoy seguro que tampoco fue lo que Emma pensó... ¿Qué mujer elige el vestido para uno de los días más importantes y felices de su vida en solo unos minutos? —estaba enojado—. Sé que tenemos un contrato, pero me gustaría que hicieras el papel de novia como cualquier otra. Parece que elegiste el primero que viste, sin el entusiasmo que mostraría una novia.

—Sí, de hecho, compré el primer vestido que vi porque era el único que cumplía con mis requisitos, ¡y porque no me veo casada con otro vestido que no sea ese! —respondí igual de molesta—. Le describí a Emma el vestido perfecto para mí, algo que dijo nunca había escuchado, pero siempre esperaba que alguien preguntara. Ella trajo un vestido que era exactamente eso: uno solo, perfecto. No tenía razón para ver más. ¿Todavía crees que no me tomo en serio esta boda? ¡Si no me crees, llama a Emma y te dirá lo mucho que me esforcé en elegirlo!
Me miró por un momento y volvió a entrecerrar los ojos.

—Valentina... yo... te creo. Lamento haber actuado así. Simplemente no...

—No te comunicas y sacas tus propias conclusiones. La mayoría de nuestras discrepancias no existirían si ambos preguntáramos antes de asumir como verdad absoluta.

—Lo siento mucho y estoy de acuerdo. Necesito cambiar algunos hábitos para que podamos llevarnos bien. No estoy acostumbrado a hablar, a dejar que alguien dé su opinión. Siempre he estado solo para todo. Es algo nuevo para mí, pero confío en ti...

—Genial, me alegra que estemos de acuerdo. Ya no estás solo, me tienes a mí. Para que esto funcione, tenemos que aprender a comunicarnos. No puedo creer que todo esto haya sido por algo tan simple que pudo resolverse desde que salimos de ahí.

—Lo siento, me controlaré más.

Terminamos calentando la cena, pero al menos dimos un paso importante.

Capítulo 36

Valentina

—¿Sabes una cosa? —Estábamos sentados en el suelo de la sala una vez más, cada uno con una copa de vino—. No sé mucho sobre ti, y tú sabes mucho sobre mí —comenté mirando por la ventana.

—¿Y qué te gustaría saber? Puedes preguntar, te responderé. No tengo nada que ocultar —dijo con una leve sonrisa en los labios.

—En primer lugar, ¿tienes familia? Lo siento si es algo privado o doloroso, pero tengo mucha curiosidad —a veces ciertas cosas pueden doler y no quiero lastimarlo, pero nunca he visto a su familia ni él ha dicho nada sobre ellos.

—Mis padres están de viaje. Están furiosos conmigo por haberles anunciado nuestro compromiso a última hora; no tuvieron tiempo de organizarse para volver, pero estarán en nuestra boda... Mi madre es... bueno, es como te digo... muy parecida a ti. Mi padre, en cambio, también es militar, como yo. Sin más ni menos, soy su copia —no podía creerlo, no avisó a sus padres con anticipación; seguro ahora no les caigo bien.

Solo podía estar bromeando. Imagina lo que sus padres deben pensar de mí ahora: que soy una cazafortunas, que quería comprometerme demasiado rápido para atrapar a su hijo.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso! Podríamos haber esperado más tiempo, darles chance para que regresaran —tomé una respiración profunda, exasperada—. ¡No les caeré bien por tu culpa!

Su risa estruendosa llenó la habitación.

—¿Te preocupa que no les gustes? —¿Qué clase de pregunta era esa?—. Te doy garantía total de que te amarán, créeme.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¡Se perdieron el compromiso de su hijo! Deben pensar muy mal de mí, que quiero aprovecharme de

ti o estafarte —cielos.

No pudo evitar reírse, y eso me estaba matando de rabia.

—Tranquila, Valentina, son geniales y te amarán. No sé si recuerdas por qué se apresuró nuestro compromiso: la prensa te estaba atacando y no podía esperar a que te difamaran para tomar acción. Se lo expliqué a mis padres y lo entendieron perfectamente.

—¿Cuándo van a llegar? Necesito prepararles el almuerzo para darles la bienvenida. ¿Saben que ya vivo contigo? ¿No pensaran mal? Porque puedo quedarme en casa de mis padres hasta el día de la boda...

—¡Ni siquiera pienses en tal cosa! Te prohíbo que vuelvas a esa casa. Ya me controlé lo suficiente como para no explotar con tus padres. Si te hacen algo, no responderé por lo que pueda llegar a hacer —se acercó un poco más, dejó el vaso a un lado y sostuvo mi rostro entre sus manos—. No te preocupes, mis padres te amarán, créeme.

—Está bien...

—Ahora, respecto a lo de que no me estafes, como mencionaste, tendríamos que tener un hijo para que no me robes. ¿Cuándo piensas cumplir con mi pedido? Eso está en nuestro contrato... —esa pregunta me tomó por sorpresa.

Recordé bien que era una de sus demandas con respecto al matrimonio, pero no sabía si estaba lista. No quería pensar en eso en ese momento...

—Soy yo quien hace las preguntas aquí. Tú ya sabes demasiado y, por hoy, no preguntarás; solo responderás —él entrecerró los ojos.

—Bien... entonces, ¿cuál es tu siguiente pregunta?

—Hmm... déjame pensar un momento —había algo que quería saber, pero no sabía si él estaría dispuesto a contármelo—. ¿Puedo preguntar algo? —él asintió—. ¿Me responderás con sinceridad? —él asintió otra vez—. Ok, ¿alguna vez has amado a alguien? —tenía

muchas ganas de llegar a Daniela, pero necesitaba preparar el terreno y no ser demasiado directa.

—Sí —respondió.
—¿Ah? ¿Habla en serio? ¿No podrías ser más vago?

—¿Quién?

—Creo que ya sabes la respuesta —fue evasivo, pero esta vez no escaparía tan fácil. Tendría que explicarme qué pasó.

—¿Qué sucedió?

—¿De verdad quieres hablar de eso? —asentí—. Ahí va —tomó un respiro profundo—. Conocí a Daniela en la universidad; estaba pasando un tiempo allí, pero sabía que pronto tendría que irme. Me alisté para servir, terminaría la universidad donde me asignaran. —Lo miré con curiosidad, no parecía cómodo contándome eso, pero necesitaba saberlo—. Daniela me pareció increíble la noche que la conocí, o quizás fue la bebida la que me hizo pensar que era encantadora. Poco a poco me di cuenta de que no era exactamente como pensaba. Desde la noche que estuvimos juntos, comenzó a ser malcriada, caprichosa; a menudo parecía gustarle más el estatus que yo.

Permanecí en silencio, sin querer romper el hechizo de que confiara lo suficiente como para contarme algo tan íntimo.

—Le dije que ya era momento de ir a servir, se lo había dicho desde la primera noche, y ella dijo que estaba bien, que podríamos comunicarnos por cartas. Había bebido más de la cuenta y dijo no recordar bien. En realidad, estaba más borracha que yo; solo estaba segura de que estaba conmigo porque despertamos juntos —esbozó una sonrisa amarga—. Discutió conmigo un poco, dijo que no podía hacerle eso y me ignoró varios días. Gabriel, mi mejor amigo en ese momento, siempre hablaba conmigo sobre todo, especialmente de ella —miró al techo, apoyado en el sofá, y continuó—. Un día fui a su dormitorio; él no había ido a clase y yo estaba demasiado ocupado para asistir... los atrapé en la cama —se detuvo, parecía no

querer continuar—. Parece que es un viejo hábito suyo... ser atrapado en momentos íntimos.

—¿Eso todavía te molesta? —lo miré con inmensa expectativa, el corazón me latía con fuerza—. Quiero decir, ¿es esa una de las razones por las que quieres vengarte?

—No... Daniela ya no significa nada para mí, solo fue una lección. Me traicionaron doblemente, y por eso me cuesta confiar y abrirme, pero no, ella no tiene nada que ver con lo que estamos haciendo. Lo único que quiero de los Novaes es recuperar las acciones de mi empresa.

—¿Entonces ya no sientes nada por ella? —esa pregunta me molestaba, pero si no la hacía no podría dormir.

—¿Huelo a celos en el aire? —mostró una gran sonrisa burlona.

—No, solo pregunto por curiosidad. A veces los sentimientos tardan en desaparecer.

—¿Aún no han desaparecido los tuyos? —ahora él me miraba expectante, y yo no sabía qué responder porque ni yo misma lo sabía.

—Las preguntas aquí son mías. Ya dije.

—Ok, ya no siento nada por ella. Es una página pasada, sirvió para aprender —empezó a moverse para levantarse.

—¡Oye, aún no he terminado! —protesté cuando empezó a jalarme de los brazos para ponerme de pie.

—Pero es tarde, hemos hablado mucho hoy y aún tendremos tiempo para charlar. Nuestra boda es en unos días y no quiero que mi prometida tenga ojeras enormes por no dormir bien.

—Está bien... vamos a dormir, pero no te atrevas a burlarte de mí diciendo que necesito descansar para no tener ojeras —pasé junto a él escuchando sus protestas y me fui a la habitación, conteniéndome para no reírme demasiado fuerte.

—¡Eso no es justo! ¡Hice todo lo que me pediste!

—Y ahora tenemos que descansar. Mañana nos levantaremos temprano; tenemos mucho que hacer. Tengo que empezar el proyecto del sistema, hay demasiadas cosas en mi mente —me acosté dándole la espalda.

—¡La próxima vez ya verás! —se acostó y me abrazó por la espalda, pero no insistió mucho. Respetó lo que dije, no tardó en dormirse y yo me quedé pensando en todo lo que me contó.

Gabriel en realidad no tenía escrúpulos. Yo, demasiado ciega, me dejé llevar por algo que creé en mi cabeza; él no era la persona perfecta. Fue una mentira desde el principio, y me dejé llevar por el hombre que pensé conocer.

Traicionó la confianza de su mejor amigo y la mía. Damián y yo teníamos más en común de lo que imaginaba.

Estaba feliz por lo que compartimos hoy; él confió en mí para contarme algo que lo marcó, y también feliz porque dijo que ya no siente nada por Daniela.

Ahora lo que me preocupa son mis suegros. No sé qué esperar de ellos ni qué deben pensar de mí... pero pronto lo descubriré.

Capítulo 37

Damián

En cuanto vi a Valentina salir en pocos minutos del interior del camerino, pensé que no se tomaba nada en serio. Nunca había oído hablar de una novia que eligiera tan rápido lo que iba a ponerse para su boda, y una vez más me sorprendió con una conversación sincera. Estaba muy enfadada con mi comportamiento, pero era a lo que me había acostumbrado antes de ella: encerrarme y pensar a mi manera.

Pero ahora somos dos. No puedo descartar el hecho de que ella existe y que estamos juntos. Le prometí que me abriría y eso es exactamente lo que pienso hacer.

Se acostó de espaldas a mí y la abracé. Incluso antes de dormirme, no dejaba de pensar en lo fácil que parecía abrirme con ella, algo que me cuesta mucho hacer. Por eso mi único amigo es Iván, porque no puedo ser tan abierto y dejar entrar a gente nueva en mi vida.

Valentina me estaba conmoviendo, y eso me asustaba un poco, pero también me emocionaba. Hacía mucho tiempo que no sentía tantas emociones en mi vida.

A la mañana siguiente me desperté un poco antes que ella. Observé su cara de ángel recostada sobre mi pecho. No podía creer cómo podía ser tan hermosa sin ningún tipo de maquillaje. Valentina es perfecta.

Tal como habíamos hablado la primera vez, esperé a que se despertara y lo hicimos todo juntos: desde la ducha hasta el desayuno. Fue realmente agradable compartir esas cosas.

—Puedo acostumbrarme a esto, es bueno tener a alguien con quien compartir estas cosas simples —comenté mientras sacaba los huevos de la sartén.

—Tengo que estar de acuerdo contigo. Cuando no frunces el ceño por razones que sólo tú conoces, eres la compañía perfecta —tenía una amplia sonrisa en la cara, me estaba tomando el pelo y me dio un codazo al mismo tiempo.

Mi teléfono sonó. Era Emma.

—Diga.

—Me alegro de poder hablar contigo. Estaba enviando las invitaciones y la familia de Valentina me pidió por correo electrónico que extendiera la invitación a otros, ya que su hermana ya está casada. ¿Puedo hacerlo? —Eso me pareció extraño.

—Claro que sí, no veo ningún problema —al menos ahora no lo veía. Seguramente fue su hermana quien lo pidió, y viniendo de esa chica podía esperar cualquier cosa, pero ¿a quién quiere llevar a mi boda?

—Perfecto, lo haré entonces —oí un ruido de tecleo—. ¿Hay alguien que le gustaría eliminar de la lista? He usado su lista de compromisos como referencia.

Pensé unos segundos, Valentina me miraba, prestando atención a lo que decía.

—Sólo uno: Daniela. No es necesario enviarle la invitación —no quería que Valentina pensara que quería vengarme de alguna manera de Daniela, esto no tenía nada que ver con ella, así que no había razón para que estuviera presente el día de mi boda.

—¿Por qué me pediste que no la invitara? —me preguntó en cuanto colgué—. ¿Te molesta?

—Sólo quiero que no le moleste. Daniela no tiene por qué estar presente en nada más. ¿Recuerdas lo que dijo el día de nuestro compromiso? No quiero que nada ni nadie intente hacerte sombra. Ella es una parte mala de mi pasado y tú eres mi futuro. ¡No hay razón para que estés en el mismo entorno! —Me parecían muy lindos esos celos que no podía ocultar tan bien.

Terminamos de desayunar y nos fuimos a la empresa. Valentina bajó a su piso, no sin antes robarle un beso en el ascensor. Me encantaba verla intentar disimular nuestra relación, mientras yo intentaba revelarla siempre que podía.

—¡Te dije que no hicieras eso!

—¡Lo sé, pero eres demasiado tentadora! —le guiñé un ojo antes de que se cerraran las puertas.

No sé cómo Iván no nos saludó en el vestíbulo. Siempre está allí esperándome, pero hoy no. Eso me pareció un poco inusual.

Tomé mi celular y le envié un mensaje para que viniera a mi oficina, pero cuando el ascensor abrió las puertas, allí estaba él.

—¡Ya estoy aquí! Pero no sólo yo —entró en mi despacho.

Saludé a mi secretaria y entré detrás de él para ver de qué hablaba.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendido.

Daniela

Cuando Damián me dijo que se casarían lo antes posible, no le tomé en serio. ¿Quién podría organizar una boda en pocas semanas? Pero se me olvidaba que estábamos hablando del hombre más rico de la ciudad, y el dinero puede comprar cualquier cosa, y en el tiempo que se quiera.

Renata me hizo saber que le llegó la invitación. Sé que para agilizar los tiempos optaron por hacerla online, algo que no dependía del correo, como hicieron con el compromiso. Así que, si Renata y la familia ya habían sido invitados y la mía no llegó, probablemente no me incluyeron en la lista.

—Tu hermana debió pedir que no me invitaran. Claro, soy una amenaza para ella. ¿Quién querría a la ex del novio en la boda? ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Necesito estar allí!

—¡Te dije que mi hermana es una zorra! Por supuesto que no te quiere allí. Debe haber notado que Damián se siente incómodo con tu presencia, o al menos que te mira de forma diferente. Eso es muy bueno, ¡significa que aún siente algo por ti! —¿Podría ser esa la razón? ¿Se habrá dado cuenta Valentina de que soy una digna adversaria? ¿O que tengo alguna posibilidad de hacerle cambiar de opinión? —Una mujer sabe cuando hay riesgos. ¡Debe haber visto algo a lo que no prestaste atención! —Tiene razón. ¿Por qué más me iba a borrar su hermana?

—¿Sabes lo que podemos hacer?

—Claro que sí. Pediré una invitación gratis. Valentina no me la negará; se imaginará que es para mi marido o mi cuñada, no se meterá en eso y entonces podré llevarte.

—Sí, es una buena idea. La dirección que me diste la conozco, sé dónde están las habitaciones, sólo necesito unos minutos a solas con Damián. Si siente algo por mí, lo sabré.

—¡Entonces hazlo! Te ayudaré de todos modos. Distraeré a Valentina, intentaré que retrase la boda un poco más, para que nadie sospeche. —Hasta ahora ha sido muy útil y pensé que no tendría nada que ofrecer, pero ahora, si no fuera por ella, no sé qué haría.

—Perfecto, estamos de acuerdo. ¿Dónde podemos quedar para ir? ¿Tu marido no sospechará nada? No quiero que nada se interponga en mi camino, todo tiene que ser perfecto.

—No te preocupes por mi marido. Gabriel se ha empeñado en que me disculpe por todo lo que hizo en el compromiso. Ahora mismo está comiendo de mi mano, no tendrá ningún problema, ni siquiera preguntará por qué vienes con nosotros y si lo hace, le diré que tú y yo nos conocimos en el compromiso, nos llevamos muy bien, que somos amigas. ¡No sospechará nada!

Creo que todavía no sabe quién soy exactamente y que su marido sabe cuál es mi deseo de estar en ese matrimonio. Creo que Gabriel

no debió mencionar que él y yo ya hemos estado juntos; es mejor así. No quiero que tenga ningún problema conmigo. Así es mucho mejor.

—Envíame la dirección de dónde debo ir o te daré la mía para que vengas a recogerme.

—Envíame la tuya por mensaje.

—Bien, nos vemos entonces, y esperemos que siga sintiendo algo por ti y deje esa locura de matrimonio.

Colgó. Tenía que darle la noticia a él. Llamé en cuanto colgué el teléfono con Renata; no le gusta tener que esperar.

—Hola, tengo buenas noticias. He tenido un contratiempo, pero he conseguido solucionarlo. Todo va a ir como estaba previsto —se lo expliqué para que no se pusiera nervioso.

—Te dije que te dieras prisa. Damián ya ha fijado la fecha de la boda. No debías dejar que esto sucediera. ¡Eso me pasa por confiar en ti! —Puse los ojos en blanco. ¿Qué esperaba? Pensé que tendría más tiempo—. ¿Qué has hecho mal ahora?

—No me invitó a la boda, pero me las arreglaré. ¿Recuerdas la hermana que mencioné que odia a la novia? Tiene una invitación. Me las arreglaré para destruir esa boda. No te preocupes —se lo aseguré.

—Eso es lo que espero. Tienes que deshacerte de esa chica. No esperaba que tomara acciones tan repentinas, pero ya que sucedió, tenemos que ser rápidos y acabar con esto de una vez por todas. No me decepciones.

—No te preocupes, no voy a ir. Damián comerá de mi mano, todavía siente algo por mí. Renata dijo que su hermana no me habría detenido si no sintiera nada. Tendré la prueba de ello. ¡Recuperaré lo que me pertenece y tú tendrás lo que quieres!

Capítulo 38

Damián

No podía creer lo que veían mis ojos: ambos estaban de pie en mi oficina.

—¿Qué hacen ustedes dos aquí? —fue la única pregunta que se me ocurrió, sorprendido.

—¿Así recibes a tus padres? ¡No puedo creer que haya criado a un hijo así! ¿Dónde está mi nuera? ¡Me han dicho que trabaja contigo! —mi madre siendo mi madre.

—¿Quién te ha dicho eso? —le pregunté, dándole un beso y un abrazo.

—Tengo mis fuentes. Nunca sé nada de ti, tengo que consultarlo con alguien. —Miré a Iván; ¿quién más podría ser su informante?

Poco después abracé a mi padre y recibí una palmada en la espalda.

—Muy bien, hijo mío. Felicidades por el compromiso, aunque me hubiera gustado que me lo hubieran dicho con más antelación. No fue posible estar presente, y eso no es bueno para ti.

—Lo sé, padre, lo siento. Valentina estaba siendo atacada por un malentendido, así que tuve que actuar rápido para que se detuvieran. Fue la manera que encontré para protegerla.

—Es muy noble por tu parte, hijo, pero ¿has pensado en lo que puede pensar la gente con nuestra ausencia? Que no apoyamos tu matrimonio, que no nos gusta tu prometida. Pensaste en una manera, pero no viste la otra —mi madre habló con una pizca de nerviosismo en la voz; por supuesto que estaba molesta, pero también preocupada por ese detalle que se me escapó.

—Siento haberte molestado, mamá, pero estás aquí para la boda. Me alegra que hayas podido venir antes, para que conozcas a Valentina antes del gran día.

—Mírate, tan frío como tu padre. ¡No puedo creer que, después de llevarte nueve meses, ni siquiera tu temperamento se parezca al mío! —a mi madre le encanta hacer un drama con que soy un clon de mi padre, incluso en la forma de ser—. Ahora quiero conocer a mi nuera, ya me has hecho enfadar bastante.

Mi padre sólo se reía de la situación. Sabía que mi madre sería más sentimental que él por lo ocurrido, era de esperarse y no la culpaba.

—Iré a buscarla, mamá. Ayer hablamos de ustedes. Me preguntó por qué no asistieron al compromiso, le expliqué lo que pasó; ella también estaba muy enojada.

Mi madre se llevó las manos a la boca, exageradamente.

—Debería arrancarte las orejas de un tirón, pobre chica. Debe estar pensando que no nos esforzamos por estar ahí, o que no nos gusta. ¡Vamos, ve por ella antes de que saque una chancla de mi equipaje y te dé una lección! —Iván se echó a reír mientras mi padre intentaba contener la suya.

—Ya voy. Dios no quiera que me ponga en la mira de tu chancla —dije, saliendo de la oficina para tomar el ascensor.

Estoy seguro de que a Valentina le dará un ataque cuando se entere. Tengo que prepararme para eso, no quiero que a mi mujer le dé un infarto antes de la boda.

Caminé por el pasillo hasta la habitación donde estaba con los demás y ninguno se percató de mi presencia; estaban demasiado concentrados en su trabajo. Valentina estaba enfocada en su pantalla y llevaba lentes; ni siquiera sabía que los usaba y estaba preciosa así.

Resoplé lo suficientemente fuerte para que me notaran.

—Valentina, ¿podrías acompañarme un momento, por favor? —miró a sus compañeros y luego a mí; su rostro adquirió un color rojizo, el mismo que siempre me deleita ver.

—Um... por supuesto, sí, puedo —se levantó un poco sin gracia—. Ahora mismo vuelvo —dijo con una sonrisa ladeada.

Fuimos una vez más a su oficina, que estaba casi terminada; solo faltaban algunos detalles.

—Necesito decirte algo, pero quiero que estés tranquila.

—Ahora que lo has dicho, ya no puedo estarlo —respondió, nerviosa.

No sabía cómo decírselo para que no se asombrara tanto. Le dije que mis padres vendrían el día de nuestra boda, pero que era bueno que se conocieran antes… cómo decirlo…

—Mis padres están aquí y quieren conocerte.

Perfecto, realmente necesito más tacto para hablar con la gente, especialmente con Valentina... Sus ojos estaban muy abiertos, con la boca entreabierta, parecía estar en shock. ¿Debo llamar a un médico?

Valentina

En cuanto me soltó la bomba no supe cómo reaccionar ni cómo responder. Sabía que tendría que conocerlos de todos modos, pero no esperaba que fuera ahora; me dijo que sería en la boda, ¡en la boda!

—¿Mel? Me estás asustando... ¿quieres que te traiga agua? ¿Un médico? ¿Un sacerdote? Tus ojos están extraños —se rió. Tuvo el valor de reírse mientras yo entraba en pánico.

—Y... y... ¿están, a... a... aquí? Quiero decir, ¿están aquí ahora? ¿En la empresa? —pregunté, aún sorprendida.

—Sí, están aquí, en mi oficina más precisamente, y quieren conocerte. ¿Vamos? —todavía no podía moverme. Me imaginaba mil cosas desde que supe que sus padres estaban vivos y que Damián no les dio tiempo a venir a nuestro compromiso.

Deben odiarme de verdad ahora. Cielos, ¿cómo voy a explicarme? Deben pensar que soy una buscadora de oro de clase baja. ¿Quién se casa tan rápido con alguien que acaba de conocer?

—¿Valentina? Sigues ahí como si hubieras visto un fantasma. Vamos, no tienes que preocuparte, te lo garantizo. Sígueme y verás —me tomó de la mano y salió arrastrándome de la oficina hacia el ascensor, con todo mi cuerpo temblando violentamente—. Dios, Valentina, estás temblando como una vara verde, cálmate o realmente llamaré a un médico —amenazó mientras subíamos.

Antes de entrar en su despacho, se detuvo en otra planta para que pudiera beber agua y calmarme un poco.

—Mel, ¿quieres ir a la enfermería? Solo son mis padres. Yo también he conocido a los tuyos y, lo siento, pero los míos son mil veces mejores que los tuyos —volvió a reírse—. Vamos, mi madre se muere por verte. Me amenazó con golpearme con una chancla —no pude evitar sonreír; no podía imaginar a nadie amenazando a Damián, aunque fuera su madre—. Uf, estás entrando en razón. ¿Estás mejor?

—Sí... Es que tengo miedo de lo que puedan pensar de mí, con un matrimonio tan repentino, y también de lo que puedan decirles: que soy una cazafortunas tras su dinero, una oportunista... No sé, hay tantas cosas que se les pueden ocurrir. ¿Y si se enteran por los periódicos o las páginas de chismes?

Estaba desesperada. Sabía cómo parecía todo, ¿y si les decía la verdad? ¿Y si supieran que esto no es más que un contrato? ¿Qué pensarían? ¿O es que ya lo saben?

Me dolía la cabeza solo de pensarlo. Imaginé mil escenas, ninguna de las cuales les gustaría a sus padres.

—Vamos, ellos son simpáticos, te lo aseguro, no hay necesidad de ser así. Conozcamos a tus suegros —me dijo.

Me pueden decir varias veces que los dos son buenos, no me lo creo. Si mi hijo tuviera la cantidad de dinero que tiene el de ellos, yo

también sospecharía. Y las circunstancias y la rapidez con que ha ocurrido todo no me favorecen.

Respiré profundo unas cuantas veces y di unos cuantos sorbos más de agua antes de decir que podíamos irnos.

—Vamos.

Tomamos el ascensor una vez más; mis manos aún temblaban ligeramente. Damián tomó una de ellas y me besó, regalándome una hermosa sonrisa. Me sentí más confiada con su toque.

Salimos del ascensor y nos dirigimos directamente a su despacho. Allí estaban: un señor con cara muy seria y una señora que parecía tener algo parecido a preocupación en sus ojos, ambos muy elegantes y con una postura altiva, mientras yo estaba casi encogida junto a Damián.

Cada segundo que pasaba sin que nadie dijera nada me parecía una eternidad. Mis manos temblaban y sudaban frío mientras esperaba que alguien hablara.

—Papá, mamá, esta es Valentina, mi prometida —Damián me miró profundamente, y su mirada me dio un poco más de valor.

Antes de que pudiera decir algo, la señora caminó elegantemente hacia mí. En cuanto llegó, una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

—Mira qué guapa estás, querida —me rodeó con sus brazos en un fuerte abrazo—. ¡Habría jurado que nadie podría aguantar a mi hijo más que Iván! —Oí la risa exagerada de Iván, que no vi venir hasta entonces.

—Yo también pensé que sería imposible, señora Castillo, pero ya ve, ¡hay locos para todo! —dijo Iván cuando dejó de reír.

Solté todo el aire que no había notado que retenía.

—¡No puedo creer que tenga una nuera! Bienvenida a la familia, querida.

Capítulo 39

Valentina

Nunca imaginé en toda mi vida que sería tan bien recibida por los padres de Damián. Me los había imaginado como personas severas, alguien que desconfiaría de cada palabra mía, que pensaría que soy una cazafortunas.

—Gracias, estoy muy contenta de haberlos conocido por fin —dije, todavía sin muchas ganas. Me abrazó en ambos lados de la cara.

—Qué pequeña eres... Ah, pero ya me imagino cómo serán mis nietos, ¡serán bellos! Ya estás pensando en mis nietos, ¿verdad? Quiero al menos dos para mimar, ¡y te ayudaré durante todo el embarazo! —Se volvió hacia su marido—. Rogelio, compremos una casa grande muy cerca de la de nuestro hijo, para que nuestros nietos puedan crecer con nosotros. Se acabaron los viajes, tenemos que establecernos aquí. —Sentí que mi cara se calentaba de vergüenza; estaba segura de que estaba roja como un pimiento.

—Mamá... la estás incomodando —le advirtió Damián, tratando de contener la risa—. Casi tengo que rogar por mi hijo.

La sonora carcajada de Iván volvió a sonar.

Mi suegro se acercó a nosotros con una ligera sonrisa en el rostro.

—Bienvenida, Valentina, nos alegramos mucho por ti —es un hombre más serio y reservado—. Me tendió la mano y le saludé con una sonrisa—. Espero que mi hijo te trate como se merece.

—Muchas gracias, señor Castillo. Me alegra que me haya aceptado tan bien. Damián es un perfecto caballero.

—¡No me vengas con eso del señor y la señora! Ahora somos una familia —ella me tomó de las manos con una sonrisa—. Hablemos. —Me arrastró hasta los sillones y me hizo sentar frente a ella. Se

volvió hacia los hombres—. Necesito la oficina por un momento, por favor.

Damián la miró, atónito pero divertido, mientras mi suegro negaba con la cabeza como si ya supiera que ella haría algo así.

—Mamá, necesito trabajar, esta es mi oficina, podrías...

—No, no podríamos. No perderás mucho dinero por dejarnos aquí unos minutos.

—De hecho, sí lo perderé —dijo, invitando a su padre a marcharse—. Tomemos un café y pongamos a nuestras chicas cómodas.

Estaba nerviosa. Aunque parece muy simpática, aún no me conoce y, por supuesto, quiere proteger a su hijo de las malas intenciones que pueda tener.

Se fueron y nos dejaron solos. Me pregunté qué quería.

—Bueno... no entiendo por qué todo sucedió tan rápido, pero conozco a mi hijo, y sé que no te habría elegido si no fueras la mujer adecuada —dejó escapar un largo suspiro—. Realmente pensé que mi hijo no se abriría de nuevo. —Tenía una mirada triste—. Ya estaba perdiendo la esperanza.

—Me contó lo que pasó. Siento mucho que se haya quedado tan afectado —ella abrió los ojos ante mí, como si hubiera dicho algo fuera de lo normal.

—¿Te lo ha dicho? —Parecía muy sorprendida. Asentí con la cabeza —. Mi hijo no suele hablar de ello con nadie —añadió.

—Nos estamos encaminando, aprendiendo a hablarnos más y a confiar el uno en el otro. Hemos tenido una conversación sincera y me lo contó —era la realidad—. Entre nuestros errores y aciertos, Damián y yo estamos aprendiendo a lidiar el uno con el otro.

Tenía su mal genio, su forma autoritaria, y aun así, se mostraba muy amable y preocupado por mi bienestar.

Tampoco soy una de las personas más fáciles de entender. También entendí mal muchas cosas, me desesperé innecesariamente por adelantado, pero vamos avanzando, paso a paso.

—Damián es un hombre muy complicado, igual que su padre. Ambos tienen la misma forma reservada, de pocos amigos y pocas palabras, pero cuando se les conquista, son capaces de mover montañas; hacen lo que esté en sus manos para proteger y cuidar a los que quieren... —Si supiera que estamos juntos por un contrato, algo que no tiene nada que ver con el amor, sino con el deseo de venganza, se avergonzaría de mí...

Me dolió engañarla. Recién la conocí, pero me identifiqué tanto con ella, y es tan amable y sincera, una mujer apasionada por su hijo. Se sentiría muy decepcionada si supiera la verdad...

—Damián es realmente complicado, pero estamos aprendiendo de nuestros errores.

—Mi hijo te mira de una manera que nunca antes había visto que mirara a nadie —dijo—. ¿De qué está hablando? —me pregunté. Ella me miró desconcertada—. ¿Aún no lo entiendes? Damián no tomaría esta decisión si no te quisiera, y lo veo escrito en sus ojos. —Ojalá fuera cierto.

Se me ocurrió pensar: ¿y si fuera real? ¿Y si me quisiera? Me gusta mucho, pero no es por eso que estamos juntos. Se siente responsable de mí y, como ha dicho, me cuidará, pero amar... es un paso demasiado grande.

—No sabes lo feliz que estoy. La boda está tan cerca. Necesito ayudarte con tu vestido, tu maquillaje, tu pelo... Tenemos tanto que ver y decidir tan rápido —estaba muy emocionada, sus ojos brillaban.

No tuve el valor de decirle que ya había decidido todo; parecía estar en el cielo con la idea de la boda. ¿Cómo le diría que estaba bien?

—Claro, podemos... —tendría que volver allí y decirle a Emma que no dijera que ya estaba elegida—. Damián ha elegido un lugar

increíble, te encantará.

Hablamos un poco más y pronto Damián y mi suegro regresaron; los dos hablaban de la empresa, de cómo iba el negocio. Mi suegro parecía muy orgulloso de todo lo que Damián había conseguido.

—Ah, hijo, me alegro de que hayas vuelto. ¡Valentina es realmente encantadora! Hacen una pareja preciosa. Voy con ella a decidir sobre las cosas de la boda. En tan poco tiempo, mejor ver todo cuanto antes.

—Pero mamá, ya hemos decidido todo. Valentina y yo ya dejamos todo con Emma, la organizadora —mi cara cayó al suelo. No sabía dónde mirar; quería cavar un agujero para enterrarme.

—Deberías habérmelo dicho, cariño. No me habría molestado, pero sigo queriendo verte con un vestido. Siempre quise tener una niña para este momento, voy a cumplir mi sueño con mi nuera —ella sonrió felizmente, mientras mi suegro la miraba con ternura.

Se notaba lo enamorados que estaban. Ella siempre le miraba con mucho cariño, y se veía que él sentía la misma admiración por ella.

—Cariño, creo que Damián y Valentina aún tienen mucho que hacer. Podemos quedarnos juntos un poco más después de que vuelvan a casa o cuando vayan a ver el lugar de la boda, pero ahora mismo tenemos que irnos. Venimos directamente del aeropuerto, necesitamos descansar y el jet lag me está matando —era la primera vez que decía una frase más lograda.

Su madre me miraba como si aún quisiera quedarse, como si aún tuviera mucho que decir. Nuestro tiempo fue corto, pero realmente me sentí parte de la familia, como nunca antes me había sentido, ni siquiera con la mía.

Sentí que mi pecho se apretó cuando me di cuenta de que toda esa emoción debería venir también de mi madre, la mujer que me dio a luz. Pero lo único que ve en mí es desprecio, siempre del lado de mi hermana, incluso cuando tenía razón. Nunca recibí amor, cariño ni atención, no como la que recibí de la madre de Damián...

Me sorprendo imaginando cómo sería haber crecido con una madre tan cariñosa y atenta... Definitivamente, usaré su ejemplo cuando tengamos hijos...

Nuestros hijos... la idea no parecía tan mala; de hecho, ya no me da tanto miedo pensar en ello. Damián es un hombre increíble y estoy segura de que será un padre maravilloso.

Sacudí la cabeza para deshacerme de esos pensamientos inoportunos. Debía estar sonrojándome un poco solo de pensarlo.

—Es un placer tenerte aquí, mi niña, nos vemos pronto —besó cada una de mis mejillas. Esta dulce forma de actuar conmigo me estaba poniendo un poco sensible.

—Vamos, Esther, deja trabajar a los niños, los veremos mucho más —mi suegro me sonrió y los dos se fueron.

En cuanto cerraron la puerta, miré a Damián. Tenía una gigantesca sonrisa en la cara, pero yo sentía unas inmensas ganas de llorar. Sus ojos se entrecerraron y se dirigió hacia mí.

—¿Qué pasa? —Sus brazos protectores me rodearon el cuerpo y sentí las primeras lágrimas—. ¿Oye? ¿Qué ha pasado? —Me levantó la cara por la barbilla, sus intensos ojos mostraban una enorme preocupación—. ¿Mi madre te ha dicho algo desagradable?

—No... ella es un amor. Nunca he conocido a una persona tan dulce —le contesté sin dejar de mirarle.

—Entonces, ¿qué pasó?

—¿Por qué no apareciste antes? Si al menos hubieras sido tú el que conocí... —Una vez más, sentí que las lágrimas corrían por mi cara.

Capítulo 40

Damián

Dejamos a nuestras mujeres en mi oficina y bajamos a tomar un café. Normalmente no voy hasta allá, solo les pido que me lo lleven a la oficina, un ambiente agradable que dejé libre para todos los empleados, como una sala de descanso.

—Todos aquí parecen estar muy contentos con sus trabajos, han hecho bien su labor —comentó mi padre mientras pasábamos frente a mi personal, que nos dedicaban grandes sonrisas.

—Soy el único empleado que tiene quejas que hacer, pero lo dejaremos para otro momento, señor Castillo. Tengo que volver al trabajo —se despidió Iván. Conociéndolo bien, sé que quería darnos un poco más de privacidad.

Mi padre le hizo un gesto con la cabeza, igual que yo, y él sonrió, encontrándolo divertido. Sin duda porque habíamos hecho todo exactamente igual.

—Tu prometida es una mujer encantadora, realmente es una belleza... —Aquí llegó el "pero"—. Sé que no actuarías así sin una buena razón. Tu madre sueña con verte casado, formar una familia, así que no quiere ver nada más allá de lo que ella desea.

—Papá, ¿me creerías si te dijera que ella es especial para mí de alguna manera? Sé lo que estás pensando, fue todo muy rápido, muy repentino, pero hay algo en ella que me encanta... no puedo explicarlo...

—Si no puedes explicarlo, estaré mucho más tranquilo —me miró con extrañeza—. Cuando sentimos de verdad, no sabemos explicar nada, solo sentimos, y eso es bueno. No quiero que disgustes a tu madre, sabes lo mucho que estaba esperando este momento.

Mi padre era un hombre aún más observador que yo; era difícil engañarlo. Aun así, no dije ninguna mentira. Valentina sigue siendo

algo que no puedo explicar. Sigo sintiéndome completamente atraído por ella, la extraño cuando no está, siento una atracción muy fuerte... y estas son cosas que no puedo explicar y que surgieron desde esa primera noche.

—Es muy especial, sé que he hecho una buena elección —mi mente vagó por todas las cosas que hicimos juntos, cosas que nunca había hecho con nadie.

—En eso estoy de acuerdo contigo, ella parece realmente increíble —dijo. Conociendo bien a mi padre, ya había pedido que investigaran a Valentina; aprendí todo de él—. La conversación está bien, hijo mío, pero estoy muy cansado. Tu madre no me ha dejado dar ningún rodeo después del aeropuerto.

—Me imagino. Vamos a ver si han terminado su conversación.

Volvimos y las dos seguían atrapadas en su pequeño mundo. Valenno le dijo a mi madre que ya habíamos decidido las cosas relativas a la boda, probablemente porque le daba vergüenza contarlo. Se despidieron y se fueron.

Miré a Valentina sonriendo, pero no tenía muy buen aspecto. Me preocupé al instante. Mi madre habla mucho; puede que haya dicho algo, nada intencionado, pero que le haya dolido. La abracé preguntándole qué le pasaba, pero no me contestó, solo dejó correr las lágrimas.

La abracé aún más fuerte cuando me dijo por qué lloraba. No sabía qué decir, no había nada que decir para aminorar su dolor. Su familia no era ejemplar, ni siquiera medianamente para hacerle todo lo que le hacían. Era casi como si no fuera de ellos o como si fuera su enemiga.

Mis padres siempre me han querido y, por lo que veo, Valentina ni siquiera sabe lo que es eso. Sentí la necesidad de tenerla más cerca, de acurrucarla en mis brazos y no soltarla nunca más, de protegerla de todo el dolor que podría sentir algún día, pero sé que eso es algo que no podré hacer.

Se moqueó un poco más y se apartó de mí.

—Gracias por eso —dijo—. ¿Cómo pueden los padres ser tan malos como para dejar una marca tan profunda en su propia hija?

—No tienes que agradecerme nada, soy tu marido. Tengo que estar aquí cuando me necesites —le alisé la cara con las yemas de los dedos.

Realmente no me gusta verla sufrir. Me gustaría hacerles pagar a todos ellos, pero sé que los quiere, aunque no se lo merezcan. Aunque no tengo idea de cómo esas personas han podido poner a un ángel como Valentina en el mundo, siguen siendo sus padres y, desgraciadamente, ella sufriría si ellos sufrieran.

Le dije que no volviera al trabajo; se acercaba nuestra hora de volver a casa, así que esperó en mi oficina.

—Sabes, estaba pensando en algo, algo que te ayude a conseguir lo que quieres... —Entrecerró los ojos, estaba seria, pensativa, pero también parecía tener miedo de decírmelo.

—Dime, ¿qué se le ocurrió a ese genio de tu cerebro? —Sonreí para darle más valor.

—Quieres que el señor Novaes se olvide de las acciones de su empresa, ya que acaba siendo uno de los accionistas, aunque solo tenga una pequeña parte, ¿verdad? —Asentí con la cabeza, pero ella no continuó, parecía estar buscando las palabras.

Valentina

Estaba tan inestable después de que su madre se marchara, y él me acogió en sus brazos con tanta ternura, que deseaba poder corresponderle de alguna manera. Había estado pensando en cómo ayudarle, pero no sabía cómo decírselo.

Damián tiene la mala costumbre de malinterpretar las cosas que digo, así que mi elección de palabras debe ser perfecta para no dar lugar a malentendidos.

—Me está dando curiosidad, ¿qué pasa por tu cabecita? —Me llamó la atención—. Tal vez no haya una forma sencilla de decirlo.

—Bueno, pensé que podría hackear el sistema de su empresa también, obtener algo de información, algo que podría ser útil para ti —sus ojos se entrecerraron—. Tienen una empresa mucho más pequeña; su seguridad debe ser muy fácil de burlar —siguió mirándome sin decir nada—. Puedo comprobar los archivos, los socios, lo que han estado haciendo en los últimos meses, si hay algo irregular, y esto último sería la forma perfecta de conseguir que devuelva las acciones...

Me miró profundamente, como si comprobara si mis palabras eran ciertas o si estaba bromeando.

—Lo dices en serio, ¿no? —Asentí con la cabeza, y él cerró los ojos con fuerza, tapándose la nariz entre ellos—. Valentina, aún me preocupa tu seguridad por la última empresa a la que le hiciste esto.

—Pero ya te demostré que todo está bien, nadie vino a buscarme —le interrumpí.

—Derribaste un sistema en minutos porque estabas enfadada. Creo que eres realmente maravillosa en lo que haces, Mel, pero no voy a arriesgar tu seguridad para conseguir nuestra venganza... Lo haremos de otra manera, podemos arreglar algo, pero nada ilegal —suspiró con fuerza—. No dejaste ningún rastro y tampoco buscaste nada en la otra empresa, pero ¿espionaje industrial y de esta manera? Si esto se descubriera, significaría unos cuantos años en la cárcel, y ni siquiera todo mi dinero podría mantener tu imagen inmaculada. No dudo de tu capacidad, Mel, pero no voy a arriesgarme a perderte.

—¿Perderme?

—Pero...

—No, ni siquiera lo intentes. No me convencerás de que te deje hacer algo así, Valentina. El riesgo es demasiado grande, no estoy dispuesto a hacerlo, no importa el tiempo que nos lleve, tendremos

nuestra venganza y me desharé de esa familia en mi negocio, pero no te dejaré arriesgar tanto para hacerlo.

Él era flexible, pero yo no iba a renunciar. Era la forma más efectiva de hacer que esto funcionara; sabiendo cómo están las cosas por dentro, era más práctico que se cogieran de dentro hacia fuera.

Creo que la forma en que quiere cuidarme y defenderme es hermosa, pero tenemos un acuerdo y sé qué hacer para que funcione en mucho menos tiempo que actuando por los medios adecuados. Quiero devolverle parte de lo que ha hecho por mí y, si es necesario usar algo así para que tengamos éxito, no voy a renunciar tan fácilmente.

—Dejaré este tema para después de la boda. Tenemos la cabeza llena estos días; hay que centrarse en otras cosas, pero aún así volveremos a tratar este tema. No soy de las que se rinden tan fácilmente.

—Y yo no soy de los que cambian de opinión. ¡No vas a entrar en más empresas! No estoy bromeando... ni siquiera lo intentes —estaba realmente enfadado—. No quería arruinar el día que había sido perfecto hasta entonces, pero si voy a obedecer... esa es otra historia.

—Está bien... no está aquí quien lo ha dicho.

—Espero no tener ninguna sorpresa, Valentina. No sé si mi corazón puede soportar tantas emociones... tú has sido mejor de lo esperado...

—Gracias.

—Eso no fue un cumplido.

—Lo sé —le sonreí y le guiñé un ojo, mientras él ponía una cara rara, arreglando las cosas para ir a nuestra casa, la mejor parte de nuestro día.

Capítulo 41

Valentina

A la mañana siguiente estábamos desayunando cuando nos informaron que sus padres habían llegado.

Ya nos habíamos preparado para ir a la empresa, pero parecía que los planes de su madre no coincidían con los nuestros.

—Ni hablar, la boda es este fin de semana, ¿cómo pueden estar tan tranquilos? ¿Cómo no va a estar la novia para comprobar cada detalle? ¡No! ¡Vamos a ir allí y, como dije antes, quiero ver el vestido!

Todos nos miramos; mi suegro hizo un gesto de resignación con los hombros y Damián negó con la cabeza.

—Mamá, tenemos que trabajar. La empresa está en un momento delicado con la seguridad. Valentina es la encargada de desarrollar el nuevo sistema, ya que el otro resultó demasiado defectuoso —suspiró Damián, sabiendo que su madre no aceptaría un "no" por respuesta tan fácilmente.

—Intenté contenerla, pero ya conoces a tu madre... es una fuerza de la naturaleza —comentó mi suegro a modo de disculpa.

—Hablas como si no estuviera y como si estuviera equivocada, pero sabes que tengo razón: todo tiene que estar perfecto en tu gran día. No quiero ver a nadie quejándose después —hizo un mohín a su hijo, intentando parecer fuerte y decidida—. Además, no es frecuente casarse, pero la compañía siempre está ahí... Estoy segura de que Valentina está de acuerdo conmigo —me miró en busca de apoyo y yo solo sonreí—. Oh no, está tan loca por el trabajo como tú —todos nos reímos.

Ella lo convenció, y yo lo veía todo con diversión. No podía imaginar que Damián, un hombre tan duro y aparentemente frío, estuviera

tan derretido con su madre. Tampoco podía imaginar que su madre fuera tan alegre y extrovertida.

—Está bien, mamá, desayunamos todos juntos entonces, y vamos —suspiró derrotado.

—¿Desayunando? Eso es una novedad —comentó mi suegro.

—Fue la señora Valentina la que me acostumbró, ahora lo hacemos todas las mañanas, sin falta.

Mi suegro tenía una enorme sonrisa.

—Crear una buena rutina es maravilloso para una pareja, lo están haciendo muy bien... Vamos a tomar un desayuno entonces, espero que hayan preparado suficiente para dos personas más.

—Lo arreglo en un momento, no te preocupes —volví a la cocina y empecé a aumentar el desayuno que habíamos preparado justo para dos.

Damián y sus padres charlaban alegremente, y yo los miraba con gran admiración. Cada uno tenía su propio camino, pero allí había amor, eran una verdadera familia.

—Así que, querida —dijo mi suegro mirándome—. ¿Eres desarrolladora de sistemas? ¡Es un gran trabajo! —se mostró orgulloso, mirando a Damián con un gesto positivo—. No la dejes escapar, hijo mío, es hermosa e inteligente, toda una mujer.

—Me gradué en la misma universidad en la que estudió Damián, aunque no nos conocimos allí. Debo haberme graduado un poco después que él, a juzgar por que es un poco mayor que yo.

—Lástima que no se hayan conocido allí, hoy probablemente ya tendría a mis nietos —me sonrojé y miré a Damián.

Él también hablaba ya de un bebé, pero yo no me sentía preparada todavía. Me sentía tan feliz en la empresa, trabajando por fin en algo que me gusta hacer, pensando en tener mi propia compañía, como me había sugerido Damián. Un bebé me alejaría de eso, y me sentía

tan feliz... Al mismo tiempo, pensaba en lo mucho que parecía desearlo cuando mencionaba un hijo; le brillaban los ojos.

—Estamos trabajando en esta idea, mamá, lo conseguiremos... —me miró con intensidad, mientras yo sentía que mi cara se calentaba violentamente.

—No te haces más joven y yo tampoco, así que acelera este proceso —una vez más sonreímos.

Terminamos el desayuno con alegría y relajación, luego salimos del piso para ir al lugar de la boda. Todo estaba bien cambiado, con la decoración en los tonos que elegí; era hermoso, encantador. Sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Este lugar es exquisito! —exclamó mi suegra—. Es perfecto, has elegido muy bien y los colores son tan bonitos. —Hablaban entre ellos—. Encantador.

Emma vino a darnos la bienvenida. Damián le había avisado mientras íbamos de camino. Estaba a todo vapor cuando llegamos, dando órdenes y diciendo dónde debía ir cada cosa.

—¡Qué bien que estén aquí! Pensé que olvidarían que les pedí que vinieran a ver el progreso. Sean bienvenidos. Espero que todo sea como lo habían imaginado.

—Emma, estos son mis padres, Rogelio y Esther. Mi madre no pudo evitarlo, tenía que venir a ver cómo estaba todo antes de volvernos locos —Emma sonrió.

—Qué bien que haya insistido en que vengas, ya quedan menos de dos días, tenemos tiempo de cambiar algo si no te gusta.

Emma nos llevó al jardín, que parecía un jardín de cuento de hadas, aún más hermoso que cuando lo vine a conocer.

—Lo único que pondremos el día de la boda serán las flores, como pueden marchitarse preferimos no arriesgarnos —explicó Emma.

—Querida, ¿podrías llevarnos a Valentina y a mí a la prueba del vestido? Tengo muchas ganas de verla. Ojalá hubiera estado aquí cuando vino a elegirlo, pero verla me hará la misma ilusión, de eso estoy segura.

—¡Por supuesto! Los señores pueden esperar en el bar, ya está lleno y tiene todo lo que me han pedido. Está de camino al estudio de la novia, vamos.

Mi vestido ya no estaba en la habitación donde fui la primera vez; ya estaba donde me prepararía para la ceremonia. Estaba tan nerviosa, en menos de dos días pasaría por el altar una vez más.

Entré y lo colgué detrás del biombo. Mi suegra estaba muy ansiosa, podía oír sus pasos yendo y viniendo mientras me vestía.

Me di cuenta de que yo también estaba ansiosa por saber qué pensaría del vestido. No sabía si le gustaría. Me miré una última vez en el espejo, sintiendo que mi ansiedad subía hasta niveles alarmantes.

Me armé de valor y me dirigí hacia ella. En cuanto oyó el crujido de la tela, se volvió hacia mí, llevándose las manos a la boca.

—Querida... yo... te ves hermosa... este vestido es increíble —noté que sus ojos se inundaban de lágrimas mientras se acercaba a mí para darme un fuerte abrazo—. ¡No podría haber hecho una mejor elección!

Sentí que mis propios ojos se llenaban de lágrimas. Cómo me gustaría que mi madre pudiera ser tan feliz como ella, que estuviera aquí celebrando y siendo feliz por mí.

—Muchas gracias por estar aquí conmigo, suegra... No sabía si había hecho una buena elección, ahora estoy mucho más tranquila —la verdad es que, después de que Damián se molestara por la rapidez de mi elección, pensé que tal vez debería haber mirado otros modelos.

—Es imposible no amar este vestido, es perfecto, una delicia... y es como tú.

—Sí, estoy completamente de acuerdo. Se lo dije el día de la prueba, pero... habrá que ajustarlo, parece que has perdido un poco de peso... ¿has estado comiendo bien? ¿Durmiendo bien? No olvides que no puedes dejar de descansar para tu gran día —jugó con su celular, iniciando una llamada—. Ahí el ajuste es poco, se puede hacer antes de la boda cuando te estés vistiendo.

No noté que había bajado de peso en los últimos días, pero sí sentía el vestido suelto en la zona del abdomen. Debe ser el estrés de todo lo que ha pasado. Todo es demasiado rápido; es difícil no ponerse ansiosa, incluyendo las cosas en la empresa.

Me quité el vestido y volvimos sonrientes al bar, donde Damián y su padre hablaban animadamente al vernos.

—Hijo, no tienes ni idea de lo increíble que es el vestido —anunció mi suegra justo antes de que estuviéramos lo suficientemente cerca.

—Me lo imagino —sentí sus ojos sobre mí y una disculpa silenciosa —. Pero no me cuentes demasiado, ya tengo suficiente curiosidad.

—¡Serás la novia más hermosa que el mundo haya visto!

—Puedo decirlo por esos ojos hinchados y llorosos —comentó mi suegro.

—¿Qué tal un brindis? ¡Estoy muy emocionada! Emma, querida, tráenos un hermoso champán, ¡tenemos que celebrar este momento! —mi suegra se fue con Emma a elegir, mientras yo me acurrucaba con Damián, que tenía su brazo extendido hacia mí.

Su encantadora sonrisa iluminó el lugar. Ha estado sonriendo mucho más desde que nos conocimos. Parece que fue hace una vida, pero no ha pasado tanto tiempo.

Yo también le miré sonriendo; estábamos casi en la cuenta regresiva.

Pronto sería su esposa...

Volvieron con las copas y el champán, brindamos por ese momento tan especial. Éramos felices, y recé para que nos mantuviéramos así.

Capítulo 42

Gabriel

Renata apareció temprano en mi oficina, a pesar de que le he pedido innumerables veces que no lo haga. Mi padre no la soporta, y ella parece empeñada en darle más razones cada día. Sabe perfectamente que él odia que se entrometa en los asuntos de la empresa.

—¿Qué haces aquí, querida? Sabes que no deberías venir si no es algo importante. Podrías haberme llamado.

—¡Claro que es importante! No vendría si no lo fuera —respondió, haciendo una tormenta en un vaso de agua, como siempre—. Mañana es la boda de mi hermana. Lamentablemente tenemos que ir... y no tengo nada que ponerme.

Me contuve para no poner los ojos en blanco. No podía creer que ese fuera el drama del día.

—Aún tienes vestidos con la etiqueta puesta. ¿Cómo puedes decirme que no tienes nada que ponerte?

Últimamente se me estaba agotando la paciencia. Renata se había vuelto insoportable, y quiero pensar que es por el embarazo. Antes no era así...

—Nada se ve al nivel adecuado para el lugar donde será la boda, y también necesito joyas que combinen con lo que elija. Así que tendrás que ir conmigo. La tienda exige que estés presente para firmar.

Nuestra familia tiene un nombre reconocido en la alta sociedad. Por eso tenemos cuenta en la joyería más exclusiva y en otras tiendas de lujo. He comprado muchas veces allí; ellos envían la factura directamente a la empresa, y mi padre siempre se entera. La joyería solo permite ciertas adquisiciones si uno de los titulares está presente: mi padre, mi hermana o yo.

Renata, desde que me vio con Valentina el día del compromiso, no ha dejado de volverse más exigente.

—Renata, estoy ocupado. No puedo salir cada vez que tú quieres. — Estaba al borde del límite.

—No lo hago siempre —mintió descaradamente—. Además, tenemos que prepararnos de todos modos. Sabes que necesito tiempo para el maquillaje y todo lo demás. Tú también vas, así que deberías salir temprano. ¡Podemos almorzar juntos!

Se emocionó.

—Vi un conjunto nuevo y exclusivo de la colección de joyas. Me enamoré de él. Será perfecto para mañana —añadió haciendo un puchero mientras se acercaba a mí.

Como si lo hubiera presentido, mi padre apareció. Siempre se entera cuando Renata está cerca. Sospecho que alguien le avisa a propósito.

—¿Joyas otra vez? ¿Crees que el dinero cae del cielo? ¡No trabajas, no haces nada útil, pero eres la primera en meter la mano cuando se trata de gastar! —Entró furioso, con el rostro rojo de rabia.

—Oh... hola, suegro —respondió Renata, cambiando de actitud en un segundo—. Es que es una ocasión muy especial. La boda de mi hermana. Quería algo que estuviera a la altura...

Un error garrafal haber mencionado eso.

—Aún tenía la esperanza de que no se casara —gruñó mi padre, dolido—. Era una mujer digna de esta familia. Nunca le vi pedirle nada a mi hijo, ni aún sabiendo nuestra posición económica. Una mujer inteligente, un verdadero pilar familiar... ¡No una carga!

—Papá, tu presión... por favor, cálmate —intenté contener la situación, pero su voz se alzaba con fuerza.

Estaba cansado de la guerra constante entre él y Renata. Él adoraba a Valentina, siempre decía que era brillante. Compartían ideas, se

admiraban. Para él, ella era perfecta.

—¿Mantener la calma? ¿Cómo quieres que esté tranquilo cuando mi nuera se casa con otro hombre? ¡Tú, hijo mío, me diste la peor decepción que podía recibir!

—Suegro, por favor, no diga eso. Estoy casada con Gabriel, y estoy esperando a su primer nieto. ¡Yo amo a su hijo! —Renata se defendió con una voz temblorosa—. Pero siempre está hablando de Valentina como si yo no valiera nada...

Yo sabía que eso le dolía. Pero no puedo discutir con mi padre. Él ya no tiene edad para estos disgustos, y tanto mi hermana como yo intentamos evitarle más preocupaciones.

—¿Amor? Tú no amas a mi hijo. ¡Solo amas lo que él puede ofrecerte!

—¡Basta, papá! Llevaré a Renata a la tienda. Yo también tengo que ir a esa boda, así que saldremos ahora.

Mi padre se marchó de mi oficina como un huracán. Cada vez aguanto menos esta guerra abierta entre ellos.

Mientras recogía mis cosas, Renata me miró con una mezcla de decepción y reproche.

—Nunca me defiendes de tu padre. Nunca le dices que pare con esta persecución. ¿Y sabes qué es peor? Que siempre habla de mi hermana, ¡y tú no dices nada!

—Tienes que entenderlo, Renata. Mi padre y Valentina compartieron muchos años de cercanía. Él realmente pensaba que estaríamos juntos. Con el tiempo se le pasará... Vamos, vamos por ese conjunto que tanto quieres.

De inmediato su humor cambió. Se mostró entusiasmada.

—No sabes lo hermoso que es. Solo existe un modelo. Lo reservé hace semanas. Como siempre compro allí, no pusieron objeción. Y

como es una pieza exclusiva que no cualquiera puede comprar, aceptaron guardármela.

—Renata, mi padre no te tiene en estima. No lo provoques más...

—¡No se molestará! Es una inversión, incluso puede pasar como herencia a nuestros descendientes.

Suspiré. Estaba exhausto.

—Tiene un diamante amarillo de 28 quilates, talla briolet, que parece una gota —describió con brillo en los ojos—. Todo el collar está montado en platino, incrustado con diamantes. Los pendientes y la pulsera siguen el mismo diseño.

Eso debe costar una fortuna...

Antes de ir a la tienda, almorzamos y luego recogimos el vestido que había encargado.

—Mi hermana quedará eclipsada con esto. Terminaré siendo la estrella de la noche. Tiene un estilo rústico que no pega nada con la alta sociedad.

No entiendo su obsesión por competir con Valentina...

—¡Ahora vamos a buscar la joya de la corona! Todos quedarán boquiabiertos.

Llegamos a la joyería. Renata parecía una niña en Navidad.

Nuestra asesora habitual salió a recibirnos.

—Señor y señora Novaes, un placer verlos. ¿En qué puedo ayudar hoy?

—Reservé hace semanas un conjunto de joyas exclusivo. El del diamante amarillo —dijo Renata, radiante.

Pero la sonrisa de la asesora se desdibujó de inmediato. Casi palideció.

—¿Quién le hizo la reserva? —preguntó con cautela.

—No lo recuerdo... tú no estabas, así que se lo pedí a quien contestó el teléfono.

—Como sabéis, las piezas exclusivas no se reservan. Y lamentablemente... ese conjunto ya ha sido vendido.

—¿¡QUÉ!? —gritó Renata tan fuerte que toda la tienda se detuvo—. ¡¿Cómo pudieron venderlo si era para mí?! ¡Esto es un escándalo! ¡Detengan esa venta ahora mismo!

—Lo siento. Comprendo su molestia, pero estas piezas no se reservan jamás. Podemos mostrarle otros modelos...

—¡No quiero otro modelo! ¡Quiero ese!

Otra dependienta pasó por detrás, sin vernos, hablando emocionada con otra:

—No puedo creer que lo vendimos tan rápido. Le queda espectacular, su suegra no la deja ni quitárselo del cuello. Ese diamante amarillo es precioso.

Renata captó cada palabra. Dio un paso al frente.

—¿Entonces la compradora sigue aquí?

—Sí, está en una de las salas, pero ya ha pagado. No podemos hacer nada.

—Dile que pago el doble... ¿sabes qué? ¡Lo hago yo misma!

Renata se lanzó hacia la puerta cerrada. Yo la seguí, junto con la dependienta, rogándole que se detuviera. Pero no se detuvo.

Abrió la puerta de golpe.

—¿¡VALENTINA!? —exclamó, con los ojos desorbitados y el rostro transformado por la ira.

Yo también miré... y allí estaba Valentina. De pie, impecable. A su lado, una mujer mayor —probablemente su suegra— y cuatro hombres que no dejaban lugar a dudas: eran guardaespaldas.

Capítulo 43

Valentina

Después de pasar todo el día con los padres de Damián, él aún hizo una parada en la empresa para revisar algunos asuntos. Necesitaba asegurarse de que todo estuviera marchando como debía.

Mis compañeros ya se habían ido, pero el prototipo que había creado funcionaba sin problemas.

Volvimos a casa, y no dejaba de elogiar a sus padres, en especial a su madre. Me había acogido con tanto cariño, tratándome como si fuese su propia hija. Había imaginado muchos escenarios antes de conocerla, pero nunca que sería tan amorosa conmigo.

—A mi madre realmente le gustas, pero no es de extrañar —comentó Damián, con una sonrisa galante—. Has conseguido algo impresionante: que me gustes a mí. ¡Imagínate a ella! Eso sí que es una hazaña histórica.

—¡Ah, claro! Señor Castillo, debería recibir una medalla, un trofeo… ¡la llave de la ciudad! —Me reí, empujándolo suavemente por el hombro mientras entrábamos al departamento—. ¿Qué vamos a cenar? ¡Tengo hambre!

—Yo también —respondió, mirándome con picardía, devorándome con los ojos.

—Hablaba de comida... ya sabes, de la de verdad —intenté explicarme, pero él sonrió, burlándose de mí—. Da igual. Necesito inventar algo para comer.

Me dirigí directa a la cocina, arrastrando los tacones con pereza.

—¿Qué te apetece? Como ya es algo tarde, pensaba en algo natural, nada pesado, ¿te parece bien? —le pregunté desde la estufa. Él me observaba desde el otro lado de la isla.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Tienes un don extraordinario para encantar a la gente, ¿lo sabías? —me dijo, con la mirada tan intensa que no podía apartar los ojos de los suyos—. Me pregunto cómo puedes ser así, incluso después de todo lo que has vivido…

Creo que, más que hablar de mí, pensaba en él mismo y en cómo quedó tras su última decepción. Tal vez nos estaba comparando sin querer.

—¿Quieres un refrigerio? —intenté cambiar de tema, sin saber muy bien qué decir.

—Sí.

Ya se nos había hecho costumbre sentarnos en la alfombra esponjosa del salón, comiendo algo rápido mientras observábamos las luces de la ciudad a través de los ventanales.

—Tengo cerveza —le dije.

—Combina perfecto con tu "comida natural". Ligera y saludable —dijo en tono sarcástico.

—Se trata de equilibrio —respondí. Nos reímos y brindamos con nuestras botellas, en silencio, disfrutando la noche.

Me fui a dormir a la habitación de invitados, incluso después de que casi me rogó que me quedara con él. Pero aceptó que necesitaba descansar. Si dormíamos juntos, sabía que no lo permitiría.

Me quedé pensando en todo: en mí, en él, en nuestro matrimonio poco convencional, en lo catastrófico que podía ser... y entonces me quedé dormida.

A la mañana siguiente, mientras Damián se duchaba, yo ya había terminado y comencé a preparar el desayuno. Imaginaba que ese día sería bastante ajetreado, ya que el día anterior apenas habíamos tenido tiempo de revisar cosas en la empresa.

Estaba sirviendo el café cuando sonó el timbre.

Para mi sorpresa, allí estaba mi suegra una vez más.

—¡Buenos días, cariño! ¿Cómo estuvo tu noche? Espero que hayas dormido bien. ¿Dónde está mi hijo?

—Buenos días —respondí—. Debe estar terminando de vestirse. Yo estaba preparando el desayuno. ¿Le apetece acompañarnos?

—¡Ya te dije que nada de "usted"! Hoy será un día solo para chicas. Necesitas relajarte, hacer compras para tu luna de miel... ¿Ya la habéis planeado?

No supe qué contestar. Damián ni siquiera me había mencionado si tendríamos luna de miel.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —preguntó Damián, apareciendo al final del pasillo ya vestido para ir a la empresa. ¡Salvada por la campana! —. No esperaba verte hoy.

La saludó con un beso y le ofreció un café.

—Le decía a mi nuera que el día de hoy es mío y de ella. Vamos a pasar tiempo juntas, tenemos que comprar algunas cosas. Así que hoy, nada de trabajo para ella.

Ni siquiera me dio tiempo a aceptar o rechazar su propuesta, pero ¿cómo decirle que no?

—Si ella está de acuerdo, por mí no hay problema —dijo Damián—. Valenrealmente necesita comprarse algo bonito. Puedes ponerlo en mi cuenta. Más tarde paso por la tienda para organizarlo todo. —Él sabía que no me gustaba gastar su dinero, aunque pudiera permitírselo.

—¿Quieres ir, Mel?

—Por supuesto, no hay problema, siempre que no retrase nada en la empresa.

—Por supuesto que no. Diviértanse, mis amores. Me voy ya. Cualquier cosa, me llaman —se despidió, y nosotras salimos enseguida.

—Nuestra primera parada será el spa. Ya reservé todo. Como no tendremos tanto tiempo, pensé en aprovechar la mañana y dejar la tarde para el resto de compras —dijo entusiasmada. Era contagiosa.

Después del spa, almorzamos en uno de sus restaurantes italianos favoritos. Todo me pareció delicioso. Doña Esther me trataba con tanto cariño que a veces se me olvidaba que no era mi madre de verdad.

—¿Hace mucho que se conocen tú y Damián? Sé que ya te había visto antes, pero... ¿cuándo empezasteis a salir? —preguntó mientras degustábamos un postre espectacular.

—Hace poco me pidió que me casara con él. Todo ocurrió muy rápido, pero estoy segura de que estamos haciendo lo correcto. Jamás haría algo para hacerle daño —le respondí con una leve sonrisa. Imaginaba que, como madre, debía tener sus reservas.

—Sé que mi hijo no hace nada sin pensarlo muy bien. Estás equivocada si crees que actúa por impulso. Y si en algún momento te hace daño, debes saber que nunca será intencionado. Tiene un corazón hermoso, solo que no se lo muestra a cualquiera. No le gusta sentirse vulnerable. Pero basta de charla... ¡Ahora vamos por lo mejor: lencería y joyas!

Salimos del restaurante. Yo estaba algo avergonzada, pero ella me ayudó en todo. Cada conjunto era más hermoso y revelador que el anterior.

—No sé si tendré el valor de ponerme esto… Me muero de la vergüenza solo de verlo —dije, tapándome la cara, roja como un tomate.

—Entre ustedes no puede haber vergüenza. Él es la única persona en el mundo con quien deberías tener completa libertad. Confía en él, y él confiará en ti. Así llegaréis tan lejos como su padre y yo.

Y lo cierto es que ellos se veían tan enamorados incluso después de tantos años, que me llenó de esperanza.

—Ojalá tenga la misma suerte —le dije.

—La tendrás. Ahora vamos a por las joyas. Quiero encontrar el conjunto perfecto para ti. Será mi regalo de bodas… y también de bienvenida a nuestra familia. Así que te ayudaré a elegir.

Fuimos a la misma joyería donde Damián compró mi anillo de compromiso. Ella era una clienta muy conocida allí.

—¡Señora Castillo, cuánto tiempo! Qué alegría tenerla de nuevo. ¿En qué podemos ayudarla hoy?

—Quiero ver las piezas más hermosas que tengan. Mi hijo se casa mañana, y necesito algo absolutamente encantador para mi nuera.

—Creo que tengo el conjunto ideal. Es una pieza exclusiva, única. Nadie más tendrá una igual. Y para esta ocasión, creo que es perfecta.

—Wow... Es precioso —murmuré, apenas en un suspiro.

—Es ese, sin duda. No necesito ver nada más —dijo mi suegra—. Y para mí, tráeme algo con rubíes. Combinará con mi vestido. Confío en tu gusto. Ya me conoces.

Nos guiaron a una de las salas privadas mientras traían las piezas de la caja fuerte.

—Solo quiero verte con él puesto. Tu ramo es amarillo, ¿no? Emma me dijo que será de girasoles. ¡Va a quedar espectacular! —comentó emocionada.

La encargada volvió con otras dos chicas. Nos sirvieron champán mientras traían todas las piezas que Doña Esther había solicitado.

Quedé boquiabierta al ver el conjunto: el diamante amarillo era impresionante, de un brillo casi hipnótico. Todas las piezas tenían el mismo corte. Mi suegra me ayudó a ponérmelas.

—¡Es este! Mi regalo de bodas. Gracias por ser parte de nuestra familia. No sabes lo importante que es esto para mí.

Me miré al espejo. Ya no parecía aquella chica sencilla de hace unos años.

—La que tiene que agradecer soy yo. Pero… —me acerqué a su oído, en cuanto las asistentes captaron que deseaba privacidad, se retiraron con una excusa—. Suegra, esto es muy caro. Sé que puede permitírselo, pero yo no estoy acostumbrada...

—¡Ni lo pienses! No quiero oír ni una palabra sobre el precio. Es tuyo. Le va perfecto a tu ramo. Lo hago con el corazón. Y tu preocupación solo confirma el buen corazón que tienes tú también.

—¿¡Valentina!? —Ah, esa voz... la conocía demasiado bien. Me giré hacia la puerta y ahí estaba: mi hermana, seguida de Gabriel y de una de las asistentes, con la cara desencajada por la rabia.

Capítulo 44

Valentina

Mi suegra se sobresaltó con la repentina irrupción de Renata.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, mirando a mi hermana con el ceño fruncido, sin entender de dónde venía tanto enfado.

—Desafortunadamente, soy la hermana de esta chica —espetó Renata, con la voz llena de rabia—. ¿Qué haces aquí con *mis* joyas? ¡Las había pedido! ¡Las tenía reservadas desde hace una semana! ¿Cómo te atreves a venir a quitármelas?

Ahora entendía todo. Siempre le habían fascinado las piezas raras y caras, y este conjunto no era la excepción. Era único, exclusivo... y evidentemente, insustituible.

—Nadie me dijo nada, Renata. Qué pena que no pudieras comprarlas. Son una verdadera joya… —respondí con sarcasmo.

—¡Quítate *mis* joyas ahora mismo! —gritó, entrando en la habitación y avanzando hacia mí.

—¿Y tú quién te crees que eres para presentarte aquí y hablarle así a mi nuera? —intervino mi suegra con una firmeza que imponía respeto.

Gabriel ya contenía a Renata por el brazo. Conocía bien a la madre de Damián—al fin y al cabo, era su mejor amigo—, así que seguramente sabía que aquello no terminaría bien si no la frenaba.

—Señora Castillo, lo siento —dijo él, con tono conciliador—. Mi esposa deseaba mucho este conjunto, pero entiendo perfectamente que ustedes lo hayan comprado antes. Espero que ella también lo comprenda.

—Ah, claro… alguien como ella solo podía ser tu esposa —respondió mi suegra, cruzando los brazos con gesto altivo—. No entiendo cómo puede tener la misma sangre que mi nuera. Una mujer tan

descontrolada no debería estar relacionada con alguien como Valentina…

—Como ella misma dijo, suegra, lamentablemente somos hermanas —respondí con una sonrisa fría—. Pero, como sabemos, eso no se elige.

—¿Cómo estás, Valentina? —preguntó Gabriel, dirigiéndose a mí con una mirada que no me gustó nada. Su voz era suave, pero sus ojos me observaban como si me viera por primera vez. No pude evitar hacer una mueca de asco.

—Estoy muy bien. O al menos lo estaba hasta la llegada *indeseada* de ustedes dos. Si pudieran hacer el favor de retirarse… estábamos demasiado ocupadas brindando por mi boda. No me apetece estresarme por gente que no vale la pena.

—¡Concuerdo plenamente! —añadió mi suegra, claramente enfadada —. El servicio en esta tienda antes era mucho más discreto. ¿Qué pasa ahora? ¿Dejan que cualquiera entre en habitaciones privadas como si nada?

Se volvió hacia Gabriel con desdén.

—Y tú, mantente bien lejos de mi nuera. Gente como tú no debería mezclarse con ella.

Si supiera que él fue mi prometido antes que Damián…

—Señor, por favor —intervino la dependienta, nerviosa—. Su esposa necesita calmarse. No quiero tener que llamar a seguridad para resolver esto…

Incluso Gabriel parecía estar perdiendo la paciencia.

—¿¡Cómo te atreves a decir eso!? ¿No sabes quiénes somos? — exclamó Renata, girándose hacia la empleada, los ojos ardiendo de puro odio—. ¡Gabriel! ¿Vas a quedarte callado mientras estas brujas me humillan así?

No sabía desde cuándo me odiaba tanto, pero eso era lo triste de tener una familia como la mía... O mejor dicho, como el rastro de familia que me quedaba.

—¿A quién llamas *bruja*? ¿A mí y a mi nuera? —respondió mi suegra, con voz gélida—. La única sin clase aquí, haciendo un escándalo por un par de joyas que ni siquiera podrías pagar, eres tú. Así que, si no quieres seguir avergonzándote, será mejor que te vayas de inmediato…

Capítulo 45

Damián

Valentina y mi madre llegaron a casa sonriendo. Se las veía felices, cómplices. Valenfue directo a la cocina e invitó a mi madre a cenar. Las dos se llevaban de maravilla, y verla tan bien con ella me llenaba de una calidez que no sabía que necesitaba.

Esperamos a que llegara mi padre. Cenamos juntos, charlamos un rato más, y luego ellos se despidieron.

—Mañana es el gran día. No podemos dejar que ustedes dos estén agotados, ¿verdad? Nos vemos, cariño —dijo mi madre mientras abrazaba a Valentina.

Una vez que salieron, nos sentamos juntos en el sofá.

—Tú y mi madre tuvieron un buen día, ¿se divirtieron?

—Tu madre es la persona más increíble que he conocido —respondió con ternura—. Me trata tan bien… Lo único desagradable del día fue encontrarme con mi hermana y Gabriel en la joyería. Ella había ido a comprar un conjunto y justo fue el que tu madre me regaló.

En cuanto pronunció su nombre, sentí cómo la furia se me clavaba en el pecho como un hierro candente.

—Espero que no hayan hecho un escándalo…

—Intentaron, pero tu madre los hizo callar.

Me contó con detalle todo lo que había pasado. Cada palabra me confirmaba lo que ya sospechaba: Renata era despreciable, y Gabriel… Gabriel era peor. Coincidía con mi madre: ¿cómo podía Renata ser hermana de Valentina? Eran polos opuestos.

—Mel, ¿puedo hacerte una pregunta? Supongo que nunca supe cómo se conocieron tú y Gabriel… Y ya que te hablé de Ana, ¿puedes hablarme de él?

—Claro. ¿Qué quieres saber?

—Primero… ¿cómo se conocieron?

—Bueno, no es la historia más emocionante, pero si de verdad quieres saber… Gabriel siempre intentó acercarse a mí, pero como estaba enfocada en mis estudios y, para colmo, me parecía un inmaduro, nunca le presté atención. Pensaba que estaba en la universidad solo por presión de sus padres, mientras yo tuve que rogar a los míos para que me dejaran asistir. —Soltó una risa suave y triste—. La primera vez que acepté ir a una fiesta fue porque saqué la mejor nota de la facultad. Quería celebrarlo. Fui con unas chicas con las que compartía algunas clases, siempre me invitaban, pero yo solía negarme.

—Recuerdo que se comentó que una chica sacó una nota más alta que la mía —dije, sonriendo con cierta nostalgia.

—No te sientas mal. Creí que iba a fallar, y seguro que la tuya tampoco fue tan baja —me respondió empujándome suavemente con el hombro.

—La fiesta estaba llena, había de todo: música, alcohol, drogas… Te vi allí. Parecías disfrutar tanto como yo. —Su mirada se perdió un segundo, intentando recordar—. Las bebidas eran dulces y engañosas. No estaba acostumbrada, así que bebí más de lo que debía.

—Las dulces siempre son las más traicioneras.

—Estaba tan mareada que decidí volver al dormitorio. Todo me daba vueltas. Terminé perdida y me acosté en el césped, esperando que pasara el efecto. De pronto alguien tropezó con mis piernas y cayó a mi lado. También estaba ebrio. Me asusté y grité, pero se disculpó. Me dijo que también estaba perdido, y se tumbó junto a mí a mirar las estrellas…

Sentí un vuelco en el corazón. Mi respiración se volvió pesada. ¿Esa historia…?

—¿Y… qué más? ¿De qué hablaron? —pregunté, tratando de ocultar mi desesperación.

—De cosas sin importancia… constelaciones, el cielo, el futuro. Me dijo que debía irse pronto, que serviría en el ejército, pero que quería seguir en contacto. Que me escribiría cartas hasta que regresara. En medio de mi borrachera, acepté. Ni siquiera sabía su nombre… y él tampoco el mío. Era un completo desconocido con quien compartí una noche bajo las estrellas. —Sus palabras eran puñales. La sangre me zumbaba en los oídos.

—Al amanecer me desperté con su camisa sobre mí y su brazo alrededor de mi cintura. Me levanté con cuidado y corrí al dormitorio sin mirar atrás. Pensé que él no recordaría nada, pero a media tarde apareció en mi habitación. Dijo que era él, que había estado conmigo en la gramilla. No lo recordaba, no podía. Estaba demasiado borracha y la oscuridad lo cubría todo… Me pidió una oportunidad. Me pareció simpático. Y aunque tardé varios meses, terminé aceptando ser su novia. Pero él… no era el mismo con quien compartí aquella noche.

Sentí que algo se rompía dentro de mí.

—¿Así que… se conocieron en una fiesta? Igual que yo conocí a Daniela… ¿Y miraron las estrellas? ¿Qué te dijo exactamente?

—Me habló de las constelaciones, me dijo los nombres de las estrellas… Curioso, porque después nunca pudo recordarlas estando sobrio. Solo esa noche.

Quería gritar, romper algo. Todo tenía sentido ahora. Aquella noche, esa chica no fue Daniela. ¡Era Valentina! ¡Siempre fue Valentina!

—¿No recuerdas nada más? ¿Qué vestía? ¿Nada más?

—No, estaba oscuro… y no lo miré bien. Creí que jamás lo volvería a ver. ¿Estás bien? Te noto tenso. Todo esto pasó mucho antes de conocerte… no quiero que te enfades conmigo —dijo, con los ojos brillando por las lágrimas contenidas—. Solo te lo conté porque me lo preguntaste…

—No estoy enojado contigo. Nunca podría estarlo —respondí, tragando el nudo en mi garganta. *Estoy enojado con Gabriel. Con Daniela. Pero algo no encaja… ¿cómo lo supieron? ¿Cómo se las ingeniaron para robarnos esa noche?*

—Estás tan serio que pensé que habías tenido otro de esos cambios repentinos… —intentó bromear, dándome una tímida sonrisa.

No podía creerlo. La mujer con la que me enamoré esa noche no era Daniela… era Valentina. Siempre fue ella.

—¿Qué tal si nos vamos a la cama? Mañana será un buen día, señora Castillo —le dije, acariciando su rostro con suavidad, como si la viera por primera vez.

—Tienes razón, debemos descansar.

Nos levantamos y fuimos juntos a la habitación. Mañana ella sería mía, como siempre debió ser. Pero no podía decirle lo que acababa de descubrir. No aún. Primero, necesito saber cómo Gabriel y Daniela nos engañaron. Porque, de acuerdo con todo lo que Valentina me contó, yo sé que fue *ella* quien estuvo conmigo esa noche. ¿Cómo entonces desperté al lado de Daniela? ¿Cómo supo Gabriel lo que ocurrió y tuvo el descaro de decirle a Valentina que *él* había estado con ella en la hierba?

Antes no deseaba venganza. Ahora… no puedo pensar en otra cosa. Me robaron la única noche en la que me enamoré de verdad. Me hicieron creer que fue con Daniela… y no lo fue.

Ellos van a pagar por eso. Cueste lo que cueste.

Capítulo 46

Valentina

Desperté recostada sobre su pecho. Aquello ya se estaba volviendo una costumbre. Su olor me envolvía, cálido y familiar, y me había permitido dormir profundamente.

—Buenos días, señora Castillo —su voz ronca acarició mis oídos. Era tan sexy que me derretía.

—Buenos días, señor Castillo —respondí con una sonrisa perezosa—. Espero que hayas dormido bien. Ah, por cierto, olvidé mencionarte algo... Tu madre me preguntó ayer por la luna de miel, pero no supe qué responderle. ¿Vamos a viajar o nos quedamos por aquí?

—Señora Castillo, me ofendes... ¿cómo crees que no tendría una luna de miel con la mujer más impresionante sobre la faz de la Tierra? —Me besó suavemente en los labios—. No puedo esperar a verte vestida de novia, a oírte decir que sí, y finalmente poder gritarle al mundo que eres mía…

Estaba tan romántico esa mañana que mi corazón se derritió como mantequilla bajo el sol.

—Hmm... Menos mal que la boda es hoy. Así que para el final del día ya estaremos oficialmente casados. ¿Y después? ¿A dónde vamos?

—Eso es secreto —dijo, guiñándome un ojo—. Tu suegra llegará pronto, quiere acompañarnos. Mi madre te adora… ¡Eres increíble! —Me miró tan profundamente que juraría que estaba viendo mi alma.

Nos levantamos, desayunamos, y a cada minuto que pasaba, me sentía más nerviosa. Las manos me temblaban y estaban heladas.

—Valentina, no te ves bien… ¿te sientes mal? —preguntó mi suegra en cuanto llegó.

—Solo un poco ansiosa, suegra —mentí, tratando de sonreír. No tenía ni idea de por qué me sentía así, pero estaba cerca de caminar hacia el altar otra vez, y eso removía muchas cosas en mí que no sabía que seguían vivas.

—Ay, hija, eso es normal. No te preocupes, pronto se te pasará.

Lo dudaba, pero no se lo dije.

—Vamos chicas, es hora. Ya vamos tarde, Emma pidió que estuviéramos allí a las diez en punto.

Salimos de casa. Mi suegro estaba radiante, y él y mi suegra comenzaron a recordar su boda. Decían que había sido perfecta, que se amaban con locura, que habían estado comprometidos durante meses y que cada decisión había sido hecha con ilusión.

Cada palabra era como una puñalada. Ellos no sabían que lo mío con su hijo había comenzado por un contrato, por una venganza. Nada que ver con el amor que ellos describían. Y me dolía… me dolía pensar que si supieran la verdad, los decepcionaría. Que, tal vez, ya lo era: una decepción.

Sentí que las manos me temblaban aún más, pero Damián las tomó y besó una con suavidad.

—Mantén la calma… —me susurró.

Sus padres, que iban en el asiento trasero, sonrieron al vernos.

—Estoy intentando… —respondí con la voz casi ahogada.

La conversación durante el trayecto fue una bendición. Hablaban sin parar, seguramente para distraerme. Mi suegro empezó a contar cómo se conocieron.

—Esta loca fue la que dio el primer paso —dijo riendo—. Le agradezco todos los días que lo hiciera…

—¡Era difícil que este hombre me notara! Tan serio, tan soldado ejemplar… y tan guapo —añadió ella, mirándolo con ternura.

Llegamos al lugar. En la entrada había un arco de flores que enmarcaba el portón dorado. Nuestras iniciales estaban rodeadas de cintas en los tonos que yo había elegido.

Era tan hermoso que apenas lo reconocí. La decoración era impecable: elegante pero sencilla, justo como lo había soñado.

—Emma, ¡qué trabajo tan increíble hicieron! Es impresionante, y en tiempo récord —la felicitó Damián.

—¡Me alegra que les guste! Pero ahora entren rápido, ¡llegaron tarde y no quiero que se arruine el cronograma! Vamos, vamos… —decía mientras aplaudía y nos empujaba suavemente hacia dentro. Sonreímos y corrimos al interior.

Antes de separarnos, Emma nos pidió que nos despidiéramos. Después de ese momento, solo volveríamos a vernos en el altar.

Damián me dio un largo beso, uno que parecía querer calmar mis nervios. Solo se apartó cuando escuchamos un carraspeo sutil.

—La espero en el altar, señora Castillo —dijo con una sonrisa traviesa, y se fue en dirección contraria a la que me indicaron a mí.

—Ahora, Valen—dijo Emma—, te espera un largo día. La boda es en unas horas. Puedes relajarte unos minutos en la hidro, pero luego necesitamos tiempo para dejarte aún más hermosa.

Mi suegra y yo seguimos compartiendo cada momento con alegría. Ella estaba en todos los detalles. Horas después, ya estaba lista.

Mi cabello iba recogido en una trenza lateral decorada con pequeñas flores, y el maquillaje era ligero, justo como me gustaba. Me miré al espejo y no pude evitar sentirme… hermosa. El vestido me quedaba perfecto tras los últimos ajustes. Había adelgazado sin darme cuenta, y ahora parecía hecho a medida.

El ramo de girasoles combinaba con el tono dorado de los diamantes del set. Me sentía como una princesa, aunque me aterraba perder algo de tan alto valor.

Mi suegra me ayudó a colocar el conjunto que me había regalado. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, igual que los míos.

—No llores, cariño, que te arruinas el maquillaje… Estás maravillosa.

—Gracias —le susurré, con la garganta cerrada por la emoción.

—Voy a ver si tus padres ya han llegado. Él tiene que acompañarte por el pasillo… —dijo con cuidado.

Mi corazón se aceleró. No veía a mi padre desde el compromiso. Un hombre difícil, frío. No quería que mi suegra se enfrentara a él… mucho menos a mi madre. Eran tan distintas. Una irradiaba amor; la otra, solo juicio.

—Vuelvo en breve, mantén la calma. Emma vendrá cuando sea el momento. Por si no llego antes, nos vemos en el gran instante —me besó la mejilla con delicadeza y se fue.

Me quedé sola. Y empecé a temblar.

El aire me faltaba. Caminaba sin rumbo, intentando calmarme. Y justo entonces, la puerta se abrió.

—Te ves hermosa —dijo una voz que me hizo girar bruscamente.

—¿Qué haces aquí, Gabriel? —casi grité.

—Vine a hablar contigo… ¿Estás segura de lo que estás haciendo? —me miraba de arriba abajo, como si tuviera algún derecho.

—¡Por supuesto que estoy segura! ¡Sal de aquí! Este no es tu lugar.

—Mel…

—¡No me llames así! ¡Te lo prohíbo! ¡Déjame en paz! Es mi boda, ¡no arruines mi día otra vez!

—Si puedo arruinar tu día, es porque todavía sientes algo por mí —sonrió con descaro.

—¿Y tu esposa? ¿Vamos a repetir la escena de la joyería?

—¡Su esposa está aquí! —dijo Renata, entrando con la lengua tan afilada como siempre.

—Perfecto. Sácate a tu marido de aquí antes de que llegue alguien y saque conclusiones erróneas. Y por favor, ponle correa a tu perrito, que ya me cansa tenerlo detrás.

Renata enrojeció de furia, con los ojos fijos en el collar que llevaba puesto.

—No te cansas ni de querer la atención de mi marido… ¡Debería darte vergüenza! ¡Hasta mis joyas quieres!

—Hasta donde recuerdo, te dimos la oportunidad de quedártelas, pero no pudiste pagarlas… —respondí con desdén—. Ahora fuera de aquí. No quiero estresarme por gente que no vale la pena.

—Renata, basta. Valentina tiene razón. No deberíamos estar aquí —dijo Gabriel, intentando calmarla.

Ella lo siguió, pero antes de salir, se volvió hacia mí con esa maldita sonrisa venenosa.

—Si yo fuera tú, dejaría de vigilar a mi marido y me fijaría más en el tuyo… ¿Sabes con quién estaba hace un momento? Daniela. Y la conversación entre ellos era *muy* caliente… —susurró con malicia.

Mi corazón se detuvo. Sentí un golpe en el pecho como si me hubieran apuñalado.

—¿De qué estás hablando? —casi no me salía la voz.

—¿Por qué no vas a comprobarlo por ti misma?

Gabriel la arrastró fuera de la sala, intentando callarla, pero el daño ya estaba hecho.

El aire me quemaba los pulmones. Corrí fuera de la habitación, cruzando los pasillos, con el corazón desbocado. No… No podía ser. No *otra* vez.

Pasé por la entrada, vi a mi suegra de reojo. Ella y mi suegro vinieron hacia mí, pero no me detuve.

La abrí con fuerza.

Y allí estaban. **Con sus bocas pegadas.**

El sonido de mi corazón, ya casi recompuesto, volvió a hacerse trizas en un segundo.

Capítulo 47

Valentina: La mañana de la boda

Desperté recostada sobre su pecho. Esto ya se estaba volviendo rutina, y qué rutina tan dulce. Su olor, su calor… me hacían dormir como si nada malo existiera fuera de estas sábanas.

—Buenos días, señora Castillo —su voz ronca me acarició el oído. Era tan sexy que me hizo sonreír sin abrir los ojos.

—Buenos días, señor Castillo. Espero que hayas dormido bien. Ah, y hablando de eso… —abrí los ojos de golpe—. ¡Tu madre me preguntó por la luna de miel y no supe qué decirle! ¿Vamos a viajar o...?

—¿Cómo que no? ¡Claro que vamos a tener nuestra luna de miel! —Me besó suavemente—. No podría dejar pasar eso con la mujer más impresionante del mundo. No veo la hora de verte vestida de blanco, escucharte decir "sí" y gritarle al mundo que eres mía.

Suspiré. Su romanticismo matutino era mejor que el café.

—Menos mal que la boda es hoy, así que todo se concretará en unas horas… ¿y después?

—Después... sorpresa. Tu suegra llegará pronto, quiere acompañarnos. Te adora, lo sabes, ¿no? Eres increíble —me miró tan profundo que sentí que podía ver hasta mi alma.

Nos levantamos y desayunamos juntos. Cada minuto que pasaba, más se agitaba mi estómago. Mis manos estaban frías, temblaban. Nervios, supongo.

Apenas llegó mi suegra, me notó de inmediato:

—Valentina, tienes mala cara, ¿te sientes bien?

—Solo un poco ansiosa, suegra… —respondí, intentando sonreír. La verdad es que estaba a punto de hiperventilar. No pensé que volver

a acercarme a un altar me afectaría tanto.

—Es normal, cariño, tranquila. Pronto estarás bien.

Salimos rumbo al lugar. En el coche, mi suegro no dejaba de sonreír. Él y mi suegra recordaban su boda entre risas y miradas cargadas de ternura. Hablaban de amor verdadero. De compromiso. Yo solo pensaba en cómo contarles que su hijo se había casado conmigo por un contrato… por venganza. Me sentí tan... impostora.

Damián debió notarlo. Tomó mi mano y la besó suavemente.

—Tranquila… —susurró. Yo asentí con una mueca.

La conversación de sus padres fue un bálsamo. Intentaban mantenerme distraída.

—Esta loca fue la que me conquistó —dijo mi suegro—. Le agradezco todos los días que lo hiciera.

—No fue fácil hacer que este soldado guapo se fijara en mí —añadió su esposa con una risa encantadora.

Al llegar al lugar, un arco de flores en la entrada daba la bienvenida. Nuestras iniciales entrelazadas colgaban del portón dorado. Era hermoso. Elegante y simple. Jamás imaginé que mis elecciones quedarían tan perfectas.

Emma nos recibió nerviosa:

—¡Vamos, vamos! ¡Llegan tarde! ¡Todo debe ir como un reloj!

Damián me dio un beso largo antes de separarse. Emma nos dividió: él fue por un lado, yo por el otro.

—Ahora, Mel, tienes unas horas por delante. Puedes pasar unos minutos en la hidro, pero después empezamos con tu preparación —dijo mi suegra animada.

Horas más tarde, estaba lista. Mi cabello recogido en una trenza lateral con florecillas. Un maquillaje sutil. El vestido me calzaba perfecto. Y el set de joyas que me regaló mi suegra... brillaba como

un sueño. Mi reflejo en el espejo me hizo sonreír. Por un instante, me sentí como una princesa.

—No llores, te arruinarás el maquillaje —me dijo mi suegra con lágrimas en los ojos—. Estás preciosa, hija.

—Gracias...

El ramo de girasoles era el detalle final perfecto. Mi corazón latía desbocado.

—Voy a ver si llegaron tus padres. Tu padre debe llevarte al altar. Quédate tranquila —dijo antes de irse.

Y allí estaba yo. Esperando. Mis manos sudaban. Mi respiración se volvió errática. Caminaba de un lado a otro intentando calmarme… hasta que la puerta se abrió.

—Te ves hermosa.

Me giré, furiosa.

—¿¡Qué haces aquí, Gabriel!?

Valentina: La interrupción

—¿¡Qué haces aquí, Gabriel!? —casi grité. Me hervía la sangre.

—Vine a hablar contigo... ¿Estás segura de lo que estás haciendo? —me miraba de arriba abajo, como si tuviera derecho.

—¡Por supuesto que estoy segura! ¡Sal de aquí! Este no es tu lugar.

—Mel…

—¡No me llames así! ¡Te lo prohíbo! Déjame en paz. Es mi boda. ¡No vas a arruinarme este día otra vez!

—Si tengo el poder de arruinarlo, entonces aún sientes algo por mí —soltó con una sonrisa torcida.

—¿Dónde está tu esposa? ¿Otra vez vamos a repetir la historia?

—¡Su esposa está aquí! —Y ahí estaba ella… Renata. Lo último que necesitaba.

—Genial. Saca a tu esposo de aquí antes de que llegue alguien y piense lo que no es. Y por favor, ponle una correa a tu perrito, que ya me cansé de tenerlo detrás.

Renata me lanzó una mirada cargada de odio. Sus ojos fijos en el collar que llevaba al cuello, ese que tanto deseaba.

—No te cansas ni de querer la atención de mi marido… ¡Deberías avergonzarte! Hasta mis joyas quieres.

—Según recuerdo, te dimos la oportunidad de quedarte con ellas. Pero no pudiste pagarlas —respondí, envenenando cada palabra. —Ahora sal de aquí. No voy a dejar que gentuza como ustedes arruine este día.

Gabriel intentó calmarla.

—Renata, basta. Vámonos. Valentina tiene razón.

Pero Renata no se iba sin dejar una última puñalada.

—Si yo fuera tú, prestaría más atención a mi prometido… ¿Qué crees que estará haciendo ahora? Acabo de ver a Daniela y a él en una conversación muy... íntima.

Mi corazón se detuvo.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, con la voz hecha un hilo.

—¿Por qué no vas y lo ves por ti misma?

Gabriel la arrastró fuera antes de que soltara otra víbora. Pero ya era tarde.

Corrí.

El aire me quemaba en los pulmones. Crucé la casa sin responder a nadie. Pasé de largo a mi suegra, a mi suegro. Sus voces quedaron atrás.

Tenía que saber la verdad. No otra vez. No ahora.

Abrí la puerta del camerino de Damián.

Y lo vi.

Vi sus bocas pegadas.

Daniela lo estaba besando.

Daniela: El plan

Renata y yo entramos al salón; estaba furiosa porque la boda de su hermana iba a ser mejor que la suya. Esa mujer es un fastidio, pero al menos me sirvió para algo: estoy en la boda a la que no me invitaron.

—¿Puedes creer que compró el juego de joyas que pedí que me reservaran? —susurró mientras su esposo caminaba adelante—. Te dije que es una bruja. Estoy segura de que me espía.

—Me imagino que sí —asentí.

—Está gastando a lo loco, dejando en ridículo a Damián. Espero que tengas éxito esta noche.

—Todo estará bien mientras hagas tu parte —respondí—. Quiero un momento a solas con él; necesito abrirle los ojos. Verá lo que yo veo: que Valentina no es buena, que solo busca su dinero.

Gabriel nos dio espacio mientras avanzaba un poco delante de nosotras. No quería cruzarme con los padres de Damián; esa señora me odia. Está loca, nunca la soporté.

Renata no paró de quejarse sobre su hermana, la misma charla aburrida de siempre.

—Necesito ir al baño. Quédate en el lugar reservado, vuelvo enseguida —dijo Gabriel antes de irse.

Los padres de Renata no parecían contentos; miraban con enojo. Valentina debe ser mala persona, ni siquiera sus padres la quieren.

Después de un rato, le pedí a Renata que distrajera a su hermana para poder tener un momento a solas con Damián.

Lo encontré; estaba impecable, como siempre, admirando su traje perfectamente alineado, todo un espectáculo.

—¿Damián? ¿Puedo hablar contigo? —Me miró como si viera al mismísimo diablo.

—¿Qué haces aquí? ¡No te invité a la boda! —¿No me invitó ella? Pensé que fue Valentina.

—No quiero oírte, solo quiero que te vayas. Aquí no eres bienvenida.

—Damián... estás cometiendo un error. Ella no te ama. Solo quiere tu dinero.

—¿Crees que puedes venir aquí a hablar mal de mi esposa? ¿Quién eres tú para ella? La mujer barata que atrapó a mi mejor amigo. Valentina es la mujer con la que decidí compartir mi vida, y su riqueza también es parte del paquete —respondió con dureza.

—Damián, te amo. Siempre te he amado. Cometí un error y lo pagué caro —respiré hondo.

Sentí que alguien se acercaba, así que tuve que actuar rápido.

Lo besé.

Damián: La confrontación

Pasé un rato con mi padre, bebiendo y charlando. No tenía prisa por arreglarme, Valentina siempre era la que más tardaba. Yo era rápido.

—¡Un brindis por este gran día! Mi hijo se casa, y me alegro que haya encontrado a alguien con un corazón tan bueno como Valentina.

Solo no le conté que ella era de quien me había enamorado años atrás. Necesito entender todo este lío antes de contarlo.

—Esto es maravilloso, espero que dure para siempre, como fue con tu madre y conmigo.

—Si depende de mí, así será. Nadie la alejará de mí.

Después, fui a mi camerino para arreglarme. Mi madre entró y me dijo que Valentina estaba lista y se veía hermosa.

Poco después entró alguien que no esperaba: Ana.

No la había invitado para evitar molestias, pero ahí estaba, soltando tonterías.

Estaba a punto de despedirla cuando se lanzó sobre mí y me besó.

Por un instante, no supe qué pensar. La agarré por los brazos y la alejé.

—¿Estás loca? ¿Qué crees que haces? ¡Te lo digo una última vez: aléjate de mí!

Miré hacia la puerta y vi a Valentina. Sus ojos llorosos, una mano en el pecho y la otra tapándose la boca. Mi madre intentaba calmarla y mi padre entró furioso.

Sentí un hielo en el pecho. El dolor en sus miradas era tan fuerte que mi corazón dio un vuelco.

—Padre, pide que alguien acompañe a esta mujer afuera. Necesito hablar con mi prometida —dije mirando a Ana—. Y tú... no te atrevas a acercarte a mí ni a Valentina otra vez. Te juro que olvidaré que eres mujer y te trataré como mereces. No me detendré hasta verte destruida.

Antes de que alguien actuara, Valentina entró de inmediato.

Todos quedamos conmocionados cuando su mano impactó una bofetada en la cara de Ana.

—No vuelvas a tocarlo. ¿Me oyes? —Su voz firme retumbó—. Él puede decir que olvidará que eres mujer, pero yo te digo que la próxima vez será mucho peor.

Ana nos miraba con los ojos casi saliéndose, pero antes de que todo se saliera de control, mi padre la sacó fuera para que Valentina no se estresara más.

Quería saber cómo Gabriel y Ana habían armado todo, pero Valentina me necesitaba.

Ella estaba muy nerviosa; no me dijo nada y su actitud me desconcertó.

—Mel, por favor, escúchame... No sabía que esta loca iba a colarse aquí. No sé qué escuchaste, pero sé lo que viste y no es lo que parece. Me besó y no supe cómo actuar, pero nunca haría nada para lastimarte. —Sus ojos se cristalizaron, pero se enfocaron en mí—. No haría eso. Te elegí a ti y lo haría mil veces más.

Ella temblaba, pero me miraba.

—No tienes que disculparte. Vi lo que hiciste y escuché lo que dijiste. No me debes nada. Actuaste como un hombre de verdad.

—Solo me preocupa cuánto te haya podido doler esto. Perdóname por dejar que pasara, por no cuidarte más.

Mi madre trajo un vaso de agua.

—Toma, te sentirás mejor —dijo.

Se levantó resoplando.

—¡Le voy a dar una lección a esa mujer! Nadie se mete con mi familia.

La tomé del brazo.

—Mamá, lo último que necesitamos es un escándalo. No quiero que Valentina sufra. Solo me importa que mi esposa esté bien.

Me miró profundamente.

—Confío en ti, Damián, confío en ustedes. Sobre todo ahora... No eres Gabriel y yo no soy la misma Valentina. No permitiré que nada ni nadie rompa nuestra felicidad ni nuestra confianza.

Me sentí aliviado.

—No quería que ella te molestara, te lo advertí, no por ella, sino por ti.

—¿Cómo entró?

—Eso lo sabré después. ¿Estás bien?

Asentí.

—¿Me crees?

Asentí otra vez.

—Eso es todo lo que necesitaba.

Mi madre se fue a avisar que la ceremonia se retrasaría un poco.

Me quedé con Valentina, mirándonos.

Ella todavía parecía recuperarse.

Sé que su shock fue enorme. Una boda, un día que debería ser perfecto. Y de nuevo, traiciones.

—Sé que no es el momento y que no debo verte antes de la boda, pero nunca había visto algo tan hermoso como tú. Te ves radiante, Valentina.

—Dicen que es de mala suerte... —sonrió.

—La única mala suerte sería compartir este momento con todos los demás invitados. Para mí, todos podrían irse a casa, para que solo yo disfrute de la maravillosa vista que eres tú.

Quería animarla, pero cada palabra llevaba la verdad.

—Mel, si te sientes incómoda...

—No... estoy bien. Vi la verdad, aunque fue dura. Hiciste lo correcto y confío en ti.

—¿Todavía quieres casarte conmigo?

Asentí y le sonreí.

—¡Gracias a Dios! —suspiró—. Le pediré al maquillador que venga a retocar tu maquillaje.

—¿Puedo regresar a mi camerino?

—No... no te dejaré ni un momento. No quiero más sorpresas.

Capítulo 48

Valentina — El gran día

Estoy cansada de que la gente piense que soy una idiota. Sabía perfectamente que Damián no me haría eso; ya habíamos hablado, él me explicó todo lo que había pasado entre él y Ana.

Tan pronto como los vi juntos, sentí que el corazón me daba un vuelco, pero escuché sus palabras, y entonces mi ira se desbordó. No podía pensar con claridad; entré y le di su merecido, una bofetada bien dada.

Después de perder un poco más de tiempo, finalmente me sentí más tranquila. Mi suegra llevó a Damián a un lado; yo no quería ni saber de qué hablaban, solo quería terminar de retocarme y seguir con la ceremonia.

—Cariño, hay algo que me gustaría hablar contigo —me dijo ella—. ¿Te importaría si mi padre viniera contigo para acompañarte por el pasillo? No quería decírtelo, pero tu padre no quiere llevarte.

No esperaba nada de mi padre, no se cansa de demostrarme cuánto me odia.

—Está claro que yo no le importo —respondí con amargura—. La verdad, hasta prefiero que sea así. Tu padre es mucho mejor que el mío. A él le gusto más que a mi propio padre. Me sentiré honrada de que alguien que realmente me aprecia me acompañe.

No entiendo por qué ellos ni siquiera debieron venir; tal vez solo quieren comprobar si realmente me casaré con Damián.

—Me alegro de que pienses eso. ¡Se acerca el momento, te espero en el altar! —Me dio un beso y se fue.

Sentí cómo mi corazón se aceleraba. Podía caminar sola por el pasillo; no necesito a nadie más mientras sepa que él estará

esperándome. Damián es fundamental en mi vida, ha superado todas mis expectativas.

Mi suegro me esperaba con una sonrisa amable.

—Me alegra que hayas confiado en él —dijo—. Demostraste ser una mujer de fibra, todo lo que Damián necesita. Espero que sigan confiando el uno en el otro sin dudarlo. —Extendió su brazo para que nos fuéramos.

Vi a mis padres y a mi hermana sentados en primera fila. Sus miradas se clavaban en mí, en mi vestido, mis joyas, pero nada de eso me importaba. Miraba directamente a mi prometido, mi casi esposo.

Empezó la marcha nupcial y caminé lentamente hacia él.

El camino estaba iluminado con candelabros, y una infinidad de colores lo adornaban. El lago brillaba, todo resplandecía bajo un cielo estrellado, en la noche perfecta.

La alfombra que conducía al altar estaba cubierta de pétalos blancos; todo era encantador.

Sabía que Renata hervía de rabia; todo lo mío la irritaba. También sentía la mirada de su esposo clavada en mí, mientras caminaba aún podía verlos.

Damián me sonreía, mientras mis padres me miraban con desprecio. ¿Qué les hice? Siempre he sido una buena hija, nunca les di problemas, me gradué con honores... Pero hoy no iba a pensar en eso. No soy yo quien perdió algo valioso.

Me acerqué a él, a mi futuro esposo, y le dije que aquel era el altar más hermoso que había visto en mi vida. Me sentí como una princesa; aquello era mi cuento de hadas.

—Los declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

—Te ves hermosa —me susurró antes de acercar sus labios a los míos en un beso tierno y afectuoso—. No podía creerlo cuando te vi

con este vestido. Eres una verdadera joya.

Capítulo 49

Valentina — Santorini, nuestro paraíso

Después de más de quince horas de vuelo, por fin llegamos a nuestro destino. No podía creer lo que veían mis ojos: estábamos en Grecia, más precisamente en Santorini.

Me deslumbró la belleza del lugar, con sus tonos predominantes en blanco y azul; me sentía como si estuviera dentro de un cuadro.

—¡Qué bonito es todo esto! —dijo Damián mirándome.

Nos alojamos en un hotel de lujo, con piscina infinita privada y una vista maravillosa al mar.

La habitación era toda blanca, la cama estaba cubierta de pétalos de rosa y en lo alto colgaba una majestuosa lámpara de araña.

El lugar parecía sacado de una película; era difícil creer que existiera.

—¿Estás feliz? —escuché la voz de Damián a mi lado.

—¿Cómo podría no estarlo? Este lugar es, sin duda, el más hermoso que he visto en mi vida —respondí, maravillada con la vista.

—Tengo muchos planes para este viaje… pero ahora mismo lo único que quiero es tener a mi mujer completamente para mí —dijo mientras sus manos comenzaban a recorrer lentamente todos los lados de mi cuerpo.

Su fuerte torso estaba pegado a mi espalda, y su aliento cálido en mi cuello enviaba ondas de calor que recorrían todo mi cuerpo.

—En primer lugar, señor Castillo, necesito una ducha. El viaje fue demasiado largo —mi voz era débil, casi un susurro, pero delataba toda la excitación que ya tenía.

Damián tenía ese don de hacer que me entregara a él sin que yo tuviera que hacer el más mínimo esfuerzo.

—Hmm, esa es una excelente idea —sus labios rozaron mi hombro con delicadeza y emprendieron un lento camino hacia mi oído—. Ven conmigo, señora Castillo.

Me levantó en brazos de nuevo, tan repentinamente que di un pequeño grito de sorpresa. Me llevó al baño, donde había un enorme jacuzzi. Me dejó en el suelo y abrió las llaves para llenarlo.

Su mirada era la de un depredador que acaba de acorralar a su presa. Estaba tan intimidada por esos ojos desconcertantes, que solo pude quedarme parada frente a él.

Sus manos comenzaron a desvestirme sin apartar sus ojos de los míos. Solo llevaba un vestido ligero de tirantes finos, y tiró de cada uno de ellos, dejando que el vestido cayera lentamente hasta mis pies mientras sus caricias eran tan suaves que apenas las sentía.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo, trazando un camino de fuego por donde pasaban; su intensidad hacía arder mi piel bajo su mirada.

Mi respiración se volvió irregular, entrecortada y pesada, y él apenas me había tocado. Su control sobre mi deseo era absoluto.

—¡Tan perfecta como una obra de arte! —sus labios se unieron a los míos, arrancándome un gemido involuntario.

Su lengua exploró cada rincón de mi boca, arrancando jadeos y haciendo que todo mi cuerpo ardiera de deseo.

—Veneraré tu cuerpo como merece esta joya —susurró.

Sus manos recorrieron cada centímetro de mi piel, su toque casi me convertía en cenizas. No podía explicar qué era diferente en ese momento, pero había algo más fuerte, más intenso e incontrolable.

Su boca descendió a mis pechos, lamiendo, chupando, instigando, empujándome al borde de la locura.

Ya no salían palabras coherentes de mi boca; solo susurraba su nombre entre los gemidos de placer.

Llevé mis dedos temblorosos a su cuerpo, necesitaba sentir su calor, pero su ropa se interponía. Desabotoné torpemente su camisa, arrancando algunos botones en el proceso.

Mis manos recorrieron su cuerpo fuerte y masculino, y escuché un sonido ronco, casi un gruñido que salía de su garganta, el sonido más sexy que había escuchado.

Su boca volvió a la mía y mis pechos se apretaron contra su torso, casi fundiéndose en uno solo.

La tina estaba llena. Él se arrancó el resto de su ropa, mostrando entre sus piernas el deseo que tenía por mí.

Mis pequeñas bragas de encaje blanco fueron arrancadas de mi cuerpo con un solo tirón brusco. Me levantó, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura y frotando su erección contra mi carne deseosa.

Me metió en la bañera y sus manos expertas comenzaron a masajear mi cuerpo con el jabón, acariciando cada centímetro lentamente.

Se sentó detrás de mí, haciendo que mi cuerpo encajara con el suyo, sus manos masajeaban mis pechos mientras besaba la longitud de mis hombros. Su mano derecha descendió lentamente hasta encontrar el centro de todo mi deseo.

Sus diestros dedos comenzaron un tortuoso masaje entre mis piernas, haciendo que todo mi cuerpo se retorciera bajo su toque.

Bloqueó mis piernas con las suyas, dejándome abierta y completamente a su merced.

—Eres maravillosa, Mel, como una droga extremadamente adictiva que ya se ha apoderado de todo mi ser —su cálido aliento en mi cuello me provocó escalofríos.

Había tantas sensaciones encontradas que no podía concentrarme en nada más que en él.

—Damián... —mi voz era una súplica—. Damián...

—Eres mía, Valentina... toda mía —su voz áspera, combinada con sus caricias, me llevó al clímax rápidamente.

Continuó el masaje hasta que mi frenesí se calmó.

Mi cuerpo se suavizó mientras trataba de controlar la respiración.

—Ni creas que esto terminó, apenas estamos comenzando.

Me sacó de la tina y me ayudó a salir, pero el deseo nos impidió hacer algo tan simple con calma.

Me llevó a la cama y me acostó en el centro. Me apoyé sobre los codos y lo miré, su cuerpo era un pecado. Caminó hacia mí como un león hambriento, separó mis rodillas y me dejó una vez más expuesta y con ganas.

Empezó a besarme desde los tobillos, subiendo lentamente, pasando a la otra pierna cuando terminaba una. Me retorcía, gemía y añoraba cada caricia. Finalmente, después de aquella larga tortura, su boca alcanzó la carne expuesta entre mis piernas; chupó, lamió y exploró con sus labios y lengua, hasta que ya no pude controlarme y grité en respuesta a su ataque.

—Estás tan lista, nada supera tu gusto.

Empujó un dedo dentro de mí y me moví descaradamente, buscando más contacto, más de su toque, más de todo eso.

—Damián... por favor... —pedí llorosa.

Quitó su boca de mí y me miró.

—¿Qué quieres, Valentina? —preguntó mientras introducía otro dedo y yo empujaba instintivamente mi cuerpo contra el suyo, levantando las caderas para buscar más contacto—. ¡Dime! —su tono autoritario me excitó aún más.

—Te quiero... te necesito... —mi voz suplicante.

Lo quería dentro de mí por completo; no podía más con tanta tensión.

Subió lentamente, depositando besos en mi estómago, mis senos y mi cuello.

—Tu deseo es una orden —dijo mientras entraba en mí de inmediato.

Grité su nombre mientras se abalanzaba sobre mi cuerpo. Todo lo que hacía me hacía arder; me seguía besando mientras nuestros cuerpos buscaban nuestra satisfacción.

Mis gemidos llenaron la habitación; sentí que no podía más. Él lo notó y aumentó la velocidad de sus embestidas.

—¡No cierres los ojos, mírame! —me ordenó.

Lo obedecí sin pensar, solo por instinto, y lo que vi en sus ojos iba más allá de lo que podría imaginar: cuidado, pasión, ternura… tantos matices de sentimientos.

Me perdí en él, llamándolo por su nombre mientras finalmente me liberaba. Su velocidad aumentó, buscando su propio placer, y llegamos al orgasmo juntos.

Presionó su frente contra la mía, respirando con dificultad al igual que yo, sus ojos se clavaron profundamente en los míos. Estábamos sin aliento, y no me soltó hasta que mi respiración se normalizó poco a poco.

—Eso fue… —no encontré palabras para describirlo, nada se acercaba a lo que habíamos hecho.

—Lo sé, lo fue —respondió con una sonrisa.

Se retiró de mí y se puso de pie, agarrando una toalla húmeda. Me limpió mientras yo era incapaz de pensar con claridad.

—¿Quieres algo? —preguntó.

Negué con la cabeza. Él asintió, se acostó a mi lado y me atrajo hacia él, besándome la frente.

Antes de dormirme, pensé en las proporciones de nuestra decisión. No quería involucrarme de esa manera, no quería entregarme tanto, darle todo… pero, ¿a quién estoy tratando de engañar? Lo amo, y darme cuenta da miedo, pero estar con él es lo mejor que me ha pasado en quién sabe cuántos años…

Besó mi frente. Puse mi cara en su cuello; sus brazos eran mi lugar seguro en el mundo. Me dejé arrullar por los latidos de su corazón y sentí que el sueño me atrapaba. Si esto fue un sueño, no quería despertar nunca más…

Capítulo 50

Damián

Desde que descubrí que era ella, no he dejado de preguntarme cómo sucedió todo esto. Pero también me siento agradecido de que, aunque de una manera algo enredada, ella haya vuelto a mi vida.

Valenestá dormida sobre mi pecho, luce exhausta, y para ser honesto, ahora que sé que fue ella quien pasó la noche conmigo mirando las estrellas, sigo recordando su forma de ser y cómo las piezas finalmente encajan.

Se acostó encima de mí aquella noche, tal como está ahora: su cabeza, un brazo y una pierna sobre mi cuerpo. Es tan inteligente, o quizás incluso más que entonces.

Ana siempre me pareció superficial, completamente distinta a la mujer sencilla y de buena conversación que conocí.

Estoy tratando de conectar los puntos. ¿Dónde encajan Gabriel y Ana en todo esto? A Valentina la vi un par de veces, pero fue después de que empezó a salir con Gabriel. Luego me fui al ejército, pero pensando bien, Gabriel nunca me quiso presentar a Valentina; quizás temía que nos reconociéramos.

(Flashback)

—Eres un manojo de nervios, ¿qué está pasando? —me preguntó Gabriel mientras yo me tiraba en su cama.— Terminarás con algún problema de salud si sigues así.

—Mi padre espera mucho de mí… somos tan iguales y a la vez tan diferentes. Quiero que esté orgulloso, pero me pregunto si seguir en el ejército es realmente para mí.

—Ya te dije que hables con él, no me escuchas. Dile que esa vida no es para ti… No quiero que nos dejes ahora, falta poco para terminar

la universidad.

Gabriel siempre me decía que le dijera a mi padre que el ejército no era para mí, pero la verdad es que a mí también me apasionaba. El problema era que tenía otros sueños.

—Voy a terminarla, pero no aquí —decía.

Gabriel no quería que me fuera porque yo era la única que realmente le importaba; su ego era demasiado grande, y eso terminó con muchas amistades.

—Hoy conocí a una chica, pero no es cualquiera. Es impresionante —dijo mientras se cambiaba en la habitación y yo miraba al techo.

Las conversaciones con él siempre giraban en torno a mujeres, fiestas y diversión.

No sé qué hace en la universidad aparte de eso.

Siempre me invitaba a fiestas con alcohol y drogas, pero desde que empecé nunca fui a ninguna.

—Aquí vamos de nuevo… ¿cuándo saliste con ella? ¿Sabías que eres muy tonto? —comenté.

Gabriel siempre se burlaba de muchas chicas. Es guapo y viene de una buena familia, por eso tiene a todas corriendo detrás de él. No es que yo no me fije en otras, pero estoy demasiado concentrado en mis estudios para prestar atención.

—Lo peor es que a esta no le importó, tal vez lo hace para llamar mi atención, diferenciándola de las demás, pero es muy hermosa, y me interesa estar con ella.

—Vaya, ¡estamos hablando de una mujer muy inteligente! Por favor, preséntamela. Pero tu interés pasará cuando ella te dé lo que quiere, como todas... No entiendo cómo puede haber alguien que te quiera —se rió—. Esto no es divertido, hombre, necesitas controlarte un poco.

—Ja ja, muy gracioso. Estoy bien así, y con esta chica solo necesito unos días para fingir interés y ya. Pero ¿y tú? Ana me ha preguntado mucho por ti. ¿Estás seguro de que no quieres algo con ella?

—Quiero, pero me voy pronto. Si antes no quería involucrarme, ahora menos —él conoce a Ana, y ella insiste en conocerme mejor, pero no tengo paciencia.

(Fin del flashback)

Debía ser de ella de quien hablaban. Valentina comentó que Gabriel había estado detrás de Ana un tiempo, pero que le molestaba y solo le dio una oportunidad tras esa noche juntos… Pero, ¿cómo supieron eso? No recuerdo haberle contado nada a nadie. Cuando desperté, Ana ya estaba allí. Valentina dijo que se fue antes del amanecer, por lo que Ana pudo haber estado en su lugar después. Pero Gabriel no encaja en eso.

Es difícil imaginar que se ayudaran mutuamente, ¿qué ganarían con eso si después se enredaron?

No sé cuánto tiempo estuve pensando, pero volví en mí cuando sentí las manos de Valentina acariciándome.

—Alguien se despertó con apetito —dijo sonriendo, y sentí cómo mi cuerpo reaccionaba a su toque.

Desde el principio me pareció extraño; ninguna mujer me había excitado así. Tal vez mi cuerpo aún recordaba el de ella, pero no me di cuenta antes.

—¿No te gusta? —bromeó.

—Me encanta, señora Castillo, pero creo que he creado un pequeño monstruo —respondí, besándola, y empezamos de nuevo.

Tras recuperarnos, la invité a dar un paseo por Santorini. El lugar es mágico, sé que le encantará.

—¿No podemos quedarnos en la habitación? —me lanzó una sonrisa llena de significado.

—Sí, podemos. Pero sé que no te perdonarías perderte esta ciudad maravillosa. Hay tanto por ver y apreciar. No quiero que te pierdas las experiencias que puedes tener.

—¿Qué haremos? Dependiendo de tu respuesta, prefiero quedarme y seguir mirando la mejor vista… tú.

—Bueno, tenemos un yate esperándonos para llevarnos a las islas volcánicas con aguas termales. Prepararon un menú completo de mariscos y pedí que subieran a bordo los mejores vinos.

—¡Rayos! Me convenciste —sonrió estirándose—. Es una pena salir de aquí, pero ese paseo parece lo máximo.

Fuimos a la ducha, la forma más segura de no repetir lo de antes y asegurar el viaje.

El hotel estaba cerca de la playa; como toda la ciudad, maravillosa. Caminamos unos veinte minutos.

La observé todo el camino, con una sonrisa de asombro ante la belleza del lugar.

No puedo creer la suerte que tuve de encontrarla de nuevo, tantos años después. El destino es curioso: cuando debe ser, no importa cuántos problemas surjan, siempre pone las cosas en su lugar.

Valencompró recuerdos horribles para decorar nuestra casa; no sé dónde pondré todo, pues el apartamento ya está repleto de sus coloridas creaciones.

Subimos al yate y, de nuevo, quedó encantada. La playa era hermosa, nos sirvieron mariscos, vino blanco perfecto, la vista inmejorable… y la mujer perfecta a mi lado.

No puedo creer que me hayan quitado esto. Sabrán quién soy y que no deben jugar conmigo. Valentina y yo habríamos estado casados años atrás. Mi corazón dio un vuelco cuando pensé que, aunque

ahora estamos juntos y casados, ella sigue conmigo por el contrato que firmamos para vengarse de Gabriel. ¿Podrá amarlo aún?

—¿Qué pasa? Estás pensativo, ¿algún problema? —preguntó y volví en mí.

—No es nada, trabajo. Pensaba en la empresa, si todo va bien.

—Haz una videoconferencia con tu padre más tarde. Seguro que él puede manejarlo.

—Tienes razón. ¿Qué te parece un baño en estas cálidas aguas? —estábamos en las islas volcánicas.

Intenté alejar los pensamientos desagradables, pero ya no era tan fácil.

El resto del día fue increíble. Valenno quería regresar al hotel, prefería quedarse en el yate, disfrutando el vaivén del mar.

—Mañana iremos a nadar. ¿Te animas? Iremos a un arrecife de coral para ver los peces de cerca.

—Esto parece un sueño —dijo.

La noche estaba estrellada. Nos acostamos bajo el cielo infinito. Deseaba que ella recordara… y que yo también recordara. Pero lo más importante ahora es que estamos juntos. Lo demás, ya lo resolveré después.

Capítulo 51

Valentina

Los días han pasado volando. Damián y yo nos divertimos muchísimo; quedé exhausta después de nuestros paseos y también tras todo el ejercicio que hicimos en la habitación y en el yate. Pasamos mucho tiempo allí, disfrutando cada instante.

—Hay un restaurante en una ciudad cercana, dicen que es de los mejores de la región, ¿lo visitamos? —Él siempre tiene ese brillo en los ojos, como si para él fuera lo mejor del mundo que yo pueda conocer y apreciar tantos lugares.

—Por supuesto que sí, pero luego quiero volver al yate, dormir allí es maravilloso… —Y realmente lo es; cada segundo a su lado lo es.

Nuestro viaje está llegando a su fin. No podemos alejarnos mucho de la empresa; Damián es un hombre de negocios, ha pospuesto reuniones importantes y lleva demasiado tiempo fuera de la empresa para alguien que nunca antes se tomó un día libre antes de que yo llegara.

—Parece que alguien se está volviendo bastante exigente —sonrió él —. Pide todo lo que quieras.

Antes de que nos quedáramos en la habitación del hotel… ¿saben cuál es la peor parte de tener a un hombre guapo y llamativo a tu lado? Que atrae demasiada atención.

El restaurante no estaba lleno, nada en la ciudad solía estarlo, especialmente los lugares a los que me llevaba.

Estábamos hablando cuando se acercó una pareja que estaba en una mesa cercana. Damián estaba a punto de decirme algo.

—Mel, hay algo que quiero decirte, no sé muy bien cómo… — empezó.

—Hola, disculpen —fue la mujer la primera en hablar—. No puedo creer que hayamos encontrado a alguien aquí de nuestro país.

Le sonreí, pero sus ojos no estaban en mí, sino en mi hermoso esposo.

—¿Podemos acompañarlos a almorzar? Así compartimos experiencias, no conocemos mucho de este lugar por nuestro pésimo sentido turístico —completó el hombre.

Damián no parecía del todo cómodo, pero asintió y ellos se sentaron.

—¿De dónde son ustedes? —A pesar del espacio en la mesa, ella se sentó justo al lado de Damián, que estaba frente a mí. Los dos se sentaron a los lados, pero ella arrastró la silla muy cerca de él.

—Qué groseros, ni nos presentamos. Yo soy Julieta, y este es mi hermano Ethan.

Ethan tenía una gran sonrisa dirigida a mí, pero yo estaba tan concentrada en su hermana que no me fijé en él.

Julieta es una mujer hermosa: rubia, alta, bronceada, parece una modelo de revista. Su hermano tampoco se queda atrás, pero en ese momento estaba tentada a no guardar mi educación con ella, que claramente estaba insinuándose a mi marido.

—Soy Valentina, y este es mi esposo Damián. Vinimos de luna de miel, nos casamos hace unos días —dije, mirando fijamente a Julieta, imaginando que tal vez se daría cuenta de que intentaba involucrarse con un hombre casado.

—Me resultas familiar, tu cara no es desconocida —mencionó Ethan, mirando a Damián.

—Ah… también recuerdo tu cara. Después de todo, no vemos a un hombre tan guapo todos los días —sonrió ella—. Espera… ¿Damián Castillo? —Obvio que ya lo sabía.

—Sí, soy yo —él parecía molesto con los dos hermanos, pero intentaba no ser grosero.

Ella conversó con Damián durante el almuerzo, mientras Ethan intentaba distraerme a mí.

—¿Entonces te casaste hace unos días? Lástima que no nos conociéramos antes, seguro la ceremonia fue hermosa —dijo con una sonrisa que no ocultaba su lástima por no haber conocido a Damián cuando estaba soltero. Se excusó y se levantó. Entendí la señal y me fui también.

—¿También viniste a retocarte el maquillaje? —me dijo a través del espejo, con una sonrisa.

—En realidad vine a hablar contigo —me miró sin aparente sorpresa —. ¿No te da vergüenza coquetear con un hombre casado?

—¿No confías en tu esposo o en lo que siente por ti? —¡Qué descarada! Debo tener algún imán para atraer personas como ella.

—Ni lo uno ni lo otro, simplemente no puedo creer que haya gente tan desesperada y baja. Solo quiero advertirte que no pierdas tu precioso tiempo, a mi esposo no le importan las mujeres vulgares como tú… —Perdió la sonrisa.—Date un poco más de valor y tal vez algún día alguien te verá como una mujer digna. —Me alejé y volví a la mesa con ella justo detrás de mí.

—Cariño, mejor nos vamos, no quiero perderme el atardecer —me dijo Damián, tendiéndole la mano a Ethan.— Fue un placer conocerte, el almuerzo corre por mi cuenta. Él me ayudó a levantarme.

—Sí, vamos, fue un placer —Julieta tenía cara de disgusto y yo me sentí aún más victoriosa.

—¿Qué harán ahora? Mi hermana y yo estamos confundidos sobre qué lugares geniales visitar.

—Bueno… es nuestra luna de miel y está llegando a su fin. Queremos aprovechar el tiempo que nos queda. Somos muy

ocupados; mi esposa está por iniciar su propia empresa y también se ocupa de la mía, y yo tengo que administrar mi negocio —informó Damián con cortesía.

Me tomó por la cintura y me guió hacia la salida.

—Vaya, qué gente tan desagradable.

—Concuerdo —respondí—. Ver a un hombre coqueteando con mi esposa no es divertido.

—¿Crees que esto no es divertido? Imagina ver a una mujer coqueteando con mi marido —él rió.

—Parece que ambos tenemos problemas con eso.

Mañana volveríamos a la vida real. Todo esto se sentía como un sueño, y no sabía si estaba lista para despertar.

Regresamos al hotel a empacar antes de partir hacia el yate.

—Ojalá pudiera quedarme un poco más, no estoy listo para compartirte con el mundo —dijo, abrazándome por detrás y aspirando mi perfume.

—A mí también me gustaría quedarme un poco más en este pequeño mundo —susurré—. No quiero reventar nuestra burbuja, pero mañana tenemos que volver. Deben estar locos sin ti allá.

—No van a faltar oportunidades para viajar y conocer el mundo, ya verás…

Volvimos al yate y, una vez más, nos acostamos bajo las estrellas. Él me miraba profundamente.

—¿Dónde está la gente? ¿Los que quedaron aquí?

—Quería que tuviéramos un rato a solas. Tener empleados aquí no es buena idea. Después de fondear, se fueron en bote —respondió con una sonrisa torcida.

—¿Así que ya tenías ese plan, señor Castillo? Muy inteligente…

Empezó a acariciar mi cuerpo. Sus manos hábiles hicieron que mi piel se incendiara de nuevo sin problema.

—¿Te he dicho que te ves hermosa cuando estás excitada? —Sus manos trazaron un camino entre mis pechos y bajaron por mi estómago hasta mi entrepierna.

—Hmmm —gemí, respondiendo a su toque.

Hicimos el amor bajo la luna y las estrellas. Damián es increíble, me lleva al cielo.

Después nos quedamos ahí, mirando el firmamento. Siempre pensé que era hermoso, pero me encantó aún más después de esa noche.

Luego empezó a señalar constelaciones.

—¿Ves esa formación? —Asentí.

Me fue diciendo los nombres de las constelaciones que se veían, una a una… y eso me trajo recuerdos, de la noche en que conocí a Gabriel.

Mientras hablaba, recordaba vagamente las palabras que escuché esa noche, hace tanto tiempo. Prácticamente dio una clase sobre estrellas, sus formaciones y significado.

—¿Desde cuándo sabes tanto de las estrellas? —Mi cabeza estaba hecha un nudo, como si hubiera regresado a esa noche.

—Desde hace muchos años —sus ojos se clavaron en los míos, parecía querer decir algo más—. ¿Qué pasa?

—No sé… siento que lo he escuchado antes. ¿Sabes cuándo tienes un déjà vu? Esa sensación de familiaridad…

Sus ojos brillaron. Parecía querer que dijera algo, pero no le conté que estaba pensando en la noche en que conocí a mi ex. Posiblemente no le gustaría.

—Lo sé. ¿Qué recuerdas? —preguntó.

—No es nada, solo un sentimiento. Sigue contándome… me gusta oírte hablar.

Reanudó sus explicaciones y, tiempo después, me quedé dormida escuchando su voz. Aún no podía quitarme la idea de que ya la había escuchado antes.

Capítulo 52

Damián

Nos despertamos temprano para regresar a casa. Valentina tenía una mirada un poco vacía, difícil disimular cuando te importa tanto alguien; cualquier pequeño cambio se nota.

—Oye, ¿está todo bien? —pregunté cuando ya no pude más.

—Estoy bien, sí, en realidad estoy bien —respondió—. El problema es que no quería volver. Ya sabes, toda esta locura, la gente… estar en un lugar donde nadie nos conoce es bueno. Sin juicios, sin que nadie intente hacernos daño.

Tenía razón: siendo anónimos —o al menos casi— el viaje fue perfecto, salvo por el último día, cuando nos molestaron un poco.

El viaje de regreso fue largo, pero también agradable. Estar de vuelta en nuestro departamento, en casa… aunque debo admitir que no tengo intención de quedarme aquí mucho tiempo. Para los dos está bien, pero ¿qué haremos cuando tengamos hijos? No hay mucho espacio para un niño…

Niños… Valentina no me ha dicho nada al respecto, pero parece querer aplazarlo. Es un tema que pienso abordar pronto, por ahora la dejo hacer a su ritmo.

Decidí que era mejor para ambos ir a la empresa al día siguiente. Llegamos a mediodía, cansados por el viaje.

A la mañana siguiente retomamos nuestra rutina. Desayunamos juntos, sonrisas, conversaciones… era bueno tenerla ahí, ahora oficialmente mi esposa.

—Muy buenos días, mis queridos, ¿cómo estuvo la luna de miel? —Iván apareció en la entrada como siempre.— Espero que se hayan divertido y que Damián esté de buen humor. —Oh, Dios mío, seguro no trae buenas noticias para mí.

—¿Algo mal? —pregunté mientras caminábamos hacia el ascensor.— No me digas que son malas noticias, realmente me gustaría dejar los líos para después.

—Es hora de volver a la realidad, querido —dijo Iván, volviéndose hacia Valentina.— ¿Y tú, cuñada? ¿Cómo estuvo todo? Estás radiante, con un color precioso, mucho más vigorizada.

—Estoy bien, el viaje fue genial. No te vi en la boda, te extrañé. ¿Qué pasó? ¿Está todo bien? —preguntó Valentina.

—Asuntos delicados, cuñada. Tuve que irme temprano. Espero no haberte ofendido… —Yo entendía sus problemas, pero Valenno sabía nada.

Cuando Iván estaba en el ejército, tenía esposa. Se enviaban cartas, pero a veces era difícil mantener contacto. Cuando volvió, tras mucho tiempo sin noticias, su esposa se había casado con otro… Tan afortunado como yo en las relaciones, desde entonces el matrimonio no es algo que disfrute.

—No te preocupes, no me ofendiste. Solo espero que todo esté bien… que hayas solucionado todo. Si necesitas ayuda, cuenta conmigo —dijo sonriendo, mientras entrábamos al ascensor.

—Bueno, ya está bien, no te preocupes. ¡Tenemos una sorpresa para ti! —Iván me miró y entendí de qué se trataba.— Damián me pidió que organizara todo durante tu viaje. Espero que les guste.

Presionó el botón del piso que despejé para Valentina. Tenemos suficiente espacio para reubicar empleados; los dos pisos que le dejé no afectarían la empresa.

—¡Bienvenida al principio de tu nueva empresa de tecnología y desarrollo! —anunció Iván.— ¡El primer paso hacia tu éxito!

Valentina abrió mucho los ojos y se tapó la boca con ambas manos.

—Esto es… —me miró con los ojos llorosos—. ¡No lo creo! — comenzó a caminar por el lugar, que ya estaba completamente equipado. Iván había hecho un gran trabajo.

Toda la decoración la cambiaría, pero cuidó mucho los detalles que recordaban a la empresa.

—Tienes que decidir el nombre. Los abogados vendrán hoy para empezar la parte aburrida de tener una empresa: abrir una firma, registro, burocracia —Iván seguía caminando, abriendo oficinas, y Valentina se quedaba más impresionada con todo lo que había.

Ella aún no lo sabe, pero soy capaz de darle el mundo si me lo pide.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—No puedo creerlo —dijo, aún emocionada—. Tiene todo lo mejor. Le dije a Iván que no importaban los costos, solo quería lo mejor. No tengo palabras para describir lo que siento…

—Oh, puedes empezar con un "¡Mi esposo es increíble!" o algo así. Lo aceptaré con gusto —se volvió hacia mí, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas. Dio unos pasos rápidos, me abrazó y sollozó.

—Muchas gracias por todo… yo… esto es… —exhaló un suspiro—. Nunca imaginé que alguien me haría algo así —acercó su rostro al mío.— Te amo…

Me quedé congelado.

Era un susurro apenas audible, pero lo escuché. La tomé de los brazos y la miré a los ojos; estaba roja y apartaba la mirada.

—¿Qué dijiste? —Mi corazón latía con tanta fuerza que dolía. Rezaba para no estar loco y que lo hubiera escuchado bien.

—Yo… es que yo… —Vi a Iván escabullirse y le agradecí la discreción.— Yo… lo siento… sé que todo esto es parte del contrato y que me tratas así gracias a eso… —miraba al suelo, sin atreverse a verme a la cara—. No quería que sucediera, pero terminé enamorándome de ti…

Tomé su barbilla y levanté su mirada hacia la mía.

Sentí que sonreía como un idiota, pero no quería saber nada más.

—Dilo otra vez… por favor —me miró como si estuviera loco.— Dime que me amas…

Ella se sonrojó; su rostro era hermoso y sentí que mi cuerpo se incendiaba con solo mirar esos ojos tan intensos.

—Te amo, Damián —habló firme y fuerte.

Ya no pude mantenerla lejos de mí. La besé con toda la pasión que sentía arder en el pecho; necesitaba demostrárselo, quería que sintiera lo mucho que me conmovía.

La llevé a la oficina que sería suya y la senté en el escritorio. No podía creer lo que acababa de oír.

Devoré su boca. Si alguna vez la había deseado, nada se comparaba con ese momento. No podía pensar con claridad, solo quería sentirla, saber que era mía.

Los sonidos que hacía me volvían loco, actuando como un animal. Necesitaba perderme en ella antes de perder la cabeza por completo. Eso fue justo lo que hice, ahí donde me dijo por primera vez que me amaba.

Si pensaba que podía tener más suerte, estaba equivocado… conocí a una mujer increíble en una noche que apenas recuerdo. Sentí algo tan fuerte que aún me pregunto cómo pudo pasar, si apenas podía pensar con los tragos en la cabeza. La perdí, nos separaron, años después la encuentro sin saber que era ella. Está tan loca como yo, acepta un contrato absurdo, nos casamos y dice que me ama. ¿Cuánta suerte puede tener alguien en la vida?

Nos entregamos ahí mismo, en la compañía que ahora era de ella. No podía esperar para llegar a casa.

—Wow… alguien estuvo bastante salvaje hoy —dijo Valentina, engreída y satisfecha.

—Me vuelves loco, Valentina, me sacas de mis casillas —presioné mi frente contra la suya.

—Creo que todo el edificio escuchó.

—No lo creo, porque todo tiene buen aislamiento acústico. Pero si escucharon, no me importa. Somos recién casados, lo estamos disfrutando… y mi esposa dijo que me ama. ¿Hay motivo mejor para estrenar oficina? —Ella sonrió y la ayudé a bajar del escritorio.

Sus piernas temblaban un poco, todavía recuperándose.

—Eres un esposo pecador y me estás desviando.

—Hace unos segundos juré llevarte al cielo, no al revés —la miré con falsa desaprobación y ella fue al baño a arreglarse.

No podría estar más feliz. Tal vez era el momento perfecto para hablar de tener un bebé también. Ella me ama, yo la amo, y nada sería más hermoso que el fruto de ese amor.

Mi celular vibró. Un mensaje de Iván decía que mi papá preguntaba por mí. Le respondí que estaba en camino. Tendríamos que hablar más tarde en casa.

Valentina salió menos desordenada, nerviosa porque su ropa y cabello, antes impecables, estaban revueltos.

—¡Quítate esa sonrisa de la cara! No puedo creer que mi suegro me vea así, qué vergüenza —dijo entrando al ascensor.

Besé su cuello.

—No hay nada de qué avergonzarse… te ves maravillosa después de…

—No termines esa frase —me interrumpió, indignada.

Reí y la miré. Nada en esta vida puede cambiar mi estado de ánimo, nada…

Capítulo 53

Valentina

Cuando Iván me dijo que allí estaría mi empresa, no podía expresarme. Estaba tan emocionada. Damián es un hombre maravilloso; el que me diera un espacio dentro de su propia empresa para que yo pudiera comenzar la mía es algo realmente hermoso. Nadie nunca había hecho nada por mí, absolutamente nada, y desde que él llegó a mi vida, me ha cuidado.

Después de haber recorrido todo el lugar, encantada con cada detalle, ya no pude ocultar lo que siento por él. Lo abracé y le dije:

—Te amo.

En ese mismo momento me quedé paralizada. Teníamos un contrato, donde una de las cláusulas decía que si "uno de nosotros se enamoraba de alguien más, podíamos divorciarnos". Él no tenía intención de gustarme ni esperaba que yo lo amara.

Para mi completa sorpresa, estaba sonriendo. No parecía irritado ni enojado, sino feliz. Y lo demostró muy bien cuando me arrastró a mi futura oficina.

—Te ves genial, deja de arreglarte tanto con tu ropa y tu cabello, así él lo notará —se burlaba.

Me miré en el espejo antes de salir de la oficina: un completo caos. Mi cabello y ropa en estado de catástrofe, y para empeorar, su padre nos estaba esperando en la oficina. Damián está completamente loco, y yo soy completamente adicta a él.

—Eso no es gracioso —le di un codazo y él sonrió.

—Me hace mucha gracia… eres dulce, y te ves hermosa con ese cabello despeinado.

Llegamos a su oficina y encontramos a su padre sentado detrás del escritorio de Damián.

—¡Oh, no podía esperar a que llegaran! Me alegro de que hayan pasado un tiempo a solas, pero ya no puedo con este lugar, hijo, ¡tienes mucha paciencia con esta gente! —mi suegro se levantó y vino hacia nosotros, le dio un abrazo a Damián y luego a mí—. Te ves hermosa, querida. Esther te extraña.

—Yo también la extraño mucho. Hoy podríamos cenar en casa, así les contamos lo lindo que fue el viaje —dije emocionada.

Estaba encantada con mis suegros; realmente me hicieron sentir parte de una familia. Damián también es muy apegado a sus padres y quiero complacerlo.

—Por supuesto que lo haré, le pasaré el mensaje, no te preocupes —se despidió y se fue.

—Bueno, tengo un día muy largo por delante. ¿Te importa si me voy ahora? Aparentemente tú también tienes mucho que hacer, no quiero molestarte —Damián me miró como si le hubiera contado un chiste.

—Nunca me molestas, pero tienes razón sobre el trabajo, hay mucho por hacer. Necesito revisar muchos documentos, contratos, mucho que firmar… —miraba una pila de papeles sobre la mesa.

Me reí de él.

—Yo también tengo mucho que hacer, señor Castillo. No sé si te acuerdas, pero ahora tengo una empresa; necesito pensar un nombre, hablar con abogados, buscar empleados… ¡Soy una mujer muy ocupada! —salí de la oficina riendo, y él se quedó con sus miles de papeles y problemas.

Bajé a donde había comenzado el proyecto en la empresa de Damián; tal vez sus empleados podrían ayudarme.

—Solo mira quién decidió aparecer —dijo Patricia cuando me vio—. Parece que no necesitas trabajar, y aún así dejas tu desorden para que nosotros nos ocupemos.

—Pensé que estabas despedida —dijo Mike con una sonrisa—. ¡Qué bueno que no fue así! Aparentemente todavía no saben que me casé con su jefe, eso es genial.

—Cuidarnos mucho de tu nuevo sistema, me parece muy bueno… va muy bien —dijo Amelía—. ¿En cuánto tiempo piensas terminar?

—Necesito que esté listo para finales del próximo mes a más tardar, así que me gustaría preguntar si me podrían ayudar con esto, ¿qué les parece? —los otros tres me miraron como si yo fuera un bicho raro; solo Mike y Amelía quisieron ayudarme.

Realmente están muy desunidos; no me gustaría tener a alguien así en mi empresa, y menos ayudándome con mi proyecto. A Amelía y a Mike me aseguraré de traerlos a mi equipo.

Damián tendrá que perdonarme, pero le robaré dos de sus empleados.

Los llevé al piso donde está mi empresa; ambos quedaron muy impactados.

—¿Esto es tuyo? ¿Lo alquilaste? —preguntó Mike—. Esto es impresionante.

—Lo malo es que no tengo a nadie por ahora, así que los necesitaré. Pero no se preocupen, puedo hablar con el jefe, no estarán desempleados, y si esto va bien —de verdad estoy muy optimista—, les daré una parte de las acciones por haberme ayudado.

Amelía abrió los ojos hasta casi sacárselos de las órbitas.

—Si tienes tanta confianza en el proyecto, yo me apunto. Y al parecer tienes el apoyo del grandullón de ahí arriba; no creo que confíe en ti si no ve buen futuro.

Luego de dejar a mis dos primeros empleados bien instalados, llegaron los abogados de los que me avisó Iván. Eran tres y me parecieron muy profesionales. Me dieron detalles de cómo debo hacer los contratos de los empleados y me enviaron unos modelos por email.

Debo admitir que no entendía muy bien lo que me decían, había tanta información que estaba completamente mareada.

—¿Cuál será el nombre de su empresa? ¿Ya sabe? —uno de ellos preguntó mientras escribían todo.

No tenía la misma habilidad de Damián para lidiar con todo esto, pero aprendería.

—Bueno, si está bien, quiero que sea Future Technology.

—Verificaremos si ya existe algo así; si no, iniciaremos todos los documentos necesarios.

Pasé horas escuchando consejos: qué hacer y qué no hacer, cuáles son las posibilidades de éxito, en cuánto tiempo debo hacer públicas mis ideas… hay tantas cosas que no sé si podré recordar la mitad, pero no quiero defraudar a Damián. ¡Lo haré lo mejor que pueda!

Tan pronto como se fueron, volví al proyecto. Llamé a mis dos nuevos amigos y empleados para explicarles cómo funcionaría todo. Traté de explicarles más o menos lo que me habían dicho los abogados; fue difícil, ya que yo misma no había entendido todo.

—Así que realmente vamos a estar en la primera línea de una empresa. Ahora es oficial —comentó Amelía—. Esto es muy emocionante. Espera a que hablemos con los demás; no querían ayudar y se van a arrepentir.

—Bueno… eso también es algo que necesito hablar... —dije—. Los abogados insistieron en que ahora no es el momento de hablar de esto en absoluto, así que me pidieron que firmemos un acuerdo de confidencialidad… no es que no confíe en ustedes, pero insistieron en que no le digamos nada a nadie.

—Ah, claro, no hay problema. No hablaremos con nadie. Los invitaste, no aceptaron porque no quisieron —respondió Mike, lo que me alivió mucho; no quería ofender a ninguno de ellos, eran los únicos amables conmigo.

—Bueno, necesito ir para arriba y decirle al gran jefe que le robé a dos de sus empleados y que no pienso devolverlos. ¿Alguien quiere ir conmigo? —me reí.

—Oh, definitivamente no, buena suerte. Tu amiga aquí eres tú —respondió Amelía sonriendo.

—Yo también paso.

Era como hacer realidad un sueño. Siempre había soñado con mi empresa, y Damián me estaba ayudando a hacerlo realidad.

Tomé el ascensor y subí. Me encontré con la secretaria de Damián, que iba a buscar café. Me dijo que estaba en una reunión con un caballero.

Me detuve cuando escuché la voz del padre de Gabriel; la puerta estaba entreabierta y no parecían tranquilos. Estaban discutiendo.

—¡No deberías haber hecho eso! ¡Esa gente odia a Valentina! —mi exsuegro le gritó a Damián.

—¿Crees que no me di cuenta? Todo lo que más quiero es mantenerla alejada de ellos, pero debes saber algo... hablas con mucha certeza, ¿por qué la odian? —la respuesta vino seguida de la pregunta, en el mismo tono.

—¡Porque Valentina no es hija de esa mujer! Porque es fruto de su primer matrimonio, esa mujer a la que llama madre no es de su sangre, y la odia tanto como ella odió a su verdadera madre.

Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. ¿No era ella mi madre? ¿De qué estaba hablando?

Entré en la habitación de inmediato; mi cuerpo temblaba, hiperventilaba.

—¿Qué dijiste? ¿Cómo sabes eso y cómo estás tan seguro? —dije entre dientes, mientras me miraban como si vieran un fantasma—. ¡Quiero una explicación ahora!

Capítulo 54

Damián

El día era un verdadero infierno. Había tantas cosas que hacer que ni siquiera tuve tiempo de tomar café; ya había pedido dos tazas y ambas terminaron enfriándose sobre mi mesa sin que diera ni un sorbo.

Era mi primer día aquí y ya extrañaba Santorini. Ojalá pudiera volver allí, estar con Valentina, solo nosotros dos. Estos días fueron mejor que cualquier retiro para mí.

Pasé varias horas leyendo documentos. En la tarde tendría una reunión del consejo; todos estaban preocupados por el tiempo que llevaba fuera, hombres conservadores...

—Wow, puedes cambiar tu estado de ánimo más rápido de lo que te cambias de ropa —entró Iván, notando de inmediato mi mal humor —. No ha pasado tanto tiempo desde que te vi y mira eso, puro odio en persona.

—Iván, ¿qué pasa ahora? —tenía razón, mi paciencia ya estaba al límite.

—Entonces, ¿cómo estuvo todo? Desde que Valentina llegó a nuestras vidas, ya no me hablas ni me haces caso... —se rió y le lancé una bolita de papel. Como siempre, se las arregla para relajarme un poco.

—He descubierto algunas cosas, no te las dije por las prisas, pero descubrí que Valentina fue la mujer con la que me dormí mirando las estrellas, y no Daniela... —se quedó quieto con la boca abierta—. Todavía no sé cómo, pero nos engañaron.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Es en serio? No puede ser, ¿cómo te enteraste? —estaba tan sorprendido como yo cuando supe.

—Le pregunté a Valentina cómo conoció a Gabriel y me describió exactamente esa noche, con casi todos los detalles que recordaba. Es imposible que hayamos conocido a otras personas de la misma manera. Pero luego dijo que Gabriel se acercó a ella después diciendo que era él… Y como sabes, yo me desperté con Daniela en mis brazos. Todavía trato de entender cómo fue todo.

—No puedo creerlo, es mucho... Pero ¿cómo? ¿Cómo despertaste con Daniela si dormiste con Valentina? ¿Cómo es eso?

—No lo sé, todavía no lo sé, pero te garantizo que lo averiguaré y que les haré pagar a los dos. No será barato.

—Que Dios tenga misericordia de aquellos que sientan su furia. ¿Y entonces? ¿Cómo puedo ayudar? —me preguntó, sentándose en el sillón—. Algo debe haber... no sé... ¿no está el campus lleno de cámaras? Puedes comprobar si recuerdas la fecha exacta...

—Tienes razón... —siempre me da buenas ideas, es como mi segundo cerebro—. La universidad podría tener justo la respuesta que necesito.

—¿Ves? Iván salva el día una vez más.

—Tú puedes...

—Sí puedo, claro que puedo. No te preocupes, intentaré conseguir la información y las imágenes que necesitas lo más rápido posible —me cortó con una sonrisa.

Realmente logra mejorar mi ánimo. ¿Cómo no había pensado en eso antes? Aunque ya estoy seguro, sé que era Valentina quien estaba conmigo, pero necesito ver, tener pruebas.

Después de hablar con Iván me sentí más aliviado, pero la reunión de la junta estaba muy próxima y sabía que terminaría estresándome de nuevo.

Como esperaba, la reunión fue un desastre. Mi matrimonio impactó negativamente en las acciones. Impresionante, ¿no? Sí, pero parece

que el soltero más codiciado de la ciudad casándose tan repentinamente ha causado un gran revuelo entre las mujeres.

—Deberías haber dado más tiempo, hasta que la gente conociera a tu prometida, la aceptara, esperar un año o tal vez dos para casarse —dijo uno de ellos, como si mi vida le perteneciera.

—O al menos casarse en secreto si tienes tanta prisa y hacerlo público más tarde —añadió otro.

—Señores, respondiendo a sus preguntas: 1) No son las personas quienes deben aceptar nada, sino mi novia, que aceptó ser mi esposa. 2) No estoy haciendo nada ilegal para tener que casarme en secreto.

—Pero sabes que esto tuvo un impacto directo en la empresa. Y tu deber es cuidar el bienestar de todo esto, no solo considerar tu voluntad y los caprichos de tu esposa.

Estuve a punto de responder, pero otro habló antes.

—Nos enteramos de los dos sectores que fueron vaciados, y que quien está allí es tu esposa. ¿De verdad crees que no sabríamos de ese despropósito?

—Mi esposa no es una mujer caprichosa. Y yo, en su lugar, tendría más cuidado con la forma en que te diriges a ella. Mi humor no es bueno y que algo le pase a la compañía de cada uno no es cosa sencilla...

—¿Es esto una amenaza?

—¡No, es una advertencia! —respiré hondo, conteniendo las ganas de lanzar a esos idiotas por la ventana del último piso—. En cuanto a los sectores reubicados, déjenme aclarar algo: cada uno de los presentes aquí tiene una participación minúscula, casi insignificante, en esta empresa. Yo soy el dueño y accionista mayoritario. Esta empresa es mía y hago con ella lo que quiero, siempre y cuando ustedes reciban sus ganancias. Deben estar contentos —tomé aire —. Pero si alguno no está satisfecho, puedo comprar sus acciones,

todas y cada una. Hace tiempo que quiero hacerlo, por cierto —todos guardaron silencio—. ¿Nadie? ¡Qué lástima!

Miré a cada uno. El único que estuvo callado todo el tiempo fue el exsuegro de ella, y él suele ser el más hablador.

—Si no quieren vender, y vinieron a hablar de algo que no es su asunto, esta reunión termina aquí. Pueden irse.

Me levanté y salí rumbo a mi oficina.

Sentí que alguien me seguía.

—¿Podemos hablar un momento?

—Si vas a quejarte de algo relacionado con la empresa, el momento para eso era en la sala, como todos los demás.

—No se trata de eso.

—Entonces sígueme, pero te advierto que no tengo todo el día. Mejor sé breve.

Entramos a mi oficina y me senté, ofreciéndole la silla frente a mí, pero él la rechazó.

—Estoy bien así.

—Vamos, di lo que quieras.

—¿Por qué le diste una parte de las acciones en otras empresas a los Andrade?

—¿Y qué tiene que ver él con eso?

—¿Por qué crees que tengo que darte explicaciones sobre lo que hago con mis acciones, que ni siquiera son de esta empresa? Tengo muchas inversiones. No perdí nada al darle esas acciones a mis suegros.

Eso fue parte de nuestro acuerdo cuando Valentina nos dejó solos para hablar aquel primer día en su casa. Un hombre inteligente. No quería dinero —que se acabaría rápido—, quería algo que le diera

ganancias a largo plazo. Tengo tantas inversiones que ni siquiera recuerdo la mayoría. No las necesito.

Lo vi ponerse rojo, probablemente su presión arterial subiendo. Tiene ese problema desde hace tiempo. Gabriel siempre ha cuidado la salud de su padre.

—Mejor pido café y agua para que me cuentes tu queja —dije. No quería que nadie muriera en mi oficina, no porque me importara su salud.

—¡Yo no quiero nada!

—Pero yo sí.

Llamé a mi secretaria y le pedí que trajera agua para él y dos cafés. Tal vez esta vez yo consiga beberlos.

—¡La compraste como si fuera un objeto! —estaba furioso.

—¡No! Encontré una manera de sacarla de ese lugar.

—¡No deberías haber hecho eso! ¡Esa gente odia a Valentina!

—¿Y cuál es el punto de dejarla allí?

—¿Crees que no me di cuenta? Todo lo que más quiero es mantenerla alejada de ellos, pero debes saber algo... hablas como si supieras por qué. ¿Por qué la odian?

Había más ahí. Él sabía algo más. No era posible que, después de todo, le siguiera importando tanto. Ella solo es la ex de su hijo, ¿qué sentido tiene que siga preocupándose?

—¡Porque Valentina no es hija de esa mujer! Es fruto de su primer matrimonio. Esa mujer a la que llama madre no es de su sangre y la odia tanto como ella odió a su verdadera madre.

Eso... cielos... ¿por qué tuve que preguntar? ¿Cómo puedo decirle u ocultarle esto?

Fue entonces cuando todo empeoró. Valentina entró a mi oficina como un huracán. Sus manos temblaban, sus ojos estaban llorosos y

enojados.

—¿Qué fue lo que dijo? ¿Cómo sabes eso y cómo estás tan seguro? —estaba muy nerviosa—. ¡Quiero una explicación ahora!

Capítulo 55

Valentina

Los estaba mirando a los dos, pero ninguno me decía nada, solo me observaban en silencio.

—¿Qué pasó? ¿Perdieron el don de la palabra? —exigí—. Dije que quiero una explicación.

Damián fue el primero en romper el silencio.

—Estoy tan sorprendida como tú, Mel, pero necesito que te calmes. Así de nerviosa podrías terminar enfermándote —se acercó con cautela, como si se aproximara a una bomba a punto de estallar.

—Señor Novais, por favor… necesito que me explique, ¿de qué está hablando? —él me miró con pena.

—Valentina, querida, no quería que escuchases esto...

—Pero lo escuché, y necesito saber.

—Le prometí a tu madre que te cuidaría, pero fallé... terminé dejando que mi propio hijo te lastimara.

—Solo dígame, por favor… esto no tiene nada que ver con su hijo, solo quiero saber lo que sabe —las lágrimas empezaban a brotar, ya no podía contenerlas. Si esto era cierto, toda mi vida había estado basada en una mentira.

Sus ojos reflejaban un profundo dolor.

—Siéntate, por favor. La historia es larga y necesito que te tranquilices.

Me senté en el sofá, con Damián a mi lado sosteniendo mi mano.

—Tu madre se llamaba Aurora Andrade. Era la mujer más dulce y fuerte que he conocido. Nunca supe cómo lograba ser casi perfecta...

—Espera... ¿era? ¿Entonces ella no está viva? —El golpe fue duro. Enterarme de que mi madre biológica había muerto y que la mujer que me crió no era mi verdadera madre, no era fácil de asimilar.

—Lamentablemente sí, Valentina... eres exactamente como ella. Ella estaría muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido —sonrió levemente, pero había algo más en sus ojos—. Tu madre era honesta y trabajadora. Nunca le importó tener un esposo o dinero. Yo fui su mejor amigo desde pequeño, tenía muchos sueños, pero terminó conociendo al hombre equivocado.

—¿Mi padre?

—Exactamente. Tu madre no tenía familia, creció en un orfanato cerca de mi casa. Nos conocimos en la escuela... mis padres nunca me permitieron tener una relación con ella, decían que no estaba a mi altura. Así que tuve que conformarme con ser su amigo y nunca decirle cómo me sentía realmente —parecía triste—. Cuando creció se volvió una mujer hermosa, llamó la atención de muchos hombres y, como no tenía a nadie que le enseñara cómo funcionaba el mundo, tu padre se enamoró de ella y empezó a cortejarla. Hizo todo para conquistarla y yo no pude hacer nada.

—Mel... podría estar mintiendo —intervino Damián, preocupado por mí, podía verlo en sus ojos. Conocía bien esa mirada.

Presioné su mano para calmarlo. Necesitaba saber toda la verdad.

—¡Yo no mentiría! No tendría ninguna razón para hacerlo. ¿Quieres que siga?

—Sí... continúa, por favor —intentaba contener las lágrimas, era difícil.

—Tu padre la conquistó, era bueno en eso. Sin un rival a la altura, fue fácil para él. Le pidió que se casara con él y ella aceptó. Poco tiempo después, se casaron y ella quedó embarazada de ti. Pero, como era de esperarse, él no se convirtió en un buen esposo. No abandonó su vida de desenfreno, la traicionó. Durante el embarazo ella estuvo frágil, su salud se deterioró por las discusiones con tu

padre, pero la noche en que naciste fue la gota que colmó el vaso... —su voz sonaba ahogada, como si intentara contenerse—. Tenía poco más de siete meses de embarazo y pilló a tu padre en la cama con la mujer a la que ahora llamas madre. Fue la puñalada que no podía esperar.

Sentí un dolor agudo en el pecho; el aire me dolía al entrar en mis pulmones.

—¿Esto... es cierto?

Mis ojos ardían y mi corazón latía tan rápido que dolía.

—Sí, querida, esa es la cruel verdad —continuó—. Después de lo que vio, se enfermó, pero tu padre no la ayudó. Ella vino a mi casa, muy enferma, y la llevé al hospital. Murió durante el parto. No pudo resistir, estaba muy frágil. Yo estuve con ella, sostuve a tu madre mientras nacías. Antes de irse, me pidió que te cuidara, y eso hice. Aunque sea desde lejos.

No podía creerlo. Mi madre murió en mi parto y la mujer que me crió con tanto odio, que nunca mostró afecto, fue la misma que contribuyó a la muerte de mi madre.

Ahora entendía por qué nunca me sentí en casa, por qué nunca sentí que era realmente hija. Mi madre hacía todo por Renata porque era su única hija; yo solo era la hija de la otra, la primera que ella "cuidó", tal vez para aliviar su culpa por haber prácticamente matado a mi madre.

—Lo siento, mi hijo fue un idiota y estoy seguro de que se arrepiente de haberte dejado ir por quedarse con esa serpiente de su hermana...

—¡Creo que no deberías entrar en ese tema! Valentina es una mujer casada ahora, ¡y no hay razón para hablar de su ex novio!

—Solo quiero que sepas que yo no quería que fuera así. Quería cumplir la promesa que le hice a Aurora. Cuando le concedí la beca, fue para unir a mi hijo con ella...

—¿La concedió?

—Sí. Siempre he donado a la universidad. Las mentes capaces escasean, y tú eras prometedora. Seguía todo desde lejos, incluso fui yo quien le habló a Gabriel sobre ti. Lástima que mi hijo no fuera tan inteligente y se dejara llevar por una baratija.

—¿Por qué nunca me dijeron nada? ¿Por qué me dejaron crecer creyendo que no era suficiente, que no valía nada? Ni siquiera merecía su amor... yo... yo no sabía nada.

—Tu madre conquistó a tu padre, y eso bastó para que tu madrastra te odiara. Ella estaba enamorada de tu padre y siguió intentando, incluso después de que él se casó. Lo intentó hasta que lo consiguió, y tú te convertiste en el recuerdo constante de su madre, ya que eres su clon —suspiró—. Intenté adoptarte. Ella aceptó, pero tu padre me odiaba; prefería verte sufrir a manos de esa mujer que dejar que te criara. Eso me lo dijo él mismo. Le prohibió a tu madre que me viera después de casarse, pero todavía la veía a escondidas, solo para asegurarse de que estuvieras bien... Parte de esto es mi culpa. Lo hubiera evitado si hubiera actuado como un hombre y luchado por ella.

—Tengo que hablar con ellos —me levanté para ir a la casa de mi padre, pero Damián me detuvo del brazo.

—No puedes ir así, necesitas calmarte, reflexionar y...

—¿Reflexionar sobre qué? Todo encaja: por eso nunca me trataron como a Renata, por eso siempre fue la favorita...

—Pero así solo sentirás más dolor. Necesitas calmarte, estar fuerte. Así no podrán hacerte más daño.

—Tiene razón, Valentina. Puede que no me lleve bien con tu marido, pero dice algo sensato. Necesitas la mente en calma para acudir a tus padres y saber qué vas a decir y cómo.

Salomón siempre me quiso y cuidó muy bien, no puedo negarlo. Siempre hablábamos de muchas cosas. Él fue un buen hombre,

excepto cuando aceptó que Renata y Gabriel se casaran solo para evitar un escándalo.

—Mel, escúchame, sé que estás dolida y ahora duele, pero tratar de resolver las cosas con la cabeza caliente nunca es buena idea. Piensa, reflexiona, respira hondo. Ellos no merecen que estés así.

—Me privaron del amor, Damián. Me quitaron el derecho a ser amada por mi madre, a ser amada como una hija. Me trataron como a una extraña, una criatura no deseada todos estos años. Tú mismo lo viste... ¿cómo quieres que me quede tranquila? —las lágrimas brotaron, pero no de tristeza, sino de ira. Ira era lo que corría por mis venas.

Estaba acostumbrada a ser ignorada. Eso estaba bien para mí, ya no me importaba. Pero mintieron, me engañaron, me hicieron creer que el problema era yo, cuando ellos dos eran los verdaderos villanos de mi historia.

Damián me abrazó.

—Vayámonos a casa. No quiero que te quedes así, y sé que si te vas ahora, te arrepentirás.

—Hazle caso a tu marido. Dice algo sensato. Ya te dejo, pero si quieres aclarar dudas, búscame —se fue, dejándome con mi dolor y mucho en qué pensar.

Capítulo 56

Valentina

Damián me llevó a casa. Realmente no me sentía bien. Todo comenzaba a tener sentido, pero todavía me costaba creerlo.

No creo que Salomón me mienta, no tendría por qué hacerlo. Pero, ¿por qué me ocultó la verdad durante tantos años? ¿Por qué nunca me contó nada?

Mi cabeza daba vueltas. Me sentía dolorida, cansada, engañada...

—Debo decirles a Mike y Amelia que no volveré —murmuré.

—No te preocupes, pediré a alguien que se lo comunique. Necesitas descansar —Damián estaba tan preocupado, tan atento. Tenía suerte de tenerlo a mi lado; sin él no sabía qué sería de mí.

Llegamos a casa y yo era solo un manojo de emociones. ¿Cómo no iba a ser así? Resulta que mis padres y mi hermana no eran quienes yo creía, y todo encajaba perfectamente. Esta verdad era como una bofetada en la cara.

—Sabes, recuerdo una vez... Mi hermana quería una casa de muñecas, ni siquiera era una fecha especial, ni cumpleaños, nada. Éramos niñas, y mi padre aún no tenía estabilidad... —Los recuerdos me asaltaban uno tras otro, y dolían como si los viviera otra vez—. Mis padres encontraron la forma y compraron la casa de muñecas más hermosa que había en ese momento. Renata estaba feliz, incluso tuvo una muñeca nueva que cabía dentro. Yo solo quería jugar, pero me prohibieron tocar la casa. Cerraban con llave la puerta de su dormitorio cuando ella salía, y solo la abrían cuando ella quería entrar... —Me miró con pena—. No era por eso que quería hablar, no quería su lástima, solo necesitaba desahogarme.

—No puedo imaginar lo terrible que eso debió ser para ti, solo eras una niña que solo quería el cariño de sus padres —me acarició la mejilla.

—No quiero que sientas pena por mí, estoy bien. Pero, ¿por qué me trataron tan diferente? Ni siquiera sabía nada, ni siquiera que era hija de otra mujer. El mes después de la casa de muñecas era mi cumpleaños. Solo quería una muñeca... Sabía que mi padre ya había gastado mucho en el regalo de mi hermana, así que no pedí nada que sobrepasara lo que él podía darme. Pero se olvidaron de mi cumpleaños cuando llegó la fecha. Esperé hasta el último momento, pero ni siquiera recibí una felicitación. Nunca esperaba más, y la fecha terminó cayendo en el olvido... Para ella eran fiestas enormes, y para mí, solo yo sabía el día... —Me reí sin ganas—. Fingí que no me importaba, que todo estaba bien... soy una idiota.

Damián me abrazó. Pensé que nada más relacionado con mi familia podría dolerme tanto, pero siempre logran sorprenderme.

Mis padres lograban ser cada vez más bajos, siempre haciéndome sentir peor. No fue suficiente con lo que me hicieron, sino que me ocultaron quién soy en realidad. ¡Me negaron saber de mi madre!

—Ellos no merecen tus lágrimas, no merecen que llores por ellos... —Damián besó repetidamente la parte superior de mi cabeza.

—No lloro por ellos, ni por lo que me hicieron. Eso es pasado. Pero me hubiera gustado conocer a mi madre o al menos saber la verdad. Si me hubieran hablado de ella, contado cómo era, tal vez no me hubiera sentido tan sola todos estos años. Sabría que estuvo conmigo siempre, sentiría su presencia al saber que existió y que me amó... —Eso no me lo debían quitar. No me debieron negar saber que alguien me amaba, que alguien dio su vida por mí y me amó hasta ese punto.

—Yo entiendo...

—No, no lo entiendes. Tus padres son maravillosos, tienes una familia hermosa que te ama: una madre amorosa y amable, un padre bueno... No puedes, simplemente no puedes entender —no era su culpa, solo quería ayudarme—. No quiero ser grosera, es solo que...

—Tienes razón, no puedo entender este dolor sin haberlo vivido, pero estaré aquí hasta que te sientas mejor. Soy tu familia y no te haré daño.

Me sentí segura en sus brazos. Damián era mi refugio, el barco que evitaba que me hundiera.

—Quiero que paguen, Damián. Quiero que paguen por todo lo que nos hicieron a mí y a mi madre...

—Obtendrás lo que quieres... Haré lo que me pidas mientras te haga feliz.

Pero eso no tiene nada que ver con la felicidad.

Escuchamos el timbre y Damián se levantó a ver quién era.

—Son mis padres, se me había olvidado que los invitaste a cenar. —¡Maldición! —Si quieres puedo pedir que vengan otro día, seguro que no les importará. —Negué con la cabeza.

—Diles que estoy en la ducha y vuelvo enseguida. Me recompongo y preparo nuestra cena, no te preocupes, volveré mejor.

—Eso no es lo que me preocupa, Valentina. Se trata de ti, de cómo estás realmente, no solo de cómo pareces.

—Estaré bien, diles que vuelvo enseguida —me levanté y fui al baño. Necesitaba una ducha para relajarme.

Damián

—Mamá, papá, me alegro de que hayan llegado —dije, tratando de ocultar cómo estaba en realidad.

Estaba enojado, perdido, sin saber cómo actuar para hacer sentir mejor a mi esposa.

—No pareces muy feliz de vernos —comentó mi madre—. ¿Algo anda mal? ¿Dónde está Valentina? —Su preocupación por Valenera sincera y conmovedora.

—Está en el baño. Necesita un momento para ella.

Les expliqué brevemente lo que había pasado. Mi padre escuchaba sin mostrar emoción, mientras mi madre ya estaba llorando.

—No sé si Valentina quería que lo supieran, necesito que la traten tan bien como siempre y finjan que no saben nada. No quiero que se moleste más.

Asintieron ambos. Mis padres son comprensivos, siempre lo han sido. No tengo queja alguna, y lo último que quiero ahora es que Valense sienta peor.

—¿Qué tipo de personas son? ¿Cómo pudieron lastimar a una chica tan dulce como Valentina? Tenemos que agradecer que no se haya vuelto amargada y cruel después de todo lo que ha pasado. Ha mantenido su corazón puro... No sé cómo pueden llamarse padres.

—No le mencionen nada, por favor. Solo tratemos de darle la mayor comodidad posible, sin ser demasiado evidentes. No sé si será posible, pero intentémoslo.

Valentina no tardó en volver. Tenía la cara limpia y una sonrisa que sabía falsa. Quería verse bien, no quería dar pistas a mis padres sobre su estado emocional. Me sorprendía lo fuerte que podía ser cuando quería.

Cenamos juntos mientras mis padres conversaban alegremente sobre la empresa, intentando sacar temas ligeros y aleatorios. Pero tengo una mujer muy perceptiva e inteligente a mi lado; me lanzó algunas miradas de "Sé lo que está pasando aquí". No me importaba. Aunque no me atrevía a admitirlo o detenerlos, en muchos momentos la vi realmente riendo de las locuras de mi madre.

Valentina preparó una cena digna de un restaurante cinco estrellas. Tiene una mano maravillosa en la cocina. Traté de ayudar lo mejor que pude, aunque ella me tiró de la oreja un par de veces.

Podía sentir la tristeza en sus ojos, pero ella la disimulaba muy bien. Solo quienes la conocen podrían notarlo. La presencia de mis padres la hacía sentirse más liviana. Pensé que pasaría lo contrario, que estaría triste, pues su propia familia es la que más la hace sufrir. Pero estaba bien, incluso parecía feliz.

—Mel, nos vamos. Sé que te levantarás temprano mañana y quiero que descanses bien. No queremos molestarte. La cena fue maravillosa, has hecho milagros en la vida de nuestra familia y nunca sabré cómo agradecértelo —mi madre le dio un fuerte abrazo, sus ojos brillaban con lágrimas—. Dime si necesitas algo, lo que sea, no dudes en buscarme. Sabes que te amamos.

Mi padre no es tan bueno como mi madre, pero también le dio un abrazo. Me pareció incluso impresionante.

—No necesitaban hacer esto... —me dijo cuando se fueron—. No necesitaban hablar tanto para distraerme. Estoy bien, lo digo en serio.

—Cariño, no lo hicieron porque yo lo pidiera, lo hicieron porque te aman y quieren verte bien. Yo no tuve nada que ver. Fuiste tú quien los conquistó, y ahora tienes que aguantar sus preocupaciones exageradas —me sonrió con ternura—. Vamos, quiero darte un baño.

—Pero ya he tomado...

—Pero quiero darte otro, darte un masaje, una caricia... satisfacción garantizada, no te arrepentirás.

Ella asintió con ojos tristes. Lo único que yo deseaba en ese momento era que fuera feliz.

Capítulo 57

Daniela

No podía creer lo que me hicieron en esa boda. No podía creer que Damián me tratara así, ni que permitiera que esa perra me golpeara. Se arrepentirán. Los dos me pagarán caro toda esta humillación.

Como si eso no fuera suficiente, todavía tengo que aguantar a ese bastardo colmando mi paciencia.

—¡Eres una inútil! ¿Cómo pudiste ser tan idiota? Perdiste una oportunidad de oro y ahora los dos están casados. ¿Cómo planeas hacer algo ahora?

—No te preocupes, lo arreglaré, pero debes tener un poco más de paciencia. Las cosas no salieron como yo quería... hubo imprevistos, y ese fue uno. —Solo un percance, pero no hay matrimonio que no se pueda deshacer.

—Fuiste estúpida en el pasado y ahora no es diferente. Siempre cometes errores y me decepcionas... ¡Espero que no vuelvas a fallar! —Es lo único que sabe decir sobre mí... que soy estúpida, una perdedora... me pone de los nervios.

Pero tenía razón: sí fui estúpida en el pasado. Pero ya no lo soy. Damián no es un trofeo; yo lo amo, lo quiero cerca. Pero yo nunca le importé, no hasta esa mañana...

—Daniela, tienes belleza. Úsala a tu favor. Al menos muéstrate inteligente en algo, haz que la esposa desconfíe de él... usa a la hermana y a su esposo para hacerle creer que todavía ama a su ex. Sé lista...

—Renata me dijo que aún amaba a Gabriel y que solo estaba con Damián para vengarse. Tal vez todavía le gusta. Después de todo, la traicionaron y los atrapó juntos el día de su boda... toda una familia muy particular. —Le sonreí.

—Entonces haz algo para que Damián crea que está siendo traicionado. Es sensible a eso, según recuerdo.

—Sí... —Gracias a mí. —Y siendo Gabriel, debe tener aún más miedo. Puede ser más fácil.

Necesito salir a caminar y despejar la mente, pensar qué hacer... Se está impacientando, y yo también estoy asustada. Sé que Renata no me mintió. Investigando un poco, descubrí que Valentina y Gabriel estaban juntos antes de que ella se comprometiera con Damián. Eso es obvio. Pero por lo que he visto cuando están juntos, ya tienen algún vínculo, algo entre ellos, y necesito romperlo antes de intentar separarlos.

Renata me pidió que nos reuniéramos hoy. Hablando del diablo, no tengo paciencia con esa chica. Después del desastre en la ceremonia, me mantuve alejada de todos, esperando que Damián regresara.

—¡Necesitamos encontrarnos! —me llamó con ese tono de mando que tanto odio—. Parece que me has estado ocultando cosas, Daniela, y eso no es justo... —¿Ocultar qué? ¿Qué pasa ahora?

—No sé de qué hablas, pero si insistes, nos aseguraremos de resolver lo que te molesta. —Es una chica insufrible.

Unas horas después, estaba con ella en un restaurante.

—¿Conocías a mi esposo antes de que nos conociéramos? —Ah, ya entendía por qué tanta payasada.

—Bueno, ¿es eso relevante para traerme aquí? —Ella me miró seria —. Ok, sí, conozco a Gabriel de otra época de mi vida, pero no es obstáculo para mí. ¡Gabriel no me interesa! Estoy a punto de recuperar a Damián, el hombre que amo.

—Espero que no me estés engañando...

—Espera... —algo no encajaba—. ¿Quién te lo contó?

—Valentina, en la boda. Después de casarse, antes de irse de luna de miel, se aseguró de decirme que tuviera cuidado con quién ponía cerca a mi esposo, porque ustedes fueron amantes. —¿Amantes?

—¿Qué palabras exactas usó?

—Esas, que fueron amantes y tal vez quieren recordar viejos tiempos. —Entonces Valentina sabe que engañé a Damián con Gabriel. ¿Se lo dijo? ¿Por qué lo haría?

Algo está fuera de lugar. Damián no le contaría eso a ella si no existiera algún vínculo entre ellos. Él es cerrado y no confía en mucha gente. Si confía en ella, algo pasa.

—¿Qué más dijo? ¿Qué más sabes? Necesito que me cuentes todo... —La miré serio. Tal vez no me queda mucho tiempo, necesito separar a esos dos, provocar un desacuerdo, algo debe pasar...

Renata tiene que servirme para algo más, tiene que ser útil...

—¿Renata? ¿Qué haces aquí? —Gabriel apareció de repente, acompañado por su padre. Ambos la miraban, pero su suegro con una mirada que parecía preferir ver al diablo antes que a su nuera.

—¿Haciendo qué? Haciendo lo único que sabe: gastar dinero que no trabaja, el dinero de nuestra familia. —Confirmado, al suegro no le cae nada bien—. ¡Tu esposa no sabe hacer otra cosa en la vida que satisfacer sus propios caprichos! —Esto es muy bueno. Me obligo a contener la risa.

—Padre, por favor... —Gabriel se volvió hacia su esposa—. Estoy esperando una respuesta, Renata... no tenemos todo el día.

—Vine a almorzar. Me sentía mal, mi presión arterial parecía baja, pensé que era por hambre. —Sus manos temblaban ligeramente, tartamudeaba... ¿por qué alguien actuaría así con su propio esposo?

—Pero ahora es la hora de tu cita con el ginecólogo, ¿no deberías estar en el médico? —Parecía nerviosa—. Necesitas saber cómo está nuestro hijo, Renata. No pareces en los meses de embarazo que tienes, algo podría estar mal y necesitas cuidado.

—Sí, pero lo programé para mañana. No es de extrañar que mi embarazo no vaya bien; estoy nerviosa todo el día, cargada y nunca tienes tiempo para mí... han pasado muchas cosas, tú también tienes culpa de molestarme... pero, ¿y tú? ¿Saliste a almorzar?

—Tenemos una reunión. Vamos al salón privado. Que tengan buen almuerzo, nos tenemos que ir. Vamos, papá. —Se volvió hacia ella antes de irse—. Hablamos en casa.

Renata estaba pálida. Algo no me olía bien...

—Entonces... ¿estás tratando de ocultar que tu embarazo no es real? ¿Pensaste que sería fácil quedar embarazada más tarde? —Abrí una sonrisa sarcástica al verla furiosa. ¡Bingo!

—¿De qué hablas? Yo...

—No tienes que mentirme. Se nota tu desesperación y falta de argumentos. Pronto se dará cuenta. Los hombres son lentos para esas cosas, pero no puedes llegar al noveno mes sin síntomas ni vientre.

Se estaba hiperventilando...

—¿Qué vas a hacer? ¿Delatarme?

—¿Yo? No... para nada. Digamos que tengo un plan, y serás de gran ayuda con este embarazo...

Mi cabeza ya trabajaba a mil por hora. Ella sería una gran ventaja usando a este bebé que no existe.

—¿Qué piensas hacer? —Tenía cara de pajarito en grama.

—Lo sabrás, pero primero necesito que todo esté listo. Necesitamos estar sincronizadas. ¿Cómo ocultas tu periodo? ¿Tu esposo es realmente tan desapegado?

—Digo que no estoy bien, que tengo un problema, y como mi embarazo es de alto riesgo, según mi ginecólogo, evita tocarme cuando le digo que no me siento bien. Precisamente por eso fue difícil quedar embarazada. Me evita por temor a que pierda al

bebé... Esto ha sido un gran inconveniente. —Se reclinó frustrada—. Gabriel es muy bueno conmigo, pero a veces demasiado bueno. —O simplemente no la ama y se obligó a casarse con ella por las circunstancias...

No necesito decírselo, pero Gabriel está muy triste por dejar a Valentina, y eso podría jugar a mi favor.

Mi aliada no necesita saber todo, solo lo que puede usar.

—Escúchame bien. A Damián le encantan los niños, los bebés. Por eso no puede gustarle una asesina, capaz de matar al hijo de su propia hermana...

—¿Qué? —Tengo que dibujar todo para esta tonta.

—Vamos a tenderle una trampa a tu hermana. Hagámosle creer a Damián que ella te hizo perder el bebé. Así resolveremos tu problema y el mío también. —Sus ojos brillaron de comprensión.

—¿Cómo no lo había pensado antes? Esto es perfecto. Gabriel y Damián la odiarán para siempre. Así podré conseguir al bebé sin más problemas.

—Exacto. Entonces dime, ¿dónde y cuándo puedes ver a tu hermana? ¿Y qué día te viene la regla? Esto es esencial...

Capítulo 58

Gabriel

Mi padre me invitó a almorzar con él. Tenía algo importante que quería contarme, algo privado y serio.

Volví a ver a Renata con Daniela juntas, y no me gustó nada. Daniela no es ninguna flor para oler, y este acercamiento me parecía peligroso.

Mi padre estaba más nervioso que de costumbre, agitado y con un aspecto cansado que rara vez mostraba.

—Dime, papá, ¿qué pasa? ¿Qué puede ser tan importante como para que pienses en dejar la empresa?

—¡Valentina! —Una vez más ella, mi padre no se rinde, aunque ahora esté casada y yo también...

—Papá, Valentina y yo tuvimos nuestra oportunidad. Ella se casó, aunque no creo que ame a Damián. Yo también estoy casado, y no hay mucho que pueda hacer.

—No es de tu estupidez de lo que quiero hablar.

La historia que me contó sobre ella fue desgarradora, y la forma en que se enteró debió destrozarla, pero ¿qué podía hacer?

—Valentina tomó sus decisiones, y yo cometí mis errores, y los estoy pagando. No hay nada que hacer, papá. La vida debe continuar, y tengo un bebé que cuidar.

—¿Qué bebé? Hasta ahora no he visto ninguna señal de embarazo en tu esposa. ¿Es posible que estés tan ciego, hijo mío? ¿No hay una pizca de inteligencia en esa cabeza hueca que tienes? ¡Esta mujer no está embarazada! Solo te manipula.

—Ella no haría eso. Me mostró todos los exámenes. Su embarazo es de riesgo, y por eso todavía no parece embarazada. No sería la

primera ni la última que no se ve embarazada en los primeros meses.

Al salir, Renata ya no estaba. Debería haber regresado. Mi padre decidió irse a casa porque no se sentía bien. Yo tenía que volver a la empresa. Mi hermana no quiere saber nada de los negocios, así que todo quedó en mis manos.

Antes de salir, Daniela me llamó. Estaba en la barra tomando algo.

—¿Qué quieres? —No tenía paciencia. Ella y Renata me sacan por completo de mi zona de paz. Además, enterarme de todo lo que pasó con los padres de Valentina me puso de mal humor.

—Ah, así no se le habla a una amiga. Pensé que tenías más educación... Tu padre es una persona increíble, mientras que tú... —Sonrió burlona—. Quiero tu ayuda una vez más.

—¿Otra vez? —respondí incrédulo.

—Te garantizo que tú serás el que salga ganando... ¿Quieres recuperar a tu preciosa Valentina? —¿De qué demonios habla?

—Estoy casado, Daniela, con su hermana. No hay más juegos, no necesito tu ayuda.

—Ah, pero en el pasado fui útil... Si no hubiera visto a Valentina salir corriendo de ese césped y dejar solo a Damián, nunca te hubieras quedado con ella... Aun así, lograste perderla, y todo por culpa de una mentirosa. —Sus cejas se levantaron con desafío.

—¿De qué mentira hablas?

En el pasado, si no fuera por Daniela, nunca me habría acercado a Valentina. Ella era la única mujer en toda la universidad que ni siquiera me miraba.

Recuerdo bien cómo sucedieron las cosas: Daniela me llamó diciendo que había visto a Valentina dejar a Damián durmiendo, y que se arriesgaría a quedarse ahí esperando a que él despertara,

porque sería la única forma de acercarse a él. Le dijo que la chica con la que durmió lo había dejado solo.

•••Escena retrospectiva•••

—Entonces, señorita Valentina, ¿cree que es agradable dormir en el césped con alguien y luego dejarlo? —Sus ojos se agrandaron, casi se le salían.

—¿Fuiste tú? Quiero decir... ¿fuiste tú con quien pasé la noche? ¡Maldición! —Parecía desilusionada y no recordaba que no era yo. Ahí decidí aprovechar la situación—. Mira, olvidemos todo eso. Yo estaba muy borracha y tú también... realmente no pasó nada... — Ella me dio todo lo que necesitaba sin darse cuenta.

—Es difícil de olvidar. Podemos intentar conocernos mejor, ¿qué te parece? —Me regaló una pequeña sonrisa, y ahí empecé a conquistarla. Era un reto y me gustaba. Solo que no esperaba enamorarme en el proceso.

•••Fin de la escena retrospectiva•••

—Daniela, éramos jóvenes. Estas cosas quedaron en el pasado. No estuvo bien y terminé perdiendo a mi amigo por tu culpa. —Ella estaba molesta porque Damián se iba, y terminó queriendo quedarse conmigo. Como Valentina y yo todavía no teníamos nada, acepté para satisfacer mis necesidades.

—Bueno... si no tienes interés en recuperar a tu preciosa y quieres mantener la mentira, quédate. No me importa, pero te vas a arrepentir.

—¿Qué mentira? ¿Y cómo recuperaría a Valentina?

—Ah... entonces te interesa.

Daniela empezó a contarme todo su plan con Renata: el embarazo falso, lo que harían con Valentina, cómo dirían que Renata perdió al bebé después de una discusión con su hermana, y que Valentina tendría la sangre del supuesto bebé en sus manos.

—¿Pero los exámenes? ¿Las consultas? Ella... —Ese golpe fue difícil de tragar. Mi padre tenía razón cuando dijo que no confiara en el embarazo de Renata.

—Su médico es falso... le pagan por falsificar todo... una buena cantidad. Solo llévala a un médico que no sea el de ella y sabrás la verdad. No hay bebé. Ella te engañó, pero Damián no necesita saberlo. Siendo soltero puedes intentar recuperar a tu amada, y los dos volveremos a ganar. —Sentí que me faltaba el aire. Perdí a Valentina y me casé con Renata por una mentira.— Oh, no pongas esa cara. Estoy empezando a sentir pena por ti... Piénsalo, puedes divorciarte...

—La mataré. —Ella me tomó del brazo.

—¡No! Mejor harás todo como te diga. No nos apresuremos, no queremos que las cosas salgan mal. Tenemos que estar sincronizados.

¿Cómo se suponía que iba a mirar a Renata después de esto? ¿Cómo tragarme toda esa historia sin explotar?

—Es imposible. No podré contenerme. ¿Entiendes que mi vida ha cambiado por completo gracias a ella? —Solo lo tomé por el bebé, y ahora descubro que ni siquiera existe.

—Pero si quieres tener la oportunidad de recuperar a Valentina, tienes que esperar. Tienes que dejar que Renata haga que Valentina parezca culpable. Entonces Damián se enfadará, y a Renata la sacarás de tu camino. Tú estarás al lado de Valentina, y yo al lado de Damián...

—Explícame cómo vamos a hacer. Me apunto. —Quería llegar a casa y correr a Renata de inmediato, pero si existía la posibilidad de que Valentina rompiera con Damián y yo pudiera estar con ella, valía la pena esperar.

Daniela me dijo que tendría que esperar al próximo período de Renata, para que la sangre pareciera un aborto espontáneo. Cuando

yo la llevara a otro médico, éste me confirmaría que solo era sangre del periodo y no un aborto.

Si pudiera retroceder en el tiempo, nunca habría hecho algo así. Renata es una cazafortunas, siempre lo fue, y yo fui el único que no se dio cuenta. Me quedé a su lado por nuestro hijo, pero cometí un gran error. Valentina no merecía nada de eso, y posiblemente todavía no me haya olvidado. Eso podría hacer que el plan de Daniela funcione.

—Espero que no tengas más trampas... Sabes que no tengo mucha paciencia, y si te equivocas, te arrepentirás.

—Yo no soy el ingenuo aquí, eres tú quien parece idiota. Solo te estoy ayudando para que veas que soy buena persona... pero nadie debe saber nada de esto. No quiero que Damián me conecte contigo, ¿entiendes? Yo no existo en todo esto.

—Por supuesto... tenemos un acuerdo. —Abrió una amplia sonrisa. La conocía bien: Daniela siempre tenía ideas descabelladas, pero la mayoría funcionaba.

—Genial. Serás mucho más útil que tu querida esposa. ¡Me voy, y contrólate!

Pedí un whisky doble. Sería difícil, pero tenía que conseguirlo. Renata me pagará por esto. Aprenderá a no jugar conmigo.

Capítulo 59

Damián

Desde que Valenescuchó todo eso, he estado muy preocupado, pensando que no estaría bien. Pero parece aún más fuerte y decidida que antes.

Su empresa está a punto de salir al mercado, y la que iniciaron sus compañeros se está derrumbando, según me contó Iván. Están en la cuerda floja. Valentina hizo un daño real y no bromeaba; aún no saben cómo recuperarse de todo lo que hizo en el sistema.

—Tu esposa es realmente muy inteligente... ¿dónde encontraste una así? Yo también tengo muchas ganas de encontrar una —dijo Iván con una sonrisa burlona.

Lo miré feo.

—En fin, está totalmente limpia y fuera de todo riesgo. Es una genio...

—Estoy muy feliz. ¿Cómo va el marketing de su empresa? —pregunté.

Así como Iván hace un gran trabajo en seguridad, también es mi mano derecha para todo lo que necesito. Siempre pendiente de todo y de todos, no sé ni cómo lo hace.

—Está muy preparada, es impresionante. Hizo un gran trabajo con muy pocos recursos. Es para aplaudir, y creo que pronto tendrá que dejar el edificio. ¡Valenes genial!

—No quiero que tenga que estar lejos de mí... —estar cerca de ella ha sido una necesidad constante. Siento casi un estado de abstinencia por tanto tiempo sin verla. A veces la locura es tanta que la observo a través de las cámaras.

Iván siempre tiene ese aire de risa cuando hablamos de ella, pero sé que está muy contento de que yo haya encontrado a alguien que

alegre mi vida.

—Mira la posesividad... Bueno, tengo que trabajar, alguien tiene que hacerlo, ya que lo único que tú sabes es sentarte y darme órdenes y más órdenes. ¡Alguien tiene que estar pendiente de todo! ¿Y quién más sino yo haría eso? Nadie. Y ni siquiera tengo un aumento. ¡Quiero renunciar! —Salió de mi oficina sonriendo, y yo me quedé pensativo.

Ella realmente se las arregló para no dejar ninguna pista... nada.

Iván también me trajo una carpeta con los archivos del hospital sobre la supuesta madre de Valentina. No confío en Salomón; podría estar tramando algo. Pero, para mi sorpresa, decía la verdad: Aurora murió durante el parto, pero la niña no estaba registrada a su nombre. El padre la registró a nombre de otra mujer, su actual esposa.

Iván también encontró dónde fue enterrada Aurora. Sé que a Valenle gustaría ir a visitarlo, saber dónde está. No se lo ocultaré.

Ella está muy tranquila, controlada, centrada, y eso me da miedo. Sé cómo un exterior tranquilo puede esconder un interior turbulento.

Iván regresó después de unas horas, luciendo preocupado.

—Odio ser el portador de malas noticias, hermano... pero tengo algo más que decir, y tendrás que decidir si le dices a tu esposa o prefieres dejarla seguir con su vida... —Tenía una cara pésima. Iván también se había convertido en fan número uno de Valentina, junto con mis padres, y la idea de lastimarla lo incomodaba.

—Dilo de inmediato, Iván. Me estás matando... —No me gusta cuando se demora en decírmelo; suele hacerlo sólo cuando es grave.

—Bueno, aquí vamos...

Un rato después, Iván me dejó con la cabeza llena. Valentina no merecía saber esto. Podría dejarla seguir sin cargar con ese peso, pero si se entera de que yo lo sé, nunca me perdonará por ocultárselo.

Valentina

Han pasado unos días y sigo actuando como si fuera una muñeca de porcelana. Poco sabe él de todo lo que he tenido que pasar, lo mucho que he tenido que superar, y aún así sigo de pie.

El lanzamiento de mi empresa está cerca. Estoy hecha un manojo de nervios. Todo parece ir en cámara lenta, mientras yo acelero hacia la meta.

Mike y Amelia han sido mis brazos, especialmente cuando necesito salir a hacer mandados, bancos, reuniones, abogados... tantas cosas que al final del día me siento mareada.

Pero lo más importante: mi sistema está funcionando. ¿Y cuál es la mayor propaganda? La empresa internacional que pertenece a mi querido esposo utiliza este servicio. Mayor marketing imposible.

Estos últimos días llego a casa agotada, y para Damián no ha sido diferente. Ha tenido mucho trabajo acumulado y le está costando volver a la normalidad.

Y una cosa sigue dando vueltas en mi cabeza, algo que Damián me prohibió hacer, pero que siento como la forma más práctica de conseguir lo que queremos.

Necesito arriesgarme. No quiero quedarme parada más tiempo.

Pasé junto a Amelia y Mike, pidiéndoles que se encargaran de todo para que pudiera salir. Sé que Iván le cuenta a Damián cada uno de mis movimientos, así que sólo dije que tenía que arreglar algo en el banco.

—¿Hubo un problema con la apertura de la cuenta? Es cosa rápida —me preguntó Iván, mirándome extraño—. Está bien, tus guardias de seguridad están en la sala de descanso. Les ordenaré que vengan, tu salida no estaba programada —dijo, y transmitió algo por radio, dándome la espalda un momento.

Tendría que deshacerme de la seguridad. Le hice señas de que iba al baño; asintió, y yo seguí en esa dirección. Me quedé en la puerta mirando, y cuando subió a hablar con Damián, probablemente, salí sin esperar a que llegara mi seguridad.

Sé que tendré que explicarme más tarde, pero es por una buena razón.

Minutos después, estaba frente al lugar al que no esperaba volver: la empresa de la familia de Gabriel.

Llegué a la recepción y pedí que me anunciaran con mi exsuegro. No tardaron en dejarme pasar.

—Valentina, qué gusto verte de nuevo. Lamento que nos hayamos visto en circunstancias tan delicadas la última vez. Espero que estés bien, querida.

—Sí, estoy bien... pero necesito saber más de ella. Es decir, estoy más tranquila y planeo hablar pronto con mi padre, pero quiero tener más información sobre mi madre. No quiero que intente mentirme ni que tenga oportunidades para hacerlo.

—Por supuesto. Sé que eres inteligente y sabrás qué hacer con la información correcta. Pero primero voy a pedir que nos traigan un café —se levantó y salió.

Saqué mi celular; eso era todo lo que necesitaba. Como su sistema era diferente al anterior, no podía hacerlo desde lejos. Necesitaría estar conectada a internet en el edificio para conseguirlo.

Lo dejé conectado y, cuando tuviera tiempo, solo tendría que ir al baño para conseguir la información que buscaba.

Me contó muchas cosas sobre mi madre, y luego sacó una foto de su cajón. La habían tomado en el hospital, en blanco y negro. Yo estaba en su regazo. Ella tenía una sonrisa cansada en el rostro.

—A ella le gustaría que esta foto se quedara contigo. Mira cómo te pareces a ella...

Era imposible no dejar caer las lágrimas. Él también tenía los ojos llorosos.

Era hermosa, a pesar de lo abatida que estaba.

—Tengo que ir al baño.

—Claro, ya sabes dónde está...

—Pero cuando salga, me voy directo. Mi esposo no sabe que estoy aquí, pero necesitaba saber más... Ni siquiera podía pensar con claridad. Muchas gracias por contarme todo.

Me levanté, pero cuando abrí la puerta, me encontré cara a cara con Gabriel, que estaba a punto de tocar la puerta de su padre.

—Valentina...

—Ah, hola Gabriel, ya me iba —dije. Me volví hacia Salomón—. Una vez más, muchas gracias por todo. Que tenga un buen día.

Pasé junto a Gabriel, pero me tomó del brazo.

—Oye, ¿estás bien? —Tenía esa misma mirada que cuando estábamos juntos, enamorado. Ya no caigo más con eso—. ¿Para qué viniste aquí? ¿Estabas llorando?

—¡Estoy muy bien! —Jalé mi brazo hacia mí—. Vine a hablar con tu padre, ya lo hice, ya me voy. —Di media vuelta y fui al baño. Él no intentó detenerme y entró a la oficina de su padre.

Suspiré aliviada, agradeciendo al cielo que no insistiera.

Busqué lo que necesitaba. Fue simple y rápido, nada alarmante. Atravesar el firewall fue fácil. Como no tenía mucho tiempo, solo envié lo que pude en tiempo récord y salí del baño.

Mis guardias estaban en la puerta esperando noticias. Me guiaron hasta el auto y me llevaron de vuelta a la empresa, donde seguramente encontraría a Damián muy enfadado...

Capítulo 60

Valentina

Los guardias de seguridad no fueron nada amables; probablemente ya habían recibido una linda llamada de mi queridísimo esposo o incluso de Iván, quien, aunque es una persona dulce, cuando se trata de nuestra seguridad se transforma y deja de ser un pan dulce.

El camino a la empresa fue rápido; tenían un poco de prisa. Llegué muy nerviosa, sabía que lo había hecho mal, pero al menos conseguí lo que había ido a buscar.

En la oficina estaban Damián y Iván. Ninguno parecía tener cara de muchos amigos. Yo estaba en un verdadero problema...

—Valentina... —la voz de Damián era una mezcla de alivio y molestia, igual que su expresión—. ¿Qué estabas pensando? ¿Qué hiciste?

Iván solo me miraba, con el rostro serio, una máscara que dejaba de lado al hombre amable y alegre que normalmente es.

—¡Hice lo que era necesario! —respondí, manteniendo el tono decidido que él usó antes.

Entrecerró los ojos y salió de donde estaba para acercarse a mí.

—¿Y qué era lo que se necesitaba? ¿Sabes cuántas veces tuve que sujetarlo a Iván para que no fuera allí y perdiera la cabeza por completo?

—¡Pero no pasó gran cosa! Solo necesitaba actuar, estaba cansada de esperar... ¡y en unos minutos obtuve todo lo que necesitábamos! ¿No es para eso que firmamos ese contrato? Para ayudarnos... —Vi algo pasar en sus ojos.

Deshagámonos de nuestro primer obstáculo...

—¿A qué precio, Mel? ¿Crees que no sospechará? Salomón no es una bestia, es un hombre inteligente y sabe muy bien en qué te especializas, Valentina.

Tiene razón en estar enojado. Sé que me dijo que no lo hiciera, pero, ¿cuánto tiempo más tendríamos que aguantarlo? Si enviara a alguien a investigar desde lejos, no habría conseguido ni la mitad de lo que obtuve.

—Arreglaremos esa parte, no te preocupes...

—Busquemos la manera, ¿piensas antes de hacer estas cosas? ¡No hay forma de que no entiendas que el espionaje industrial es un crimen, Mel! Y eso es exactamente lo que estás haciendo, y de la peor manera posible.

—Esperamos a que se asiente el polvo. Él sabe que tienes recursos, Damián. Obtuve años de información en solo unos minutos, ¿entiendes eso? Ahora que tiene suficiente para devolverte las acciones, te desharás de él.

—Pero si eso significa que vas a correr algún riesgo, no vale la pena, Mel... —Está muy enojado, pero también preocupado por mi seguridad.

Toqué su rostro ligeramente.

—Estaré bien y quiero ayudarte en algo. Has hecho tanto por mí... solo quiero poder pagarte.

—Nunca vuelvas a hacer eso... —Apoyó su frente contra la mía, y Iván se aclaró la garganta.

—Sabemos que a la cuñada le gusta huir. Creo que es buena idea reforzar su seguridad y la del edificio también, ya que se fue sin que nadie la detuviera, cuando claramente no estaba acompañada... —Iván estaba serio; raro verlo así.

—Ambos están exagerando. Ya dije que nadie sospechará nada, así que por favor mantengan la calma —me volví hacia Damián—. Te enviaré todo lo que tengo. Échale un vistazo y dime qué piensas... —

Eché un vistazo rápido y sabía que había mucho que se podía usar para nuestro beneficio—. Ahora, si me disculpan, tengo un negocio que administrar...

Ambos me miraron como si estuviera loca. Tenían razón, pero estoy loca con muy buenas ideas, y van a ser muy necesarias cuando Damián esté listo para admitirlo.

—Ya casi es hora de que nos vayamos. Quédate aquí y saldremos juntos —él es tan mandón... pero como terminé haciendo algo que me dijo con vehemencia que no hiciera y por eso está bastante enfadado, voy a evitar más discusiones por hoy.

—Cuñada, te dejo ahora. Voy a hablar con mi equipo. Necesitan prestar más atención a los detalles —ya estaba más tranquilo, pero había algo en sus ojos que no era habitual.

—¿Qué pasa con Iván? No se ve muy bien... —Damián me miró pensativo—. ¿Qué están escondiendo ustedes dos? Te conozco lo suficiente como para saber cuándo quieres decir algo...

—Sí, quiero, pero vayámonos a casa. Así hablamos mientras preparamos la cena, ¿qué te parece? —Asentí.

Nos fuimos a casa en total silencio. Damián ni miró todo lo que conseguí. Estaba muy enfadado o lo que me tenía que decir era más importante que eso... No sabría decir cuál de las dos cosas era. Él no estaba para conversar, pero algo dentro de mí decía que no me gustaría para nada.

Me pidió que hiciera una ensalada de verduras, mientras él preparaba la pasta con salsa blanca que, como dijo, era una de sus especialidades. Por más que intentaba aligerar el ambiente, algo seguía mal.

—Está bien, no puedo más. Escúpelo, ¿qué está pasando? —Se volvió hacia mí, dejando caer lo que sostenía. Fue por su laptop y me pidió que me sentara a su lado.

—Iván buscó más información sobre tu madre. Le pedí que lo hiciera; quería estar seguro de lo que dijo ese hombre. No confío en él... —Respiró hondo y me entregó la computadora.

Empecé a leer los documentos. Tenía el acta de defunción, mi acta de nacimiento original, las causas de muerte, muy bien especificadas.

Mi madre estaba profundamente anémica, sufrió una hemorragia que los médicos no pudieron detener a tiempo y tuvo dos paros cardíacos; el primero lo soportó, el segundo se la llevó.

No pude contener las lágrimas. Posiblemente, ella era la única persona que realmente me amó. ¿Qué habrá sido de mí cuando aún era un bebé?

Creo que tengo suerte de estar viva.

Un poco más adelante estaban mis documentos. Aunque estuve en la UCI neonatal más de un mes, el responsable de mí no era mi padre, sino Salomón. Debió ser él quien me salvó la vida... si hubiera sido por esos otros dos, yo me habría ido con mi madre.

Damián me acariciaba la espalda mientras lloraba leyendo todo eso. No puedo imaginar cuánto sufrió para llegar a tal estado. Todo lo que leo debe haber pasado después de la foto que me dio. Se ve muy debilitada, pero sus ojos en mí muestran todo el amor que debió sentir al verme.

Tomé la foto y se la mostré.

—Vaya, se parece mucho a ti...

—Después de ver esta foto no pude desconfiar más. Ella es mi madre.

Más adelante estaba el lugar donde la enterraron. Mañana le llevaré flores. Donde quiera que esté, seguro me está mirando. Sé que no sirve de nada, pero quiero hacerlo, ya que me quitaron ese derecho hace años.

—Ahora viene la parte complicada, Mel. Iván me trajo esto un poco después de las otras cosas —me entregó una carpeta—. Todo lo que tiene tu padre estaba a nombre de tu madre. Nada de eso es de él: la casa, el registro de un carro de esa época... tiene un terreno con una casita en el campo. Me lleva a creer que nunca lo supiste y que solo se quedaron contigo porque te tuvieron que criar para quedarte con todo...

Entonces eso fue todo: me criaron por el dinero. Porque todo lo que tiene es legalmente mío... No podían librarse del pequeño inconveniente que yo era, porque necesitaban que yo tuviera derecho a todo lo que mi madre dejó. Yo no era más que un beneficio.

—Bueno, bueno... mira qué cosa, la niña excluida... la que nunca fue parte de la familia, es la única que tiene derecho a estar ahí...

Había una copia del testamento que dejó mi madre: después de la mayoría de edad, todo lo que era de ella pasaría a mí. Nunca me dijeron que tenía otra madre; tenían miedo de que fuera a buscarla, que la encontrara.

Vamos a ver qué hacen ahora.

—Todo lo que Iván consiguió está ahí. Ahora tienes que decidir qué vas a hacer. Es todo tuyo, pero ¿crees que vale la pena pelear por eso ahora? Te apoyo en cualquiera que sea tu decisión. Solo quiero que estés bien y no salgas lastimada...

—No seré yo quien salga lastimada... Mañana iré con ellos. Espero que estén preparados. —Me pagarán por todo lo que me hicieron sufrir en todos estos años.

Capítulo 61

Damián

Algo en los ojos de Valentina se desvaneció; ni siquiera cuando la dejaron de lado el día de su boda la había visto con una mirada tan triste... Descubrir algo así puede trastocar mucho la mente de una persona. Ella es fuerte, pero no es de hierro.

—¿Estás segura de que estás lista para esto? —pregunté, preocupado—. Apenas te enteraste de todo, ¿no quieres pensarlo mejor para no arrepentirte después?

Me levantó la cabeza con esfuerzo; soy bueno leyendo a la gente. Quiere tranquilizarme, pero ella misma no sabe cómo está realmente.

—Sí, lo estoy —respondió—. Sufrí mucho luchando sola, sin apoyo, sin amor, sin nada... Me quitaron todo, y no es justo que sigan como si nada. Se perdió una vida en su proceso de conseguir lo que querían... y mi madre, aunque no la conocí, merece descansar en paz. —Me regaló una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Gracias por contarme todo... terminemos nuestra cena.

Valentina lanzó su empresa al mercado. Ya tenía muchos clientes, entre ellos yo. Su empresa de tecnología se dio a conocer en pocas semanas; era necesario contratar más empleados. Le estaba yendo muy bien. Fue Iván quien me contó todo; no entró en detalles, estaba abrumada. Recuerdo cómo era al principio; hasta lograr ese ritmo llevó tiempo, pero le va bien. Pensé que necesitaría mi ayuda, pero es muy autosuficiente e independiente.

Empecé a pensar en algo para animarla. Hacía tiempo que volvimos de la luna de miel y luego nos enfocamos en el trabajo, sin salir a ningún otro lado. Necesito planear algo para los dos... Y necesito que Iván consiga las grabaciones de seguridad de la universidad. Mi paciencia se está agotando.

—¿Cómo llevas toda esta fama? —pregunté para cambiar de tema.

—Oh, es bastante diferente: reuniones, contratos, gente famosa... Nada de eso era parte de mi mundo antes —me miró entrecerrando los ojos—. ¿Puedes creer que algunos dudan de mi capacidad solo por ser mujer? Me enfada tanto eso...

Me reí. Es tan linda cuando está nerviosa. Puedo imaginar cómo responde a eso; Valentina no es de las que se lo toman a la ligera.

—Este mundo de los negocios es bastante sexista. ¡Hay que estar preparados para enfrentarlo todo!

—¡Y lo enfrenté! Después de todo, ellos necesitaban mis servicios, no al revés —esa es mi chica—. Muchos solo aceptaron gracias a ti, pero cuando demostraron que yo era capaz, también empezaron a confiar en mí.

Qué bueno que tengamos esta conversación. Valentina es una mujer inteligente; siempre hablamos en el mismo idioma. Ella me cuenta sus problemas y yo los míos, y nos entendemos perfectamente.

—¡Qué suerte tener una esposa con un coeficiente intelectual muy alto! —recogí los platos—. ¿Hay algún lugar que te gustaría visitar? Algún sitio al que no hayas podido ir...

—¿Qué tienes en mente? —dijo ella—. Nunca he estado en el Museo del Louvre, es uno de esos lugares a los que me encantaría ir —sus ojos brillaron al mencionarlo.

—¿Qué te parece hacerlo este fin de semana? Tomar al menos cuatro días libres.

Su sonrisa apareció de inmediato, hacía tiempo que no la veía así.

—Creo que esa sonrisa significa que sí.

Valentina

Damián tiene una forma increíble de querer hacerme feliz. Claro que con él nada es sencillo; ir al Louvre no es como ir al parque de la

ciudad a hacer un picnic, pero él lo hace parecer fácil.

Pasamos un buen rato en la cama haciendo planes, imaginando todo lo que podríamos hacer en esos pocos días. Estaba tan feliz, era uno de mis sueños, y otra vez estaba a punto de hacerlo realidad.

Dormí pensando en cómo sería todo, en la suerte que tenía de cruzarme en su camino... pero también pensando en el día siguiente y todo lo que tendría que afrontar.

Me levanté y me vestí elegantemente. Salí de ahí como la hija rechazada, y ahora volvía como la dueña de todo eso. Me merecía algo muy especial.

—Buenos días... qué hermosa estás —Damián estaba preparando el desayuno.

—No me esperaste...

—Solo adelanté un poco.

—Voy a la casa de mi padre. Ya hablé con el abogado y le pedí que hiciera todo lo necesario.

Asintió, pero sentí que no era lo que él quería. Esta vez, lamentablemente, no podía hacer lo que él deseaba.

Era la primera vez que volvía a esa casa desde que Damián me sacó de allí. Y la primera vez que no iríamos juntos a la empresa.

Llegué y estaban desayunando en el comedor. Pedí al abogado y a mis guardias que se quedaran afuera; no quería armar un escándalo a la primera.

—Buenos días, familia. Qué gusto verlos. Ha pasado un tiempo, ¿verdad? Desde mi boda. Ni sé por qué fueron... —Cada palabra estaba cargada de reproche, tanto que hasta yo misma me odiaba en ese momento.

—Valentina, ¿qué haces aquí a estas horas? Pensé que ya no tendría que verte más, niña inconveniente —mi "madre" fue la primera en hablar, con su habitual cara de disgusto.

Sonreí con mi mayor sonrisa a la peor de las mujeres.

—¡Qué falta de educación! ¿No fue así como ustedes me enseñaron? Si fuera yo, me habrías regañado duramente solo por abrir la boca. —Me acerqué un poco más a la mesa y tomé una uva—. ¿No puedo venir a visitar a mis padres? Me casé, pero no dejé de ser su hija, ¿verdad? Después de todo, Renata también está casada y sé que vive metida aquí.

No sé de dónde saqué tanto autocontrol, pero lo logré.

—¿Para qué viniste? ¿Solo a molestar o tienes algo importante que decir? —mi padre habló por primera vez, apenas mirándome.

—Ah, sí... mi querido padre, hombre de pocas palabras, pero de muchas acciones, ¿no? Todavía siento la amargura de la sangre en mi boca cada vez que me golpeaba la cara. Por suerte no quedaron cicatrices permanentes. ¿Quién se casaría con una mujer destruida? Pero las cicatrices internas se esconden con una sonrisa... la mejor máscara.

—¿Y qué? ¿Extrañas las palizas y por eso te presentas? —Miré a la repugnante mujer que una vez tuve el disgusto de llamar madre. Tenía su sonrisa habitual, esa que siempre mostraba cuando me castigaban sin motivo—. Nada que tu padre no pueda resolver.

—Ay, qué conmovedor... ¿cierto, padre? ¿Este monstruo que me crió solo para su propio beneficio? ¿Es de eso que hablas? Porque yo recuerdo ser llevada al altar por el padre de mi esposo. Yo no tengo padre... Tuve un verdugo que, lamentablemente, tiene la misma sangre que yo.

Mi papá se puso rojo, enojado, como siempre.

—¿Te estás volviendo loca? ¿Crees que no te corregiré solo porque estás casada? —Gritó, levantándose de la mesa—. ¡Sigues siendo mi hija!

La bruja se levantó con un resoplido, dio pasos pesados hacia mí, levantó la mano para golpearme, pero esta vez no.

La agarré del brazo y con la otra mano le pegué lo más fuerte que pude en la cara. Ella se llevó la mano al rostro, con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo te atreves...?

—¡Valentina! ¡Cómo puedes golpear a tu propia madre! —Creo que el susto fue tanto que no supieron cómo reaccionar—. ¡Fuera de esta casa y no vuelvas a poner un pie aquí! —gritó mi padre.

—¡Esta mujer no es mi madre! Mi madre se llamaba Aurora —los dos me miraron asombrados—. ¡Y esta casa no es de ustedes, es mía! Aquí no les pertenece nada...

El asombro era visible. Me miraban como si fuera un fantasma.

—¿De qué hablas? —preguntó mi padre en un susurro, mientras ella solo me miraba.

—¿Problemas de memoria? No te preocupes, traje a algunas personas que podrían refrescar tu memoria —retrocedí unos pasos y le pedí al abogado que entrara, sin perder la gran sonrisa que tenía en el rostro.

Capítulo 62

Valentina — Confrontación

—**Valentina, ¿qué es esto? ¿Qué es esta invasión a mi casa? ¡Fuera todos!** —mi padre echaba espuma por la boca.

—**¡Llamaré a la policía!** —concluyó la bruja.

—**¡Llama! ¡Vamos, hazlo! Me encantaría ver lo que haría la policía...** Solo imaginen... tú me criaste, pero nunca, en ningún momento de mi vida, me dijiste que *esto* es todo mío. Jamás mencionaste que en el testamento de mi madre estaba escrito, bien claro, que todo pasaría a mi control. **Eso es un crimen, ¿sabías?** Pero no te preocupes, traje a alguien que puede informarte mejor: mi abogado.

La bruja sacó su móvil y llamó a Renata, con los dedos temblorosos.

—Oh, qué bien que hablas con ella. Dile que traiga el collar con el diamante rosa. Está claramente especificado que pertenecía a mi madre. Aquí está toda la documentación, —le mostré la carpeta—. ¡Ese collar no debería estar en manos de esa ordinaria a la que llamas hija! Si no quieres problemas, tendrás que devolverlo o pagar su valor. Ya sabes… la policía apoya a quien tiene pruebas, y yo las tengo. Fotos, papeles… todo.

—**¡Eso es un absurdo!** —gritó mi padre, fingiendo no saber de qué hablaba.

—¿Sabes qué es *absurdo*, padre? Que hayas vivido placenteramente durante años con todo lo que mi madre me dejó, mientras me trataban como si no valiera nada, como si me estuvieran haciendo un favor al mantenerme en esta casa. ¡Cuando en realidad todo esto me pertenece! —le grité, sintiendo que mi rabia me hervía bajo la piel.

Nunca imaginé que seguiría doliendo tanto. Estaba acostumbrada al desprecio, a ser invisible, pero ahora que lo entendía todo, el dolor

se transformaba en ira. Y esa ira… iba directa a ellos.

—¿Sabes? Todo esto es culpa tuya. Nunca habría llegado a este punto si me hubieran tratado como una igual. Si me hubieran dado el mismo amor que le dieron a tu otra hija.

—**¡Esa es la verdadera razón! ¡Envidia! Igual que tu madre, una envidiosa sin carácter. ¡Deberías haber muerto con ella!** —espetó la mujer a la que alguna vez llamé madre.

—¿¿Yo?? ¿*Envidiar*? ¡¿Mi madre?! Ella era su esposa. ¡*Tú* eras la amante sin carácter, la mujercita sucia que se metió en esa casa con una esposa embarazada adentro! Los únicos envidiosos aquí son ustedes… y esa pirañita que tienen por hija. ¡Eran los amantes, no yo ni mi madre! ¡Qué buen ejemplo le diste a tu princesa!

—**¡Tú…!** —Se lanzó hacia mí, pero uno de mis guardias se interpuso de inmediato.

—No, no, no… si yo fuera tú, no haría eso. Recibir una demanda por agresión en este punto no sería muy conveniente. Ya tienes bastante con lo que vas a tener que responder aquí —tomé la carpeta del abogado y la lancé sobre la mesa frente a mi padre—. Esas son copias de los documentos que dejó mi madre. Léelos con calma. Y si no los entiendes, mi abogado estará encantado de explicártelos.

La llegada de Renata

—**Solo hablaré en presencia de mi abogado. Mi hija viene en camino con él.**

—No hará ninguna diferencia... pero esperemos, entonces.

No tardó en llegar. Renata entró con el ceño fruncido, acompañada por un abogado, y por supuesto, *Gabriel*. Qué escena tan digna de una función teatral…

—**¿Qué haces aquí? ¿Por qué me hicieron traer el collar? ¡Eres una perra!** Además de que mis padres te criaron, ¿todavía tienes el descaro de venir a hacerles esto?

—Oh, ¿casarte con un hombre de buena familia no te enseñó buenos modales? Te dije que trajeras lo que me pertenece o iría a buscarlo yo misma. No creo que te guste que se arme un escándalo, ¿verdad? Mi querido exsuegro te odia. ¿Te imaginas si se entera de que estás involucrando su nombre en estos asuntos? —le sonreí con todo el veneno del que fui capaz—. Y ahora que estamos todos presentes... ¿quieren saber cuáles son las novedades?

—**Voy a hablar a solas con nuestro abogado. Luego hablaremos contigo, Valentina** —dijo mi padre, tomando los documentos.

—Tómense su tiempo. No cambiará nada. —*¿Buscarán una forma de eludir la ley? No importa. Puedo contratar a cien abogados si hace falta. No permitiré que se queden con nada de lo que le pertenecía a mi madre.*

Valentina y Gabriel

Me senté en la sala. La misma sala donde tantas veces me humillaron, donde lloré en silencio esperando una caricia que nunca llegó. Observé el lugar con otros ojos. Ya no era una niña indefensa. Ahora soy la dueña de esta casa. Literalmente.

Damián me ha dado todo. Amor, apoyo, respeto. Me ha reconstruido con paciencia. Me enseñó a amarme y a dejar de rogar por las migajas emocionales que jamás debí haber aceptado.

Estaba absorta en mis pensamientos cuando sentí una presencia. Gabriel estaba en la puerta, mirándome.

—**Te ves tan diferente... ¿qué pasó?**

—¿Diferente cómo? ¿Ya no soy la misma tonta, sensible y manipulable? —reí con amargura—. Si eso es lo que ves, me alegra haber cambiado.

—**Damián no te hace bien... eres tan fría como él. Tus ojos ya no tienen lo que tenían antes. La Valentina dulce, ingenua...**

se perdió dentro de esta mujer que casi no reconozco.

Mi risa llenó la habitación. Qué ironía.

—¿Eso piensas? Qué gracioso… Esa dulzura de la que hablas es la que me hizo soportarte a ti. Ahora, solo ve mi lado amable quien realmente lo merece. A los demás, les doy exactamente lo que me dieron: frialdad.

—**Realmente no puedo ver a la misma Mel…**

—¡Porque no *soy* la misma! —le espeté—. Y ya te dije que no me llames así. Para ti es **señora Castillo**. A mi esposo no le gusta que se tomen ciertas libertades conmigo… y a mí tampoco.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Respiré profundo.

—¿Qué haces aquí, Gabriel? ¿Te mandaron para hacerme cambiar de opinión? No pierdas tu tiempo. Tú ya no tienes ningún peso en mi vida ni en mis decisiones.

—**No. No me mandaron. Vine porque… porque quería hablar contigo. Nunca más tuve esa oportunidad.**

—¿Y para qué? ¿Para qué, Gabriel? —me giré hacia él—. Nada de lo que digas va a cambiar nada. Y la verdad, me da asco verte.

—**¿Qué te hizo él? Parece que te lavaron el cerebro… ya no eres la mujer que recuerdo.**

—¿*Él*? —solté una carcajada seca—. *Él* me dio lo que tú jamás me diste: amor, respeto, constancia. Me enseñó que no necesito a nadie más… excepto a él, que sí lo merece.

—**¿Entonces es eso? ¿Olvidaste todo lo que hicimos, todo lo que vivimos?** —se acercó.

Yo lo miré fija, sin pestañear. Ya no me removía ni un solo recuerdo.

—Ojalá pudiera retroceder el tiempo. No para recuperarte, sino para evitar cometer el error de dejarme arrastrar por ti.

Él levantó la mano, intentando tocarme.

—**¡No te atrevas a tocarme!** —gruñí, retrocediendo—. Ya me duché. No necesito desinfectarme. Y créeme, si Damián te ve hacer eso, te arranca la mano.

—**¿Qué hacen aquí solos? ¿Por qué cada vez que me doy vuelta están ustedes dos juntos?** —interrumpió Renata, con los ojos entrecerrados.

Oh, esto se va a poner muy interesante otra vez...

—¿Por qué no le preguntas a tu esposo? A mí también me encantaría saber por qué me sigue como un perro... —le respondí con sorna.

Y justo en ese momento, todos los demás entraron.

Ahora sí... que empiece el espectáculo.

Capítulo 63

Escena: El fin de la paciencia
Valentina

Renata estaba furiosa. No le hacía falta hablar, su cara lo gritaba todo. Odiaba que su marido me buscara con la mirada cada vez que ella se distraía, aunque fuera solo un segundo. Lo sabía, claro que lo sabía: si él me lo hizo a mí, podía hacérselo a ella. Mala elección de esposo, querida… un traidor no cambia. No lo recomiendo.

Los abogados seguían discutiendo, buscando algún acuerdo, intentando disfrazar la derrota con tecnicismos. Pero mi abogado lo sabía: **yo no quiero acuerdos**. Tengo la ley de mi lado, así que lo único que les queda es perder el tiempo y el poco orgullo que les queda.

Después de horas de lo mismo, me harté.

—**¡Ya basta! Estoy cansada.** —exhalé profundamente—. Tienen una semana para desocupar la casa. Me voy a viajar con mi esposo, necesito relajarme, y si cuando vuelva aún siguen aquí, **tomaré las providencias necesarias**.

Me giré lentamente hacia Renata.

—¿Dónde está mi collar? No me voy sin él. Es una reliquia familiar, no debería estar colgando del cuello de cualquier ordinaria. —Renata parecía a punto de explotar.

Recuerdo perfectamente el día que mi padre se lo regaló. Decía que era una joya de familia, porque él nunca habría podido pagar algo así. Se lo dio a Renata en su fiesta de 15, el regalo estrella: un diamante rosa enorme, que pertenecía a mi madre. Según la documentación, se lo había regalado el señor Salomón, un admirador de mi madre, tal vez algo más. Nunca lo sabré.

Renata me restregaba ese diamante como si le perteneciera. A mí no me regalaron ni una pulsera de plástico. Pero nunca fue por lo material… lo que dolía era lo simbólico. Yo no existía para ellos.

—**¿No tienes vergüenza? ¡Nunca mereciste nada! ¡Eres una bastarda, una basura! ¡No puedes hacerle esto a mis padres!** —gritó mi hermana.

—¿Yo? ¿La bastarda? ¿Estás segura, hermanita? —me acerqué con una sonrisa gélida—. Soy la hija legítima del primer matrimonio de nuestro padre y la única heredera de mi madre. La *única* con derechos aquí. Devuélveme mi collar… o llamaré a la policía. Tú decides: lo entregas o te lo arrancan del cuello como a una ladrona.

—**¡No nos vamos a ir de nuestra casa! ¡No puedes hacerle esto a tu padre!** —dijo la bruja, con voz temblorosa—. Puede que no sea tu madre —gracias al cielo—, ¡pero tu padre sigue siendo tu padre! ¡No puedes tratarlo así!

¿Esto va en serio?

—Él nunca me trató como a una hija. Para él, su única hija siempre fue Renata. Así que... vivan con ella. Seguro que no le molestará. Siempre tuvo todo, ¿no? Amor, atención, privilegios. Pues ahora que la van a necesitar, espero que no les dé la espalda. —Me giré y la miré con mi sonrisa más triunfal.

Mi exsuegro odia a mi padre. Imagínate cómo será tenerlo bajo el mismo techo.

Renata

—**¡Esa perra está haciendo un escándalo en casa de mis padres!** —grité por teléfono a Daniela en cuanto colgué con mamá. Me dijo que llevara el collar. Lo hice, claro, pero sin intención de dárselo. Solo lo tenía por si acaso.

—**¿Estás con la regla o qué? ¿Crees que puedes armar algo sin estropearlo?** —me dijo Daniela. Ella, que no ha logrado nada,

ni siquiera cuando logró que Valentina me viera con Damián...

—**Sí, y esta vez *yo* me encargaré. Mis clases de teatro van a servir de algo.**

Era el momento de poner el plan en marcha. Iba a ir a su oficina. Escuché que había montado una empresa. Iba a encontrar la forma de llegar hasta ella… aunque ahora que armó este circo, creo que el momento perfecto es ahora. Siempre peleamos. Siempre caerá.

—**Bien. Iré con Damián. Aprovecharé que ella no está con él. Envíame un mensaje cuando estés de camino al hospital. Si te respondo "ok", llámame y di que Valentina te hizo perder el bebé. Que discutieron por Gabriel. ¡Sé convincente! Lo pondré en altavoz para que lo escuche.** —me dijo Daniela, con una seguridad helada. Espero que esta vez sí funcione. Lo de la boda fue un desastre.

Después de hablar con el abogado, mis padres y yo tuvimos que tragar saliva. Resulta que los documentos son reales: la *perra* es la heredera legítima. Mi padre no recibió nada. Todo fue dejado a nombre de un tutor hasta que ella cumpliera la mayoría de edad… y lo peor: ¡mi padre firmó ese papel! Dice que no recuerda haberlo hecho. Qué conveniente.

—**¡Aurora debió meter eso entre otros documentos! ¡No recuerdo haber firmado nada!** —gritó, fuera de sí.

—Lamentablemente —dijo el abogado—, el juez fallará a favor de su hija. Y si alega abuso emocional durante la infancia, como parece ser el caso, créanme, estarán acabados. Ningún juez estará de su lado. Mi consejo: apelen a su sensibilidad. Discúlpense. Porque si ella decide echarlos o incluso denunciar, *puede hacerlo*. Y la ley la respaldará.

Quedamos en shock. Gabriel se marchó sin decir nada. Lo seguí. ¿Y adivina qué? Estaba con *ella*. Otra vez. Es ridículo. Hace días que está frío conmigo, y ahora entiendo por qué.

Valentina les dio una semana. Y encima, sugirió que mis padres vivieran conmigo. ¿Qué clase de broma es esa? ¡Mi suegro me odia! Vivir con ellos bajo su techo sería mi sentencia de muerte social.

—**Tienen casa propia. ¿Qué más quieren? ¿Crees que no tuvieron gastos al criarte? ¡Ingrata!** —le solté con rabia.

—Con *mi* dinero me criaron. Todo lo que tienen es mío. Lo dejó mi madre. Usaron mi herencia para manteneros a todos. Así que no, no les debo nada. Al contrario, me deben *todo*. —y esa sonrisa burlona, pegada a su cara, no desaparecía.

¡Maldita sea! Gabriel tiene que ver quién es ella realmente. Para que deje de idealizar a la santa Valentina. Ahora sí está mostrando su verdadera cara.

—**¡Es tu padre, Valentina! Ya lo tienes todo. ¿De verdad necesitas esto? Tu marido es asquerosamente rico. ¿Por qué les haces esto? ¡Eres mezquina y ordinaria!**

—No, no lo necesito… pero lo quiero. Estoy cansada de ser la buena. Cansada de verlos vivir bien mientras me trataban como si no existiera, sabiendo que todo era mío. Podrían haber hecho las cosas diferente. *Eligieron no hacerlo*. Ahora, acepten las consecuencias.

El plan en marcha

Fingí que tenía náuseas y corrí al baño. Necesitaba cambiar el tampón. Pero más importante aún: necesitaba montar el teatro. *Hoy se arrepentirá por el resto de su vida.*

Va a ser la bruja malvada de esta historia, le guste o no. Le voy a arrancar esa pose de superioridad que se cree. Por dentro, sigue siendo la misma boba de siempre. Esa que se siente culpable con facilidad. Que se traga la culpa aunque no sea suya.

Salí del baño ya fingiendo malestar. El último acto está por empezar.

—¿Valentina sigue aquí?

—**Sí, claro. Esta es mi casa. ¿Por qué me iría?**

—¿Todo esto por despecho? ¿Porque perdiste a Gabriel? ¿Cuándo vas a entender que *nunca* te amó? ¿Cuándo aceptarás que nadie lo hará? ¡Eres una bastarda! ¡No mereces nada! —dije con voz débil, como si me costara hasta respirar.

Mi madre se acercó y me tomó la mano.

—**¿Estás bien, cariño? No te estreses por esta mujer. No se merece que te enfermes por su culpa.**

—Creo que deberías tener cuidado, Renata… —dijo Valentina, con voz firme—. De la misma manera en que lo hizo conmigo, puede hacerlo contigo. *Y justo ahora* decía que si pudiera volver atrás en el tiempo, no se dejaría llevar por Gabriel. Así que dime, ¿quién no lo superó? ¿Él… o yo?

Perfecto. *Justo lo que necesitaba.*

Llevé las manos a mi estómago y lancé un grito ahogado.

—**¡Gabriel… nuestro hijo…! ¡Necesito un médico!** —chillé, y justo en ese momento, la sangre manchó mi ropa.

Valentina me miró, con los ojos como platos.

¿Y ahora qué, estúpida? ¿Qué vas a hacer?

Capítulo 64

Daniela — Jugada en marcha

Tan pronto como me llamó Renata, avisé a Gabriel que pusiera en marcha el plan. Ese idiota sería perfectamente capaz de llevarla al médico que ella eligiera, y no podíamos correr riesgos: necesitábamos que **él mismo comprobara** que la sangre no venía de un aborto. Si no lo confirmaba con sus propios ojos, podía acusarnos de falsedad. Había que cerrar cada grieta del engaño.

Tenía que pensar en todo. No podía dejar margen al error. Ambos eran inútiles, tanto Renata como Gabriel, pero eran las únicas fichas que me quedaban por el momento. No los necesitaba competentes, solo disponibles.

Me arreglé con esmero. Sabía que Damián no era un hombre fácil, pero también sabía cómo provocarlo. Me deseó antes, y lo hará de nuevo. Puede fingir indiferencia, puede esconderse tras ese aire frío que se ha construido… pero yo sé cómo romper esa coraza. Solo es cuestión de tiempo.

Oficina de Damián

Cuando llegué a su edificio, su secretaria trató de frenarme.

—Lo siento, sin cita no puedo dejarla pasar. Él no recibe a nadie sin agendar antes.

—Mira… —la interrumpí con una sonrisa afilada—. Estoy segura de que se molestará mucho más contigo si no le avisas que estoy aquí. Créeme. Ya sabes cómo se pone.

Ella vaciló. Todas terminaban marchándose en pocas semanas. Ninguna secretaria le duraba, tal vez por eso: por ese carácter que asustaba más cuando se contenía que cuando explotaba. Me lanzó una mirada insegura, pero al final, decidió llamarlo.

Para mi sorpresa, **me dejó pasar**.

Estaba sentado tras su escritorio, impecable y serio como siempre. Inaccesible. Irrompible. Pero yo conocía esas grietas.

—¿Qué haces aquí? —dijo sin siquiera levantar la voz—. No pareces entender que no tenemos nada de qué hablar.

—Solo vine a hablar, nada más. Sé que la última vez fue desagradable, pero… ¿qué esperabas? No es sencillo ver cómo la persona que amas se casa con otra.

Él levantó una ceja. Su expresión seguía siendo una máscara de mármol.

—Tú no me amas, Daniela. Nunca lo hiciste. Lo que yo tenía entonces no era suficiente para ti, y lo que tengo ahora es precisamente lo que te interesa. Pero no quiero nada de ti. **Valentina es mi esposa. Y es todo lo que necesito.**

Apoyó la barbilla sobre las manos, como si se aburriera de tener que repetírmelo.

—Lo que sí quiero saber es cómo tú y Gabriel nos engañaron. ¿Cómo sabíais que Valentina y yo estábamos en el jardín aquella noche en la universidad?

Me quedé helada. ¿Qué? ¿De qué estaba hablando?

—¿Qué...? ¿De qué estás hablando? No entiendo.

—No me tomes por idiota. Valentina es brillante y yo no soy precisamente fácil de engañar. ¿Cómo supieron que estábamos borrachos? ¿Cómo os las arreglasteis para que ella pensara que tú eras él y él creyera que ella era tú?

Se levantó y se acercó a uno de los sillones. Yo me encogí ligeramente, algo que nunca me había pasado con él. Su mirada me traspasaba.

—Estás pálida, Daniela. ¿Qué te pasa? ¿Pensaste que nunca me enteraría? Ahora que estoy casado con ella, es imposible no unir las

piezas. Solo quiero saber **cómo lo hicisteis**.

Tragué saliva. Vine a desmontarlo. Y él me estaba desarmando.

Daniela — La verdad revelada

Ya no servía seguir mintiendo. La forma en que me miraba… el desprecio en su rostro… era evidente que no había marcha atrás. Bajé la vista y, con un hilo de voz, confesé:

—Nada estaba planeado. Solo le dije a Gabriel que vi a Valentina salir de la residencia antes del amanecer… y que tú te habías quedado dormido en el jardín. Pensó que era Gabriel quien fue a hablarle, y tú… pensaste que era yo. Nadie tuvo el valor de aclararlo. Eso es todo…

Vi cómo su mandíbula se tensaba hasta casi romperse los dientes. Sus ojos se oscurecieron, llenos de una furia que no recordaba en él.

—¿Tienes idea de lo que habéis hecho? —susurró, más amenazante que un grito—. Me separasteis de ella. Me quitasteis *años*. Me robaron el derecho a estar con la única mujer que he amado. Me privaron de su amor. —Agarró un jarrón de cristal y lo lanzó contra la pared. Se hizo añicos.

Nunca lo había visto así. Ni siquiera cuando me descubrió con Gabriel.

Llamada de Renata

El timbre de mi móvil sonó y agradecí mentalmente a Renata. Estaba perdiendo el control de la conversación. La llamada era mi salvación.

—¡Cálmate, Renata! ¿Qué pasó? ¿Qué hizo tu hermana?

Damián alzó la mirada de inmediato. Me acerqué a él y puse la llamada en altavoz.

—**¡Me hizo perder a mi bebé! ¡Es una asesina!** —gritó Renata, con un llanto desgarrador—. Gabriel me está llevando al médico… hay mucha sangre…

—¿Cómo pasó? ¿Qué hizo Valentina? —pregunté, fingiendo angustia.

—**No soporta que esté casada con Gabriel. Discutió conmigo, sabiendo que no me sentía bien… y aun así… siguió, hasta que… hasta que pasó esto…** —sollozaba como si realmente hubiera perdido un hijo.

Colgué, conteniendo una sonrisa.

—¿Lo ves? Esa es tu esposa. La mujer que, aún casada contigo, sigue discutiendo con su hermana por su ex. ¿De verdad crees que te ama? ¡Acaba de matar a un niño! Un inocente… simplemente porque su padre la dejó por su hermana. ¿Qué clase de mujer hace eso?

Damián no dijo nada. Ni un gesto. Nada.

—¿No vas a decir nada?

—¿Por qué debería?

Eso no era lo que esperaba. Estaba frío, pero no como antes. Esta vez… **no me creía**.

Damián — El juicio final

—Porque yo tenía razón. Jamás debiste casarte con ella. Valentina no te ama. ¡Todavía quiere a Gabriel! ¿No lo ves? ¿Tú crees que lo olvidó? ¡Está perturbando la vida de su hermana por él! Aunque esté contigo, nunca lo superó.

Se echó a reír. Una carcajada fuerte, burlona. Aplaudió.

—¡Es increíble! ¿De verdad crees que voy a tragarme este jueguito ridículo ahora?

—¡Pero la escuchaste! ¡No es un juego!

—Coincidencia perfecta: estás aquí justo cuando Renata llama para acusar a Valentina. Qué conveniente, ¿no? Y dime algo… ¿por qué sería culpa de Valentina que Renata se alterara? ¿Quién es la que siempre provoca las discusiones?

Me miraba con superioridad. Ya no era el hombre al que podía manipular.

—Valentina me ama. Siempre me ha amado. Tal vez no lo sabía… pero ahora lo sabe. Y no necesito más que eso.

Se puso de pie, recogió su chaqueta del respaldo de la silla y caminó hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunté, desesperada por retenerlo.

—A ver si mi esposa está bien. Y escucha bien esto, Daniela: **si alguien toca un solo cabello de ella, los destruiré a todos. Hasta que no quede ni el polvo.** Y eso también va por ti. Deja a mi mujer en paz… o lo pagarás caro.

Me abrió la puerta, esperando a que saliera.

Daniela — Último intento

Pasé junto a él, furiosa. Pero antes de entrar en el ascensor, me giré y le lancé:

—Te vas a arrepentir de hacer esto. Hay alguien que no está contento con esa mujer, y cuando decida actuar, te arrepentirás. No digas que no te lo advertí.

Lo vi fruncir el ceño. **Bien. Déjalo con la duda.** Aunque se supone que no debía saberlo todavía… me da igual. Estoy demasiado irritada como para seguir el guion.

Me fui, pero esto… **no ha terminado.**

Capítulo 65

Gabriel — El velo cae

Ver cómo su propia familia la trata solo confirma lo que mi padre siempre sospechó: **Valentina no es hija de mi suegra**, sino de la primera esposa de su padre. Eso lo explicaría todo. La distancia. La indiferencia. La forma en la que la ignoran, mientras miman a Renata como si fuera de cristal.

Ella nunca mostró lo que vivía en casa. Nunca se quejó. Jamás habló mal de nadie. Nunca la vi triste por eso. Y ahora que lo pienso, **eso era aún peor**. Porque me hacía creer que todo estaba bien. Me hacía creer que ella era fuerte, no que estaba resignada. Me hace estar más furioso con Renata. Y conmigo. ¿Cómo fui tan idiota? ¿Cómo no lo vi antes?

Renata salió del baño y parecía un fantasma. El rostro desencajado, la piel pálida. Yo ya sabía lo que venía. Daniela me había advertido que fingiría un aborto. Y me dio instrucciones claras: **llevarla a otro médico**, no al que ella pidiera.

No puedo creer que haya llegado tan lejos solo para mantenerme lejos de su hermana. Siempre me pareció dulce, ingenua… Ahora me doy cuenta de que **no era inocencia, era cálculo**. Me hubiese gustado echarla a la calle en ese mismo momento, con todas sus cosas. Pero Daniela me pidió que esperara. Y eso hice.

Camino al hospital

Hablar a solas con Valentina me cambió. No es la misma mujer dulce de antes. Está fría. Dura. Sarcástica. Y eso me duele más de lo que esperaba. Damián la ha transformado. Él siempre fue así, desde niños. Pero **Valentina se le está pareciendo demasiado**.

Cuando Renata empezó con su teatro, gritando que tenía dolores, la cargué en brazos y nos fuimos.

—¡Voy con vosotros! —dijo Valentina, ya con el rostro desencajado de preocupación. La madre también parecía en shock. Solo su padre parecía no saber qué pensar.

—¡No! ¡No te quiero cerca, asesina! —le gritó Renata a su hermana, con toda la fuerza que pudo. Valentina se detuvo al instante.

—¡No quiero que nadie venga! ¡Nadie! —gritó de nuevo, fingiendo debilidad mientras yo la metía en el coche. Antes de subir, les prometí que los mantendría informados.

En el camino, Renata llamó a Daniela. Lloraba, gritaba, fingía estar al borde del colapso. Sabía que tramaban algo. Daniela nunca da puntada sin hilo. Y si eso también involucra a Damián, mejor para mí. **Un enemigo de mi enemigo... ya sabes.**

El plan se tambalea

Renata se retorcía como si estuviera muriéndose. Me daban ganas de reírle en la cara. Quería gritarle que sabía toda la verdad. Pero no. No sin pruebas. Quiero verla hundirse con los papeles en la mano.

—¿A dónde vamos? ¡Este no es el camino a la clínica de mi médico! —dijo, alarmada.

—No vamos tan lejos. Ese médico tuyo es un incompetente. Has estado mal desde el principio y nunca hizo nada útil. Vamos a urgencias, a un hospital de verdad.

Palideció. Se olvidó hasta de fingir el dolor.

—¡No voy con otro médico, Gabriel! ¡No puedes hacerme esto! ¡No puedo mostrar mi cuerpo así a cualquiera!

—¡No seas ridícula! ¡Es la vida de *mi* hijo! Irás donde yo diga. Y más te vale no resistirte.

—Por favor, Gabriel… si hay alguna posibilidad de que nuestro hijo esté bien, él… *mi* médico… sabrá qué hacer…

No cedí. Ese doctor comprado **no la salvará esta vez**.

Hospital — Caída en picado

Llegamos en minutos. Estaba temblando, pálida. Apenas podía mantenerse en pie. Me encantaba verla así. **Pagará por separarme de Valentina. Y la dejaré sufrir hasta el final.**

No pasó mucho hasta que el ginecólogo vino a atenderla.

—¿Qué ha ocurrido?

—Estaba discutiendo con su hermana. Está embarazada. Se sintió mal y empezó a sangrar. Por favor, mire qué le ha pasado a nuestro hijo —dije, fingiendo preocupación con la naturalidad de un actor profesional.

—Haré lo que esté en mis manos. Primero un examen de tacto para evaluar el útero. Luego, una ecografía.

—¡No quiero que me vea nadie más! ¡Quiero a mi médico! —lloraba como una niña caprichosa.

—Su médico puede venir a verla aquí. Pero haremos lo necesario para proteger su vida y la del bebé. Su esposo estará con usted.

—Quiero estar sola…

—Ni hablar. Me quedo. Vamos, doctor. Haga lo que tenga que hacer.

Se desmayó. No supe si fingía o si los nervios la traicionaron.

—Póngala en la camilla —ordenó el médico.

Obedecí. Me quedé allí todo el tiempo. Respondí cada pregunta. Sabía todo lo necesario. Quería ver con mis propios ojos cómo caía su teatro.

La verdad médica

Renata seguía inconsciente cuando el médico se acercó.

—Señor, lo que presenta su esposa no es un aborto. Está menstruando. No estaba embarazada. Lo siento.

Claro que lo sabía. Hasta un médico de prácticas se daría cuenta. Pero yo confié en esa mirada de niña buena… **Qué idiota fui.**

—Gracias, doctor.

Me dio los resultados, por escrito y en ecografía.

—La dejaré aquí hasta que despierte. Si necesita algo, estaré fuera.

Me dejó solo con la mujer que me traicionó.

Confrontación final

Renata despertó un rato después, aún pálida. Sus ojos se cruzaron con los míos.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está el médico?

—Buena pregunta. ¿Qué no pasó? ¿El embarazo? Ese nunca existió. Y sin embargo, me mentiste todo este tiempo.

—¡Eso es mentira! ¡Estaba embarazada! ¡Tú viste los exámenes! ¡Fue Valentina! ¡Ella me hizo perderlo!

—Vi los exámenes, sí. Y eran una farsa. Y este médico —*este*, que no está comprado— te hizo una ecografía: no hay nada. Solo menstruación. Ni feto, ni embarazo, ni rastros de uno. Nada.

—¡Gabriel, por favor! ¡Soy tu esposa! ¡Tienes que creerme! Tal vez… tal vez el médico se equivocó…

—¿Se equivocó? Un momento. Voy a llamarlo para confirmarlo. Me dijo que podía…

—¡No!

—¡Entonces ten vergüenza y dime la verdad! ¿Fue divertido verme la cara de idiota todo este tiempo?

—Lo hice porque te amo… no quería perderte… por favor…

Ahí está. Confesión.

—¿Esa es tu excusa? ¿Que me amas? ¿Después de toda esta farsa? Te voy a decir algo que debería haberte dicho hace tiempo: **nunca te amé**. Fuiste demasiado fácil. Me casé contigo porque mi padre me lo pidió… y porque dijiste que estabas embarazada.

Se quedó paralizada. Lloraba, sin emitir sonido.

—Yo quería a tu hermana. Con ella quería casarme. Siempre fue Valentina.

—¿Cómo puedes decirme eso? ¡Soy tu esposa, Gabriel!

—No por mucho tiempo. Te quiero fuera de mi vida, de mi casa, de mi apellido. No mereces llevarlo. No eres digna. No eres nada.

—¡Gabriel!

—No digas una palabra más. Mis abogados se pondrán en contacto. Pero ni se te ocurra contarle a nadie lo que ha pasado. Vas a decir que perdiste al bebé, y punto.

—¿Qué…? No voy a separarme. ¡No lo haré!

—¿Tú crees que tienes opción? No me lleves la contraria. Si lo haces, **arrastraré a ti y a tu familia por el barro**.

Me di la vuelta y me fui, dejando atrás su llanto, sus gritos, y toda su falsedad.

Gabriel — El propósito

Ahora tengo que ocuparme de lo importante.

Recuperar a Valentina.
Y lo haré.
Cueste lo que cueste.

Capítulo 66

Valentina — El grito de la culpa

Ver a Renata alejarse llamándome *asesina* fue un golpe que no vi venir. Nunca fuimos cercanas, nunca me tuvo aprecio, pero jamás pensé que llegaría tan lejos. Yo **nunca** le haría daño a un bebé. Jamás.

Su madre vino directo hacia mí, furiosa, fuera de sí.

—¡Si le pasa algo a mi nieto, te mato! ¡Te juro que acabo contigo, maldita! ¡Nunca debiste haber nacido! —me gritó con los ojos encendidos de odio, mientras mis guardias de seguridad se interponían entre nosotras.

No dije nada. No podía. Me quedé paralizada, con las palabras de Renata resonando en mi cabeza.

En silencio, **le pedí a Dios que ese bebé estuviera bien**. No tenía culpa de nada. No pedí nacer en esta familia, pero tampoco pedí cargar con esta cruz. No me perdonaría si de verdad le había hecho daño a ese niño...

—¿Señora? Será mejor que nos vayamos. Ya tendrá noticias. No creo que sea bueno quedarse aquí —me dijo uno de los guardias, y asentí, aunque la voz se me había ido por completo.

Caminé en silencio hasta el coche, los gritos de aquella mujer aún resonaban a lo lejos. Pero ya no podía oírlos. Solo pensaba en el niño... en lo que había pasado... en lo que *podría* haber pasado.

—Llévame a la playa —fue lo único que pude decir, con la voz rota, mientras apoyaba la cabeza contra el cristal y dejaba que las lágrimas salieran.

Yo solo quería justicia. Quería que todos pagaran por lo que me hicieron. Pero **jamás quise hacer daño a un inocente**.

Valentina — El mar como consuelo

Un rato después, ya en la playa, el viento soplaba con la misma fuerza que sentía dentro de mí. Caminar sobre la arena me ayudaba a respirar. Grité sin emitir sonidos. Lloré en silencio. Todo lo que sentía estaba mezclado. Rabia. Culpa. Miedo. Alivio. Y tristeza. Tanta tristeza.

Estaba dándoles a todos lo que se merecían, sí. Pero **no me sentía bien con eso**. No como creí que me sentiría.

Miré al cielo. Desde que supe que alguien allá arriba me cuida, lo hago más seguido. Le pedí que me guiara, que me ayudara a no perderme. Porque eso es justo lo que sentía: **que me estaba perdiendo**.

Me sentía horrible. Renata sabía exactamente cómo hacerme daño, y yo, como siempre, lo permitía.

—Señora, el tiempo está empeorando. ¿Qué le parece si volvemos? —dijo uno de los guardias.

Esa constante vigilancia me molestaba. Antes no necesitaba que nadie me siguiera a todas partes, ahora ni siquiera podía llorar sola.

—Quiero quedarme un poco más. Me siento bien aquí —respondí con voz baja, más tranquila de lo que esperaba.

Vi a lo lejos la pasarela que conducía al mar, con la glorieta al final. Me encantaba ese sitio. Caminé despacio y me senté en la banca. Aunque los guardias estaban cerca, el sonido del mar los borraba.

Y entonces, escuché esa voz.

—**Te encontré...**

Cerré los ojos. Solo él podía calmar la tormenta dentro de mí.

Damián — Mi única dirección

Apenas salí de la empresa, fui directo a casa de sus padres. Me arrepiento de no haberla acompañado. Sé que hay cosas que quiere enfrentar sola, pero esta no era una de ellas. **Debería haber estado allí para protegerla.**

—¿Dónde está ella? —pregunté al entrar.

—¡Esta casa aún es mía! ¡Llamar a la puerta no cuesta nada! —espetó su padre, con ese tono altivo que siempre ha usado.

—¡Esa asesina huyó después de lo que le hizo a mi hija! ¡Juro que si algo le pasa al bebé o a Renata, haré que pague! —gritó su madre con rabia descontrolada.

—No es muy inteligente amenazar a alguien como yo… Sé cómo quitar a la gente de mi camino. Y ustedes no son más que polvo. Un soplo… y desaparecerán. Ahora, decidme dónde está y me iré.

—¡No lo sabemos! ¡Y mantenla alejada de aquí! —respondió su padre.

Salí de esa casa aún más enfadado, pero entonces lo recordé: el lugar donde nos conocimos. Si estaba triste, **seguramente habría ido allí**.

Y no me equivoqué.

—**Te encontré…** —susurré, justo al verla.

Ella se levantó de golpe y **se lanzó a mis brazos**, llorando con un dolor que me partió en dos. Su llanto era tan profundo que me dolía en el cuerpo.

—Tranquila… ya estoy aquí…

—El bebé… el hijo de mi hermana… —sollozaba—. Creo… creo que le hice perder el bebé…

—Shhhh… Pase lo que pase, sé que no fue tu culpa. Eres buena, Mel. No harías daño a nadie.

Se aferraba a mí como si fuera lo único firme que le quedaba.

—Esto puede traerte problemas… Lo siento… discutimos y luego hubo sangre… Quería ir con ella, pero no me dejó. Me llamó asesina… pero juro que yo no… yo no…

—Cálmate, Mel. No tienes que jurarme nada.

—¿Cómo lo supiste?

—Eso es justo lo que quiero que escuches. No creo que tú hayas tenido nada que ver. Daniela estaba en mi oficina cuando Renata llamó. Dijo que habías discutido con ella por Gabriel y que le hiciste perder el bebé.

—¡Eso no es verdad! ¡Yo no…! ¡No hablábamos de él! ¡Te lo juro!

—¡Y no tienes que jurármelo! **Yo creo en ti.** Y eso es lo que importa. ¿No te parece curioso que justo llamara cuando Daniela estaba conmigo? ¿Crees que fue casualidad?

Me miró con los ojos hinchados, llenos de una mezcla de sorpresa y rabia.

—¿Estás diciendo que todo esto fue planeado? ¿Un montaje?

Asentí.

—¿Quién puede ser tan… tan bajo? ¿Usar a su propio hijo?

—¿Tienes dudas? ¿Tú? ¿Después de todo lo que te han hecho?

—¿Y Daniela? ¿Qué hacía en tu oficina?

Entrecerró los ojos. **Estaba celosa**. Y aun así, tan hermosa.

—Lo de siempre. Meterse en mi cabeza. Decirme que no eres para mí.

—¿Y por qué la dejas entrar? ¡Esa mujer me odia! ¡Te quiere de vuelta! ¿Por qué no la mantienes lejos?

Quise decirle la verdad: que solo la dejé hablar para saber qué tramaban ella y Gabriel. Pero ya había preparado algo especial para nuestro viaje… y no quería arruinar la sorpresa.

—Dijo que era importante. Y lo era… para ella. Quería que la escuchara hablar con Renata. Con su drama. Su llanto. Sus culpas…

—No me gusta que se acerque cuando no estoy… —dijo Valentina con un suspiro, agotada—. ¿De verdad crees que Renata puede mentir así… sobre un hijo?

—¿Tienes alguna duda? No me gusta decirlo, pero **sé de lo que es capaz**. Sobre todo contigo.

Damián — Protección y promesa

A veces siento que Valenaún guarda un poco de esperanza. Que tal vez su familia no sea tan mala. Pero yo solo veo **monstruos disfrazados de padres y hermanas**. Gente que jamás mereció tenerla cerca.

Le pedí que viniera conmigo a casa. Aceptó.

Ya no dejaré que la lastimen más. Para tocarla, tendrán que pasar sobre mí. **Y eso no lo permitiré jamás.**

Me cuesta imaginar todo lo que soportó antes de que apareciera en mi vida.

Pero una cosa es segura: **ahora que está conmigo, no volverá a estar sola. Nunca más.**

Capítulo 67

Renata — Odio disfrazado de dolor

¿Cómo pudo decirme eso? ¿Cómo tuvo el descaro de soltarme, a la cara, que nunca me amó? ¿Y que, de haber podido elegir, se habría casado con ella?

Valentina... Esa bastarda. Ese error de la vida que arruinó mi existencia desde el primer día. Siempre ha sido un estorbo para mi familia, una piedra en el zapato... y aun así, lo consigue *todo*.

Todo lo que yo deseaba.

Gabriel solo estuvo conmigo por ese supuesto bebé, y ahora... ahora todo se desmorona. Pero esto no se va a quedar así. **Valentina va a lamentar no haber muerto en el parto con su madre.**

¿Quiere tanto vengar a su madre? Que lo haga desde el mismo lugar que ella. Porque yo ya no la soporto más. Quiero que desaparezca. Que deje de existir. Que todos dejen de hablar de ella, de mirarla, de idolatrarla.

Siempre es "Valentina esto", "Valentina aquello"... Todos se derriten por su carita de inocente, pero yo la conozco. Sé lo que realmente es. Falsa. Hipócrita. Una víbora con cara de niña buena. Ni siquiera tiene piedad de sus padres, ¡los quiere echar a la calle!

Una musaraña disfrazada de santa.

Renata — Regresando derrotada

Salí del hospital completamente humillada. Ni ropa limpia tenía para ponerme. Solo pedí unas toallas sanitarias y toallitas húmedas. Me subí al primer taxi que vi y volví a la mansión.

Si Gabriel cree que va a librarse de mí tan fácil, **está muy equivocado**. Soy su esposa legítima. No pienso rendirme. Se casó

conmigo, no con esa zorra. Tendrá que aguantarse.

Al llegar, encontré a Regina en la sala, tranquila, leyendo y escuchando música. ¿Cómo puede estar tan serena, sabiendo que su hermano se casó con la mujer que *ella* iba a desposar?

—Hola, cuñada. Tienes una cara horrible, ¿te ha pasado algo? —dijo sin levantar mucho la vista. Regina es hermosa, culta... pero tan desapegada. Pasa el día entre libros y música, y apenas se mete en nada. Pero es una mujer justa. Y eso... puede servirme.

—Sí, pasó algo. ¡Tu hermano me quiere dejar! —rompí a llorar, escapando hacia la habitación, escuchando sus tacones apurados detrás de mí.

—¿Qué demonios está pensando Gabriel? No te pongas así, Renata, piensa en el bebé. Hablaré con él. Mi padre *jamás* permitiría que abandone a su propio hijo.

—¡Me va a dejar por ella, Regina! ¡Quiere volver con Valentina! —me ahogué entre sollozos—. Me dijo que nunca me amó. Que solo estaba conmigo por el bebé. Y ahora... ahora que lo he perdido, se va.

Gabriel fue quien pidió que nadie supiera la verdad... así que pienso usar eso a mi favor.

—¿Qué dijiste? ¿Perdiste al bebé? —preguntó con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo pasó eso?

Regina nunca me ha tratado mal. Es la única de esa familia que ha sido decente conmigo. Puede ser una aliada... si juego bien mis cartas.

—Fue Valentina. Ella... ella me hizo perderlo. Sabía que mi embarazo era delicado, y aun así no paró de atacarme. Me sentía fatal, y aun así siguió. Fui al hospital, pero era demasiado tarde. Gabriel... ni siquiera se preocupó por mí. Me dijo cosas horribles...

Me abrazó.

—Haré algo. No te preocupes, esto **no** va a quedar así. No puedo creer que Valentina hiciera algo tan cruel… Parecía tan dulce.

Perfecto. Si hay alguien que puede destruirla desde dentro, es **Regina**.

—Siempre engañó a todos... solo los que la vimos crecer sabemos la verdad. Esa cara de santa... es solo una máscara. Siempre envidió que Gabriel me eligiera a mí. Gracias por estar aquí, Regina... me siento tan sola...

—Hablaré con mi padre y con Gabriel.

Se fue. Y me dejó con mi rabia, con mi sed de venganza. Valentina me arruinó. Y ahora va a pagar.

Renata — Daniela me falla

Me duché rápido. Necesitaba contactar con Daniela. Necesitaba saber si **al menos ella logró enfadar a Damián** con esa perra. Le mandé un mensaje: *Nos vemos en el restaurante de siempre.*

Pasó demasiado tiempo. Le escribí de nuevo. Finalmente, llegó.

—*Llegué* —dijo con sequedad al sentarse.

—Tardaste mucho —repliqué, molesta.

—¿Y qué esperabas? ¿Que soy tu esclava? Tengo una vida. ¿Qué quieres ahora?

—¡Todo salió mal! Gabriel descubrió que no estaba embarazada. ¡Me pidió el divorcio! —le solté, llena de rabia.

—Qué pena... —dijo, sin una pizca de compasión—. Pero eso no justifica que me hagas venir hasta aquí para tus dramas. No tengo tiempo para consolaciones.

—¡El plan era tuyo! ¡Ayúdame!

—Te recuerdo que si esto salía mal, cada quien seguía su camino. No me conoces, no te conozco. ¿Recuerdas?

—¡Tú tienes la culpa! Gabriel quiere dejarme por todo lo que hiciste.

—¿Yo? No me hagas reír. ¡La torpe eres tú! Ni siquiera supiste engañar a tu propio marido. No eres lista, Renata. Eres una carga. Y nuestra colaboración termina aquí.

Se levantó y dejó algo de dinero sobre la mesa.

—Yo pago. Que tengas un *excelente* día.

¡Maldita! Me levanté y le agarré el brazo antes de que saliera.

—O me ayudas… o le cuento todo a Damián. No tengo nada que perder. Pero tú sí. Y todos saben lo que pasa cuando Damián se enfada...

—No te atrevas a amenazarme —gruñó, clavándome la mirada—. No sabes con quién te estás metiendo.

—Tienes más que perder que yo, Daniela. Y lo sabes. Si decido hablar… Damián te va a destruir.

Se soltó bruscamente y se fue sin decir más.

Perfecto. La tengo en mis manos. Aún puedo usarla.

Renata — El regreso a casa

Tenía que ir a casa de mis padres. Necesitaba saber qué hizo Valentina después de que me fui. ¿Los echó? ¿Les dio la espalda?

No sabía si debía decir la verdad sobre el embarazo… o seguir mintiendo y culparla a ella.

—Hija… —mi madre me abrazó apenas me vio—. ¿Cómo estás? Deberías estar descansando. Gabriel debería estar cuidándote. ¿Qué haces aquí sola?

Ella estaba angustiada. Mi padre, como siempre, callado, observando. Evaluando.

—¿Dónde está Gabriel? —preguntó él finalmente—. ¿Por qué no volvió contigo? ¿Pasó algo?

Llegó el momento. Necesito decidir qué versión dar.

—Papá… yo…

Y entonces… **Gabriel apareció en la puerta.**

—Estoy aquí. Y tenemos mucho de qué hablar.

Capítulo 68

Valentina — La calma antes de decidir

Los días hasta el fin de semana parecían alargarse eternamente.

No he sabido nada de Renata, ni del bebé. Estoy preocupada... pero también entiendo que, después de todo lo que pasó, probablemente yo sea la última persona a la que quiera ver.

La empresa tampoco me ha dado respiro. He tenido que cancelar reuniones importantes; mi mente está saturada y el cuerpo no me responde.

—Valentina, ¿estás segura de que quieres reprogramarlas? —me preguntó Amelía con gesto preocupado—. Es una empresa de peso. Aunque no lo necesitemos, mantener estas conexiones siempre es útil. Podrían interpretar esto como una falta de interés. Y justo ahora, al comienzo, no sería ideal.

—Lo sé… pero estoy agotada. Necesito tomar un respiro. Estos días han sido demasiado. —Intenté sonar firme, aunque dentro de mí solo había un torbellino—. Prefiero aplazar que presentarme con esta cara de zombi. Ellos lo entenderán.

Empiezo a comprender el desgaste que implica tener una empresa en tus manos. Nada funciona si no estoy encima. Aunque ahora tengo más personal, mi presencia es esencial.

Solo deseo irme lejos. Alejarme de todo esto, de toda esta gente. Estar con Damián. Solo nosotros dos. Sin ruido. Sin pasado.

Iván y una despedida disfrazada de broma

Iván apareció a media mañana. Yo estaba revisando unos documentos, pero en cuanto lo vi, mi pecho se apretó. Algo pasaba.

—Ay, cuñada… tú y él tienen el mismo genio. Por eso se entienden tan bien —bromeó, apoyándose en el marco de la puerta—. Ya no basta con aguantarle a él, ahora también tengo que aguantarte a ti...

—Lo siento —dije, forzando una sonrisa—. Estoy en modo volcán últimamente. Supongo que es la presión. ¿Qué pasa?

—Tu querido esposo me pidió que viniera a avisarte que el viaje se adelantó para hoy. Todo está listo. Sólo tienes que pasar por la oficina a la hora de comer.

—¿Hoy? Pero… era mañana. ¿Y quién se encargará de todo aquí?

—Amelía y Mike pueden con esto, no te preocupes. Y arriba tu suegro ya tiene todo controlado. —Se acercó con una sonrisa amable—. Sé que has pasado por mucho. Quiero que sepas que estoy atento, que me comprometo a averiguar todo lo necesario para que estés bien. Así que disfruta el viaje. Desconecta. Te lo mereces.

Iván siempre tan dulce. Tan diferente al resto.

—¿Y tú? —le pregunté, genuinamente curiosa—. Siempre estás ayudándonos a nosotros. ¿No tienes derecho a un descanso?

—¿Descanso? —rió—. El trabajo me centra. Me mantiene donde quiero estar. Ahora vámonos, ya casi es hora de comer. Unos minutos más, unos menos, no harán diferencia.

Empujó suavemente mi silla hacia la puerta. Subimos juntos.

Un recibimiento cálido... y una conversación pendiente

Mis suegros nos esperaban arriba. Al verme, su expresión cambió por completo. Parecían ocultar algo.

—¡Ay, querida! —exclamó mi suegra, abrazándome con dulzura—. ¡Cómo te he echado de menos! Estás tan ocupada como Damián que ya ni tiempo tienes para mí. ¿Cómo estás? Te veo más delgada... ¿no has estado comiendo bien?

—Estoy bien, solo un poco estresada —respondí sonriendo. Mentí con delicadeza—. Por eso Damián insistió en este viaje. Cree que necesitamos desconectar.

Amelia y Mike se quedarían al frente. Confío en ellos. Y mis suegros todavía no saben del matrimonio. Para ellos, sigo siendo solo "una amiga especial". Eso ha sido útil, por ahora.

—Iván —le pedí al salir—, por favor ayuda a mi padre en todo lo que necesite. Y no olvides lo que te pedí, quiero resultados cuanto antes.

—Necesitas un clon... —bromeó él, negando con la cabeza—. ¿Qué harías sin mí? —Le lanzó un codazo suave a Damián—. Buen viaje. Aquí me encargo de todo.

Damián sonrió levemente. Esa conexión entre ellos siempre me ha parecido única. Más que jefe y empleado, parecen hermanos.

—¿Valentina? —me llamó mi suegra, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Podemos hablar un momento, querida?

—Claro. Tomemos un café en la sala de reuniones —le propuse. Algo en su tono era distinto. Serio. Maternal.

Una charla inesperada

Nos sentamos en silencio. Yo con café. Ella, con té.

—No voy a rodeos —empezó—. Damián me contó lo que pasó… Tu madre biológica, tu hermana, el bebé. Sé que estás asimilando muchas cosas, y no puedo imaginar lo que sientes. Pero quiero preguntarte algo: ¿vale la pena vengarte?

Sus palabras me sorprendieron. Me miró con dulzura, con una ternura de madre que me desarmó.

—No lo sé… —confesé—. Estoy confundida. Toda mi vida he estado sola. Aprendí a golpes. Y ahora que todo se revela, no sé cómo actuar. Solo sé tomar decisiones por mí misma.

—Pero ya no estás sola, cariño. Tienes a mi hijo, que te ama profundamente aunque no sepa expresarlo. Él, como su padre, cuida con actos, no con palabras. Y también nos tienes a nosotros.

Me tomó la mano, y algo en mi interior se quebró.

—No queremos que esta historia termine contigo aún más herida. Eres buena, dulce, sensible… pero te estás apagando. Y si permites que el rencor te cambie, habrán ganado.

—No quiero ser como ellos... —musité—. No quiero convertirme en lo que tanto odié.

—Exacto. El perdón no es para ellos, Valentina. Es para ti. Es libertad. ¿Crees que tu madre estaría orgullosa de verte consumida por el dolor?

No dije nada. Solo lloré. Me abrazó como si fuera suya.

—Si algo debe moldearte, que sea el amor. No la ira. No el odio. Esos sentimientos te deforman. Te roban lo más bello que tienes. Y tú eres luz. No dejes que te la apaguen.

—¿Y si decido no perdonar? ¿Y si no puedo?

—Entonces piensa. Reflexiona. Aprovecha el viaje para reencontrarte contigo misma. No tomes decisiones desde la rabia. Déjaselo a la vida. Ella sabe cómo poner a cada uno en su lugar.

—Gracias...

—Y respecto al bebé... Cree en lo que te dijo Damián. Hay algo más que todavía no sabes. Y saldrá a la luz, tarde o temprano.

Salimos de la sala en silencio. Sentía el corazón más liviano. Como si, por primera vez, alguien me hubiera quitado el peso del mundo de los hombros.

Voy a pensar en todo lo que me dijo. De verdad.

Capítulo 69

Gabriel — El principio del fin

Mi hermana irrumpió en mi oficina como una tormenta.

—Hola a ti también. Adelante, entra sin llamar... —dije con ironía mientras dejaba los papeles sobre el escritorio. Regina de mal humor es sinónimo de caos inminente.

—¡Quiero saber qué demonios es eso de que vas a dejar a Renata! —bufó, cruzada de brazos, su mirada hecha fuego—. ¿Y justo ahora, en un momento tan delicado? ¿Te estás volviendo loco? ¡Eso no es lo que papá te enseñó! ¡Te enseñó a ser un hombre, Gabriel, no un crío inmaduro!

Claro… Renata corrió a quejarse con Regina. Ella sabe muy bien que mi hermana y mi padre siempre han sido sus defensores incondicionales. No es estúpida, sabe a quién manipular.

—Regina, no es lo que estás pensando. Renata sabe exactamente por qué estoy tomando esta decisión. Créeme, estoy siendo mucho más paciente de lo que ella merece.

—¡¿Qué quieres decir con eso?! —me replicó, confusa pero cada vez más molesta—. ¡Renata está destrozada! ¡Dijo que Valentina la empujó a perder al bebé!

Qué descaro. No contenta con manipularme, ahora está usando esa mentira para ensuciar a Valentina.

—No quiero meter más gente en esto, y tú menos. Créeme cuando te digo que Renata no te dijo la verdad.

—Entonces cuéntamela tú, Gabriel, porque de momento lo único que veo es a un idiota dejando a su esposa por una ex. ¡Tú elegiste a Renata! ¡Tú traicionaste a Valentina! ¡Ahora aguanta las consecuencias!

Tenía razón… en parte. Yo fui el que cometió el error. Me dejé cegar por una fachada. No vi lo que había debajo.

—Regina, te juro que si supieras todo, estarías escupiendo fuego. Pero te estoy protegiendo incluso a ti, créeme, es mejor que no lo sepas.

—¡¿La estás defendiendo a ella ahora?! ¿A Valentina? ¿Después de todo?

—Renata no perdió ningún bebé, Regina. Nunca estuvo embarazada. Todo fue una mentira.

La sorpresa en su cara fue instantánea. Su ceño fruncido se convirtió en una mueca de incredulidad, y su voz, antes agresiva, se volvió más baja.

—No… no puede ser… ¿cómo sabes eso?

—Por ahora confía en mí. No quiero que esto se convierta en escándalo.

—Y por lo visto tú tampoco vas a decir toda la verdad... —dijo con un dejo de amargura, dándose media vuelta y saliendo de mi oficina tan rápido como había entrado.

Suspiré.

—Esta muchacha...

No puedo culparla por reaccionar así, pero no puedo permitir que esto se propague. Cuantas menos personas sepan, mejor. **Tengo que ser frío. Por primera vez, verdaderamente frío.**

Una visita al pasado... y a mi padre

Me dirigí al despacho de mi padre. Como siempre, parecía que ya lo sabía todo.

—Tu hermana vino hecha una furia —dijo sin levantar la vista del informe que estaba revisando—. ¿Qué está pasando? Esto empieza a

sonar a escándalo...

—Siéntate, papá. Es una larga historia.

Le conté todo. La farsa del embarazo, lo que Daniela me reveló, la forma en la que Renata intentó manipularme… hasta el maltrato hacia Valentina que nunca quise ver. Cuando terminé, el silencio fue denso como el plomo.

—Sabía que esa mujer era una víbora —murmuró finalmente—. Lo supe desde el primer día. Y también te dije que ese cuento del embarazo no me cerraba por ningún lado. Pero tú, hijo, tú solo crees en lo que ves.

—Y ya pedí los papeles de divorcio. No quiero volver a verla. Quiero recuperar a Valentina… no puedo seguir fingiendo que no la amo.

Mi padre soltó una risa seca.

—¿Y de verdad crees que vas a poder quitarle a Valentina a Damián? Hijo, abre los ojos. Puede que no lleven mucho tiempo juntos, pero entre ellos hay algo… fuerte. Incluso yo lo noto.

—No me ha olvidado —repliqué sin dudar—. Pasamos demasiados años juntos como para que ya no sienta nada. Es imposible.

Me duele pensar que estoy equivocado, pero no puedo resignarme.

—Voy a hablar con sus padres. Ellos merecen una explicación. Me casé con su hija, y tengo que cerrar esta historia como corresponde.

—Voy contigo —dijo mi padre al levantarse—. Quiero ver la cara de ese viejo bastardo cuando se entere de que su hija no vale nada...

Ahora sé por qué mi padre lo detesta tanto. No era solo por diferencias de carácter. Había algo más… y se nota en la forma en que le arde el desprecio.

La confrontación final

Cuando llegamos a la casa de los padres de Renata, la escena ya estaba montada. Ella estaba allí, evidentemente preparando su versión de los hechos.

—¡Estoy aquí, y tenemos mucho de qué hablar! —anuncié al entrar. Alcancé a escuchar cómo el padre de Renata preguntaba por mí. Al verme, su expresión se tornó gris.

—¿Qué haces aquí? Nadie te invitó —espetó con frialdad.

—Y según mi abogado, esta casa ya ni siquiera es tuya —replicó mi padre con su sonrisa mordaz—. Así que mejor cuida tus palabras. Pero no venimos por eso. Venimos por algo más urgente.

—Su hija y yo nos vamos a divorciar —dije sin rodeos. El silencio fue inmediato. Mi suegra se atragantó; Renata comenzó a llorar—. Me mintió. Nunca estuvo embarazada. Usó el cuento del hijo para amarrarme, para impedir que me casara con la mujer que amo. Esperaba que yo la embarazara *después* de la boda, pero fue tan lista que dijo que el embarazo era de alto riesgo, así que evitó cualquier intimidad. ¡Todo fue un montaje!

—¡Eso no es cierto! —gritó mi suegra—. ¡Tenía exámenes, ultrasonidos!

—Todo se puede falsificar —le contesté—. Médicos comprados, pruebas fabricadas. Lo hizo todo para evitar que yo estuviera con Valentina. Y encima intenta culparla de una pérdida que nunca existió.

—¿Tienes idea de la gravedad de lo que estás diciendo? —rugió su padre.

—Por eso mismo no quiero escándalos —continué—. Por eso les hago una propuesta: no tomaré acciones legales, no diré nada. A cambio, ustedes no vuelven a mencionar a Valentina. Y esto, todo esto, queda enterrado.

Mi padre se cruzó de brazos.

—Mi hijo está siendo más que generoso. Yo, en su lugar, los habría destruido sin pensarlo. Y tú, niña, nunca me engañaste. Tienes la misma sangre podrida que tu madre.

Negociaciones... y amenazas veladas

Nos quedamos negociando durante un rato. Renata se negaba a aceptar el divorcio. Gritaba. Lloraba. Su padre intentaba hacerla entrar en razón.

—¡No firmaré nada! —gritó—. ¡No te dejaré ir tras ella! ¡No te voy a perder por Valentina!

Ahí está. No era amor. Nunca fue amor. Solo una competencia enferma con su hermana. Una lucha por ganar. Yo solo era el trofeo.

—Renata, no sé si lo has notado, pero no te estoy dando opciones. O cooperas o te aplasto. Tú decides. Y para que no salgas con una mano adelante y otra atrás, tendrás una compensación económica.

Los padres se miraron. Estaban vencidos. Lo sabían. El problema era ella.

—Bueno, nos vamos —anunció mi padre—. Les damos dos días para decidir. Si no, actuaremos por nuestra cuenta. Y créanme… no les gustará ver lo que soy capaz de hacer cuando se trata de proteger a mi hijo.

Nos fuimos dejando a Renata hundida en su teatro.

Sé que sus padres aceptarán. Por interés. Pero ella… ella todavía es un riesgo. No quiere dinero. Quiere venganza. Y no contra mí, sino contra Valentina.

Y eso… **no lo permitiré jamás**.

Capítulo 70

Damián — A punto de partir

Desde aquel día en casa de sus padres, Valentina no ha vuelto a ser la misma. La tristeza le pesa en los hombros, su mirada está ausente, y por momentos parece que ha olvidado quién es. Está enfadada con el mundo, consigo misma, conmigo... y lo peor es que no la culpo.

Sabía que tenía que sacarla de aquí, aunque fuera solo por unos días. Adelanté el viaje. Pero antes, llamé a Iván a mi oficina.

—Dime, ¿qué quieres ahora? —entró sin golpear, como siempre, con su estilo irreverente—. Te advierto que esta vez no te saldrá gratis. Mínimo una semana de vacaciones. ¿Te crees que solo tú puedes desaparecer cuando te da la gana? ¡Qué abuso!

—Qué bueno que viniste rápido.

—Trabajo aquí, justo al lado... ¿cuánto podía tardar? —respondió, sonriendo. Alzó un pendrive—. Como soy el mejor, conseguí lo que pediste. No fue fácil. Tuve que pagar a varias personas... pero ya está en tu correo personal. ¡De nada!

—Perfecto... tenía miedo de que no diera tiempo antes del viaje.

—¿Y les pediste a mis padres que vinieran?

—Déjame preguntarte algo: sabes que hay una secretaria justo enfrente que podría encargarse de eso, ¿verdad?

—Prefiero molestarte a ti —le lancé una sonrisa torcida—. ¿Llamaste?

—Claro... qué humillación. Jefe de seguridad y niñera personal de un hombre adulto. Eres terrible.

Reímos brevemente. Iván es el único en quien confío a ciegas.

—Necesito un favor más. —Su expresión cambió. Sabía que lo que venía no era cualquier cosa—. Daniela dijo algo en nuestra última conversación… dejó entrever que alguien la está ayudando. Quiero que averigües quién es. Y también quiero saber qué pasa con la hermana de Valentina. Hay demasiadas cosas que no cuadran. No reaccionaron como esperaba ante la pérdida del supuesto bebé. Necesito entender qué está pasando.

—¿Quieres café con leche y unas galletas también? —bromeó como siempre. Luego se puso serio—. ¿Cómo está mi cuñada?

—Mal. Pero haré todo lo posible para que eso cambie.

Asintió.

—Le avisaré del viaje. Le diré que venga después del almuerzo. Tus padres ya deben estar en camino. Hablaré con Valentina antes de volver a mi puesto.

El encuentro con mis padres

No tardaron en llegar. Ya les había contado por encima lo ocurrido, pero esta era la primera vez que los vería en persona para dar todos los detalles.

Mi madre entró como un torbellino.

—¿Dónde está ella? ¿Cómo está? ¿Cómo has dejado que llegue a este punto? ¡Y no me digas que tuviste que trabajar, Damián, porque te echo a patadas! —Ella adora a Valentina. Y no es para menos.

Mi padre fue más calmado, como siempre.

—Hola, hijo. Cuéntanos todo, por favor. Sabes que tu madre odia enterarse a medias. Tuve que sujetarla varias veces para que no se presentara en tu casa a la fuerza.

Les conté todo. Con detalles. Desde las mentiras de Renata hasta las insinuaciones manipuladoras de Daniela. El engaño, la humillación,

la culpa que se volcó sobre Valentina. Y cómo ella, aún así, siguió adelante.

Ambos estaban horrorizados.

—¡Lo sabía! —exclamó mi madre—. ¡Sabía que mi nuera no era capaz de hacerle daño a nadie! ¡Mucho menos a su hermana! ¡Esa víbora de Renata, y la otra, Daniela… harían cualquier cosa con tal de ver a Valendestruida!

—Lo sé, mamá. Pero Valentina está tan mal que creo que ha empezado a dudar incluso de sí misma. Quiero hablar con ella, pero no sé cómo. Me cuesta poner en palabras lo que siento. Siempre acabo enredándome. ¿Podrías hablar tú con ella?

—Por supuesto, hijo. Lo único que quiero es verlos felices a los dos.

No les hablé de la persona misteriosa que ayuda a Daniela. Ya hay suficiente preocupación.

Cuando Iván llegó con Valentina, las dos se fueron a hablar a solas, y aproveché para reunirme con él y mi padre.

—¿Quién tendría motivos para querer separarlos? —preguntó mi padre—. Además de los obvios, claro...

—Exactamente —intervino Iván—. Daniela, Gabriel, su padre, Renata y sus padres… todos tienen razones, pero ninguno tendría por qué esconderse detrás de Daniela. Sea quien sea, está fuera de nuestro radar.

—¿Alguno de los accionistas, tal vez? —pregunté—. Algunos se quejaron de mi matrimonio, dijeron que afectaba el valor de las acciones...

—Sí, pero si los descubren, perderían más de lo que ganarían —dijo mi padre—. Y tú, hijo, no tienes fama de ser blando. "Cruel e implacable" son algunos de tus apodos allá afuera.

—Por eso mismo, quiero que estéis atentos. No quiero preocupar a mamá, pero la seguridad debe reforzarse. Incluso durante el viaje.

Me giré hacia Iván.

—Yo me llevaré a los guardias actuales. Tú contrata a los que están en espera. Nadie debe sorprendernos. No sabemos quién es ni de lo que es capaz. Mejor prevenir.

Estuvieron de acuerdo.

Un respiro antes del viaje

Cuando Valentina y mi madre regresaron, ya habíamos cerrado todos los temas urgentes.

—Entonces, ¿han terminado su charla de mujeres? —pregunté con una sonrisa. Me acerqué a Valentina y le di un beso en la frente—. Tenemos que irnos, amor. Nos espera un largo viaje.

—Sí, ya pueden irse —dijo mi madre.

¿De qué habrán hablado? Me moría por saberlo, pero si Valentina se sentía lista, me lo contaría.

—Entonces, será mejor que partamos, señora Castillo. París nos espera.

Nos despedimos y, antes de salir, me acerqué a Iván.

—Confío en ti. Si descubres algo, toma decisiones rápidas. Pero no me llames a menos que sea estrictamente necesario.

—Lo tengo claro. Me encargo de todo aquí. Buen viaje.

La intimidad antes de volar

Antes de ir al aeropuerto, Valentina quiso pasar por casa para ducharse.

—Seré rápida, lo prometo.

Aproveché y me duché con ella. Con tanto caos últimamente, compartir algo tan simple como una ducha juntos ya se siente como

un lujo.

—¿Qué te parece un masaje mientras estamos aquí, bajo el agua caliente?

—¿No eras tú el que decía que teníamos un vuelo que tomar, señor Castillo?

—El piloto puede esperar un poco más… Mi esposa necesita relajarse. Y qué mejor que un masaje del hombre que más la desea en el mundo.

Ella sonrió y se dejó caer contra mí. Sentir su cuerpo, su piel... despertó todas las sensaciones que tenía contenidas.

—¿Qué está maquinando esa cabecita tuya? —preguntó, divertida.

—En todas las cosas que pienso hacerte en París, señora Castillo…

Ella se estremeció.

—Y parece que tú estás pensando lo mismo.

—Me atrapaste… pero no te hagas ilusiones. Quiero recorrer toda la ciudad. Así que tendrás que estar en forma… día y noche.

—Vaya… parece que alguien tiene hambre.

—No me avergüenza. Eres mi esposa. Me haces desearte cada segundo.

Se giró hacia mí con los ojos encendidos.

—¿Y si aprovechamos este momento… de una forma más interesante?

¿Cómo decirle que no?

—Parece que nuestro vuelo se va a retrasar un poco más de lo esperado…

La besé, y ella me devolvió el beso con la misma intensidad. No puedo imaginar mi vida sin ella. Solo espero que este viaje nos devuelva lo que casi perdemos.

Próxima parada: París.

Capítulo 71

Valentina — Rumbo al comienzo de todo

Después de la conversación con mi suegra, algo dentro de mí se desbloqueó. Sentí como si una piedra enorme hubiera sido retirada de mi pecho. Me sentía más liviana, más en paz… conmigo misma, con los demás, incluso con Damián.

Volver a casa a ducharme fue una decisión simple, pero necesaria. Damián fue increíble. Dulce, cuidadoso... como si estuviera tocando porcelana. Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí segura.

Sentí amor. No solo de él, sino de toda la familia que, poco a poco, también se volvía mía.

Quizá ya era hora de dejar atrás lo que me atormentaba. El pasado no va a cambiar, pero mi futuro... está justo aquí, sentado a mi lado en este coche rumbo al aeropuerto.

Sombras inesperadas

—¿Por qué tenemos tantos guardias? —pregunté, bajando la voz.

Los de siempre ya me resultaban familiares, parte del paisaje. Pero ahora… había más. Muchos más.

—¿Llevamos algo de valor? —dije, intentando sonar divertida.

Damián me miró con esa sonrisa suya, esa que siempre me desarma.

—Siempre llevo algo valioso conmigo… mi esposa. —Me besó mientras me abrochaba el cinturón—. No hay nada en el mundo que quiera proteger más que a ti.

—¡Qué exageración! —reí, aunque por dentro me derretía.

El viaje en las nubes

No sé en qué momento me quedé dormida. Tal vez fue el cansancio acumulado, o tal vez fue él, su presencia, su tranquilidad, lo que me arrulló.

Me despertó suavemente para cenar.

—Ha pasado un buen rato. ¿Estás bien?

—Sí, solo estoy cansada. Estos últimos días me dejaron exhausta. La empresa, mi familia, todo… ni siquiera dormía bien.

—Bueno, a comer. Tu suegra está convencida de que estás demasiado flaca… y, a veces, yo también.

La comida estaba deliciosa, así que comí más de lo habitual. *Mucho* más.

—¿Queda un poco más?

—Por supuesto. —Y trajo más.

Después de dos platos generosos, me sentí llena y feliz. Hablamos un poco más… y volví a quedarme dormida.

Malestar a media noche

Unas horas después, desperté con náuseas. Fui al baño en silencio, intentando no despertarlo. Pero Damián siempre está pendiente.

—¿Mel? ¿Todo bien?

—Sí, no te preocupes, ya voy.

Vomité lo que parecía ser media cena. Me sentía débil, sudando frío.

—¿Estás enferma? —preguntó al verme—. Estás helada. Voy a hablar con el piloto, vamos a aterrizar en el aeropuerto más cercano. No hay discusión.

Le acaricié la cara y le sonreí, con esfuerzo.

—No hace falta. Creo que fue solo una mezcla de comida, cansancio y avión. Estoy bien.

—Podría ser intoxicación…

—Damián, por favor. No arruinemos el viaje. Cuando llegue a París y duerma un poco más, estaré perfecta.

Él suspiró, vencido.

—Está bien. Pero si no mejoras, vas al médico. Fin de la discusión.

Llegada a la ciudad del amor

Aterrizamos por la tarde. Me sentía mejor, con muchas ganas de salir a descubrir cada rincón de París. El tiempo era limitado, especialmente para mí, que recién estaba empezando a posicionarme en la empresa.

—¿Qué quieres hacer primero? —me susurró al oído mientras me rodeaba con los brazos.

—Dejaré el museo para mañana. A esta hora no lo disfrutaríamos. Quiero ver la Torre.

—Lo que tú quieras. Pero cuando termines… tengo una sorpresa para ti.

¿Una sorpresa? Genial. Ahora no podía pensar en otra cosa.

Una noche de lujo y vértigo

Damián me llevó a un crucero panorámico por el Sena. Había alquilado un piso entero para los dos. *Demasiado lujo.* Agradecía el gesto, pero seguía sin acostumbrarme a esas extravagancias.

Un camarero trajo quesos, fruta, champán… y cuando probé un bocado de queso, sentí un sabor extraño. No pude tragar. Una náusea me revolvió el estómago.

—Ey… ¿estás bien?

Me cubrí la boca y salí corriendo al baño. Vomité con violencia. Cuando salí, Damián estaba allí, con los brazos cruzados y una expresión grave.

—Vamos al hospital. Ya está bien de sustos.

—¡No sin antes ver la Torre Eiffel!

—Valentina… —intentó protestar.

—Es solo el viaje, el cambio horario, la comida... estaré bien. Lo juro. Luego, Torre.

La sorpresa

Fuimos al hotel. Damián me pidió que me sentara en la cama. Todo era precioso… pero lo más impactante era la habitación decorada *entera* con girasoles. Mi flor favorita.

Él ajustó un proyector. Una gran pantalla se encendió frente a nosotros.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Me hizo una señal de silencio. La imagen era oscura… pero se iba aclarando. Era el césped de la universidad. Amanecía.

Dos figuras estaban tendidas en el pasto. La cámara enfocaba desde lejos. Se veía parte de mi cabello.

—¿Pero esto es…?

Entonces vi cómo me levantaba y me iba… y, a los pocos segundos, otra mujer se acostaba al lado de Gabriel.

¿Otra mujer? ¿No había dormido solo? Me confundí.

La grabación cambió de ángulo. La cámara enfocó a la nueva pareja… y entonces lo vi.

No era Gabriel. Era **Damián**.

—Es exactamente lo que parece —dijo con una voz suave—. No fue Gabriel quien estuvo contigo aquella noche… fui yo. Fui yo quien te habló de las estrellas, quien te abrazó… te enamoraste de mí, no de él.

Las lágrimas empezaron a rodar por mi cara.

—¿Pero cómo…? ¿Por qué? Nos mintieron desde el principio…

—Lo sé. A mí me dolió igual al descubrirlo. Nos robaron años, Mel. Años. Pero aquí estamos. Juntos. Y no pienso volver a perderte.

Me besó. Me besó con todo lo que tenía. Y me entregué a él con todo lo que soy.

—Te amo, Valen—susurró contra mis labios.

Y esta vez, no hubo dudas. No hubo distancias.

Solo nosotros dos, en París… comenzando, por fin, desde el lugar correcto.

Capítulo 72

Valentina — La noche donde todo comienza

Escuchar a Damián decir que me ama fue como un estremecimiento que recorrió mi cuerpo entero. Su voz, su mirada, su entrega… borraron cualquier resto de ira que me quedaba hacia Daniela y Gabriel. No era el momento de pensar en ellos. Aquella noche, el mundo había dejado de existir. Solo estábamos él y yo.

Era la primera vez que lo decía en voz alta, *te amo*. Y aunque confieso que no lo necesitaba —porque me lo demuestra cada día con sus actos—, escuchar esas palabras, tan llenas de verdad, me atravesó el alma.

Damián siempre está. Nunca me falla. Su manera de cuidarme, de hacerme sentir importante, amada... es lo que me hace saber que es el hombre correcto.

Junto a él, gané algo que no sabía que deseaba: una familia real. Y en ese momento supe, con absoluta certeza, que lo nuestro era algo único, inevitable. Como si el universo, pese a todo, aún apostara por nosotros.

Fuego contenido

Me atrajo hacia él. Una mano en mi cintura, la otra hundida en mi cabello. Me acercó, mi cuello quedó expuesto y sus labios bajaron con una suavidad abrasadora. Cuando llegó a mi boca, el beso fue profundo, intenso, urgente.

Jadeé. Gemí. Sentí su cuerpo contra el mío, duro, firme, erizado de deseo. Sus labios exigían, sus manos me recorrían con hambre.

Deslicé las manos por sus bíceps, nuestros cuerpos pegados, nuestras lenguas enredadas en un vaivén tan delicioso como

desesperado.

Podría besarlo para siempre. Ya sé qué es eso que me atrapó desde el primer día… ya estábamos enamorados. Solo que no lo sabíamos.

—Te deseo tanto, Valentina… tanto que me duele —susurró en mis labios.

Cerré los ojos.

—Yo también te amo —respondí, y lo sentí temblar.

Un gemido ronco, profundo, surgió de su garganta, y supe que mis palabras lo habían tocado donde más dolía: el alma.

Tomando el control

Me levantó en brazos, mis piernas rodearon su cintura. Me llevó de regreso a la cama y me miró con esos ojos oscuros, hambrientos, deseosos. Sabía lo que estaba pensando: como siempre, quería darme placer antes de pensar en sí mismo.

Pero esta vez, no.

—Ni lo pienses… es mi turno —le dije con decisión.

Se quedó quieto, sorprendido. Pero entendió. Esperó. Sonrió.

—Haz lo que quieras. Soy todo tuyo.

Y eso bastó.

Descubriéndolo todo

Le arranqué la camisa y lo hice sentarse al borde de la cama. Me acomodé sobre él, mis rodillas a cada lado de su cuerpo, y sentí cómo su erección palpitaba bajo mí.

Lo besé con hambre, bajando por su cuello. Cuando ya no pude seguir sobre su cuerpo, me arrodillé en el suelo.

Sus ojos estaban clavados en mí, oscuros, dilatados. Solté su cinturón, bajé sus pantalones y luego su ropa interior, liberándolo por completo.

Jadeó cuando lo toqué. Moví mis manos con lentitud, respirando profundo para reunir valor. Y entonces me incliné… y lo tomé con mi boca.

Gruñó, sus caderas se movieron, apenas, involuntarias. Yo ganaba confianza, me sentía poderosa. Él se dejaba llevar, vencido por el placer. Movía sus manos hacia mi cabello con cuidado, guiándome sin imponerse.

Sus sonidos eran bajos, sensuales, llenos de lujuria contenida. Hasta que su cuerpo tembló, y se deshizo en mi boca.

Me senté sobre mis talones, satisfecha, orgullosa.

—¿Estoy aprobada, señor Castillo?

Me miró con una sonrisa ladeada.

—Me sorprendes… y no me canso de eso.

Él me reclama

Se levantó y me ayudó a incorporarme. Las rodillas me dolían, pero valía cada segundo. Sin decir palabra, comenzó a desnudarme, sus ojos devorando mi cuerpo como si fuera la primera vez.

Me giró de espaldas. Su aliento en mi nuca me hizo temblar. Sus manos tomaron mis senos y los masajearon, mientras su otra mano bajaba hacia mi centro, explorándome con precisión, haciéndome gemir.

Me derretía en sus dedos, su boca en mi cuello, su cuerpo contra el mío. En minutos, el placer creció en mi vientre y explotó en un gemido roto, su nombre escapando de mis labios.

—¿Estás bien, señora Castillo?

Asentí, temblando.

—Entonces… vamos a continuar.

La unión

Me recostó con cuidado, se colocó sobre mí. Sus dedos tocaron mi centro y luego los llevó a su boca. Me estremecí.

—Estás tan lista…

Se deslizó dentro de mí con lentitud, llenándome por completo. Sentí cómo se alineaban nuestros cuerpos, nuestras almas.

—Te amo, Valentina. Nunca lo olvides.

Comenzó a moverse y todo desapareció, menos él. Cada embestida era una declaración. Cada jadeo, una promesa. Me deshacía una y otra vez, atrapada en un torbellino de placer y emoción.

No quería que terminara. No quería que amaneciera.

Esa noche fue nuestra. Entera. Íntima. Eterna.

La madrugada del después

Me desperté más tarde, adolorida, pero feliz. Miré por la ventana: aún estaba oscuro. Miré mi móvil: faltaba para el amanecer.

Pero el malestar regresó. Me levanté sin despertarlo. No quería que volviera con el tema del hospital.

Encendí la luz del baño. Estaba pálida. Respiré hondo, me lavé la cara. Pero no funcionó. Corrí al inodoro, otra vez.

—Esto ya no es normal… —murmuré, apoyándome en la pared.

No quería que el viaje se arruinara. No ahora. No después de todo lo que habíamos vivido. Después de lo que habíamos recuperado.

Volví a la cama. Lo observé. Dormía profundo. Hermoso.

¿Cómo pudieron separarnos? Daniela, Gabriel… todo fue una mentira. ¿Por ego? ¿Por maldad? ¿Por envidia?

Dejé esas preguntas para más tarde. No merecen robarme ni un segundo más.

El nuevo día

Me deslicé bajo el edredón, buscando el calor de su cuerpo. Lo acaricié.

—Hmm… alguien se despertó con intenciones —murmuró, medio dormido—. ¿Desea algo mi señora?

Asentí, sonriendo.

—¿Qué quieres, Valentina?

—A ti…

—Tu deseo es una orden, mi amor.

Me besó, y no hubo mejor forma de comenzar el día. Los primeros rayos del sol se filtraban por la ventana mientras nuestros cuerpos volvían a encontrarse, sin palabras, sin temores. Solo amor, solo deseo, solo nosotros.

Dormimos de nuevo enredados, una vez más, en paz.

Capítulo 73

Lealtad forjada en la guerra

Desde que Damián y Valentina se fueron de viaje, me he centrado en vigilar a Daniela, Gabriel y Renata. No confiamos en ninguno de los tres. Y Damián, aunque a veces puede ser asfixiante con sus exigencias, nunca he sabido decirle que no.

Servimos juntos en el mismo escuadrón. Aquellos años marcaron a fuego nuestro vínculo. Nunca hice distinciones entre los del grupo, pero Damián... él destacaba. En misiones donde escaseaba el agua, bebía menos para que los demás tuvieran más. Cuando todos caíamos rendidos, él seguía en pie. No dormía, apenas descansaba. Era una máquina.

Nunca supe qué lo impulsaba. Tal vez el deber. Tal vez esa necesidad de protegerlo todo, incluso a costa de sí mismo. Pero lo cierto es que fue él quien nos mantuvo con vida.

Una vez, en plena emboscada, nos atacaron desde todas direcciones. La mayoría no lo logró. Yo me perdí entre el fuego cruzado, y mientras los demás alcanzaban el helicóptero de rescate, él regresó por mí. Pasamos la noche en territorio enemigo. Nos dieron por muertos durante semanas. A él, a otro soldado, y a mí. Pero Damián no se rindió. Gracias a él, sigo respirando.

Y no solo me salvó en el campo de batalla. Me salvó también después. Cuando regresamos, lo perdí todo: mi mujer, mi vida. Me sumergí en el alcohol. Damián empezó a contratar exsoldados para trabajar en sus empresas de seguridad, y ahí me tendió la mano otra vez. Me rescató. Por segunda vez.

Desde entonces, soy su sombra. Su hermano. Su leal.

Daniela bajo la lupa

—¿Conseguiste algo sobre la persona que está ayudando a Daniela? —pregunté a uno de los chicos de seguridad—. ¿Quién la está siguiendo?

Un novato levantó la mano. Era joven, pero proactivo.

—Yo. Pero no ha contactado a nadie, salvo a la hermana de la señora Valentina. Se vieron en un restaurante. Luego solo ha ido del centro comercial a casa. Nada más. Aunque pasa mucho tiempo hablando por teléfono...

Vaciló antes de añadir:

—Podría estar mintiendo.

Lo pensé un momento. Podía ser. Pero Damián está convencido de que alguien la está ayudando, y hasta que no tenga pruebas sólidas de lo contrario, no dejaré de seguirla.

—Continúa con la vigilancia, Santiago. Tal vez esté fanfarroneando, pero no quiero que nada se nos escape.

Investigación sobre Renata

Como no avancé con Daniela, me volqué en Renata y su supuesto embarazo. Algo en esa historia inquieta a Damián… y sé que Valentina también necesita claridad.

Primero, busqué en qué hospital pudo haber sido atendida. No fue fácil, con la política de privacidad hospitalaria. Me enfoqué en los hospitales privados cerca de la casa de los padres de Valentina. Gabriel no la llevaría a uno público.

Reducido el número a tres posibles centros, me dirigí al primero.

—Buenos días. Una amiga me dijo que vino a este hospital hace unos días y volvería hoy… pero no logro comunicarme con ella. ¿Podría verificar si está registrada aquí?

—Claro, un momento. ¿Nombre?

—Renata Andrade Novaes.

La recepcionista tecleó unos segundos y negó con la cabeza.

Nada.

Fui al siguiente hospital y repetí la historia.

Ahí sí.

Había sido atendida el día en que discutió con Valentina. Me dieron el nombre del doctor y el horario de sus turnos. Aún no había pedido cita de seguimiento.

Perfecto.

Ahora solo necesitaba acceder a su historial médico.

Infiltración

Valentina podría haber entrado en la red informática, pero estando lejos, me tocaba hacerlo a la antigua.

Llamé a un par de amigos. Necesitaba una distracción en la recepción. Algo que captara la atención de la seguridad mientras yo accedía al consultorio del médico.

Funcionó.

El médico fue advertido de la confusión y salió. Pero dejó la computadora encendida. Perfecto.

Conseguí todo lo que necesitaba.

Regreso con pruebas

Volví a la oficina de Damián con la información en mano. No quería arruinar su viaje, así que solo le mandé un mensaje corto:

"Lo tengo. Cuando regreses, te entrego todo."

Luego fui a ver al señor Castillo, el padre de Damián.

—¿Cómo van las cosas, señor? —pregunté al entrar—. Damián me dejó a su disposición.

Me miró con fastidio.

—Odio estar confinado en esta oficina. No sé cómo se las arregla mi hijo.

Sonreí.

—Piense que es por una buena causa. Damián y Valentina necesitaban tiempo juntos… después de todo lo que ella ha pasado.

—Eso es cierto… No sé cómo una chica tan buena salió de una familia como esa.

Dudé un instante, pero lo dije.

—Ahora que Damián ya le ha contado la verdad, creo que puedo hablar. Tengo una noticia que le encantará a su esposa.

Se le dibujó una sonrisa.

—Vamos, escúpelo.

—Valentina y Damián pasaron una noche juntos hace años. Daniela y Gabriel los engañaron para que nunca supieran con quién habían estado.

El señor Castillo se quedó boquiabierto.

—¿¡Y eso cómo puede ser bueno!? ¡Si se lo cuento a Esther, irá a arrancarle el cabello a Daniela con pinzas y los dientes con tenazas! ¡Ya la odia, imagina si se entera!

—Mi boca es una tumba, señor.

Salí de ahí riendo. Eran una pareja pintoresca, pero inseparables.

Las piezas que faltan

No logré cerrar todos los cabos que Damián me pidió. Lo de Renata... no me sorprendió. Pero Valentina va a necesitar más que

mi palabra.

Y Daniela... todavía no sé cómo lo voy a demostrar. O si siquiera es posible.

Emergencia

Estaba en casa, cambiando canales sin encontrar nada que me interesara, cuando sonó el móvil.

—¿Qué pasa?

—¿Estás viendo las noticias? ¡Pon cualquier canal ahora!

Lo hice.

Y el teléfono casi se me cae de la mano.

—¡Mierda!

Colgué de inmediato y llamé a Damián. No contestó. Insistí. A la tercera respondió.

—Damián, hermano... tienes que volver **ya**. La cosa se puso muy fea. Esta vez, no puedo moverme sin que tú me digas qué hacer.

Capítulo 74

El último amanecer en París

Valentina y yo habíamos pasado una noche maravillosa. Ella estaba más entregada que nunca, incluso me tomó por sorpresa con tanto entusiasmo. Me despertó antes del amanecer, con esa energía que me enloquece, y no, no me voy a quejar. A esa hora, los primeros rayos del sol ya comenzaban a asomarse por las cortinas de la habitación.

—Buenos días, querida esposa —le dije con una sonrisa somnolienta —. Quien te vea así no imaginaría que anoche nos dejamos el alma entre las sábanas.

Ella sonrió con picardía.

Después volvimos a dormir un poco, aunque no por mucho tiempo. Las costumbres no perdonan: el reloj interno del trabajo nos sacó de la cama incluso en París.

—Tengo hambre —murmuró.

—Me lo imagino —respondí, alzando una ceja con una sonrisa—. Pediré el desayuno.

Pero antes de que pudiera tocar el móvil, comenzó a sonar. Era **Iván**. Miré el nombre en la pantalla y resoplé.

—¿Él no duerme?

—Será mejor que respondas. Puede ser importante —dijo Valentina, seria.

Respondí al tercer tono. Y ojalá no lo hubiera hecho. La voz de Iván, agitada, me dejó claro que algo grave había pasado. Lo suficientemente grave como para hacerme volver. Y si él decía que no podía manejarlo solo, era porque realmente no podía.

Colgué y miré a Valentina. Me observaba en silencio, esperando.

Suspiré.

—Tenemos que volver. Iván no quiso dar detalles por teléfono, pero me pidió que regresáramos cuanto antes.

Vi la tristeza fugaz en sus ojos, esa desilusión que intentó esconder detrás de una sonrisa.

—No pasa nada. Sé que estoy casada con un hombre muy importante. Desayunemos y luego nos vamos. Habrá más oportunidades para volver a París.

—Lo siento, cariño. Te lo compensaré, te lo prometo.

Ella empacó sin quejarse, pero yo conocía bien ese silencio. Ese vacío que deja lo que no se dice.

El regreso a casa

Contacté al piloto. Estaría listo en dos horas. Desayunamos y nos dirigimos directamente al aeropuerto.

Valentina no dijo mucho durante el trayecto. Dormitó gran parte del vuelo, mientras yo me retorcía de inquietud. Algo me decía que lo que nos esperaba no era nada fácil.

Horas más tarde aterrizamos. La desperté con una caricia suave.

—Vaya, dormí muchísimo…

—Estuvimos despiertos casi toda la noche. Es normal —le sonreí, aunque la preocupación ya me pesaba en el rostro.

Apenas descendimos, vi a Iván esperándonos con parte del equipo de seguridad. Un grupo numeroso. Demasiado numeroso.

También estaban allí varios coches. Uno, justo al borde de la pista.

—No sé cómo se filtró la información, pero los periodistas ya están por todos lados —explicó Iván—. Trajimos el coche hasta aquí para evitar exponerla.

—Llevaremos a Valentina a casa. No quiero que se vea envuelta en esto.

—¡De ninguna manera! Quiero ayudarte. Sea lo que sea, quiero estar contigo —dijo ella, con una mezcla de angustia y determinación.

Acaricié su rostro, pero Iván fue más rápido.

—Cuñada, créeme, lo mejor ahora es que te quedes en casa. Que esto no te salpique. Tu negocio está comenzando y si te asocian a esto, podría ser aún peor.

Valentina dudó. La vi luchar contra su deseo de estar conmigo… y su sentido común.

—Si es lo mejor para ti, está bien…

Odié verla así. Odié a quien fuera que nos estuviera haciendo esto. Y prometí, ahí mismo, que se lo haría pagar.

La dejamos en casa. También había periodistas apostados allí. Los ignoramos y entramos por el garaje subterráneo.

La bomba mediática

Aunque era tarde, fui directo a la empresa. Y ahí también había más medios. Esto era un infierno.

Ya no quedaban empleados, solo los guardias nocturnos. Iván me esperaba en la oficina, visiblemente tenso.

—Dímelo ya, Iván. Este suspenso me está matando. ¿Qué mierda pasó que tuviste que sacarme de París?

Sin responderme, encendió la pantalla grande.

Y lo vi.

"El poderoso Damián Castillo tiene un pasado muy sospechoso. Sospechoso de asesinato. Las pruebas no son claras, pero hay testimonios, documentos filtrados… Damián Castillo, CEO de la

empresa más influyente del país, está vinculado a la muerte de civiles, familias enteras… ¿el precio del poder?"

Me quedé helado.

—¿Qué demonios es esto?

—Todo está distorsionado. Cada canal dice una cosa diferente, pero los tiempos de publicación coinciden casi al segundo. Como si alguien hubiera orquestado todo a la vez.

Y entonces lo supe.

Ese pasado que durante años traté de redimir… había vuelto a por mí.

El fantasma de la emboscada

—¿Qué te parece? —preguntó Iván, con la voz tensa.

Mi cabeza daba vueltas. Sudaba frío.

—Alguien está tratando de destruirme. Y sabe exactamente dónde golpear.

Iván puso una mano en mi hombro.

—Tú sabes la verdad. No tuviste la culpa. Y lo que están haciendo es pura maldad.

—Eso no es lo que están diciendo las noticias…

—¡No importa lo que digan! ¡Tú hiciste lo imposible por salvarnos!

—Yo era el líder, Iván. Los llevé a esa maldita emboscada. ¿Cómo no va a ser mi culpa?

Él comenzó a caminar de un lado a otro, visiblemente alterado.

—¡Y sin embargo nos salvaste! ¡A mí me salvaste! Esto va más allá de los medios… ¡alguien tiene tus informes psicológicos! ¡Accedieron a material clasificado! —Me miró fijo—. Esto vino de dentro. Alguien que estaba ahí.

Me giré lentamente hacia él.

—¿Estás diciendo que uno de los nuestros… uno de los sobrevivientes… está detrás de esto?

—Es una posibilidad. Y si llego a descubrir quién fue, juro que le saco el corazón con la mano. ¡Está vivo gracias a ti!

—¿Quién de ellos trabaja con nosotros ahora? ¿Aquí o en alguna sucursal?

Iván abrió los brazos, frustrado.

—Contratamos a varios. Tengo que revisar las listas. Pero, ¿por qué harían esto? ¿Por dinero? ¿Por venganza?

—No lo sé. Pero están logrando exactamente lo que quieren.

—

La caída de la imagen pública

Mi imagen estaba destruida. Me estaban llamando asesino en horario estelar.

Todo lo que había construido, todos los esfuerzos por mantenerme fuera de los focos mediáticos, se deshacía ahora con una sola frase:

“Sospechoso de asesinato.”

—¿Y Valentina? —murmuré—. ¿Qué va a pensar cuando vea esto?

Capítulo 75

Damián — Solo quiero volver a casa

Mi mayor preocupación en ese momento no era mi imagen pública ni la reputación de mi empresa.

Era **Valentina**.

¿Qué pensaría de mí cuando viera todo esto? ¿Cómo reaccionaría al verme convertido en un monstruo mediático?

—Iván, ya pensaré en algo, pero lo único que necesito ahora... es a mi esposa —le dije con el corazón en la garganta—. Mi cabeza está hecha un desastre, y ella… ella es la única que consigue darme paz. Me hace sentir ligero incluso cuando el mundo se cae a pedazos.

Iván me miró serio, pero con esa firmeza que siempre ha tenido.

—No vamos a dejar que esto quede así. Te guste o no, vas a tener que actuar. Y si tú no encuentras la forma, **yo la encontraré**.

Sonreí sin humor. Lo conozco. Sé que lo hará. Pero ahora no puedo pensar en estrategias ni en guerras. Solo quiero **estar con Valentina**. Quiero volver a casa, a ese pequeño mundo donde ella existe y todo es más simple.

Salí por una puerta lateral, esquivando como un fugitivo a la prensa hambrienta.

La llamada de Daniela

Cuando iba camino a casa, sonó el móvil.

—¿Hola?

—Qué bueno escuchar tu voz. Así que regresaste… Bueno, la gente necesita respuestas, ¿no? —Era Daniela.

Suspiré. Mi paciencia estaba colgando de un hilo.

—¿Qué quieres, Daniela? No estás en mi lista de personas preferidas y hoy no tengo ganas de fingir.

Su risa fingida y exagerada me hirvió la sangre.

—Imagino que estás furioso. Yo también lo estaría. Pero **te lo advertí**. Te dije que te deshicieras de ella, pero no… tú te vas de viaje. Como si no estuviera todo a punto de explotar…

—¿Me estás diciendo que tienes algo que ver con esto? —Mi voz temblaba, no de miedo, sino de rabia.

—No. Solo dije que **alguien** no estaba feliz. Te lo advertí. Y ahora, esto… esto es **solo el comienzo** —cambió el tono, ahora más seductor—. ¿Qué te parece si vienes a casa? Podemos tomar algo… hablar.

La idea de ir a verla me repugnaba. Pero… ¿y si descubría algo? Iván no había conseguido nada sobre el misterioso aliado de Daniela, y tal vez yo sí pudiera sacarle alguna información.

—Estoy en mi apartamento. La puerta estará abierta. Puedes subir… solo tú.

—No voy a ir —respondí, firme—. ¿Crees que soy un idiota? No voy a caer en tus trampas. Tú y quien sea que esté detrás de esto no lograrán nada.

—¿Estás tan seguro? No quiero hacerte daño, Damián. Solo te quiero a mi lado… pero **él**, no es como yo. No deberías subestimarlo. Y estás poniendo a tu adorable esposa en medio del fuego cruzado. Sería una lástima que algo le pasara… ¿no?

—Si se atreven…

—Te enviaré la dirección. El acceso estará liberado solo para ti. Tú decides.

Colgó con esa maldita naturalidad suya, como si estuviera invitándome a cenar.

Golpeé el volante con ambas manos.

—¡Maldición!

¿No había sido suficiente con todo lo que me arruinó en el pasado? ¿Ahora quería destruir mi presente? ¿Mi futuro con Valentina?

—¿Qué carajos hago...? —murmuré, con la garganta cerrada por la ira y el miedo.

No tenía muchas opciones. Si quería saber quién estaba detrás de esto, **tenía que verla**. Tal vez una pista, una palabra, un gesto... algo que me diera ventaja.

Con el alma hecha nudos, tomé el desvío hacia su apartamento.

Solo rogaba que Valentina estuviera dormida.

Valentina — El corazón en la garganta

Después de que Damián me dejara en casa con esa excusa de Iván, no pude quedarme de brazos cruzados.

Busqué en internet. Y lo que encontré me dejó helada.

Acusaciones, titulares, escándalos.

Todo era mentira. Lo sé. **Damián no sería capaz de hacer daño a una mosca**. Tiene una forma dura de actuar, sí. Es frío con quien lo merece. Pero yo conozco al verdadero él. El que me protege, el que se desvive por mí, el que me sacó de aquella casa incluso antes de saber todo lo que estaba pasando.

Llamé a su móvil. Varias veces. No contestó.

Lo entendí. Debía estar colapsado. Aún así, necesitaba escuchar su voz.

Entonces llamé a **mi suegra**. Ya era tarde, pero confiaba en que estuviera despierta.

—Hola, cariño. Me alegra tanto oírte. Iván me dijo que ya habían vuelto. ¿Están bien?

—Damián me dejó en casa. Supongo que no querían que supiera nada, pero lo vi todo en internet. Estoy preocupada. No sé dónde está ahora.

—Avísame cuando llegue, ¿sí? Y no creas esas cosas horribles que dicen. ¡Mi hijo sufre por ese día hasta hoy! No están contando la historia como fue…

—No hace falta que lo diga, suegra. Yo **confío en él**.

Colgamos. El silencio de Damián me pesaba más que cualquier titular.

Llamé a **Iván**.

—Hola, cuñada. ¿Estás bien? Ya deberías estar dormida.

—No puedo dormir. Necesito saber si Damián está bien. No contesta. Solo quiero escuchar su voz…

Hubo un silencio largo. Demasiado largo.

—¿Iván?

—Es que… hace rato que no estamos juntos. No te preocupes, lo buscaré. Seguro necesitó un respiro, debe haber parado a tomar aire.

Eso no me tranquilizó **en absoluto**.

Empecé a caminar por el apartamento como una sonámbula. Cada rincón me parecía más vacío sin él.

Le dejé varios mensajes. Y justo cuando la ansiedad me estaba matando… **se abrió la puerta**.

Corrí hacia él y lo abracé con fuerza.

—¡¿Dónde estabas?! ¿Sabes lo preocupada que estaba? ¡No vuelvas a desaparecer así! —Le di una palmada en el hombro, al borde del llanto—. ¿Entendiste?

Parecía sorprendido.

—Pensé que estarías durmiendo…

Olía a alcohol. No iba borracho, pero lo había bebido, probablemente para calmarse.

—Debiste haberte quedado en la cama.

—¡Y tú no debiste desaparecer! Llamé a tu madre, a Iván… todos estaban buscándote.

—Ya hablé con Iván. Y mi madre estará dormida. Hablaremos con ella mañana.

Había tenido tiempo de hablar con ellos… pero **no conmigo**.

No quise pensarlo más. Él no lo estaba pasando nada bien, y Iván es su refugio más antiguo.

—Ve a ducharte. Te prepararé algo de comer.

—No hace falta. Quiero que descanses tú también.

—Un sándwich no me costará nada. Ve, que te lo llevo a la habitación.

Sonrió, aunque sin humor. Parecía… **más viejo**, más roto.

—Gracias —me dijo, y me dio un beso en la frente.

Lo vi alejarse, caminando despacio por el pasillo.

El mensaje

Fui a preparar el sándwich. Tomé su chaqueta para llevarla al cuarto de lavado.

Mientras revisaba los bolsillos, encontré su móvil. La pantalla se encendió cuando lo giré.

Y ahí estaba.

Un mensaje en la parte superior:

Daniela: ¿Llegaste bien a casa?

El corazón se me detuvo.

Me faltó el aire.

Cerré los ojos. Traté de pensar con claridad.

Tal vez tenía una explicación.

Quiero creer que la tiene.

Pero, **por Dios**, espero que sea buena…

Capítulo 76

Damián — Cara a cara con Daniela

Entré al edificio con sangre en los ojos. Daniela era la razón por la que no confiaba en nadie. También la que, desde aquella noche, me estaba alejando de la mujer que amo.

La única cosa en la que debía enfocarme era en no matarla.

Subí las escaleras. Apenas abrí la puerta, allí estaba ella, esperándome.

—Buenas noches… me alegro de que hayas venido —su sonrisa me revolvió el estómago—. ¿Quieres una bebida?

—No —le respondí con dureza—. Vine a saber quién está detrás de esto y qué quiere.

Me miró sin expresión, fría como el hielo.

—Una cosa a la vez… ¿Qué tal un whisky? Sé que te gusta.

—Ya dije que no —traté de mantener la calma—. Si no tienes nada que decirme, me voy.

Me tomó del brazo con suavidad y me invitó a sentarme.

Desde que puse un pie allí, me arrepentí amargamente. Solo deseaba estar en casa.

—

—Te advertí que me hicieras caso, pero eres terco… tu felicidad molesta a alguien. Cree que no mereces ser feliz.

Sonó mi celular. Era Valentina. No contesté.

Llamó un par de veces más, luego se rindió.

—¿Y tú qué ganas con esto? —exigí—. ¿Te paga? Pago el triple para que me digas quién es.

—No tiene que ver con dinero —respondió con calma—. Tenemos un objetivo común. Cuando deje de servirte, no te ayudaré más. Él no quiere tu bien. Yo sí, pero a mi lado. Entonces las cosas cambiarán de rumbo.

Dije hasta diez para no romperle la cara.

Daniela siempre fue una cazafortunas. Solo piensa en ella, sin importar el daño que cause.

—¿Quién es esa persona? ¿Por qué hace esto? ¿De verdad fue él quien difundió esas noticias falsas?

—¿Son falsas? Nunca supe los detalles. Podrías acabar con esto ahora mismo: termina ese matrimonio, quédate conmigo. Puedo conseguirte pruebas de que todo es mentira. No quiero que tu imagen se manche —sus palabras solo buscaban interés propio.

Me puse de pie, respiré profundo.

—No voy a acabar con mi relación por amenazas vacías de gente insignificante. No mereces ni respirar el aire que ella respira. Dile a quien sea que no soy un hombre al que se pueda jugar. No suelo perder.

Me dirigí hacia la puerta, sabiendo que necesitaba salir antes de hacer una locura.

—No digas que no te lo advertí —me llamó desde atrás—. ¿Y tu querida Valentina? ¿No piensas en ella? La estás poniendo en el blanco, y ahora todos saben que es tu punto débil. Ella se ha convertido en tu talón de Aquiles. Cualquiera que quiera herirte la usará.

Me giré bruscamente.

—No te atrevas a amenazarla. Solo eres un insecto, alguien de quien me desharía sin problema. No te interpongas en mi camino ni en peleas que no puedes ganar.

Volví a la puerta y me fui.

—

Venir al apartamento de Daniela no sirvió para nada. Solo sé que debo proteger más a Valentina.

Y, aunque duela admitirlo, ella tenía razón.

Valentina es mi punto débil.

Si quien sea que esté detrás de esto lo sabe, solo basta con llegar a ella para lastimarme.

Ya conocemos a varios enemigos. Y otros tantos saben eso.

—

Me dolía la cabeza. Necesitaba un trago, pero nunca aceptaría uno en casa de Daniela, no se sabe lo que puede hacer.

Pasé por un bar. Tomé dos o tres tragos para relajarme un poco.

Iván me llamó para decirme que Valentina me buscaba, estaba angustiada. Dejé el último trago a medias y me fui a casa.

Valentina estaba diferente, como si ya hubiera escuchado algo.

Pero no hizo preguntas.

Solo quería cuidarme.

Me pidió que me duchara mientras preparaba un bocadillo.

Sentí un alivio pasajero.

Sé que tendremos que hablar, pero todo está demasiado fresco.

Solo quiero olvidar.

Quiero que ella me ayude a olvidar.

Apoyé la frente contra los azulejos fríos y dejé que el agua corriera sobre mi cuerpo.

Sentí que unas manos pequeñas me masajeaban la espalda.

—Ni te escuché entrar…

—Era la intención —dije en voz baja.

Su tono cambió, más serio.

Su masaje me hacía olvidar todo, aunque mis preocupaciones fueran enormes.

Mi deseo por ella era infinitamente más fuerte.

—

—Esto es muy bueno —susurré.

—Tu comida se enfriará… pero la recalentaré cuando salgas.

Estaba evasiva.

Me giré y la vi con las manos sobre mi pecho.

—¿Estás bien? Pareces irritada.

Respiré profundo.

—Si es por esas cosas que circulan, yo…

—No es eso —me interrumpió—. Hay algo que me molesta. ¿Dónde estabas? ¿Por qué no respondiste?

Algo en sus ojos decía que no preguntaba por ignorancia.

Necesitaba saber la verdad.

Se veía hermosa, fuerte.

Pero también desnuda frente a mí.

Una distracción bienvenida.

Si quería respuestas, primero debía vestirse.

—

—¿Qué tal si salimos de la ducha? —le propuse.

Me miró dudosa, molesta.

—No puedo darte las respuestas que necesitas si estás así.

Le sonreí, pero no recuperé la sonrisa que amo.

—

Terminamos de ducharnos y fuimos a la recámara.

Ella estaba pensativa, distraída.

No me gustaba verla así.

—¿Qué quieres saber, amor?

Me miró.

—¿Dónde estabas?

—En la empresa. Volvía a casa, pero antes tuve que ir a otro lado.

—¿Relacionado con Daniela?

—Lamentablemente, sí. Ella sabe quién está detrás de todo esto.

Omití la parte donde me amenazó.

No quería preocuparla.

—Ella sabía que regresé. Me llamó y pidió hablar conmigo. Dijo que sabía quién está detrás, pero no dijo nada más. Me enojé y me fui.

Después fui a un bar y tomé unos tragos.

Ella juzgaba mis palabras, intentando descubrir si decía la verdad.

—¿Por qué no contestaste?

—No quería que escucharas que estaba con ella sin poder explicarte.

—¿Eso es todo?

—Sí. No tengo nada que ocultar.

Me acerqué y la abracé.

—

—Ven aquí —le dije.

Ella vino a mis brazos.

Inhalé su olor.

—Ya te dije que no me gusta que hables con ella si yo no estoy. No confío en Daniela. No me gusta ese presentimiento que tengo. Ella ya nos separó una vez.

—No quería molestarte… lo siento.

Besé su cabeza.

—¿Cómo lo supiste? ¿Intervención telefónica? —bromeé.

—Envió un mensaje. No estaba chismoseando. Solo revisaba tus bolsillos y el celular se iluminó.

—Si quieres revisar, adelante. Soy tu marido. No tenemos secretos.

Suspiré.

—

—Vamos, tienes que comer.

Me sentí aliviado de que estuviera de acuerdo.

Sé que esto la ha lastimado.

Tengo suerte de que sea como es.

Capítulo 77

Daniela — Juego de poder y manipulaciones

—¡Maldición! —exclamé, frustrada.

—¿Qué pasó? ¿No lograste llamar su atención? —preguntó él con tono irritado.

—¿Desde cuándo estaba aquí? —me sorprendí—. ¿Por qué no me avisaste? Podríamos haber aprovechado mejor la situación… Imagínate los titulares: *Damián Castillo con su amante, mientras el mundo se derrumba por su pasado*. Seguro sería más efectivo que cualquier cosa que hayas planeado.

Odio que piense que soy idiota. Ya veremos quién es el idiota aquí. No voy a tomar nada en cuenta solo porque él esté cerca de conseguir lo que quiere.

—¿Qué quieres aquí? —le pregunté, con tono frío—. ¿No deberías estar trabajando en tu plan que, según tú, es mucho mejor que el mío? Parece que tienes tiempo de sobra —me fui a la cocina por un vaso de agua y él me siguió.

—Últimamente veo que solo te cuidas a ti mismo —dijo con dureza —. Espero no tener que recordarte por qué estamos haciendo esto. No es solo para que recuperes al novio de tus sueños… Quiero que Damián sufra.

—¡Ya lo sé! —lo interrumpí—. ¡Nunca te cansas de recordármelo! Está esperando que haga todo como él quiere. Idiota.

Él caminaba por el apartamento, mirando cada detalle.

—Nada realmente pasó. Estás perdiendo tu toque… —me sonrió burlón—. Entonces, ¿qué piensas hacer con su visita? ¿Vas a dejarlo pasar así?

Lo miré sin entender.

—Envía un mensaje preguntando si llegó bien. Si tenemos suerte, ella puede terminar viéndolo. Si no pasa nada, también está bien. Avisemos a tu amiguito Gabriel, que seguro se aprovechará de la situación. Dile que estuvo aquí… ¡usa ese cerebro para algo!

Hay algo en lo que tiene razón: siempre tiene buenas ideas, aunque sean para beneficio propio.

—Por la mañana le daré esta noticia, temprano. También le daré algunos consejos para que pueda usarlo a su favor. La idiota de Valentina tiene trauma de traición, si hay algo que la puede hacer dejarlo, es eso. Es su punto débil. Y lo bueno es que también es el punto débil de Damián. Los dos ya fueron traicionados, sintieron ese dolor en la piel. Si hacemos que crean en esa posibilidad, caerán — rió con satisfacción.

—Estoy esperando noticias. No esperes que venga aquí para enterarme. Avísame con anticipación, no me gusta trabajar con alguien en quien no confío.

Salió de mi apartamento. No sé cómo consiguió copia de mi llave, es horrible pensar que puede entrar cuando quiera y saber cosas que no quiero que sepa.

Me acosté pensando en lo enojado que estaba, en todo ese rencor en cada palabra, en la forma en que me dijo que no estaba a la altura de ella…

Mañana es un nuevo día, y si Gabriel está dispuesto a recuperarla, insinuar que Damián y yo podríamos tener algo, al menos debería hacerla dudar.

Gabriel — Jugando sus cartas

Me levanté de buen humor. Los padres de Renata habían decidido por ella y la obligaron a aceptar mis términos. Les dejé claro que no

debían mencionar nada sobre el falso embarazo de Renata, era asunto mío.

Sonó mi celular. Era Daniela. Ella me había ayudado bastante, pero no quería estar en contacto constante con ella, porque Valentina y Daniela no parecen llevarse bien.

—¿Qué quieres? —pregunté serio.

—¿Así le hablas a alguien que te salvó de un engaño con un falso embarazo? —dijo ella, cansada—. Y el día apenas comienza…

—Tengo prisa. Dime de una vez lo que quieres, necesito trabajar.

—Bueno, tengo un buen chisme. ¿Adivina quién estuvo en mi departamento ayer?

—Daniela, dime rápido, no tengo bola de cristal.

—Damián estuvo aquí. Probablemente no se lo contó a Valentina, ella lo llamaba y él no contestó.

—¿Qué? —dije sorprendido.

—Podrías arreglar que esta información llegue a ella. Esto es maravilloso.

—¿Tienes pruebas? Algo que demuestre que estuvo aquí. ¿Una foto? ¿Para qué fue?

—Lo que hacía aquí es asunto mío. Sobre pruebas, le envié un mensaje después de que se fue preguntando si había llegado bien a casa. Pero también hay malas noticias: Damián sabe que fue con Valentina con quien pasó la noche en la universidad. No sé cómo se enteró o por qué hurgó en el pasado, pero lo sabe. O si ella lo sabe, probablemente lo sepa.

—¡Esa es una muy mala noticia!

—Lo sé. Encontraré la manera… —dije frustrado.

El día que empezó bien ya mostraba que no iba a ser fácil. Mi padre estaba de mal humor por no cerrar un trato importante. Como

siempre, la empresa de Damián tenía peso y la empresa que apoyaba siempre ganaba privilegios.

—¿Qué hacías para tardar tanto? —me preguntó.

—Daniela me llamó y me dio información útil.

—No confío en esa mujer… como fingió ayudar a Renata y luego la apuñaló por la espalda, puede hacértelo a ti. No entiendo cómo confías en ella —me dijo, desconfiado como siempre—. Además, el abogado llamó: Valentina está en casa de sus padres y quieren que el abogado esté presente antes de hablar con ella.

—Papá, hablaré con ella en la empresa. Es mi única oportunidad sin Damián presente, él debe estar ocupado con su problema del pasado —dije y salí.

En el camino pensaba cómo abordar el tema, preocupado de que ella supiera que yo no estuve aquel día.

Valentina estaba fuera de la casa, ni sus padres la dejaban entrar.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó—. Ya dije que no es necesario, pero insisten en que el abogado de tu familia esté presente.

—¿Cómo está Renata? —pregunté.

A pesar de todo, aún se preocupaba por su hermana, que no valía nada, y yo me preguntaba cómo pude ser tan idiota.

Empecé a fijarme en ella. Estaba tan diferente, madura, sensual. Ya no llevaba ropa casual, sino un traje elegante. Se notaba un poco más delgada, pero con curvas perfectas.

—Ella está bien, pero desafortunadamente el bebé… —sus ojos se llenaron de lágrimas y tuvo que sujetarse a la pared para no caer. Supe que usar eso para hacerla sentir culpable podría hacer que me dejara acercarme.

Pronto me arrepentí de mis palabras. Valentina palideció.

—¿Mel? ¿Estás bien? ¿Te sientes mal?

—No fue tu culpa… —dijo con voz débil.

De repente, sus guardias se acercaron y comenzaron a preguntar si estaba bien. Maldición, tal vez habría sido mejor decir la verdad. Ella no parecía estar bien.

Pensé rápido cómo darle la vuelta, pero no terminé de decir que Renata perdió al bebé ni que Valentina tenía culpa. Tampoco me dejó terminar ninguna frase.

—Avisa a mis padres que volveré en otro momento. Llamaré para que llamen al abogado. No me siento bien.

—Valentina, yo… —intenté decir algo, pero los guardias me apartaron y la llevaron casi cargada al auto. Parecía no soportar su propio peso.

La vi alejarse y me arrepentí de no haber dicho más. Ahora estaría preocupado por su salud.

Sin pensarlo, me subí al auto y la seguí. Necesito saber si está bien y qué pasó.

Hospital — Espera tensa

La llevaron a un hospital privado. Tal vez ya llamaron a Damián para avisarle. Por eso, evito que me vean; no quiero un escándalo.

Entré detrás de ellos, la subieron a una camilla y entró a la sala de emergencias. Unas enfermeras me impidieron pasar y uno de los guardias hablaba por teléfono.

Estoy seguro de que Damián llegará pronto, pero no pienso irme de aquí.

Capítulo 78

Valentina — Mañana inquietante

Me desperté sintiéndome extraña, con una debilidad que no había sentido antes. Me notaba frágil, como si algo estuviera saliendo de lo común. Tal vez era hora de ir a un médico.

—Buenos días… —dijo Damián, con los ojos hinchados y oscuros de cansancio. Seguramente pasó toda la noche dándole vueltas a lo que haría.

—Buenos días, ¿cómo estás? —le respondí con una sonrisa débil.

Era la primera vez que lo veía tan afectado. Esa noticia lo había golpeado fuerte.

—Sobreviviré —dije, sin poder ocultar lo mucho que me molestaba verlo así—. ¿Quieres hablar? Sé que quizá ya leíste todo…

—Solo si te sientes cómodo y dispuesto —me miró con tristeza—. Confío en ti. Sé que no hiciste nada de lo que están diciendo.

—Ese es el problema, Mel. No todo es mentira —su voz bajó—. ¿Quieres saber la verdad de cómo sucedió todo? —Asentí con atención—. Era líder de uno de los mejores escuadrones. Apenas regresábamos a la base, ya nos enviaban a otra misión. Iván era uno de mis hombres, junto con otros trece. Rápidos, silenciosos… entrábamos y salíamos sin problemas.

Suspiró y bajó la mirada, como si el peso de lo que iba a contarle fuera insoportable.

—El comando recibió información de un grupo terrorista. Nos enviaron a eliminarlos. Era un ataque sorpresa… o eso creíamos. Pero era una emboscada. Quedamos rodeados. Perdimos ocho hombres en minutos. No había forma de defendernos —sus ojos se humedecieron, casi no parecía estar hablando conmigo—. Sabía que si no hacía nada, todos moriríamos, así que intenté darles una

oportunidad a los seis que seguían vivos. Salí disparando, abrí camino y corrimos hacia el helicóptero de apoyo, pero dos no nos siguieron. Volví por ellos: Iván y Benjamín.

Se quedó callado, reviviendo el recuerdo, su mandíbula tensa, los dientes apretados, como a punto de quebrarse.

—Los encontré, pero cuando regresamos al helicóptero ya se había ido. Tuvimos que escondernos, siendo cazados como animales. Nos rastreaban. No podíamos parar. Ya habíamos perdido la esperanza, hasta que conseguimos un teléfono y pude avisar que estábamos vivos. Pero en el intento de rescate, los terroristas nos encontraron de nuevo. Benjamín se quedó atrás y dio su vida por atrasarlos. Corrió hacia ellos con una granada y la hizo explotar, dándonos tiempo para escapar a Iván y a mí.

Finalmente comprendí todo. Pero la verdad que se difundía era distorsionada, como si Damián los hubiera dejado atrás y fuera culpable de esas muertes. Eso no era cierto.

—Soy culpable —dijo—. Era el líder, y debía protegerlos.

—Damián, nada de eso fue tu culpa —le dije con firmeza—. La culpa es de los que te enviaron sin información clara, sin verificar. Solo cumplías órdenes. Regresaste por tus hombres. Iván está vivo gracias a ti. Nada de esto fue culpa tuya.

Por primera vez desde que comenzó a hablar, me miró.

—Esta culpa me persigue —continuó—. Intento redimirme contratando a exsoldados. Es difícil para ellos adaptarse. Necesitan mucho cuidado, consultas… nadie quiere pagar por eso.

—Es noble de tu parte —le dije—. Otra razón para que no tengas nada que redimir. Iván no sería tan leal si fuera diferente.

Me miró con ternura y me besó despacio, largo.

—Si no estuvieras a mi lado… gracias por estar conmigo, Mel. Esto significa mucho.

—Soy tu esposa. Esto viene en el paquete —le respondí sonriendo.

Valentina — La protección de Damián

Damián debía ir a la empresa para aclarar este malentendido. No sé cómo pensaba hacerlo, pero me pidió que me quedara en casa, para protegerme y alejarme de la atención negativa.

—También tengo una empresa allí, ¿lo olvidaste?

—No discutamos. Sé que tus empleados pueden cuidarse solos un tiempo.

Después de debatir, Damián ganó y me quedé en casa.

—Volveré tan pronto pueda. Arreglaré esto —me prometió.

Pensando en todo lo que pasaba, recordé que tenía asuntos pendientes con mis padres. Como no podía trabajar, al menos pondría en orden lo de ellos.

Fui a casa de mis padres, pero no me quisieron abrir. Dijeron que solo hablarían conmigo cuando llegara su abogado.

Poco después llegó Gabriel. Cuando me dijo lo del bebé… no terminó la frase, pero yo supe. Sentí que el corazón me latía acelerado y que me faltaba el aire. También unos cólicos fuertes, muy extraños, porque el medicamento que tomaba impedía un ciclo menstrual normal.

Los de seguridad vieron que no estaba bien, me ayudaron y apartaron a Gabriel. Me llevaron al coche. Todo fue muy rápido. El dolor en el abdomen era intenso. Les pedí que no le dijeran nada a Damián, no quería que se preocupara. Ya tenía suficiente.

—Señora, tenemos que contarle… —empezó a decir uno—. Nos despedirán si descubre que no se lo dijimos.

—Yo también tengo voz aquí —dije con los dientes apretados, tratando de contener el dolor.

—Avisaremos a Iván. Él decidirá qué hacer.

Hospital — Diagnóstico inesperado

Me atendieron rápido. Me llevaron en camilla y me hicieron muchas preguntas que no supe responder.

El médico pidió múltiples pruebas: orina, sangre, presión, electrocardiograma…

Un rato después volvió con los resultados. Los guardias estaban en la puerta. Me dieron una pastilla para el dolor y me recosté a descansar.

—Señora Castillo, ¿cómo se siente? —entró el médico con papeles en la mano—. Vamos a descubrir qué le pasa.

Se puso serio.

—Está severamente anémica. ¿Ha tomado sus vitaminas?

Lo miré sin entender.

—¿Qué vitaminas?

—Las necesarias en un embarazo, importantes para mantener la salud. El bebé absorbe la mayor parte de ellas, por eso la madre puede quedarse sin reservas, lo que causa anemia.

—Un momento, doctor —lo interrumpí, con las manos temblando y el corazón latiendo rápido, casi dolorido—. ¿De qué bebé habla?

Me miró extrañado.

—Señora Castillo, ¿aún no lo sabía? Estoy feliz de informarle que está embarazada. Por las pruebas no podemos saber el tiempo, necesitamos hacer una ecografía urgente. Especialmente por el dolor abdominal. En los primeros meses el embarazo es muy delicado.

Me pidió sentarme en una silla de ruedas que trajo.

Tenía miedo. Nunca imaginé sentirme así. Ni siquiera sabía que estaba embarazada. Seguía tomando mi medicación, no entendía cómo pudo suceder.

Lo que más me aterraba era pensar que podría haber perdido un bebé que ni siquiera sabía que tenía.

Sentí mi cuerpo tenso, mis ojos llenos de lágrimas. ¿Cómo le diría a Damián que perdí a nuestro hijo? Un hijo del que ni siquiera era consciente.

—Cálmese —dijo el médico—. Primero hagamos los exámenes y no saquemos conclusiones apresuradas, ¿de acuerdo?

Asentí con tristeza mientras me llevaba a la sala de ultrasonido.

En silencio, recé para que mi bebé estuviera bien…

Capítulo 79

Damián — La verdad que duele

Esperé a que Iván llegara con alguna buena noticia, pero la realidad era que ni siquiera había relación con el hombre detrás de Daniela. ¿Y por qué ahora? Algo tan antiguo, de un pasado tan lejano.

—La única buena noticia que tengo para ti es que la hermana de Valentina nunca estuvo embarazada —me dijo Iván, mientras me contaba lo que averiguó en el hospital donde la atendieron ese día —. Seguro que Valense sentirá aliviada al saber que ella no tuvo nada que ver con ese pequeño espectáculo que dio su hermana.

—Maldita sea, olvidé eso —respondí con un leve suspiro—. Sé que Valentina está destrozada con todo esto, así que saber eso le quitará un peso de encima.

—Y sobre tu problema, tengo una idea… —Iván siempre tiene buenas ideas, especialmente cuando no puedo pensar con claridad —. Hagamos una rueda de prensa. La verdad puede ser la solución. Las familias a las que ayudaste, los soldados que trabajan con nosotros, los informes sobre esa misión… todo puede favorecerte y mostrar tu lado humano al público. El mundo solo conoce al hombre despiadado en los negocios, pero al menos podrías darles un vistazo de quién eres realmente.

Me gustó la idea, pero no podía exponer a esas personas que sufren aún por la pérdida de sus seres queridos. Revivir esas heridas podría lastimarlos.

—Lo pensaré —le dije—, no estoy seguro de que estén de acuerdo. Esas heridas tardan en sanar, y tocarlas solo duele más.

Nunca les pediría que hicieran algo así, yo mismo sé por lo que estamos pasando.

—Ya me encargué —me aseguró—. Pregunté a todos los que trabajan para nosotros y la respuesta fue la misma: nadie se negará,

te lo garantizo. Y nunca dejaría a un amigo solo.

Desde que volvimos del ejército, Iván y yo nos hemos apoyado sin importar qué. Lo encontré un día deambulando, bebiendo sin control tras descubrir a su esposa con otro hombre. Se rindió, no trabajaba, vivía de unos pocos dólares para comprar alcohol. Sé que fue la mejor decisión ayudarlo entonces. Él me inspiró a ayudar a otros, porque sabía que podrían estar en una situación igual o peor.

—Iván, deberías haber esperado —le dije—. No quiero que se sientan presionados.

—Sabía que me vencerías con ese cuento, así que seguí adelante. Y adivina qué: todos están en camino y la rueda de prensa es en unas horas, ¡todo listo! —Sonrió—. Cuando dije que si no hacías nada, yo lo haría, lo decía en serio. Nunca te dejaremos solo, tú nunca nos dejaste.

Recogió unos papeles de la mesa.

—Aquí está todo. Solo tienes que seguir el guion, filtraré las preguntas y dejaré solo las importantes que expliquen toda la situación. ¡Fin de la historia!

Ya lo había pensado todo. Incluso mandó a buscar a los que viven lejos, incluyendo a uno de nuestros superiores.

Podría funcionar… eso esperaba. Había cargado con esta culpa durante años, y todo esto solo la hacía más pesada.

Damián — La rueda de prensa

Tiempo después, los periodistas se reunían en la sala donde años atrás anuncié mi compromiso.

Estaba nervioso, como si fuera la primera vez que hacía algo así. En realidad, lo era.

—Es hora —dijo Iván al entrar en la habitación lateral donde esperaba hasta que todos estuvieran presentes—. No te preocupes,

seguro que todo saldrá bien.

Damián — Exponer la verdad

Entré y me cegaron los flashes. Vi a mis hombres y a algunos familiares de los que he ayudado durante estos años. También estaban mi superior y los sobrevivientes de aquella misión.

Sentí una mezcla de emoción y alivio. Significaba mucho para mí que estuvieran ahí.

—Muy buenas tardes —comencé—. Todos saben por qué estamos aquí. Recientemente se publicaron noticias que no son verdad. —Tomé aire—. Si fuera solo por mí, ni siquiera estaría aquí. No me gusta hablar de esto, pero me insistieron.

—¿Son ciertos los rumores sobre las muertes? —preguntó uno de los periodistas.

—Sí —respondí firme—. No sé cuánto saben sobre el ejército o los escuadrones especiales. Mi escuadrón hacía ese tipo de misiones. Lamentablemente, las bajas son inevitables a veces. Fuimos emboscados y mi error, que asumo, fue no darme cuenta antes de la trampa. Pero recibimos órdenes, no podemos elegir a dónde ir. Yo era el líder y lamento mucho esas pérdidas.

—¿Quiénes son esas personas? —preguntó otro señalando a los invitados.

—Son los hombres que sobrevivieron, familiares de los que murieron, y mi superior en esa misión.

—¿Van a hablar?

—Si se sienten cómodos y creen que deben hacerlo, sí.

Después de explicar más y responder preguntas, todos pidieron hablar. Me dieron su apoyo, contaron lo que he estado haciendo desde entonces: ayudar a familias, ofrecer trabajo, educación a los hijos de los caídos.

Ninguno me culpó. Lo que más me conmovió fue Iván. Ahí supe que tendría un amigo para toda la vida.

Damián — Apoyo y noticias preocupantes

Mi superior anunció que abriría una investigación para descubrir quién difundió esa información tergiversada. Son asuntos confidenciales que no debieron filtrarse, mucho menos para dañar a alguien que solo intentaba ayudar.

Tras la rueda de prensa, agradecí a todos, incluso a los que vinieron desde lejos.

Mis padres me esperaban a la salida. Sonreían.

—Ay, querido, te dije que no tenías nada que reprocharte —me dijo mi madre, abrazándome—. Siempre supe que tienes un gran corazón.

—Estoy orgulloso de ti, hijo —dijo mi padre—. ¿Dónde está Valentina?

—Me costó convencerla para que se quedara en casa —respondí—. No quería que esta historia afectara su empresa, que aún no es sólida. No necesita atención negativa.

Vi a Iván un poco más lejos, preocupado, gesticulando frenéticamente con el celular.

—Parece grave —dije.

Colgó cuando me acerqué, con los ojos abiertos de par en par. Yo entrecerré los míos.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Es Valentina —dijo con vacilación—. Salió un rato después de ti. Fue a casa de sus padres. Dijeron que Gabriel llegó poco después.

No saben qué pasó ni de qué hablaron, pero ella empezó a sentirse mal… —Sentí una punzada en el pecho—. Está en el hospital.

—¡Vamos! —grité.

No tuve que decir nada más. Lo seguí hasta el auto.

Damián — Carrera hacia el hospital

Salí derrapando mientras Iván hablaba por teléfono. No respeté las normas de tránsito y casi cause un accidente.

—¡Cálmate, tenemos que llegar vivos! —me advirtió Iván.

Corrimos a recepción, preguntamos por ella y tomamos el camino hasta la habitación.

Para mi sorpresa, en la puerta había alguien tratando de pasar la seguridad.

—¡Voy a matarte! —exploté.

Le di un puñetazo en la cara y lo hice retroceder. Me lancé otra vez sobre él, golpeándolo hasta que entendió.

—Si le pasa algo, te juro que morirás —le advertí con furia.

Iván me apartó. Le sangraba la boca, pero él solo me sonrió.

¡Él solo puede estar deseando la muerte!

Capítulo 80

Valentina — El descubrimiento

Me dolía el corazón. Nunca imaginé que ser madre sería algo tan inmediato, como un golpe instantáneo. Apenas supe que existía ese bebé y ya temía por su vida, sentía un pavor profundo por perderlo.

Fuimos en silencio a la sala de ecografías, donde una médico muy atenta y amable nos esperaba.

—¿Vamos a comprobar la salud de su bebé? —me preguntó sonriendo—. El gel es un poco frío, ¿está bien?

Asentí, sin palabras.

Había olvidado cómo hablar; sólo quería saber si el bebé estaba bien, porque esta incertidumbre me estaba consumiendo. El médico aplicó el gel y acercó el dispositivo a mi barriga.

—Ah... aquí está...

El sonido del latido de su corazón llenó la habitación. Era rápido, fuerte. Mi llanto brotó de inmediato, y mi sonrisa se extendió hasta no caber en mí. Soy madre...

—¿Cómo está la salud de su bebé? —pregunté con voz temblorosa —. ¿Está bien?

—Aquí están los bracitos —me mostró la pantalla—. Aquí las dos piernas, la columna vertebral, el cráneo... todo está perfecto. Los latidos son buenos y fuertes.

Para ser honesta, no veía mucho, sólo una pequeña bola que se movía. Pero supe que estaba genial. Tenía diez semanas de gestación.

—Ya deberías estar tomando vitaminas —continuó la doctora—. Por la anemia, tendrás que cuidarte el doble.

—¿Anemia? —no entendía—. No dejé de tomar las pastillas.

—Hay muchos factores —me tranquilizó—, pero lo importante es que cuides tu embarazo y a tu bebé. Todo saldrá bien.

Al terminar, el médico me acompañó fuera de la sala.

—¿Estás más tranquila ahora?

—Sí —sonreí—. Estoy sorprendida, pero aliviada. No sabía que estaba embarazada, pero ya siento que mi corazón se ha triplicado de tamaño. No puedo dejar de tocarme la barriga.

Pensé en cómo una vida crecía dentro de mí, que yo era todo para ese pequeño ser. Imaginé si sería un niño fuerte y hermoso como Damián o una niña inteligente y dulce, y ya me veía comprándole lazos de colores.

Valentina — Alta médica y secreto

Volvimos a la habitación y el médico dijo que me darían todas las vitaminas necesarias.

—Felicitaciones, señora Castillo —me dijo—. Me alegra que el bebé esté bien. Te daré de alta pronto, pero quiero vigilarte al menos 24 horas, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, doctor. Hay algo que quisiera pedirle... —lo miré con seriedad—. Quiero sorprender a mi esposo. Si él viene, por favor, no le diga nada del embarazo.

El médico asintió con una sonrisa comprensiva.

—No se preocupe, será nuestro secreto. Ahora descansa.

Estaba demasiado emocionada para dormir, pero después de un rato sonriendo como tonta en la cama, me quedé dormida.

Valentina — La pelea inesperada

Me desperté con un grito en la puerta.

Me levanté y abrí, encontrándome con Damián y Gabriel peleándose.

—¡Basta! —grité—. ¿Qué son, dos adolescentes?

El caos se desató: seguridad, médicos, Iván… pero al oír mi voz, se detuvieron.

Gabriel tenía la boca sangrando y un corte sobre la ceja. Damián, mejor, sólo un corte en el labio. Ambos con las caras rojas, seguro que tendrían moretones más tarde.

—¿Se están volviendo locos? —volví a gritar—. Gabriel, quería matarte por tocar a mi esposo, pero no es así como se arreglan las cosas.

—Mel... —empezó Gabriel.

Damián lo fulminó con la mirada, puro odio. Él era el único que podía llamarme "Mel".

—No quiero hablar contigo, Gabriel. Ya te pedí que no me llames así. Vete antes de causar más problemas.

—No hice escándalo, solo quería saber si estabas bien. ¡Tu esposo es un descontrolado!

Quise mantener la calma; no quería que mi bebé sintiera esta tensión.

—Estoy bien. Si no tienes más, puedes irte —le dije—. Damián, vamos a la habitación; aún no me han dado de alta.

Iván entró con nosotros.

—Oye, cuñada, ¿estás bien? ¿Qué pasó?

Yo también quería saber qué había pasado en ese pasillo para que los dos actuaran así.

—Damián, ¿por qué estaban peleando con Gabriel?

Miró a todos lados menos a mí, claramente avergonzado. Era vergonzoso para dos hombres adultos.

—No pude contenerme cuando dijeron que él era el responsable de que te pusieras mal —explicó—. Los guardias no saben qué te dijo

él, pero fue después de que hablaron que todo pasó.

Él tenía razón, pero no quería que Damián se rebajara así. Damián es un hombre elegante, sabe pelear bien, pero Gabriel ni merece su enojo.

—Sé que te preocupas, pero por favor no hagas esto más —le pedí —. No pierdas el tiempo.

—¿Y cómo estás? —preguntó Gabriel, mirando a mí.

Quise gritar que estaba bien, que estaba embarazada, pero quería que fuera un momento especial, algo que recordáramos siempre.

—Estoy bien. Fue un ataque de nervios. Descubrí que tengo anemia, por eso la debilidad y las náuseas. El médico me dio vitaminas. Estaré bien.

—Qué bien, cuñada. Damián casi nos mata de camino, no nos vuelvas a dar sustos así.

Valentina — La llegada de los suegros

De repente, la puerta se abrió. Mi suegra, muy preocupada, y mi suegro entraron, sorprendidos al ver a Damián.

—¿Qué pasó? —preguntó mi suegro, viendo a su hijo.

Mi suegra corrió hacia mí y me abrazó.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Dónde está el médico? Quiero hablar con él ahora mismo.

—Estoy bien —respondí—. Sólo nervios. Me enteré de que mi hermana perdió el bebé... estoy muy triste y...

—¡Espera! —interrumpió Iván—. Con toda esta confusión, no mencionamos algo importante...

Miró a Damián, que se acercó a mí.

—Mel, tu hermana nunca estuvo embarazada —dijo—. Todo fue una mentira. El bebé nunca existió.

Me costó asimilarlo.

—¿Entonces nunca perdió al bebé? ¿Por qué hizo ese espectáculo? ¿Por qué Gabriel no me lo dijo? Él hablaba del embarazo cuando me puse mal. Pensé que ella... Dios mío, ¿qué clase de monstruo es mi hermana?

—No sé qué decirte —respondió Damián—, pero no tienes que sentir culpa. No hiciste nada.

Sentí alivio, pero no felicidad. No podía creer que Renata fuera capaz de tanto: armar una escena para culparme de la muerte de un hijo que ni siquiera existía.

—Mel, no te estreses. Siéntate un rato —me ayudó mi suegra.

—¿Cómo saben todo esto?

—Me enteré en el viaje. Los documentos están con Damián —explicó Iván—. Siento no haberte avisado antes, han pasado tantas cosas...

Les dije que debía quedarme al menos 24 horas, según el médico.

Valentina y Damián — Decisiones difíciles

Iván y mis suegros se fueron tiempo después. Damián necesitaba puntos en la boca; el corte era profundo.

—Necesito un favor —me dijo, serio—. Quiero que te deshagas de Gabriel y su familia. Que los elimines de tus negocios. Yo te di lo que necesitas para eso, y ahora quiero que los alejes.

Miré sus ojos.

—¿Una oportunidad?

—Sí —asentó—. Dale una oportunidad al padre de Gabriel, que nos ayudó. Gabriel fue quien hizo todo este desastre, no su padre.

—Está bien —respondí.

—Quiero que le digas que devuelva las acciones a cambio de que guardemos silencio. Ya es hora de hacer algo, y debemos atacar donde más duele: en el bolsillo.

Capítulo 81

Damián — Reflexiones y certezas

No entendía muy bien qué quería Mel, pero fuera lo que fuera, estaba claro que estaba enfadada porque Gabriel le había ocultado que su hermana no estaba embarazada.

Ese idiota seguro no le diría la verdad, para que ella sufriera. Probablemente le hizo creer que Renata había perdido al bebé.

—Esto es lo que pienso —dijo Valentina—. Quiero cerrar esta página de mi vida de una vez por todas. Estoy cansada de cargar rencores. Tu madre tiene razón: esa no soy yo, eso es lo que moldearon con ira. Estoy harta de dejar que manipulen mi vida.

Mi madre es lo máximo, ella lo logró.

—Necesitamos sacar a esta gente de nuestras vidas para siempre. Salomón me ayudó a descubrir quién es mi verdadera madre, pero sigue interfiriendo en tu negocio. Organiza una reunión, muestra las pruebas que tienes. Estoy segura de que será mejor que te entregue su parte antes de perderlo todo e ir a la cárcel.

Ella tenía razón.

Valentina es una mujer muy inteligente. En pocas semanas su empresa ha sido un éxito total. Aún le queda mucho camino, pero ya es completamente independiente.

Mi miedo al usar esta información era que alguien supiera que había venido de ella, que fuera su mano la que la consiguió. No quería que Valentina sufriera por eso.

—Mel, ¿y si él se imagina que esto vino de ti? Hace años que quiero deshacerme de ese tipo. No tienes idea, pero no quiero que te pase nada malo.

—Podría pensarlo, pero le prometió a mi madre que cuidaría de mí. Puedo estar equivocada, pero vi mucha emoción en sus ojos cuando

lo mencionó, y te garantizo que nadie se dio cuenta. ¿Todavía no confías en mis habilidades? —le sonreí.

Esta mujer me sorprendía más que nada en la vida. Todavía me cuesta creer que haga todo esto, con esa carita de princesita.

—Estoy de acuerdo. Yo también quiero dejar el pasado atrás, quiero a esta gente lejos de nosotros, lejos de ti.

Damián — Vigilancia y hospital

Terminé durmiendo en el hospital junto a ella. Nunca la dejaría sola.

Tenía muchas ganas de llevarla a casa, pero ella insistió en quedarse. Había muchas vitaminas en su mesita de noche, y estaba tan feliz que ni parecía estar en un hospital. Tal vez era el peso que se le quitó de encima cuando supo la verdad sobre su hermana.

Al día siguiente estaba radiante. Pedí que le trajeran ropa limpia, se duchó, y se veía hermosa, ligera... no logro explicarlo.

Fuimos a la empresa. Ella dijo que necesitaba resolver cosas allí; había estado fuera desde el viaje y no podía esperar más.

—Está bien, cariño, ¿te veo en el almuerzo? —pregunté, ya extrañándola.

—En realidad, voy a casa de mis padres —se entristeció un poco—. Yo también necesito pasar página. Seguir con nuestras vidas sin peso, sin nada del pasado que arruine nuestra felicidad.

—Está bien, avísame si quieres que vaya contigo, ¿de acuerdo? No quiero estar lejos en caso de que algo pase. Me sentí mal por no estar allí ayer.

—Hablando de ayer, en casa hablaremos de la rueda de prensa y de la buena repercusión que está teniendo esto. Felicidades, he leído las noticias, ¡todo salió bien! —Me dio un beso y se fue feliz y sonriente.

Pasé la mañana observando la reacción de la prensa, y Valentenía razón, estaban entusiasmados conmigo.

No me gusta esa exposición pública sobre las cosas que hago con las personas, pero sus testimonios realmente ayudaron.

Damián — Reunión con Iván

Horas después, Iván entró a mi oficina, serio.

—Vi que todo salió muy bien. Me alegro de haberlo logrado. Dije que no dejaría que empañaran tu imagen.

No lucía su sonrisa habitual, ni siquiera bromeaba.

—No pareces tan feliz. ¿Tienes algún problema? —pregunté.

—No, solo hay una chica que ha sido una espina en mi costado —me sonreí—. No es que... es muy molesta y nos hemos estado viendo mucho estos días.

—¿Tendré una cuñada? —hizo una mueca—. Iván, es hora de que vuelvas a vivir. Soy tu amigo y jefe, pero prácticamente vives solo para esto... ¡no está bien!

—Eso no es cierto, yo también salgo a divertirme, lo sabes —negó con la cabeza—. Además, no he encontrado a nadie que valga la pena. La última me mató antes de que yo estuviera realmente muerto y se casó con otro. He tenido mi cuota de amor —perdió la mirada un momento—. ¿Necesitas algo?

Siempre cambia de tema cuando habla de él.

—Sí, quiero que arregles una reunión con el señor Novaes. Pídele que venga. ¡Hoy nos libramos de otro problema! —Iván me sonrió, ya entendía lo que quería.

—¿Vas a usar la evidencia que nos dio Valentina?

Asentí.

—Esa mujer es la mejor, gracias al cielo tienes una pareja así. Arreglemos la reunión, le pediré al abogado que prepare los documentos para evitar problemas.

Suspiró.

—¿Y si te acusa de chantaje?

—No lo había pensado. Dejemos todo entre líneas, sin decirlo abiertamente. Le compro las acciones, mejor que él me las dé como si no valieran nada. Recuperaré lo que pagué en pocos días.

—Perfecto —se fue a preparar todo—. Prefiero que la reunión sea aquí, en su empresa las cámaras son nuestras.

Damián — El encuentro con Salomón

Quise dejar a Valentina fuera de esto. No quería sospechas. Sé que ella querría estar presente, pero pensé que lo mejor era encargármelo solo.

Tiempo después llegó Salomón. No parecía contento.

—¿Crees que puedes obligarme a venir cuando quieras? También tengo un negocio que administrar. ¡Habla!

—Bueno... si quieres compañía, te sugiero que me escuches —dije.

Sus ojos se abrieron y se sentó.

—Hace tiempo que te pido que me vendas las acciones. Nunca aceptaste. He investigado mucho, también a tu empresa. Sabes que no soy un hombre al que le gusta perder.

—¿Investigando? ¿Con qué derecho?

Se puso de pie, imaginando lo que venía.

—Descubrí fraude, evasión, malversación... y tengo pruebas —tiré la carpeta con todo lo que Valentina obtuvo—. Está todo aquí. Si esto

sale, tendrás que liquidar tu empresa y no pagarás ni la mitad de lo que debes.

Revisó los documentos, hojeando hoja por hoja.

—¿Qué harás con esto? —me miró desafiante.

—Eso depende de ti. Solo quiero mis acciones. Si accedes a vender, seguirás con tus marramucias lejos de mí y mi empresa. O... una lástima que una empresa tan antigua tenga que cerrar.

Se puso rojo, furioso.

—Prepara los documentos. Ganaste.

—Ya están listos —sonreí—. Para que veas lo bueno que soy, pagaré por ellas, no las tomo sin más.

—No das puntada sin dedal, ¿verdad? ¡Felicidades!

Le di los documentos y pedí que hicieran la transferencia. Legal, compra formal.

Cuando lo vi firmar, me sentí libre, como si me quitara un peso de encima. Gabriel fue la razón de gran parte de mi infelicidad. No quería nada con esa familia, y gracias a Valentina, lo logré.

Se fue, esta vez para siempre. ¡Salomón Novaes nunca volvería a mi empresa!

Respiré aliviado y esbocé una sonrisa. Quería agradecerle.

Damián — El gesto

Pedí que enviaran flores a mi oficina. Tan pronto como llegaron, bajé corriendo. Sabía que ella aún trabajaba.

Tomé el ramo de girasoles que tanto le gusta y bajé a dárselo.

El ascensor se abrió y la vi, de espaldas, hablando con un empleado. Me acerqué, y todos se giraron sorprendidos.

Cuando me vio, se dio la vuelta y la besé.

—¡Damián! —casi gritó al soltarme—. ¿Qué haces? —sus ojos recorrieron a la gente.

—¡Agradeciendo a mi esposa! —dije alto y claro para que todos lo oyeran. Me encantó verla roja de vergüenza.

—Todavía amo cómo te hago sonrojar —susurré solo para ella.

Recibí una palmadita y me arrastró a su oficina, frente a una explosión de aplausos.

Capítulo 82

Valentina — La confesión en la oficina

—¡Tú estás loca! —Me dio mucha vergüenza toda la escena que hizo, pero debo admitir que no estaba enojada, me encantó.— Ellos no sabían...

—Por eso, ya era hora. Y puedo ver esa sonrisita ahí, ¡sé que te gustó! —Me sonrió para detener el tráfico, seguro de sí mismo.— La verdad es que vine a agradecerte, por fin me libré de esa familia y te lo debo a ti... —Me miró con una intensidad que hizo que mi temperatura subiera a cuarenta y cinco grados.

—Ojalá hubiera estado contigo, ¿por qué no les pediste que me llamaran? —Damián tiene la costumbre de querer protegerme de todo. Es lindo, pero también bastante molesto a veces.

Hablamos un poco más en mi oficina. Me contó cómo fueron las cosas con Salomón, cómo reaccionó y todo.

Al principio quería vengarme, sí, quería ver caer a esa familia, pero él, según me dijo, fue quien ayudó a mi madre, quien realmente la amaba y también quien me dijo la verdad. No quiero hacerle daño. Lo único que quiero es que Damián lo saque de la empresa.

Valentina — Enfrentando su pasado

Hoy yo también tenía algo que enfrentar, algo que debí eliminar de mi vida hace mucho tiempo… "mi familia".

—¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo? —preguntó Damián preocupado.— Cada vez que vas a ese lugar te acaba pasando algo.

—Esto es algo que realmente necesito enfrentar por mi cuenta — respondí.

Durante años he pensado en las razones por las que me trataron tan diferente. Renata y Marta, mi hermana y mi madrastra, pueden incluso tener razón sobre que no soy de su sangre, pero ¿y mi padre? ¿Por qué? No soy hija de este matrimonio, pero sigo siendo hija. Tengo su sangre corriendo por mis venas. Entonces, ¿por qué nunca me amó?

Le pedí a Mike que les avisara que iría hoy, para que tuvieran tiempo de tener a su abogado a su lado cuando dijera todo.

Siempre fui una extraña para ellos y ahora no sería diferente.

Valentina — La confrontación

Dejé la empresa un tiempo después de que Damián regresara a su oficina. Tenía mucho que decir, especialmente a Renata. No entiendo su enfado conmigo, cuando siempre he hecho todo por ella.

En el camino pensé en todo lo que me dijo mi suegra, en todo lo que he vivido en esa casa, en todo el daño que me hicieron, y pensé en el niño que crece dentro de mí.

—Nunca sabrás lo que es no ser amado, mi amor... —frotar mi vientre se ha convertido en un hábito. Tendré que encontrar la manera de decírselo a Damián pronto, de una manera hermosa, o muy pronto puede darse cuenta.

Llegué a casa de mis padres y ya me estaban esperando con el abogado, con Renata y Gabriel. Yo entré, pero los guardias se quedaron en la puerta. Sinceramente, no sé si estoy a salvo con ellos, y ahora tengo una vida que pensar, y no es la mía.

Renata me miraba con un desprecio casi palpable y fue la primera en hablar.

—Bueno… estamos todos aquí, ¿qué quieres? ¿Qué vas a hacer? — Su voz no ocultaba el desprecio.

—Solo quiero hablar con mi padre a solas —me volví hacia él. Estaba algo sorprendido, pero pronto sus facciones se endurecieron.— Y el abogado puede quedarse. Sé que no querría hablar sin compañía, no serviría de nada insistir en lo contrario.

—¡No! ¡No hablarás con él a solas! No tienes derecho a llegar exigiendo nada... —Marta se levantó de inmediato.— No lo permitiré, terminará matando a mi esposo de tanta pena.

—¡Ya basta! —dijo él, haciendo callar a su esposa.— ¡Salgan todos! —me miró como siempre.— El abogado también, lo llamaré cuando sea necesario.

Valentina — La conversación con su padre

Yo misma estaba sorprendida, pero tampoco lo dejé pasar.

Tan pronto como todos se fueron, nos miramos fijamente un rato. Él rompió el silencio.

—Has cambiado mucho —me dijo.— Me recuerdas mucho a tu madre. Te volviste aún más como ella después de casarte.

—Tengo una foto de ella para probarlo. Me hubiera gustado que estuviera aquí, pero lamentablemente lo hiciste imposible —él asintió levemente.— ¿Por qué? No puedo entender.

No parecía entender, así que fui más directa.

—¿Por qué te casaste con ella si no la amabas? —Necesitaba saberlo, sin importar lo que me dijeran, quería oírlo de él.

—Tu madre era una mujer excepcional, como tú: inteligente, dueña de sí misma, independiente, pero como huérfana era inocente con los hombres. Ni siquiera vio que su mejor amigo estaba enamorado de ella —suspiró.— Aproveché que ella no sabía para cortejarla, sabía que pronto estaría conmigo. Era hermosa, mirarte es como mirarla a ella. Estaba celoso de Salomón. No quería que la siguiera

viendo, pero como mujer independiente, ella lo hizo, aunque cada vez menos. Eso me molestaba...

No lo interrumpí, quería saber.

—Ella ya tenía todo cuando nos casamos. Trabajó mucho desde joven y tenía su terreno, construyó una casa que fuimos ampliando. Marta era una antigua novia, siempre encima de mí, y a veces no sabía decir que no —la ira me consumió, pero dejé que siguiera.— Un día la pillé con Salomón, besándose. Sé que probablemente él la besó, pero ella también tuvo culpa. Le pedí que no se acercara, pero era terca. Empecé a volverme loco. Siempre estaba con mujeres, no paraba en casa, sobre todo con Marta. Cuando tu madre quedó embarazada, Marta comentó que tal vez no era mío, sino de Salomón. Tenía sentido, él siempre la rodeaba, eso me enojaba aún más.

—¿Así que la descuidaste porque crees que no soy tu hija? —pensé que no podía doler más, pero siempre empeora.

—No sabía que el embarazo era así. Pensé que hacía drama para llamar la atención. No imaginé que fuera serio... —Y Marta debe haber hablado mal de mi madre aún más, para conseguir lo que quería.— Tu madre era terca y aún cerca de la muerte, no mostraba dolor. Marta decía que el embarazo no era enfermedad y que ese bebé ni siquiera era mío, que no debía preocuparme...

—¿Y por qué todo ese odio? ¿Por qué odiarme? ¿Por qué no me dejaste ir? Sé que Salomón quería adoptarme, ¿por qué no lo hiciste?

—Porque, de una manera torcida y enfermiza, era una forma de tener a tu madre cerca. Me recordabas a ella.

Lloraba imaginando cuánto sufrió mi madre, y todo por culpa de esa víbora que era mi padre.

—¿Y sigues pensando que no soy tu hija?

—Dejé de pensar que no era hija de Salomón cuando no impidió que tú y Gabriel estuvieran juntos. Si fueras su hermana, nunca lo permitiría.

—Entiendo.

—Pero, ¿cómo deshacerme de años de ira? Para mí fuiste la mayor prueba de vergüenza, de traición... y de repente no lo eras. Pero ya no pude retroceder.

Claro que él tenía la culpa. Mi padre era un hombre terrible. Me da asco que su sangre se mezcle con la mía. Pero la gran actriz, al igual que su hija, es Marta. A ninguno le importa nada ni nadie, solo ellos.

La única víctima en toda esta historia fue mi madre.

—Bueno, gracias por decírmelo —dije secándome las lágrimas.— Es esclarecedor.

—Eres idéntica a ella, pero también muy parecida a mí: fría, dura, eso veo ahora.

—¡No! ¡No tengo nada de ti! Solo la sangre que no puedo cambiar, ¡pero no me parezco en nada a ti! —No quería parecerme a ese hombre. Eso reafirmó lo que debía hacer.— Si quieres llamar a los demás, tenemos que resolver esto de una vez por todas. He desperdiciado demasiado tiempo aquí y no pienso seguir así.

—Los llamaré.

Capítulo 83

Confrontación en la casa familiar

Todos regresaron a la habitación. Los ojos de Renata y su madre podrían matarme si fueran armas. No puedo entender por qué me odian tanto.

—¿Y ahora, Valentina? ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a quitarnos la casa como hiciste con mi hijo? —¿Cómo puede ser tan descarada?

—¿De qué hijo hablas? ¿El que nunca existió y trataste de echarme la culpa por un aborto falso? —Ella y Gabriel abrieron los ojos de par en par.— Sí, sé la verdad. ¿Qué pensaste? ¿Que mi esposo te dejaría culparme sin investigar? —Me reí en voz alta.— No… Damián jamás permitiría semejante descaro contra mí.

Ella no supo qué contestar, se quedó muda, con los ojos rojos de ira, el rostro distorsionado.

—¿Estás feliz? ¡Finalmente lograste separarme de Gabriel! —Se levantó furiosa.— ¡Todo es tu culpa! Un gusanito como tú nunca debería haber llegado a ninguna parte, pero todos caen a tus pies como si fueras una princesa de cuento de hadas, con esos ojitos inocentes y esa manía de ser amable. Me das asco. Manipulas a la gente para que te ame con esa cara de santidad, pero sé que no vales nada. ¡Solo estás casada ahora porque querías vengarte de nosotros! —Me gritó furiosa.

—¿Entonces querías que me quedara callada mientras me echabas la culpa de todo lo que inventas? ¡La única víbora manipuladora aquí eres tú! Empezaste todo. ¿Sabes qué es peor? Que nunca te hice nada para que me odiaras tanto. Te perdiste en tu propia envidia, dejaste de vivir tu vida solo para arruinar la mía, y todavía me culpas por ello. —Solté una risa sarcástica.— ¡Si quieres culpar a alguien de tus desgracias, cúlpate a ti misma! Porque tú eras la única culpable. ¡Deberías haberme dejado en paz! —Me volví hacia el abogado.—

Antes de que se me olvide… quiero el collar que perteneció a mi madre, y lo quiero ahora mismo.

Renata palideció y Gabriel tuvo que sostenerla para que no se me lanzara encima. Él no había hablado aún, pero estaba segura de que pronto lo intentaría. Gabriel por fin sabe con quién se casó, y ahora quiere redimirse a sí mismo. Espero que se olvide de mí para siempre, yo estoy demasiado bien y feliz para que intente arruinarme las cosas.

—¡No le hables así a mi hija! ¡Arruinaste su matrimonio! —Deben tener algún trastorno mental, no es posible que me culpen de todo...

—¡Su matrimonio se arruinó desde el momento en que él era mi prometido y ella su amante! —Respondí con firmeza.— Parece que es parte de ustedes querer lo que no les pertenece, pero estoy agradecida. Gracias a que ella es una mala persona, conocí a un hombre de verdad, alguien que me hace feliz. Ella podría haberse ido en paz, pero siguió tratando de derribarme. Y ahora no hay nadie para sacarla del suelo, pero no tuve que hacer nada, ella cayó por su propio peso. —Tomé una respiración profunda.— Pero no vine aquí por eso.

Miré a cada uno. Ninguno parecía arrepentido o culpable, ni siquiera mi padre, que sabía bien que había cometido un gran error.

—Solo pisé esta casa para decirte que puedes quedártela. Mi madre no querría que me convirtiera en una persona tan mala y amargada como ustedes. —Mi padre me miró, asintiendo levemente.— Pero olviden que yo existo. Las acciones que les dio mi esposo serán devueltas. Si quieren dinero, trabajen y ganen lo suyo. De mí y de mi esposo no tendrán nada, absolutamente nada.

El abogado se había retirado. Gabriel aún sostenía a Renata. Mi papá seguía mirándome.

—¡Tú no puedes hacer eso! —exclamó Marta.— Fue Damián quien arregló esto con tu padre. ¿Crees que puede ir a trabajar a su edad?

—O sea, me odias, pero ¿te gustan los lujos que te da mi marido? ¡Se joden! Tu yerno está ahí, mi marido no es nada de ustedes. Él no tiene ninguna obligación con ustedes. Aún eres joven, y tu querida Renata también. Trabaja y lucha por los tuyos.

La advertencia

—¡Bruja! —gritaba Renata, todavía retenida por Gabriel.

—Sí… lo soy. —La miré fijamente.— Así que creo que es mejor que no te metas más conmigo, porque ya no estoy bromeando. ¿Quieres culpar a alguien de tu mierda? Busca a alguien más, porque si te metes conmigo te aplasto como a un insecto y nadie podrá despegarte del suelo.

El abogado volvió con el collar en las manos.

—Aquí tiene, señora.

Lo recogí y me lo puse. Renata explotaba.

—¡Ese collar es mío!

—Este collar es mi herencia, como todo esto. Pero, como soy una persona maravillosa, me iré de la casa. No he experimentado nada bueno aquí. Que se queden con ella y mediten sobre sus acciones. Nunca fui feliz aquí, pero ustedes tampoco lo serán. Vivir infelices es el castigo que merecen.

Lo que me confundió fue que mi padre no tuvo ninguno de sus habituales arrebatos. Siempre quiso matarme por nada, y ahora era el único en silencio.

Había algo en sus ojos que nunca había visto. No era arrepentimiento, pero se veían un poco tristes… ¡Al diablo! Nunca le importó mi tristeza.

La decisión final

—Bueno, creo que esta es la mejor solución —dijo el abogado.— La verdad, ella puede quedarse con la casa y todo lo demás. Es un buen trato para ustedes. —Se dirigió a Marta.

—Perfecto. Tendré el papeleo preparado. Pasaré la casa a nombre de mi padre. La única condición es que nunca me busquen, que se olviden de mí, por el motivo que sea. —Ya no quiero nada que ver con ellos.

Gabriel corrió hacia mí y me agarró del brazo. Su toque me repugnaba, retiré mi brazo al instante.

—Mel, espera...

—Gabriel, no tengo nada que hablar contigo...

—Mel, pedí el divorcio. Nunca debí dejarte. Te iba a decir la verdad sobre el embarazo de tu hermana... —¡Qué mentira!

—Si yo fuera tú, empezaría a preocuparme por tu vida, tu empresa... Olvídate de mí y de Damián. No me importa lo que quieras, tu arrepentimiento. Entiende de una vez que mi vida siguió. Tú y yo ni siquiera debimos tener algo. Nuestra relación empezó con una sucia mentira, la tuya y de esa despreciable mujer. Y ahora las cosas están donde deben estar...

—Mel...

—Mira, ¿has hablado con tu padre hoy? Si no, corre a hablar con él. Tuvo una reunión con mi esposo. Estoy segura de que no debe estar muy feliz. Pásala bien, Gabriel. Y hasta nunca... —No sé cómo tiene el coraje de buscarme después de todo.

Debería haber dejado que Damián le sacara los ojos, pero como todavía quiero que mi esposo esté conmigo y no en la cárcel, hice lo correcto.

Me despedí y me fui, sintiendo un peso inmenso que se quitaba de mis hombros. Sentí la mirada de mi padre sobre mí, pero no me volví. Sabía que todos me estaban mirando en ese momento.

Un último adiós

Pedí a los guardias que me llevaran a la tumba de mi madre. Quería dejarle un ramo de girasoles.

Sabía que ya no quedaba nada de ella allí, pero aún quería hacer algo.

Miré al cielo y suspiré aliviada, sintiendo que me quitaba un peso.

—Estoy bien, mamá… y no permití que ninguno de ellos me corrompiera. Soy feliz, y sé que eso es lo único que querías para mí: que fuera feliz.

Ahora, gracias a mi esposo, tengo una familia, gente que me apoya y me quiere bien. Eso es una familia, y quiero a mi bebé lejos de toda esa gente negativa. Quiero que sea feliz, que solo conozca el amor.

—Vas a ser abuela, madre... Quería que estuvieras aquí para conocerlo...

Mi suegra tenía razón en todo. Tenía que dejar el pasado atrás, mirar al futuro. Ya no quiero cargar heridas ni dolores, ni parecerme a ellos, gente vengativa y cruel. Yo no soy así, y no permitiré que me cambien.

Mirando adelante

Reuniones importantes, contratos que firmar. Mi empresa iba bien.

Pasé frente a un edificio en construcción, sería empresarial. Decidí parar a echar un vistazo. Tendré que dejar la empresa de Damián en cualquier momento, así que empezaré a buscar lugares para establecer la mía.

—Mi empresa… quién lo diría. Quién sabe...

Capítulo 84

Una nueva calma

Había solucionado todo lo que tenía pendiente en la empresa. Mi estado de ánimo era... raro. No sé si será por el embarazo, pero desde que lo supe, todo se siente distinto. Es curioso.

Mike y Amelía se encargaron de muchas cosas durante mi ausencia. Se han convertido en mis brazos derechos, y eso me da una tranquilidad que no sabía cuánto necesitaba.

Ya casi era hora de salir, así que subí las escaleras para buscar a Damián y volver juntos a casa. Se estaba convirtiendo en una costumbre deliciosa: compartir el final del día con él. La rutina de estar a su lado era sorprendentemente buena... adictiva.

—Buenas noches, señor Castillo. ¿Estás listo para ir a casa? —le pregunté con una sonrisa.

Su respuesta me llenó el corazón.

—¡Aunque no lo estuviera, con solo mirarte lo estaría enseguida! —Se levantó y caminó hacia mí con esa mirada que me derretía—. Estoy deseando saber cómo fue la conversación con tu familia. Espero que todo haya ido bien.

Sabía que no era solo curiosidad. Él estaba realmente preocupado por mí. Y sí, mi familia era un tema sensible. Pero esta vez, le puse punto final. Fue lo mejor que pude hacer. No aportan nada, y no quiero a esa gente cerca de este niño... *nuestro* hijo.

Amor, ternura... y antojos

Volvimos a casa. Damián insistió en preparar la cena mientras yo me daba una ducha. Dijo que me la llevaría a la cama para que pudiera descansar. Al principio protesté, pero me calló con ese tono suave

que me desmonta. Insistía en que había tenido un día agitado y merecía relajarme.

Y bueno... ¿qué mujer le dice que no a una cena en la cama preparada por el hombre que ama? Aunque, si soy honesta, me habría encantado que la cocináramos juntos y comer en el suelo del salón como solíamos hacer.

Estábamos tan sincronizados... siempre sabíamos lo que el otro necesitaba. Y eso me hacía sentir cuidada, querida. Protegida.

—Cariño... —entró en la habitación con una bandeja entre las manos —. Tu cena. Espero que sea de tu agrado.

¿Cómo no iba a gustarme algo que hiciera este hombre? Últimamente, lo deseo tanto que empiezo a preguntarme si me estoy volviendo una ninfómana. Lo miro y ya ni me interesa la comida…

—Ni me mires así —dijo divertido—. Estás anémica. Tienes que comer mejor. Me siento como el peor marido del mundo por dejarte llegar a este estado...

—¡Tú no tienes la culpa de nada! —Hice un puchero. Ya no quería cenar, lo único que quería era a él. Pero claro, insistía en que debía estar al cien por cien... "para cualquier actividad que requiera cierto esfuerzo", dijo con picardía.

¿Cómo voy a vivir sin el cuerpo del esposo más perfecto del mundo? Me hablaba, pero yo solo podía concentrarme en el movimiento de sus labios... fascinante.

—¡Mel! Hablo en serio, deja de mirarme así —se rió—. Me siento como un trozo de carne.

Nos reímos tanto que nos dolió el estómago.

—¡Eso no vale! ¡No puedes dejarme sin ti! ¡Es injusto! —protesté, medio en broma, medio desesperada.

—Valentina... solo serán unos días. Piénsalo así: cuando podamos volver a hacerlo... el deseo será incontrolable. —Entrecerré los ojos, claramente no se creía ni él su discurso.

Dejé las discusiones para después. La comida estaba deliciosa, tiene una mano maravillosa para la cocina.

Conversaciones entre almohadas

Hablamos de todo. De cómo le había ido a él esos días y de cómo me había ido a mí con mis padres.

—Me alegra mucho que el valor de las acciones se haya estabilizado. Es muy injusto que alguien intente empañar tu imagen cuando lo das todo por ayudar —comenté distraída, acariciando la sábana.

—No me gusta la exposición —admitió—, pero no había otra forma de enfrentarlo. Lo que realmente me reconfortó fue ver que la gente, los que realmente importan, no creyeron que yo fuera culpable. Me perdonaron. El problema era que yo no me perdonaba a mí mismo.

—No tenías nada que perdonarte. Ese es el punto. No hiciste nada malo, solo bien...

Él me miró con ternura.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes después de hablar con tus padres? ¿Estás segura de que no quieres dejarles las acciones? No es que sean millonarias, pero algo es algo.

—No. Ellos tienen que velar por sí mismos. Tú no me compraste. No soy un objeto. No tenías que dar nada a cambio de casarte conmigo... —Respiré profundo—. Me siento mejor. Feliz. Como si me hubiese quitado un enorme peso de encima. Tu madre tuvo mucho que ver... tenía razón, me estaba perdiendo. Me estaba convirtiendo en alguien que no soy, dejándome arrastrar por el rencor. Pero ya no más. Aunque tampoco soy estúpida... no los ayudaré más. Tienen que seguir solos. Los quiero lejos de nosotros...

Mis manos fueron directas a mi vientre. Lo acaricié suavemente sin darme cuenta.

Obviamente, Damián no dejó pasar el gesto.

—¿Está todo bien?

—Sí... creo que comí demasiado.

Me miró raro, pero pareció aceptarlo.

—Me alegra que tomaras esa decisión. No creo que te sintieras bien contigo misma si los dejabas literalmente en la calle.

—Tienes razón. Me atormentaría para siempre. Pero también me atormentó ver cómo mi hermana intentó culparme de la pérdida del bebé. Ellos no sabían que yo ya lo sabía... todavía me sorprende. ¿Cómo puede esforzarse tanto por quitarme la felicidad? Quiere hacerme ver como la villana de su historia. Y yo solo... no soy hija de su madre. ¿Y qué? ¿Por eso tanto odio?

Respiré hondo.

—Hasta del final de su matrimonio me culpó, cuando la única culpable fue ella... por no dejarme en paz.

Damián frunció el ceño.

—¿Se están separando?

—Sí, Gabriel mencionó que pidió el divorcio.

Vi que quería preguntarme algo más.

—¿Cómo…? —Se aclaró la garganta—. ¿Cómo te sientes con eso? Quiero decir… él fue tu prometido hace poco. ¿Estás bien con eso?

—¿Estás preguntándome si estoy dolida? —Me reí—. Damián, *te amo*. Nada ha cambiado. No sentí absolutamente nada. No pasé años con él, *perdí* años con él. Si el arrepentimiento matara, ya estaría muerta. —Sonreí—. Estamos juntos, estamos bien, ¡somos felices! No quiero que nada ni nadie arruine esto.

Me besó. Su ternura era abrumadora. Sus labios parecían hechos para encajar con los míos.

—Yo te amo —susurró.

Ardía por dentro. Pero él mantuvo el beso suave, tranquilo. Sabía lo que estaba haciendo. No pensaba ceder a mis encantos.

—Deja de intentar quitarme la ropa, jovencita... sigamos vestidos, aunque seas increíblemente sexy y yo me muera por verte desnuda...

—Mira, si hubiera sabido que me harías esto, habría matado al guardia que llamó a Iván. Nunca habría dejado que alguien te lo dijera —bromeé, pensando en cómo se pondría cuando se entere del embarazo. Si ya me está cuidando así… voy a esperar a que mi barriga le impida ver la televisión para contárselo.

París, promesas y planes

Sonreí ante mi pequeña travesura. Pero la verdad es que me preocupaba. No creo que pueda aguantar días, ¡ni horas!, sin él.

—Tenemos una cena en unos días, es importante. Habrá mucha gente que podría ayudarte con tu negocio —dijo de repente, intentando cambiar de tema. Bien jugado.

Me enseñó todo lo que necesitaba saber sobre cómo manejar esas reuniones, cómo atraer clientes. Yo no estaba acostumbrada, generalmente la gente venía a mí por él. Su nombre abría muchas puertas.

—¿Sabes qué estoy recordando ahora? Todavía me debes un viaje real a París. Nos interrumpieron, ¿recuerdas? Y aún tengo muchas ganas de volver —Le sonreí traviesa—. Te prohíbo que hagas cualquier otra cosa antes de llevarme.

—Jamás me olvidaría de eso. Buscaremos el momento, te lo prometo.

—Ah, pero esta vez decido yo todo. ¡Ni se te ocurra meterte en nada!

—Estaba pensando que podría ser el fin de semana después de la cena. ¿Qué te parece? Arreglamos todo... y luego nos vamos a la hermosa París.

Me sonrió. Y yo, aunque dije que "ya veríamos", ya estaba planeando todo en mi cabeza.

—Esta vez me encargo yo. ¿De acuerdo? No quiero que te metas en nada. —Ya tenía claro cada detalle. Solo pensar en ello me emocionaba.

Capítulo 85

Abstinencia, hormonas y frustración

Damián me tenía en abstinencia. Así, sin anestesia. Llevaba dos días haciendo pucheros como una niña caprichosa, y él seguía firme, sin ceder a mis encantos. No lo entendía. ¡Era cruel!

—Cielos... he creado un pequeño monstruo —se quejó dramáticamente, levantando las manos al cielo—. Y encima una que no entiende que está débil y necesita descansar por ahora... Alguien tiene que ayudarme a meterte un poco de sentido común en esa linda cabecita.

Lo miré en silencio... y de repente sentí cómo los ojos se me llenaban de lágrimas. ¡No podía estar llorando por eso! Pero lo estaba.

—Ignóralo… tranquila, ya pasará —me dije a mí misma. Una de las grandes lecciones de este embarazo es que he perdido el control absoluto sobre mis emociones. Ya no mando yo: mandan las hormonas… y el bebé.

Damián se quedó pasmado, con los ojos bien abiertos.

—Mel… eso…

—Estoy bien —mentí, secándome las lágrimas con la mano—. Solo estoy un poco estresada, nada más. En serio.

Intenté cambiar de tema.

—He estado investigando opciones para mudarme. Los dos pisos que me diste ya me quedan pequeños. No esperaba que la empresa creciera tan rápido. Casi he saldado toda la inversión que hiciste y cada día tenemos nuevos clientes. Todo va perfecto. Y nuestros queridos competidores, que "casualmente" se robaron mi prototipo... no se van a recuperar jamás.

Esperaba que se distrajera con mi logro y se olvidara de mi pequeño colapso hormonal. Porque, honestamente, no es mi culpa que él sea un dios griego hecho hombre… y que encima me esté negando *eso*.

Solo de pensarlo me daban ganas de volver a llorar. ¡Maldito embarazo!

—Debo admitir que estoy muy impresionado —dijo él, con una sonrisa orgullosa—. Pero con tu mente brillante, era cuestión de tiempo. Solo hay algo que no me gusta…

Hizo una pausa dramática y me miró con fingida tristeza.

—Odio la idea de no poder bajar a verte cuando quiera. Pero entiendo que es un cambio necesario. Para ti y para tus empleados. Aunque... —puso una mano en el pecho, teatral— me duele el alma.

—No te preocupes. No pienso irme muy lejos —le respondí, divertida.

Tarde de chicas... con suegra incluida

Justo ese día, mi suegra irrumpió en la oficina con su energía de siempre.

—¡Buenas tardes, querida mía! —su sonrisa era contagiosa—. ¿Cómo has estado estos días?

Mal. Caminando por el infierno sin poder tocar a mi propio esposo. Pero eso no podía decírselo, así que asentí con una sonrisa.

—Soy una suegra excelente, ¿no? Anda, siéntate. Tomemos un café… o mejor un té. —Y justo entonces recordé que no debía abusar de la cafeína.

—¿Qué la trae por aquí?

—Vine a invitarte a almorzar. Quiero elegir mi vestido para la cena, y pensé que podrías acompañarme y escoger el tuyo también.

Podemos charlar, hacer cosas de chicas...

—Estaba pensando en llevar uno que ya tengo…

Ella entrecerró los ojos peligrosamente.

—Pero podemos ir —me apuré a corregir—. Será genial pasar una tarde con mi gran suegra.

Abrió una enorme sonrisa.

—¡Así me gusta! Aquel muchacho no deja de trabajar ni un segundo, y ahora tengo una nuera igual de adicta al trabajo. ¡Qué familia!

Pedí un té para las dos y nos sentamos a conversar.

—Espero que no estés tan ocupada que te olvides de nosotros. De tu suegro. ¡Queremos nietos! Queremos el ruido de niños correteando por la casa… ¡y tú solo piensas en trabajar!

Me eché a reír. Qué ganas me daban de decirle que su deseo estaba más cerca de lo que imaginaba.

Se quedó conmigo hasta que terminé de trabajar y fuimos juntas a almorzar. Me confesó que no pensaba asistir a la cena, pero al saber que yo iría, cambió de opinión.

—No siempre se encuentra buena compañía —dijo guiñándome un ojo.

Fuimos al centro comercial de siempre. Mientras elegía su vestido, me contó que siempre había querido tener una hija, y cómo había luchado junto a su marido durante sus años en misiones.

—Me dolió cuando Damián decidió seguir los pasos de su padre. Me llenó de orgullo, sí… pero también de miedo. Pasé años temiendo una llamada que me dijera que nunca volvería. Él y su padre llevan el pasado en la espalda… son serios, callados, porque han visto demasiado. Pero cuando está contigo… mi hijo vuelve a sonreír. Juega. Ama. Y eso es todo lo que una madre quiere para su hijo.

Se me nublaron los ojos. Ahora que llevo a mi bebé dentro, entiendo perfectamente ese miedo. Solo pensar que pudiera seguir el mismo

camino que su padre... me daban ganas de no dejarlo salir nunca de mi vientre.

Daniela, veneno con tacones

Elegimos nuestros vestidos… y entonces la vimos. A la única persona que no queríamos encontrar.

—Valentina, qué bueno verte… —Daniela nos sonrió con una amabilidad tan falsa que me dieron náuseas.

—Lástima que no podamos decir lo mismo de ti —respondió mi suegra con la lengua afilada—. Siempre es un disgusto encontrarte.

—No entiendo por qué no te gusto. A tu hijo sí le gusto.

—¿Perdona? —le dije con una sonrisa cortante—. ¿De verdad crees que puedes hacerme sentir insegura solo porque él te mira como quien mira a una mosca? Qué lástima, cariño. Pero no. Aquí no vas a conseguir nada.

—Eso lo veremos. Tú podrías haber sido la mujer con la que "vio las estrellas", sí… pero era conmigo con quien pasaba tiempo, con quien se enamoraba cada día. ¿Crees que un amor así desaparece de la noche a la mañana?

Mi suegra se estaba poniendo roja como un tomate.

—No eres más que una mujer interesada. Aprovechaste un momento de debilidad para atraparlo. Él lo sabe. Y cuando te deje, ¿adivina quién estará ahí?

Me reí tan fuerte que hasta mi suegra me miró sorprendida.

—Ay, Daniela… dime algo: ¿tú realmente te crees todo eso para no admitir que no significas *nada* para él? —Sacudí la cabeza—. Necesitas ayuda. En serio. Mi esposo no te soporta. *Te odia.*

—¿Te dijo que estuvo en mi apartamento? —Eso sí que me tomó por sorpresa. Me había contado que la encontró, pero no que fue allí.

—Bebió conmigo. Hablamos. Recordamos el pasado...

—¿No te da vergüenza mentir así? —saltó mi suegra—. Mi hijo jamás se rebajaría a estar contigo. ¡Jamás! Tiene demasiado buen gusto.

—Pregúntale. ¿No llegó tarde una noche cuando volviste de tu viaje? Estaba conmigo…

—¿Y quién te dijo que no me lo contó? —repuse, sonriendo—. Lo sé todo, Daniela. Fue a verte, sí. Para sacarte información. Como siempre, no conseguiste nada. Eres tan patética que hasta me das pena.

La cara de Daniela... Dios, parecía que se había tragado un limón.

—No te creas tanto, Valentina. No olvidé esa bofetada y te la devolveré… con estilo. Te haré ver que no eres nada para él. Solo un objeto que usa para castigarme. Disfruta tu breve reinado, porque pronto serás destronada.

—Eso es lo que veremos, reina destronada —le solté con una sonrisa mientras se alejaba haciendo temblar el suelo con sus tacones.

Mi suegra me miró con orgullo.

—Mel... me encantó verte así. Estás mucho más fuerte. Y en cuanto a mi hijo... créeme, nunca haría nada que te lastimara.

—Lo sé. Me lo contó todo. Confío en él. Confío en *nosotros*. Hasta que me demuestren lo contrario, yo sigo creyendo ciegamente en mi esposo.

Ella suspiró aliviada.

—Eso me tranquiliza. No quiero que nada destruya la felicidad que tienen.

Y yo tampoco. Porque ahora mismo, estamos más fuertes que nunca.

Capítulo 86

Sospechas, frustración y la amenaza constante

Este desconocido está acabando con lo poco que me queda de paciencia. Iván lleva días tras Daniela, pero ella no habla con nadie, no mantiene contacto con nadie. Apenas hace un par de llamadas, sin relevancia. No tenemos nada sólido.

—Cálmate, vamos a atraparlo... —me dijo Iván, intentando sonar razonable.

—No me voy a calmar hasta que ese tipo esté acabado —gruñí. Sé que Iván está haciendo todo lo posible. Cuando no puede estar presente, envía a uno de sus hombres de confianza.

—No ayuda estar tan alterado. Valentina lo notará si sigues así, y se va a preocupar.

¿Y cómo se supone que no me preocupe? Daniela dejó muy claro que quiere hacerle daño a Mel. ¿Cómo puedo estar tranquilo sabiendo eso?

En ese momento, mi padre entró en la oficina.

—¿Interrumpo algo? Puedo volver más tarde si quieres.

—Claro que no, entra. Quizá tres cabezas piensen mejor que dos —respondí, aunque no podía evitar la tensión en mi tono. Llevaba días notándolo extraño. Irritado. Algo me dice que, además de nuestros propios problemas, hay algo más que no me está contando. Y probablemente tiene que ver con esa mujer que mencionó.

—Hola, papá. ¿Y mamá? ¿Dónde está? Nunca te suelta —intenté aliviar el ambiente con una sonrisa.

—Adivina… fue a ver a su querida nuera. La invitó a almorzar y a comprar vestidos. Dijo que necesitaba un rato con *la hija de su*

corazón.

Sonreí de verdad. Mi madre ha sido un verdadero pilar con Mel. La aconseja, la calma… y se llevan tan bien que da gusto verlas juntas.

—Valenha estado trabajando demasiado. Me alegra que pasen tiempo juntas —respondí, más aún sabiendo que ella ha decidido alejarse definitivamente de esa familia tóxica que tenía.

Pasamos horas revisando las imágenes de Daniela. Las personas con las que se encontró eran, en su mayoría, empleados de tiendas. Nada relevante. Mi padre sugirió investigar a las familias de los fallecidos, pero ya lo había hecho. Todos testificaron a mi favor. Si alguno de ellos estuviera detrás, no lo habrían hecho… ¿o sí?

La verdad es que no lo sé. Nada tiene sentido. No hay una razón lógica para que alguien nos quiera dañar así.

Reflexioné durante un rato. La seguridad de Valentina está reforzada al máximo. No permito que esté sola ni un segundo.

—Damián —dijo mi padre con voz firme—, se nota que estás agotado, preocupado… Lo entiendo. Pero estar así solo nublará tu juicio. Necesitas serenarte si quieres encontrar la solución.

Tenía razón. Necesito claridad, foco. Y resolver esto lo antes posible.

—Iván, sigue el plan. No la pierdas de vista. En algún momento cometerán un error. Y cuando lo hagan, ahí estaremos.

Confrontación maternal y una revelación inesperada

Mi madre y Valentina entraron a la oficina poco después, sonriendo como si vinieran de un spa.

—Veo que están de buen humor. ¿Cómo fue la cacería de vestidos? —preguntó mi padre.

—Maravillosa… bueno, casi —resopló mi madre. Su expresión cambió de repente—. Nos encontramos con *ella*, con Daniela. Esa mujer sin clase, que todavía insiste en querer meter ideas en la cabeza de Valentina.

Su mirada se clavó en mí. Y entonces llegó la tormenta.

—¿¡Para qué demonios fuiste a su apartamento!? ¿En qué estabas pensando?

—Mamá, yo...

—¡Mamá, el trasero! —me interrumpió furiosa—. ¿Alguna vez pensaste cómo se sintió Valentina al enterarse de eso? ¡Por suerte se lo contaste tú mismo! Porque Daniela usó eso para intentar separarlos. No puedo creer que hayas sido tan imprudente… ¡Así no te crié! ¡Te enseñé a ser inteligente!

Tenía razón. Pudo haber herido a Mel. O tal vez ya la lastimé y ella solo lo disimula. Me sentí como un idiota.

—Lo siento, mamá. Solo... quería averiguar algo importante y no medí bien las consecuencias. —La amenaza que representa ese tipo me tiene desesperado. Es una sombra constante. No me deja pensar en otra cosa.

—No soy yo quien merece tus disculpas. Es Valentina —dijo, bajando el tono pero sin perder firmeza—. Fue ella quien tuvo que oír a esa mujer insinuando que bebiste con ella, que estuviste en su casa…

Miré a Mel, que tampoco parecía muy contenta.

—¿No es extraño que Daniela siempre sepa cuándo aparecernos? —dijo, frunciendo el ceño—. Como hoy, justo en el centro comercial. O cuando estás solo… ¿cómo se entera siempre? ¿No es demasiada coincidencia?

La miré fijamente. Tenía razón. Es *muy* extraño.

Volví la vista hacia Iván. También parecía haber llegado a la misma conclusión: alguien cercano podría estar filtrando información.

Alguien que conozca nuestros movimientos, nuestras rutinas. ¿Pero quién? Hay demasiada gente trabajando cerca nuestro…

—¿Algo más que haya pasado por tu brillante mente, cuñada? —le preguntó Iván, entre admirado y preocupado.

—Solo eso. Demasiadas coincidencias para ser casualidad.

Iván asintió, pensativo.

—Lamento privarlos de mi brillante compañía —dijo al cabo de un momento, y luego se volvió hacia mí—. Tengo trabajo que hacer.

Sabía perfectamente lo que iba a hacer. Y estaba totalmente de acuerdo. Iba a investigar uno por uno a todos los empleados de la empresa, desde los que tienen más acceso hasta los más periféricos. No se detendría hasta encontrar al infiltrado. Y yo iba a ayudarle.

—Nos vemos luego, Iván. Cuenta conmigo —le dije.

—¡No! —intervino mi madre, como un general en plena orden—. Deja que Iván haga lo suyo. Tú te vas a casa. A preparar la cena para tu esposa como corresponde. Y también tenemos que enseñarte el vestido que le compré. Te advierto que... te vas a enamorar aún más.

Asentí, sabiendo que discutir con ella era inútil. Iván haría el trabajo. Yo lo ayudaría después. Pero esta noche, la prioridad sería Valentina.

Familia, refugio... y el deseo de un futuro

—No hace falta, suegra —intervino Valentina—. Damián siempre hace muchas cosas por mí. Ya lo disculpé. Mejor que se concentre en lo que tiene que hacer, porque mañana, con la cena, no podrá ayudar a Iván.

Intentó persuadirla. Qué dulce. Pero completamente inútil.

—¡Cenaremos todos juntos en familia y no se hable más del asunto! —dictó mi madre. Miré a mi padre, que solo negó con la cabeza, sonriendo con resignación.

Quiero tener una relación así. Larga, sólida, llena de complicidad y cariño. El tipo de amor que resiste tormentas y se transforma en refugio.

—No tiene sentido discutir, mi hermosa esposa —le dije a Mel, sonriendo—. Cuando a mi madre se le mete algo en la cabeza, no hay forma de cambiarla. Especialmente si se trata de su amado hijo…

Todos nos reímos. Fue bueno tener ese respiro. Llevábamos días bajo tensión constante.

—Entonces, ¿qué tal si los dos preparamos la cena? —propuso Valentina—. Apuesto a que sería más divertido.

Así lo haríamos. Un momento en familia. Un momento nuestro.

Sé que Valentina no habla mucho de sus padres, pero puedo intuir el hueco que hay ahí. Por eso se ha aferrado tanto a los míos. Y me parece precioso lo bien que nos estamos haciendo los unos a los otros.

Ahora solo me falta convencerla de algo…

Quiero un bebé. **Nuestro** bebé. Antes ya lo deseaba. Pero ahora, sabiendo que es ella, que no tengo dudas, que es la mujer con la que quiero todo... lo deseo más que nunca.

Un hijo nuestro. Un futuro.

Una familia completa.

Capítulo 87

Valentina — Una noche perfecta... ¿o no tanto?

Tuvimos una cena perfecta. Todo fue maravilloso, divertido, acogedor… Las escenas con mi familia —esta familia que la vida me regaló— quedarán grabadas en mi memoria para siempre.

—Me encanta estar con tus padres —le dije a Damián mientras nos abrazábamos en la cama—, pero no veía la hora de estar a solas y tenerte así, solo para mí...

Él me sostenía con ternura, acariciando mi cabello con sus dedos cálidos y protectores. Lo que yo realmente deseaba era que no me dejara con las ganas, pero sabía que no insistiría más. Había aprendido a reconocer cuando no era el momento.

—También me encanta estar con ellos. Me hacen sentir bien —respondió con sinceridad.

Pasamos buena parte de la noche hablando. Le conté mis ideas para la empresa, los planes para el nuevo edificio que había visto. A pesar de que no le entusiasmaba la idea de que me mudara, me apoyaba. Estaba feliz de verme crecer, de que tomara mis propias decisiones.

Al día siguiente fuimos juntos a la empresa, pero pasé el día entre reuniones y visitas. Lo que sí noté fue que Damián había redoblado mi seguridad: además de los dos guardaespaldas habituales, había dos más que no conocía. Y así seguimos, mientras yo avanzaba con la elección del edificio, que finalmente será el primero que vi. Era perfecto. No necesitaba ayuda, podía hacerlo sola.

Mi teléfono sonaba constantemente. Damián no dejaba de escribir para saber cómo estaba. Su atención me desarma, su cuidado es… maravilloso.

El último mensaje fue claro: “No regreses demasiado tarde. Me encantaría ir temprano a cenar contigo, y volver temprano también.”

Al llegar a casa, lo encontré en el balcón, tomando un trago y observando las luces de la ciudad con una expresión ausente.

—Buenas noches, cariño. ¿Cómo estuvo tu día? —preguntó con una sonrisa encantadora.

—Te extrañé, pero sobreviví… ¿Tú resolviste lo que tenías que hacer? Me dijeron que estuviste muy ocupado. —Asentí, acercándome más.

Lo abracé por detrás, apoyando mi mano sobre su pecho.

—Tu esposa está aquí… aunque demasiado tarde para arreglarse —dije en tono travieso.

Él rió y negó con la cabeza.

—Voy a cambiarme. Ser mujer no es fácil, tú ni siquiera necesitas maquillarte…

Se giró suavemente y tomó mi barbilla, levantándome el rostro con dulzura.

—Estás hermosa, siempre. —Y me besó con ese fuego suave que derrite cualquier sombra de duda.

Pero algo en su mirada estaba apagado. Había preocupación, tensión… intentaba disimular, pero yo lo conozco demasiado bien.

—Te veo en un rato —le dije, y fui a nuestra habitación.

Mientras me cambiaba, lo escuché hablar por teléfono desde la sala. Su tono era más alto de lo normal. No entendía lo que decía, pero se notaba alterado. Apenas abrí la puerta, su voz se apagó. Cuando llegué, ya había colgado.

—¿Qué pasa? ¿Con quién hablabas?

Tenía la mano en el rostro, presionando entre los ojos y el puente de la nariz. Estaba agotado.

—Nada importante. Problemas en la empresa que deberían estar resueltos hace tiempo. La incompetencia de algunos me hace perder la paciencia…

Me miró de pronto, como si recién notara mi presencia. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Vaya… mi madre tenía razón. Estás… impresionante.

Sonreí, aunque sentí que algo no encajaba.

—No sé si me gusta. No para que lo vean otros que no sea yo.

Miré el vestido. Era un escándalo. Ceñido, elegante, sensual. No era mi estilo habitual, pero… ¿quién podía discutir con su madre?

—Vas a tener que acostumbrarte. Le gustan este tipo de vestidos, y me llevará de compras siempre que pueda. Así que...

Él sonrió, resignado.

—Me voy a duchar mientras te maquillas. Ah, por cierto...

Sacó un pequeño joyero de su bolsillo.

—Creo que esto combinará perfectamente contigo esta noche.

Lo abrí. Una gargantilla ajustada al cuello, completamente cubierta de diamantes. Unos pendientes pequeños, finos. Una pulsera a juego. Todo elegante, delicado, brillante.

—Son hermosos...

Me ayudó a poner el collar y me besó suavemente en la nuca antes de irse a la habitación. Lo seguí con la mirada.

Algo me oculta. Lo sé. Lo lleva dentro y lo disimula como puede, pero no conmigo.

Damián — El mensaje que lo cambió todo

El día fue un completo caos.

Recibí un mensaje de un número desconocido. Frío. Sin firma. Decía que pagaría por lo que había hecho, que no merecía la felicidad.

Pensé en Valentina inmediatamente. En que nunca me dejarían vivir en paz. En que ella podría estar en peligro.

Iván estaba conmigo cuando sucedió. Arrojé el móvil contra la pared y pedí otro de inmediato.

—¡Seguiré investigando! —gritó él, tan frustrado como yo.

No saber qué planean, no saber quién está detrás, es una tortura. Cada minuto me siento más atrapado.

Esa noche, cuando Valentina llegó, hice todo lo posible por esconder mi angustia. No quiero que se vuelva loca de preocupación. Ella merece vivir sin miedo.

Pasé por una joyería. Compré un juego de piezas que sabía que le encantarían. Quería verla sonreír.

Pero mientras ella se duchaba, recibí una llamada.

Daniela.

Esa mujer está decidida a volverme loco.

—¿Qué mierda quieres?

—Dios mío, qué humor… ¿Así tratas a una vieja amiga?

—¿Qué quieres?

—Saber si decidiste… Lo hablamos en mi apartamento. Déjala. Quédate conmigo. Así nadie sale herido.

—¿Qué? ¿¡Estás loca!?

—Vamos, sabes que él está perdiendo la paciencia. Si estás conmigo, te diré quién es. Todo lo que necesitas saber. O lo averiguas tú solo, y arriesgas su vida.

—Daniela, te juro que si esto es un juego, voy a matarte.

—No digas que no te avisé. Tú decides.

—¡Si le pasa algo a Valentina, los destruyo a todos!

Fue entonces cuando escuché la puerta abrirse. Colgué.

"Esperaré tu respuesta esta noche. Elige bien… o te arrepentirás."

Me llevé las manos al rostro. Mi cabeza iba a estallar. Cerré los ojos… y al abrirlos, allí estaba. Valentina. Increíble. Brillante. Ese vestido era como una segunda piel sobre su cuerpo, y ella, como siempre, superaba todas mis expectativas.

Le di el regalo. La ayudé a ponérselo. Me fui a duchar.

Apoyé la frente en el azulejo frío. El agua cayendo sobre mi espalda.

¿Qué hago?

Daniela puede estar mintiendo, manipulando, jugando. O no.

Y si no...

No pienso arriesgar a Valentina.

Iván me avisó que no vendría a la cena. Seguiría investigando. No le gusta este tipo de eventos, y yo tampoco quiero que pierda tiempo en algo que no le interesa.

Lo dejé hacer. Esta cena… va a ser peor de lo que imaginaba.

Capítulo 88

Valentina

¿Conoces esa sensación que tenemos cuando algo está a punto de suceder? Estaba con esa sensación.

Mirar a Damián me estaba causando un frío en el estómago, una cosa extraña, una sensación diferente.

Parece muy pensativo y un poco distante desde que se duchó, eso no me gusta.

—¿Está todo bien? —pregunté cuando ya estábamos dentro del auto —. Pareces tan distante.
Me miró de una manera que no pude identificar.

—Estoy bien, el día de hoy solo fue muy complicado, a veces pasa, no todo son flores —me dio una leve sonrisa que no llegó a sus ojos y yo asentí.

El lugar de la cena era muy elegante, la fachada me recordaba mucho a la arquitectura griega: enormes pilares con partes en mármol muy bien cortado, proporciones precisas, tonos claros. Todo era espléndido.

Mi suegro y mi suegra ya estaban presentes cuando llegamos, nos vieron y vinieron hacia nosotros en cuanto nos divisaron.

—Querida, yo tenía razón, ¡te ves hermosa con ese vestido! ¡Todos los ojos están puestos en ti! —exclamó mi suegra, mientras se acercaba a saludarnos.

—Gracias, Damián lo encontró un poco exagerado, pero también le gustó. Simplemente no lo admite —sonreímos.

—No es a él a quien le tiene que gustar, es a ti. Como máximo puede disfrutar de la vista. ¡Eres una obra de arte! —Mi suegro me dio un abrazo y pidió a Damián que lo acompañara para traer unos tragos.

—Cariño, ¿hay algo mal entre ustedes dos? Mi hijo está un poco raro. Espero que no hayan peleado.

—Todo va perfecto entre nosotros, me dijo que está teniendo un dolor de cabeza en la empresa. Hoy tuvo una acalorada discusión con alguien… hasta me da pena la pobre alma que escuchaba sus gritos.

—No es habitual que le hable así a alguien, así que debe haber sido algo muy serio.

Los dos regresaron, tuvimos una amena conversación, y luego Damián comenzó a presentarme a varias personas, muchos hombres importantes que tenían grandes empresas y muchos negocios.

Vi cuando llegó Daniela, y Gabriel y Salomón también llegaron poco después. Damián se puso tenso inmediatamente al ver a Daniela.

No había señales de mi hermana, por lo que Gabriel estaba hablando en serio sobre el divorcio.

Estábamos siempre rodeados de gente, muchos se interesaban por mi trabajo y me pedían varias explicaciones.

—¿Cuándo se interesó por primera vez en la tecnología? No quiero sonar machista, pero es raro aún hoy en día que una mujer se interese… —me preguntó uno de ellos.

Pero antes de que pudiera responder, Damián pidió permiso para salir por unos momentos. Asentí y él me dio un ligero beso.

—Estoy confiando en dejarles mi posesión más preciada, señores. No me defrauden. —Sonrió, pero algo en sus palabras sonaba casi como una amenaza, luego se retiró.

—Bueno, siempre me gustó, desde muy joven. Y cuando gané una beca, me esforcé mucho por aprender lo máximo posible.

Las preguntas fueron muchas y bastante variadas, ni siquiera presté mucha atención al tiempo que pasaba, pero dediqué una buena

cantidad de tiempo a responder las más diversas preguntas y obtuve varias promesas de contratos.

Necesitaba tomar un poco de aire, la gente me estaba asfixiando un poco.

—Wow, qué gran éxito estás teniendo... es impresionante. Me hace preguntarme cómo consiguió Damián toda la información que mencionó mi padre —la voz de Gabriel me sacó de mis pensamientos—. Te ves tan hermosa… siempre lo has sido, pero estás deslumbrante.

—¿Qué quieres? ¿Me acusas por cosas que ustedes hicieron mal y sin evidencia de que yo haya hecho algo? Mira, yo no fui la que estafó a las empresas ni cometí delitos de evasión.

—No estés tan a la defensiva, no haré nada más. Después de todo, como tú misma dijiste, ¿qué pruebas tendría?

—¡No puedes tener pruebas de algo que nunca se ha hecho! ¿Qué quieres, Gabriel? No tenemos nada más de qué hablar. ¡Es agotador!

—Hablar, Mel… —Lo miré feo—. Valentina... solo una conversación. O al menos escúchame, eso es todo lo que pido.

—Estoy escuchando. —Solo porque tengo oídos. ¿Dónde está Damián?

—Valentina, quiero que me perdones... Te juro que me arrepiento más que todo en el mundo de haberte perdido, de haber dejado que tu hermana me sedujera. Ella nunca valió nada, nunca llegó a tus pies y yo nunca la amé como te amo a ti. —Se acercó y yo di un paso atrás—. Renata hizo mucho para alejarme de ti y yo fui muy débil. Debería haber sido más fuerte por nosotros. Pero un día bebí demasiado, las cosas se me fueron de las manos. Jamás habría comenzado eso en mi sano juicio. Y cuando me dijo que estaba embarazada, ¿cómo podría darle la espalda?

—¿Eso es todo lo que tanto querías decir? —Me reí—. Gabriel, no me importas, ¿de acuerdo? Ya no te amo. Amo a mi esposo, y eso es

todo. Entiende de una vez. ¿No funcionó entre tú y mi hermana? Lástima. Pero no vas a arruinar lo hermoso que Damián y yo construimos.

Intenté irme pero me detuvo.

—No es posible que ya no me ames. Hace tan poco tiempo que eras mía.

—¡Y no tienes idea de cómo ser verdaderamente amado puede cambiar a una persona! —Jalé de nuevo mi brazo con fuerza—. ¡Déjame en paz! ¿Entendiste? ¡Olvida que existimos o te juro que ya no seré tan condescendiente!

Salí con pasos firmes, volví al pasillo buscando a Damián. Quería salir de allí de una vez. Estaba cansada y hacía mucho tiempo que no lo veía. Vi a mis suegros y les pregunté por Damián, pero ninguno de ellos lo había visto tampoco.

—¿A dónde ha ido?

Seguí caminando y saludando a algunas personas. Fue entonces cuando Salomón se me acercó.

—¿Estás buscando a tu marido?

Asentí.

—Lo vi subiendo esas escaleras laterales hace algún tiempo.

Agradecí y miré a mi alrededor. Daniela tampoco parecía estar por ningún lado. Mi corazón comenzaba a latir con fuerza. Cada paso que daba me sentía más y más sofocada. Sabía que algo no iba a salir bien esta noche... ¡debimos habernos quedado en casa!

Caminé despacio, buscándolo. No dejé que mis tacones hicieran ruido, pero aún así se oían, así que me los quité y los sostuve en mi mano.

Seguí por el pasillo y al final había una habitación. La puerta estaba abierta, pero había una pequeña ventana a un lado. Me paré junto a ella y escuché su voz.

—¿Quién está detrás de todo esto? ¿Qué puede ganar esa persona con eso?

La voz de Daniela llegó a mis oídos de inmediato.

—¿Tienes la respuesta a lo que te pregunté antes? Ya te dije que no diré nada si no tengo lo que quiero.

—Daniela, ya hemos pasado por esto antes... —Soltó una risa amarga—. ¡Valentina es solo un contrato!

¿Qué?

—Tenemos un contrato para que ella se vengue de Gabriel y su hermana. Una mujer que no vale más que unos pocos papeles, ¿para qué me serviría?

Sentí una fuerte náusea golpearme. Yo solo era un contrato...

—Seguimos juntos porque ella tiene que cumplir un solo detalle... quiero un hijo...

Puse mi mano sobre mi vientre. No...

—Yo puedo darte tantos como quieras. Si ella no es importante, ¿por qué se empeñan tanto en defenderla con uñas y dientes?

—Tenemos un contrato y también una imagen que mantener. Nada es tan simple. Pero él no debería estar detrás de ella. En cuanto tenga lo que quiero, nos separaremos.

No conseguí escuchar más. Mis piernas estaban débiles, mi respiración era difícil debido al llanto que estaba conteniendo. Él solo quiere al bebé… pero no a mí.

Salí lo más rápido que pude, bajé las escaleras. Necesitaba salir de ahí. Por suerte las escaleras estaban bien escondidas y tenían salida al jardín. Salí y fui en busca del auto...

—¿Señora? ¿Qué hace aquí? —Uno de los guardias de seguridad estaba parado cerca, mientras yo buscaba las llaves.

—¿Dónde están las llaves?

—Conmigo. Yo estaba a cargo del auto. —Miré alrededor.

—¿Dónde están los otros?

—Haciendo rondas por los alrededores o en la sala reservada para nosotros. ¿Está bien? Se ve pálida.

—No lo estoy. ¿Puedes llevarme a la playa?

Él asintió.

—Claro, vamos...

Internamente le agradecí por no hacerme demasiadas preguntas.

Unos minutos después, ya habíamos dejado el lugar de la cena.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me puede llamar Santiago, señora...

—Gracias, Santiago.

Estaba en silencio pensando en todo lo que escuché. Las palabras me herían como dagas afiladas. Lloraba en silencio mientras miraba el paisaje pasar rápidamente por la ventana.

Tiempo después mi celular no dejaba de sonar. Vi que había llamadas de Iván, Damián, mis suegros… así que lo apagué.

—¿Quiere que hable con ellos? —preguntó Santiago, mirándome por el espejo retrovisor.
Yo negué.

—Perdiste la última salida, tendrás que dar la vuelta...

—Señora, deme su celular por favor... —Lo miré y en su brazo había un arma apuntándome—. Solo coopere...

Capítulo 89

Iván — La Búsqueda

Damián y Valentina están en constante peligro hasta que descubramos quién es ese hombre.

No puedo dormir hace días, la amenaza se cierne sobre nuestras cabezas y me siento un idiota por no descubrir quién es el tipo.

—Damián, hoy no seré parte de la seguridad, estaré buscando a este malnacido —le avisé por teléfono.

—Estoy más tranquilo cuando estás cerca, pero sé que será mejor que lo busques. Haz lo que debes y cualquier cosa me avisas —me respondió con voz firme.

Tomé todas las carpetas de documentos de los empleados, todo lo que necesitaba, y me fui a casa. En mi computadora tenía el resto de los archivos que quería revisar, así que decidí continuar desde allí.

La Investigación

Horas después supe que habían ido a la cena. Cada detalle me preocupaba, aunque mi único alivio era saber que todos los guardias de seguridad son exsoldados de confianza.

Pero esa misma confianza podía ser justo lo que alguien necesitaba para lastimar a Damián y Valentina.

Revisé exhaustivamente los perfiles de los hombres que estaban a cargo de la seguridad personal y de la empresa. Analicé fechas de ingreso y baja del ejército, antecedentes, y su historial laboral.

Pasé horas buscando alguna razón para desconfiar de alguno, pero la mayoría eran compañeros con los que habíamos estado y que se beneficiaban de lo que Damián tenía para ofrecer.

—Espera... este... —murmuré sorprendido— Estuvo en la misma época que nosotros, pero no formaba parte del escuadrón. Su salida fue el mismo mes que la nuestra, su ingreso también. Muchas coincidencias, pero ¿qué tiene en común con Damián?

Seguí indagando hasta que, entre archivos y fotos, encontré una imagen que no esperaba: Benjamín. Estaban juntos.

En los documentos decía que eran hermanos, pero sus apellidos eran diferentes porque solo compartían madre. Esa era la razón por la que no encontré la conexión antes.

—¡Maldita sea! ¡Es él! —exclamé furioso— Fue líder de otro escuadrón, condecorado, inteligente y exitoso en varias misiones. ¡Hijo de puta!

La Desesperación

Salí de casa desesperado y lo primero que intenté fue hablar con Damián, pero no contestó.

Llamé a Valentina y le dejé un mensaje pidiéndole que se mantuviera alejada de Santiago, el hermano de Benjamín y el único que podría tener motivos para hacerles daño.

Ninguno de los dos respondió y, después de un rato, las llamadas de Valentina dejaron de sonar, lo que me dejó aún más perturbado.

No sé cómo no sufrí un accidente en el camino, pero fui lo más rápido que pude.

Llegué a la cena, pero ninguno de los dos estaba a la vista. Solo encontré a los padres de Damián.

—¿Dónde están? Damián y Valentina, ¿dónde están? —les pregunté con ansiedad.

Me miraron asombrados y dijeron que los habían visto por última vez en el gran salón.

Llamé por radio a los demás para que me ayudaran y encontré a Damián y Daniela arriba.

—¿Qué carajo haces aquí? —exploté de rabia, abriendo la puerta de golpe— ¿Dónde está Valentina? —grité, fuera de control.

El Conflicto

Mi paciencia con Daniela se agotó.

Solo dijo que ese hombre quería que Valentina y yo nos separáramos, que no nos quería felices, pero no dijo quién era ni por qué.

Le expliqué que Valentina era solo un contrato, que buscábamos venganza, y que yo quería un hijo. Quería protegerla desesperadamente, que la dejaran en paz...

Pero no me creyó. Estaba vacilante, quería más información, pruebas, razones y motivos.

—Ustedes no actúan como personas que viven solo por un contrato —me reprochó— Valentina tiene mucha confianza, se nota en la cara cuánto la amas...

—Daniela, solo dime... el resto lo arreglamos más tarde —respondí, intentando mantener la calma.

Después de un rato gritándonos, Iván irrumpió en la habitación, furioso, preguntándome dónde estaba Mel.

—Está abajo con mis padres, hablando con unos gerentes —respondí, alarmado.

Iván resoplaba como un toro bravo. Caminó hacia Daniela y la agarró por el cuello.

—¡Dime ahora dónde está... a dónde se la llevó! —gritó, apretando — Creo que será mejor que me lo digas o no verás el amanecer...

Tuve que intervenir para evitar que la matara.

—¡Iván! Déjala ir, ¿qué pasa? —le grité mientras le quitaba las manos del cuello a Daniela.

Nunca había visto a Iván así, su mirada estaba fría, llena de odio, sin luz ni esperanza.

Me miró con ojos rojos brillando de furia.

—Iván, ella no merece que arruines tu vida por esto —traté de razonar.

—¡Se la llevó! —dijo con el corazón congelado— ¡Se la llevó porque yo soy un idiota! ¡Porque no tuve cuidado! —se giró hacia mí— Pero también es tu responsabilidad. ¡La dejaste sola para hablar con esta perra!

Mi visión se volvió borrosa, me tambaleé.

—¿Quién se la llevó? —supliqué con desesperación.

—Era Santiago, uno de los nuevos. Es el hermano de Benjamín, ¡su maldito hermano! —gritó, casi fuera de sí.

La Culpa y la Desesperanza

Entiendo su modo de actuar. Iván no está acostumbrado a que lo engañen, y yo tampoco. Pero he ido dejando estas cosas en sus manos, sin investigar a fondo.

Salimos de la habitación sin importarme Daniela ni nadie más. Solo quería saber dónde estaba Valentina.

Mis padres tampoco la habían visto, y nadie más desde hacía tiempo.

—Iván... —lo llamé, sintiendo que mi corazón quería salir de mi pecho— Iván, ayúdame... —Mis piernas cedieron, y mis ojos ardían con lágrimas.

Su celular ya no sonaba. Iba directo al buzón de voz.

—¡La dejaste sola! —gritó Iván, abatido— Fui tan imbécil, ¿cómo pude haber pasado por alto algo así? Los puse en peligro.

De repente levantó la cabeza y me miró con furia.

—¿Qué estabas haciendo con esa perra? —me acusó.

Mis padres estaban cerca, me miraban como si fuera el peor de los criminales.

—¿Por qué estabas ahí arriba con ella? ¿Por qué la dejaste sola?

Mi madre se acercó, con los ojos llenos de decepción.

—Dime que no hiciste eso, hijo mío... dime que no la dejaste —sollozaba—.

Mi padre no ocultaba su decepción.

—Hijo, ¿qué hiciste?

Me senté en el suelo, perdido, sin saber por dónde empezar.

—Daniela... —me levanté de un salto— Voy a matar a esa perra.

Corrí hacia adentro con seguridad, Iván y mis padres detrás de mí.

La Confrontación Final

Daniela estaba acorralada en una esquina, asustada. Al verme, intentó alejarse.

La tomé del brazo, sin cuidado, desesperado.

—¿Dónde está? —le exigí.

Sus ojos muy abiertos reflejaban algo que ni yo había visto en años.

—¿A dónde se la llevó? —pregunté de nuevo.

No respondió. Su cuerpo temblaba como una rama al viento.

—¡Damián! —rugió mi padre como un trueno— ¡Suéltala!

Hice lo que me ordenó.

—¿Quieres culpar a alguien? ¡Cúlpate a ti mismo! —me gritó Daniela —.

—Dame tu celular —ordenó mi padre a Daniela, que lo entregó temblorosa.

—¡Vamos! Cada minuto que perdemos es tiempo que él aprovecha para salirse con la suya y alejarse con Valentina —dijo, mirando a sus hombres—.

—Llévense a esta mujer a la comisaría, explíquenle lo que está pasando. Que se quede allí y si pueden arrestarla para que no vuelva a ver la luz del día, ¡mejor todavía!

Iván estaba listo para actuar, detrás de mi padre, mientras yo me sentía perdido.

—Mamá... —solté, llorando— ¿Qué fue lo que hice?

—Tomaste las decisiones equivocadas, hijo mío, aun conociendo todos los caminos correctos —me abrazó, tirándome de la mano.

Nunca me había sentido tan impotente, con las manos atadas, sin saber qué hacer.

Espero que esté bien. Nunca me lo perdonaré si le pasa algo...

Capítulo 90

Santiago — La Casa Abandonada

Llevé a la esposa de Damián a una casa a unos minutos de la ciudad, donde sabía que nadie nos encontraría pronto. Estaba abandonada desde hacía tiempo.

—¿Por qué estás haciendo esto? —me preguntó con ojos afligidos—. ¿Qué le hemos hecho?

—¿Usted? Nada, señora... ¿Su marido? ¡Él tomó una parte de mí! —empecé con voz dura—. Tenía un hermano, Benjamín, un hombre increíble: amigo, padre... pero ni siquiera llegó a conocer a su hijo. Era mi hermano menor, quería seguir mis pasos. Nos unimos al ejército juntos, nos especializamos y entramos en diferentes escuadrones. Yo destaqué y terminé como líder, y él fue asignado a otro. Nunca perdimos contacto; siempre que podía visitaba a su esposa. Ella estaba a punto de dar a luz cuando supe que desapareció en una misión —suspiré—. Lo busqué como un loco, abandoné una misión, sabía que me arrestarían por traición a la patria, pero no me importó. No encontré su cuerpo junto con el de los otros, así que continué la búsqueda porque sabía que había sobrevivido.

Me miraba atenta, sus ojos llenos de lágrimas.

—Semanas de búsqueda, ellos escondían bien sus huellas. Siempre terminaba en el lugar equivocado. Entonces los vi: un grupo de terroristas, parte del cual ellos habían sido asignados, seguían a alguien. Sentí que era mi hermano. Estaba lejos, había muchos, nos acabarían a él y a mí si nos pillaban, tenía que ser rápido. No habría muchas posibilidades.

La miré y noté que sus ojos se humedecían.

—Vi un helicóptero acercándose, uno de los nuestros. Mi pecho se llenó de esperanza, pero cuando me acerqué, estaban siendo

atacados. Faltaban muchos metros... Vi a dos hombres entrar al helicóptero y vi a Benjamín correr hacia los enemigos. Vi morir a mi hermano, sacrificarse para salvar la vida de dos hombres que ni siquiera trataron de evitar que lo hiciera.

—Ellos no tuvieron la culpa. Damián se siente culpable hasta hoy, pero no tuvieron tiempo... ¡no actuaron porque no hubo tiempo!

—¡Él era el líder! ¡Él debía sacrificarse por su escuadrón! —grité, y ella saltó asustada, alejándose de mí.

Miré su vientre. Se llevó ambas manos a la parte baja del abdomen.

—Lo siento, no quiero asustarte...

La Revelación

—¿Qué piensas hacer conmigo? —preguntó con las manos aún protectoras sobre su vientre— ¡Estás embarazada!

Cuando notó que miraba su barriga, retiró las manos rápidamente.

—No te pasará nada, no te haré daño.

—Entonces, ¿por qué me secuestraste? Ni siquiera soy importante para él. Hasta lo escuché decir que soy solo un contrato, que tenemos un contrato, que no se preocupa por mí, solo seguía las cláusulas... Le dijo eso a Daniela, puedes confirmarlo con ella...

—Nunca estuviste en mis planes —respondí sinceramente—. Las cosas simplemente sucedieron. No esperaba que corrieras sola hacia el auto, así que decidí aprovechar esta nueva oportunidad. Mi problema es con él, no tiene nada que ver contigo.

—¿Entonces tú eras a quien Daniela estaba ayudando?

—Daniela solo se ayudaba a sí misma. Puede pensar que soy un idiota, pero sé que ella solo estaría de mi lado hasta que él te deje. Nos juntamos solo porque teníamos el mismo objetivo: separarlos.

—¿Y por qué querías separarme de él?

—Para mantenerte lejos de problemas. Nadie necesitaba sufrir con él.

—Sabes todo lo que has estado haciendo por la gente. Tienes acceso a los informes. Sabes que no fue culpa suya. Tu hermano fue un héroe, les salvó la vida. ¿Crees que le gustaría verte así? —Su pregunta me golpeó de lleno.

La respuesta era clara: a él no le gustaría. Pero yo quería venganza.

Un Pasado Doloroso

—Sé cuánto puede doler esto, créeme... —comencé a contarle—. No sabía lo que era ser amado por una familia. Descubrí que era solo una moneda de cambio, que la mujer que llamé madre y que me maltrató toda la vida no tenía mi sangre. Que mi padre y esa mujer lastimaron tanto a mi madre que murió al darme a luz...

La miré. Debió ser difícil soportar todo ese peso.

—Tenían la culpa, culpa de verdad, pero los perdoné, no por ellos, sino por mí. Necesitaba dejar eso atrás para seguir adelante, soltar ese peso innecesario. Quería vengarme, pero perdería mi esencia en el proceso...

—Sé que Daniela decía que te estaba amenazando, pero nunca amenazaría a una inocente. Dejé que lo dijera solo porque sabía que eso lo molestaría...

Ella parecía sorprendida.

—Nunca supe eso... él no me dijo —dijo—. Debió querer protegerme.

—Mira, ese no es el punto ahora. Incluso si no me estás amenazando, estás poniendo en peligro a una inocente. Ellos no tienen la culpa y él ha ayudado a tanta gente...

Lo que me dijo me hizo pensar. Siempre estuve cegado por la ira, pero vi las declaraciones, cuánta gente ayuda... y cuando vi a mi

cuñada ahí...

—Puedo ver que estás en una situación delicada —dije mirando su vientre—. Él debe haberle dicho esas cosas a Daniela para sacarte de en medio, ya que Daniela dijo que te estaba amenazando...

La Interrupción

Me entretuve tanto hablando con ella que no noté que nos habían seguido.

No esperaba que alguien llegara tan rápido.

Gabriel entró a la casa con una pistola.

—¡Déjala ir! —me gritó— ¡Y no te muevas o te disparo!

Por cómo sostenía el arma, se notaba que nunca había disparado una en su vida.

—Gabriel... ¿qué haces aquí? —pregunté, aprensivo.

—¿Qué parece? Vine a salvarte. Te vi salir triste, pensé que era mejor seguirte y cuando el camino cambió supe que algo andaba mal.

Hablaba demasiado. Si salió con nosotros, seguro había estado planeando desde antes cómo entrar aquí.

—Le avisé a mi padre. Ven, te vamos a sacar —le dije mientras le quitaba el arma con un movimiento rápido. Ya temblaba todo.

—Recuerda sostener firme el arma, especialmente si apuntas a alguien con entrenamiento militar...

—Y... y... déjame ir, te juro que finjo que nunca estuve aquí. Nadie se dio cuenta que ella se fue. Da tiempo para que salgan de aquí.

¿Pueden creer lo que dice ese cobarde?

—¿Qué? —ella preguntó indignada— ¡Cobarde!

—Lo siento, Mel, lo siento —me miró—. Déjame ir, no le diré a nadie...

No pude evitar reírme.

—Vete. No quiero volver a ver tu cara.

No tuve que decirlo dos veces. El idiota salió corriendo como si huyera del diablo.

Me volví hacia ella.

—Me alegro de que nos deshiciéramos del señor coraje.

Ella asintió, aún sorprendida.

—Espera aquí unos minutos, hasta que el idiota siga su camino, que tardará un rato. Luego podrás irte. No es bueno para ti pasar por este estrés, y no quiero volver a hacer daño a una mujer, especialmente a una en tu condición...

Me miró con gratitud y lástima.

—Gracias... por favor, piensa en lo que te dije. Ya has perdido tanto, sufrido tanto... tal vez sea hora de soltar esa carga. La venganza solo te hundirá más, no te traerá paz. Te cambiará. Te convertirá en el villano. Y tú no eres mala persona, solo estás herido.

—Si supieras las cosas que tuvimos que hacer en las misiones, tanto tu esposo como yo, tal vez no pensarías así. Creo que ya pasó el tiempo. Lo siento, no quise lastimarte...

Ella se acercó lentamente.

—Gracias por dejarme ir. Estás haciendo lo correcto y te perdono —me dijo con una sonrisa débil—. Piensa en lo que dije...

Estaba a punto de responder cuando escuchamos autos deteniéndose fuera de la casa.

Habían llegado demasiado rápido...

Capítulo 91

La Llegada de Damián, Iván y el Suegro

Muchos hombres armados, Damián, Iván y mi suegro entraron a la casa por todas las puertas y ventanas.

El sonido del vidrio rompiéndose y la madera astillándose era casi ensordecedor.

Por un momento, todo pareció ralentizarse: entraron gritando que me alejara de Santiago. Damián tenía los ojos furiosos, con un arma en la mano apuntando a Santiago, que también tenía su arma lista.

—¡Baja el arma! Si haces algo, serás un cadáver —gritó Damián, furioso—. Mel, sal de aquí.

Sólo cuando pronunció mi nombre volví en mí.

Me puso frente a Santiago. Vi sus ojos muy abiertos cuando miré hacia atrás.

Intento de Calmar la Situación

—¡Por favor, bajen sus armas! —pedí, con las manos al frente, tratando de calmar a todos—. Bájenlas.

Miré a Damián, rogándole que retrocediera.

—¡Valentina! ¿Qué haces? Quítate del medio —me gritó.

Miré a Santiago. Me miraba fijamente, con los ojos perdidos. Entiendo su dolor mejor que nadie, sé cómo puede cegar... No es mala persona, él no iba a hacerme daño, y no voy a dejar que lo lastimen.

—Ven aquí, Mel, por favor aléjate de él —dijo Damián.

—¡No! Bajen las armas ahora mismo, por favor —dije, con la respiración agitada.

Miré a Iván y a mi suegro, ambos igual de tensos. Nadie bajó las armas.

—Valentina, cariño, ven aquí —intentó persuadirme mi suegro.

—Él ya me había dejado ir, no me iba a hacer daño. Sólo estaba triste, afligido, cegado por el dolor... pero no iba a lastimarme.

La Rendición de Santiago

Necesitaba convencerlos de que se detuvieran antes de que pasara lo peor.

Pero fue Santiago quien dio el primer paso: levantó las manos y lentamente se acostó en el suelo, sin apartar la vista de Damián.

Iván corrió hacia él, pateó el arma y, con la ayuda de otro hombre, le puso unas esposas.

Damián me arrastró cerca de él.

—Cielos... —enterro su cara en mi cuello—. Casi muero de la angustia.

—Eso no es lo que te escuché decirle a Daniela... —le miré—. Pero eso no importa ahora. No hay necesidad de esto, nada de esto.

Me solté de sus brazos y me acerqué a Iván.

—¡Suéltalo! ¡Iván, déjalo ir ahora mismo!

—Valentina, él te secuestró —dijo Iván, indignado—. No lo dejaré ir.

—¡Sí lo harás! —le confronté—. Dame la llave ahora. Estuve aquí, sé lo que pasó. Me soltó, se equivocó, pero iba a arreglarlo. ¡Se arrepintió! Ahora, o lo sueltas, o voy a tomar las llaves...

Damián se me acercó por detrás y le pidió a Iván que lo soltara.

—¿Estás segura?

—Sí... —dije con firmeza—. Te culpa por la muerte de su hermano, Damián. Tú tienes una hermosa familia, tú también sufriste por Benjamín. Imagínate cómo se siente Santiago, siendo su hermano, habiendo visto morir a Benjamín para salvarte.

Él abrió mucho los ojos.

—Sí, lo vio, estaba buscando a su hermano. Su mujer estaba embarazada, ni siquiera conoció a su hijo.

Mis emociones se desbordaron otra vez.

—Conozco al hijo de Benjamín. Siempre estoy ahí en las fechas conmemorativas. Es un buen chico —comentó Damián—. Muchacho fuerte. Su madre lo crió muy bien.

Suspiró.

—Sabes que tendrás que responder por esto, ¿entiendes?

—Sólo si pongo la denuncia... —dije—. Le pedí que me sacara de la cena. ¿Por qué la policía haría algo? Le pedí a mi guardia que me llevara después de ver a mi esposo con su ex. ¿Qué crimen cometió? No me secuestró, me sacó cuando se lo pedí. ¡Como su jefa! ¿Por qué iba a presentar una queja?

El Perdón de Valentina

Vi a Santiago mirándome por el rabillo del ojo.

—Ya no merece sufrir. Necesita aprender qué es el perdón, y la mejor manera es recibiéndolo —me volví hacia él—. Te perdono. Quiero que sigas siendo mi guardia de seguridad. Si puedes perdonar y entender que mi esposo no fue responsable de la muerte de tu hermano... ¡tu hermano es el héroe responsable de la vida de Iván y Damián!

Me miró asombrado, con lágrimas en los ojos. Sé que siente dolor, que lo extraña. Él vivía con su hermano, yo no conocí a mi madre y

la extraño. Pero él debe ver lo hermoso que hizo Benjamín, las vidas que salvó.

—Lo siento... —dijo Santiago, mirándome a los ojos—. Lo siento por todo esto.

Vi sinceridad en sus palabras. No eran solo para salvarse.

—Gracias, señora, por hacerme ver las cosas desde otro ángulo. Si quiere que continúe, si me lo permite, sepa que tiene la lealtad y el agradecimiento eterno de un soldado...

Lo abracé, mientras Damián se mantenía tenso. Claro que no confiaba, no vio ni escuchó lo que yo.

—Él no va a... —comenzó Damián.

—¡Claro que sí! —lo interrumpí—. Y me parece bueno que no me contradigas. Ya no estás en buenos términos conmigo, así que será mejor que no me estreses más.

Él asintió.

—Genial, hemos terminado. Ahora necesito comer, me muero de hambre... ¿Santiago, nos vamos?

El Camino a Casa

—Mel...

—Hablamos en casa, Damián. Allí hablaremos —me volví hacia Santiago—. Vamos, por favor. Estoy cansada y hambrienta.

Salí con todas las miradas puestas en mí, algunos con extrañeza, otros conmocionados.

Santiago me acompañó, subimos al auto bajo la mirada de los demás.

Me abrió la puerta y apenas subió me miró por el espejo retrovisor.

—Gracias, señora.

A pesar de su aspecto duro, Santiago es muy sensible al dolor de su hermano, de su cuñada, y a ver crecer a su sobrino sin padre.

—Puedes pagarme no contándole a nadie sobre mi embarazo —me dijo raro.

—¿Todavía no lo sabe? —negé.

—No fue por maldad lo que hizo, se lo aseguro.

—Independientemente de lo que escuché, no debería haberme ocultado nada, pero entiendo lo que hizo. Solo quiero hacer las cosas a mi manera.

Él asintió.

—Su secreto está a salvo conmigo, y se lo agradezco... sabe, no conozco a mi sobrino. Nunca he ido a verlo, solo le mando una suma cada mes. No tengo valor. Mi cuñada dice que se parece mucho a Benjamín. No sabía que Damián lo veía seguido.

—Yo tampoco, me oculta muchas cosas, y eso no me gusta. Por mucho que hizo lo que pensó mejor para mí, no debió ocultarme nada. He sido más útil para él en los últimos meses que cualquier otra persona. Lo he ayudado en muchas cosas, debería haber confiado en mí.

Recuerdos y Esperanza

Hablamos en el camino sobre Benjamín: cómo era, cuánto amaba a su mujer, lo unidos que eran.

Era hermoso.

Recordé a Renata. Pudimos haber sido así. Yo era así con ella: fiel, buena hermana. Pero ella prefirió ser mi enemiga y traicionarme.

—Deberías ir a ver a tu sobrino. Eres parte de la familia, alguien que podría ayudar a tu cuñada a criarlo.

—Siento que me voy a desmoronar cuando lo vea. Que me voy a volver loco —respondió—. Lo siento mucho por él. Pudo haber tomado otro camino, pero por suerte tuve a alguien que me guiara. Él estaba solo.

Damián y los demás nos seguían muy de cerca.

Sé que los dos tendrán que hablar y arreglar las cosas, pero por ahora, perdonarlo por lo que pasó hoy es suficiente.

—¿Nos vemos mañana? —me miró por el espejo y asintió.

—Si es lo que usted quiere.

Sonreí.

—Entonces hasta mañana.

Mañana... ni siquiera sabía cómo estaría mañana, pero esperaba que todo saliera bien.

Damián y yo teníamos mucho qué hablar. Lo que dijo me dolió mucho, fue frío y cruel, aún más ¿por qué le contó a Daniela de nuestro acuerdo?

Aquella mujercita siempre está en nuestro camino. Hasta se me había olvidado que todo empezó así.

Para mí todo era diferente, pero ahora temo que no lo sea para él.

—Gracias por traerme. Hablaré con Damián, voy a resolver las cosas. Él va a querer hablar contigo. Y cuando quieras tiempo para conocer a tu sobrino, házmelo saber, ¿de acuerdo?

Me dejó en el apartamento. Subí rápidamente para evitar subir con Damián. Necesitaba unos segundos más, aunque sólo fueran unos pocos.

Suspiros.

Traté de poner mis pensamientos en orden.

Dios, ayúdame.

Capítulo 92

La Confianza en Santiago

No sé cómo ni por qué, pero confiaba en Santiago. ¿Podría simplemente desaparecer? Sí, podía, pero algo me decía que se quedaría y haría las cosas bien de ahora en adelante.

La Tensión en el Apartamento

Damián entró al apartamento unos momentos después que yo, terriblemente irritado, y yo también estaba enfadada.

—¿Tienes idea de que podría haber hecho algo contra ti? ¿Cómo puedes confiar en la persona que te secuestró? —preguntó, airado.

—¿Estás seguro de que es de él de quien quieres hablar ahora? —mi tono salió tranquilo, bajo y frío, tanto como me esforzaba para que se oyera así—. Para empezar, si no te hubiera escuchado decir esas cosas horribles a Daniela, no habría dejado la cena como lo hice, dándole la oportunidad de llevarme... —lo miré con el ceño fruncido, mezcla de tristeza e ira.

Lo entiendo, yo también habría hecho algo así para protegerlo, pero somos pareja y tenemos que aprender a ser uno.

—Lo sé, solo estaba desesperado. No sabía qué más hacer para averiguar quién era ese hombre. Pero podrías haberme enfrentado, podrías haber pedido explicaciones, deberías haberte quedado y exigido respuestas, no huir así...

¿Está bromeando? Solo puede ser eso.

—¿Me reclamas que no me quedé a hablar? ¿Cuándo fuiste tú el menos honesto? ¿Por qué no me hablaste de las amenazas? ¿Por qué no me dijiste tus planes? ¿Crees que debería imaginar, adivinar o mirar a través de una bola de cristal? —Le recordé—. Me ocultaste cosas, no puedes culparme por entender mal.

Damián caminaba de un lado a otro como un león frustrado, pasándose las manos por el pelo, tratando de ordenar sus ideas.

—Mel, sé que me equivoqué. Entiende que estés muy enojada conmigo, pero eso no es excusa para que pongas tu vida en riesgo. ¿Tienes idea de lo que pudo haberte pasado? Es un hombre entrenado, podría haberte matado en segundos... Yo... —arrojó un adorno de la sala, estrellándolo contra la pared—. ¡Pasé por un infierno imaginándome lo que te pudo haber pasado!

—No habrías pasado por nada de eso si hubieras hablado conmigo. ¡Tú fuiste quien ocasionó que las cosas llegaran a ese punto! Todo se resuelve hablando, pero tú siempre ocultas detalles importantes como este —me acerqué a él—. ¿Crees que ser amenazada no es algo que debería saber? Si lo hubiera sabido, habría tenido mucho más cuidado.

—¡Quería protegerte! —gritó más alto de lo que creí normal—. Entiende eso, por favor. No estoy acostumbrado a perder el control, estoy intentando...

—Y ocultarme cosas hizo todo menos protegerme. Las cosas entre nosotros comenzaron de manera poco convencional, Damián. ¿Cómo crees que me sentí al escuchar esas cosas? Si te pusieras en mis zapatos... y si me escucharas diciéndole esas cosas a Gabriel, ¿cómo te sentirías? —Sus ojos estaban tristes y cansados, tal vez como los míos, pero no iba a parar hasta que entendiera lo que había hecho.

La Declaración y Propuesta

Damián es un hombre increíble, pero tiene que aprender a confiar más en mí. Podría haberlo enfrentado a él y a Daniela, pero estaba herida, lastimada. Ya habíamos hablado de que él hablaba con ella a mis espaldas. Nuestro matrimonio es muy complicado.

—Perdóname, Mel... no era mi intención lastimarte. Fui un idiota, pero te juro que hice lo mejor para ti —su mirada era tan intensa que me hizo derretir por dentro, mientras intentaba lucir fuerte.

Lo amo. ¿Cómo no podría perdonarlo? Por más que estaba equivocado, su error fue pensar en mí.

Sé bien que lo que elijo me perseguirá por un tiempo y no será bueno ni para nosotros ni para el bebé que llevo y protejo.

—¿Nada de lo que dijiste es real? ¿No estás esperando un bebé y por eso quieres separarte de mí? —pregunté.

Él negó y se acercó lentamente.

—¿No crees que solo soy un contrato?

Se fue sin decir palabra, regresó con un sobre en las manos.

—Esto no vale nada para mí —dijo, y rompió en mil pedazos el contrato firmado—. Y no debería significar nada para ti... Todo lo que deseo es redimirme. Si me das otra oportunidad, te prometo que no haré nada parecido. No eres un contrato para mí, supongo que nunca lo fuiste. No soy perfecto, Mel, nunca lo fui, pero soy leal a los que amo. Y te amo con todas mis fuerzas.

Sentí mis ojos arder de lágrimas. Extendió la mano. Apenas la toqué, me abrazó con fuerza y se arrodilló.

—No empezamos bien, lo sé, pero me enamoré perdidamente de ti. Entonces, Valentina Castillo, ¿aceptas ser mi esposa? ¿Con las únicas reglas las que dijimos en nuestros votos?

Casi muerta de llanto, dije un casi inaudible sí.

—Casi muero estando lejos de ti. Por favor, no vuelvas a hacer eso. Gritame, maldíceme, golpéame, haz lo que sea, pero no vuelvas a pensar en irte de mí.

Se levantó y me jaló a sus brazos.

—Ya no existe ningún contrato entre nosotros, ¡que quede claro!

Asentí, apoyándome en su pecho con los ojos cerrados. ¿Cómo es que en pocos meses se ha convertido en mi todo? Eso que me hace quedarme, incluso después de tantos problemas.

—Simplemente no me molestes más y no tendré razón para pelear ni maldecir nada.

El Conflicto con Santiago

—Hay algo más que tendremos que resolver... ¿De verdad confías en tu secuestrador? —Me apartó y me miró a los ojos.

Asentí sin dudar. Santiago cometió un error, pero ¿quién podría conservar la cordura tras ver morir a un ser querido de forma tan brutal y prematura?

—Mel, debiste presentar una denuncia...

—Él sabe que se equivocó, no es tonto. También conoce la ley y está tan bien entrenado como tú y Iván. Pero es un buen hombre, lo vi... no tenía intención de lastimarme, solo quería que tú sintieras su dolor, pero estaba viendo las cosas desde un ángulo equivocado —Damián me miraba incrédulo—. Te lo aseguro, se arrepiente, solo necesita una oportunidad, como todos.

Me niego a que le haga daño. Santiago ha sufrido demasiado. Todos han sufrido, tienen sus traumas y dolores. No quiero hacerle más daño.

—Mel, no solo estarás ayudando a él... Daniela está en la comisaría. Iván y mi padre fueron para ver cómo iban las cosas, pero si no denuncias tu secuestro, Daniela no puede ser cómplice de algo que no pasó. Ella estará libre, ¿entiendes? Está retenida por cómplice, y sin denuncia no tienen motivo para mantenerla allí.

—Bueno, eso realmente apesta —suspiré—. Pero no puedo retractarme. Santiago confía en mí, y no lo voy a apuñalar por la espalda.

—Entonces tendremos a Daniela suelta un poco más... —suspiró—. No te preocupes, mientras no le des más cuerda, estaremos bien.

Un Momento para Ellos

—Mis padres están enojados conmigo. Incluso Iván me culpó por tu secuestro. Te quieren mucho, eres parte de la familia. Mi mamá definitivamente querrá verte.

—¿Qué tal si decimos que necesito tiempo y simplemente disfrutamos nosotros dos? —No quería público para lo que tenía en mente, y apuesto a que no me negará nada ahora.

¿Está mal aprovechar este momento? Sí, pero él me ha estado privando de mi necesidad desde hace tiempo.

—¿Qué tienes en mente? —La sonrisa sucia que tanto amo ya estaba allí.

—Tengo una idea o dos... tal vez puedas ayudarme...

Capítulo 93

Valentina

Damián me llevó en sus brazos hasta la habitación, besando suavemente mi cuello. Mi piel ardía por completo; jamás imaginé sentir tanta necesidad por alguien.

Me sentó al borde de la cama y me miró con tal intensidad, con una mirada ardiente que podría haberme quemado solo con eso.

—¿Esto es lo que quieres, Mel? —dijo, de pie frente a mí, con la mirada brillante, como un animal salvaje listo para devorar a su presa.

Comenzó a desvestirse lentamente, sin apartar la vista de mis ojos. Su cuerpo parecía tallado en mármol; cada músculo se tensaba al moverse, y yo lo miraba con la boca seca.

Primero se quitó la camisa, desabrochando los botones uno a uno con una lentitud casi torturante que me hacía perder la cordura.

Después, sus zapatos y calcetines. Luego los pantalones, y casi me quedé sin aliento cuando, con firmeza, agarró la costura de sus bóxers y se los arrancó, dejando a la vista el objeto de mi deseo.

Se acercó y se subió a la cama, poniéndose de rodillas detrás de mí. Sus manos recorrieron mis costados, su aliento cálido rozando la nuca.

Sus dedos trazaron un camino lento por el interior de mis muslos, masajeando con delicadeza mientras abría mis piernas para tener más acceso. Me apoyé contra su pecho desnudo mientras él deslizó dos dedos dentro de mí.

—Tan mojada, tan lista... —su voz baja y grave resonó en mis oídos como el pecado mismo—. Me encanta tu cuerpo, y cómo me responde tan espontáneamente.

Sus dedos se movían lento, entrando y saliendo con un ritmo que rozaba el dolor delicioso.

Momentos después me ayudó a desvestirme, admirando mi cuerpo por un instante.

Se tumbó de espaldas, manos detrás de la cabeza, y me miró fijamente.

—Soy todo tuyo, ¿qué quieres hacer?

Me coloqué encima y bajé lentamente, deslizando toda su longitud dentro de mí. Él gimió y empujó hacia arriba, cada embestida más profunda que la anterior.

—¡Maldita sea, Mel, eres tan ardiente! —gemí y subí y bajé para él una vez más, tragándolo aún más.

—Oh, por favor, quiero más —susurré, deseando que él tomara el control. Me encantaba estar encima, pero me volvía loca cuando él se hacía cargo.

Me movía con necesidad extrema, queriendo tenerlo entero dentro de mí.

El apartamento estaba en silencio, solo el sonido de nuestros cuerpos chocando llenaba el aire.

Todo entre nosotros era extraordinario. Cada gruñido suyo me empujaba más allá del límite.

Nos miramos justo cuando llegué al clímax, gimiendo su nombre con desenfreno.

—Cielos, qué hermosa eres —murmuró, mientras alcanzaba su propio placer dentro de mí.

Me tumbé sobre su pecho, incapaz de moverme, nuestras respiraciones agitadas comenzaban a calmarse.

—Te confieso que estuve a punto de volverme loco tratando de controlarme mientras te recuperabas de la anemia... fracasé.

Hice un puchero, aunque él no pudo verlo, porque estaba recostada sobre él sin moverme.

—Prefiero no necesitar más reconciliaciones. Para mí, estar contigo siempre será lo mejor que existe.

Nos quedamos así, juntos, hasta que se levantó y me llevó a la ducha. Después, nos dormimos, yo recostada en su pecho, agotada y aliviada.

Al día siguiente

Sabía que no podría evitar a mi suegra por mucho tiempo, así que decidí hacer una cita para tomar un café con ella. Dejé que Damián cuidara de su padre y de Iván.

—¿Estás segura de que quieres hablar con ella a solas? —preguntó.

Asentí.

—Tu mamá ha sido increíble conmigo. Quiero hablar con ella y que tú lidies con tu papá, Iván y todo lo demás. No es justo, pero tú fuiste el que armó este lío. —Me dio un beso y nos despedimos.

Insistió en que fuera acompañada por dos guardias de seguridad además de Santiago, sabiendo que ellos no se llevarían bien desde anoche, pero acepté.

—Voy a hablar con él, pero necesito saber qué pasó con Daniela.

—¿Y Gabriel? ¿Lo encontraron? —Me miró sin entender.

—Él estuvo allí, intentó "rescatarme", pero me dejó atrás. ¿Puedes creerlo? Un cobarde... —se puso rojo de rabia—. Está bien, déjalos ir. Estoy cansada de todos, solo quiero vivir en paz. Tú, yo y nuestro paquetito.

Salí directo a una tienda, quería que Damián fuera el primero en enterarse del embarazo, pero mi suegra merecía saberlo y ayudarme. Pedí al encargado que pusiera en una caja un zapatito

blanco y un moño que decía “abuela lechuza”. También compré una prueba de embarazo para mostrarle.

Sabía cuánto deseaba ella un nieto, tanto como Damián un hijo.

Ella ya estaba en el café y había pedido algo cuando llegué. Se levantó y corrió a abrazarme, sosteniendo mis brazos.

—¿Estás bien, mi niña? Estaba preocupada y no me dejaron ir cuando supieron dónde estabas... —me abrazó de nuevo.

—Estoy bien, suegra. Era solo una persona dolida y desesperada. Santiago no es malo, Daniela seguía molestando a Damián con mentiras —comencé a contarle todo. Desde lo que escuché hasta lo que pasó en la casa donde me llevaron.

—Mi hijo a veces peca por ser demasiado protector. Espero que lo hayan resuelto. No quiero verlos peleados por alguien como esa mujer. No vale ni un segundo de discusión.

Hablamos un rato más, y me contó cuánto sufrió Damián cuando supo que me habían secuestrado.

Al cabo de un rato recogí la caja que había dejado a mis pies.

—Tengo un regalo —le dije.

Me miró extrañada.

—No necesitabas comprarme nada, querida.

—Gracias, siempre es lindo recibir regalos —le entregué la caja. Al levantar la tapa, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Es eso lo que creo? ¿Voy a ser abuela? —Asentí.

La emoción que sintió era tan real que me conmovió.

—Damián no lo sabe aún. Quería hacer una sorpresa en el viaje, pero no pude prepararme con todo este lío.

Se levantó y me abrazó, llorando.

—Gracias, mi amor. No sabes lo feliz que estoy...

Preparativos para la sorpresa

Fuimos a varias tiendas de bebés. Mi suegra insistió en comprar muchas cosas y llevárselas a casa.

—Suegra, necesito tu ayuda. Quiero llevar a Damián de viaje mañana. Necesito contarle del embarazo, pero que sea especial.

—Lo que quieras, mi niña. Yo organizo el viaje, tú hablas con él y haces las maletas. Damián enloquecerá cuando se entere. ¡Estoy tan feliz por ustedes!

Ella se fue a casa y yo volví a preparar todo.

—París, allá vamos —me dije emocionada—. Pedí salir por la noche para llegar en la mañana y aprovechar el día. Así podrían tener todo listo en la habitación.

Horas después, mi suegra me llamó. Habló con el piloto y teníamos que salir esa misma noche.

Damián llegó del trabajo, y las maletas ya estaban listas en la sala.

—Hola... ¿de qué va todo esto? —preguntó señalando las maletas.

—¡Prepárate para nuestro viaje! Todo está listo, no hay tiempo que perder. Vamos, vamos... ¡París nos espera y yo ya estoy demasiado vieja para esperar!

Damián se quedó atónito, sin decir nada. Solo me siguió.

Espero que todo salga perfecto. Nada puede salir mal...

Capítulo 94

Damián

Por supuesto, Iván y mi padre no estaban nada contentos con las decisiones de Valentina, especialmente Iván, a quien no le gustó ni un poco sentirse desplazado.

—¿Cómo puede confiar en él después de todo lo que pasó? ¿Y vas a dejar que se quede así? ¿Y qué pasa con Daniela? —preguntó Iván, preocupado.

—Tienes que convencer a Valentina para que presente cargos, hijo mío —intervino mi padre con voz firme—. Esto no puede quedar así. ¿Y si todo esto es parte de sus planes? ¿Ganar su confianza para después hacer algo peor?

Ambos me bombardearon con preguntas, pero yo estaba demasiado feliz para enfadarme. Ella me perdonó. Yo casi no podía perdonarme, pero ella lo hizo, sin pensarlo dos veces. Imagino lo difícil que ha sido para ella, con la historia de vida tan complicada que carga.

He tenido problemas con una mujer, pero no se comparan con los que ella tiene dentro de su propia casa, con su propia familia.

Después de encontrar a Daniela con Gabriel, pensé que nunca volvería a enamorarme. Para mí, el amor se había convertido en un sentimiento para manipularnos. Decidí alejarme de eso. Tonterías. Ni siquiera había conocido el amor de verdad, ni su significado ni la intensidad que lo acompaña.

He tenido el amor de un padre y una madre; eso es indiscutible. Pero el amor de una mujer solo lo he conocido junto a Valentina.

Desde que me uní al ejército, me volví menos sentimental, actuando solo por la razón. Todo ese entrenamiento, controlando emociones, me convirtió en una máquina. Y durante años funcionó.

Creí que vivir con mis personas más cercanas, sin relaciones románticas, era suficiente. Incluso Iván tuvo el ejemplo: él tampoco tuvo una buena experiencia en el amor.

Pero eso cambió cuando Valentina llegó a mi vida. ¿Cómo alguien tan pequeña y sensible puede cambiar tanto a una persona?

Al conocer su historia, entendí que yo me estaba quejando con la barriga llena.

Llegó lentamente, llenando un espacio que había estado vacío e inhabitable, aportando luz y color a un mundo gris. Al principio daba miedo, pero luego el verdadero terror fue imaginar que ella pudiera dejarme.

Nunca tuve la costumbre de compartir mis pensamientos, tomaba decisiones solo. Aprendí a conversar y abrirme solo cuando ella llegó. Cometí muchos errores y me alegro de que me perdonara.

Nunca imaginé que podía actuar impulsivamente, sin pensar, pero con Valentina las cosas toman un giro que me vuelve loco y me impide razonar. Si me detengo a pensar, debo amarla. Al principio todo era cuestión de lógica, de contrato. Pero luego, ¡todo fue dejarse llevar!

Y me gusta... por más desesperante que sea no pensar con claridad. Creo que si pudiera razonar del todo, tal vez no sería amor.

—¿Hola? ¿Me escuchas? —Iván estaba gesticulando frente a mí, mientras yo estaba en otro lugar.

—Sí. Valentina confía en él, y yo aprenderé a confiar también, después de que tengan una conversación.

Le pedí a Santiago que viniera a la empresa cuando Valentina estuviera mejor. Cuando la dejó en casa, él llegó. Iván insistió en estar presente.

La conversación no fue fácil. Iván estaba profundamente ofendido por no haberlo descubierto antes.

—Estuve allí, lo vi morir... Lo amaba tanto. Traté de ponerlo en mi equipo, pero ya sabes cómo son los superiores: nada de sentimientos. Tenerlo en mi equipo podría causar problemas, no podemos actuar controlados por la emoción... Los busqué mucho, pero siempre borraban sus huellas —dijo Santiago, sufriendo. Yo también sufría por todos los que perdieron la vida en esa misión.

—No pudimos evitarlo, pero tu hermano habría muerto mucho antes si no hubiera vuelto a buscarnos. Él y yo nos quedamos atrás. Damián ya estaba en el helicóptero y volvió por nosotros... Nos salvó la vida, y tu hermano se sacrificó más tarde. Soy la prueba viviente de su amabilidad, me salvó dos veces, me ayudó como a muchos otros. Dime, ¿qué empresa contrata gente como nosotros? Es complicado, ya sabes lo inestables que somos.

—Tu esposa me mostró otra forma de ver las cosas. No sabía que habías regresado por ellos. Valentina ve lo bueno incluso en los corazones más oscuros. Me dijo que perdonara, no por ti, sino por mí. Cargué ese odio por tanto tiempo, tantos años... Estuve preso por abandonar una misión para ir tras mi hermano. Todo eso alimentó mi odio.

—El amor y el odio son sentimientos opuestos, pero igual de fuertes, capaces de volvernos locos y hacer que actuemos sin pensar. Eso lo entiendo muy bien —pensé en las veces que he actuado impulsivamente desde que Valentina llegó a mi vida—. No sé qué haría si perdiera a alguien tan importante... ¿Cómo pudo Valentina ver eso tan rápido? Su dolor tiene un don, nos hace hablar y nos reconforta.

Iván y yo entendemos el lado de Santiago.

—Espero que nuestras diferencias queden en el pasado —dijo Iván —. Odiaría que estén en riesgo solo porque te estamos dando un voto de confianza.

—Solo quiero vivir en paz —se le sentía sincero, pero somos desconfiados por naturaleza.

—Está bien, que así sea. La psicóloga de la empresa comentó que nunca empezaste tus consultas con ella. Hazlo, ayuda mucho. Tómate el tiempo que necesites para recuperarte del duelo. Habla con tu cuñada, conoce al niño. Es bueno que tenga una figura masculina, que escuche las historias de su padre.

Él asintió.

—Espero que algún día vuelvan a confiar en mí. Sé que tendré que demostrarlo, pero quiero intentarlo.

Creo que esa conversación nos ayudó a todos.

—Tal vez a mí y a Iván, pero no a Valentina. Ella confía en ti con los ojos cerrados, no lo entiendo... pero lo respeto —me dijo Santiago, sonriéndome.

—Ella es una mujer con un corazón puro y bondadoso. Ve mucho más allá de lo que nadie espera.

El día seguía mejorando. En casa, encontré unas maletas. Pensé que Valentina se iba, pero una Valensonriente se acercó diciendo que íbamos a viajar y que todo estaba listo.

Esa mujer me va a terminar matando del corazón.

—Lo siento, olvidé que te debía un viaje —dije.

—No hay problema, lo recordé bien. Tendremos un hermoso viaje y sin interrupciones. Ya les advertí que no nos interrumpan aunque las empresas se estén incendiando.

—Vaya, pero...

—¡No somos bomberos! No vamos a apagar ningún fuego —me interrumpió con una sonrisa radiante.

Su alegría es contagiosa; me emociono cada vez que la veo así.

—Tendremos estos días solo para nosotros... ¡nada ni nadie nos detendrá esta vez!

Sus ojitos brillaban... ah, cómo la amo. Podría perderme para siempre en esa mirada dulce.

Durante todo el viaje, Valenno paró de comer y dormir.

—Pareces un oso panda —le dije.

Se echó a reír.

—¿Me estás llamando gordita?

—No, solo comedora y dormilona. Solo te despiertas para comer y luego vuelves a dormir —dije sonriendo—. Eres tan linda.

—Los últimos días fueron un torbellino de emociones, me agotaron mentalmente. Así que no me molestes, ¡lo necesito!

Reímos.

—Como quieras, princesa. —Se durmió de nuevo unos minutos después.

La observé mucho tiempo y me sorprendí pensando qué hubiera pasado si no hubiera aceptado mi propuesta. Qué suerte tengo de tener a una mujer tan increíble con un corazón tan hermoso.

Horas después desembarcamos. Ella saltaba a mi lado como un niño al que le acaban de dar el mejor regalo de su vida.

Poco sabe ella que el mejor regalo de mi vida me lo dieron cuando la conocí.

—¿Qué hacemos primero?

—Tengo algunas ideas... Vamos, señor Castillo, me debes un gran tour.

Capítulo 95

Valentina

Estoy radiante. Esto de las hormonas es muy gracioso: a veces estoy incontrolablemente sensible, otras veces irritada, y en otras, soy una bomba de felicidad a punto de estallar.

En este momento, soy esa bomba de felicidad, saltando junto a mi esposo como una niña en la mañana de Navidad.

Quiero que hoy todo sea perfecto. Nada puede salir mal.

Cuando llegamos, yo ya estaba súper emocionada; quería ir a todos los lugares que antes no habíamos podido visitar, especialmente al museo.

—Tengo muchas ganas de pasear por los Campos Elíseos, recorrer las tiendas y probar todas las delicias en los restaurantes del camino —dije, mientras mi apetito se multiplicaba, tanto por la comida como por Damián.

—¡Haremos lo que tú quieras! Pensé que preferirías ir directo al museo.

—Tenía muchas ganas, pero prefiero ir temprano, así puedo disfrutar mejor de todas las maravillas que ese lugar tiene para ofrecer.

Tomamos el carro y fuimos hacia allá. Él compró cada prenda de ropa o comida que me llamó la atención. No sé cuántos croissants me comí, y varias veces tuve que correr al baño fingiendo que todo estaba bien, pero me sentía con náuseas y vomité... y luego volvía a tener hambre.

Después visitamos el Arco del Triunfo, donde me tomé varias fotos con él; teníamos pocas, solo las de la boda.

Él cargaba todas las bolsas. Aquí estábamos a gusto, sin prisa, caminando tranquilamente.

—¿Qué haremos esta noche? —pregunté.

—Vamos al Moulin Rouge. Quiero conocerlo, tomar fotos y asistir a una de las presentaciones —respondió emocionado, aunque un poco cansado.

Entré al baño de una tienda para revisar que todo estuviera listo en nuestra habitación. Me confirmaron que todo lo que pedí ya estaba instalado y que no me preocupara.

—Vamos, tenemos mucho que hacer —le dije.

Terminamos el recorrido poco después del anochecer. Yo estaba agotada, pero feliz.

Tan pronto como bajamos del ascensor, saqué una venda que había guardado en mi bolsillo desde que salimos de casa.

—¿Qué es eso, princesa? —preguntó cuando se la mostré.

—¿Alguna fantasía erótica? ¡Estoy dentro! —su risa fue inmediata.

—Qué mente más cochambrosa, señor Castillo... ¡Te hice una sorpresa y quiero que la veas en el momento adecuado! —Lo guié a la habitación y me aseguré de que todo estuviera perfecto.

Había una pantalla instalada y, encima, una tira blanca que pedí a uno de los guardias que colocara. Decía: "Hola, papá". También había una botella de champaña y la caja con mi prueba de embarazo.

Senté a Damián frente a la pantalla. A un lado estaba el equipo portátil de ecografía que había solicitado.

Me acosté y froté el gel sobre mi vientre.

—Mel, todo este suspenso me está matando...

—Tranquilo, mantén la calma —le dije, encendiendo el dispositivo—. Quítate la venda cuando te lo diga y mira al frente.

—De acuerdo.

Me puse el aparato en la barriga, con lágrimas corriendo por mi rostro.

El sonido del latido de nuestro bebé resonaba en toda la habitación. Logré mostrarlo de lado para que lo viera mejor.

—Puedes quitarte la venda —le susurré.

Al principio se quedó mirando sin comprender del todo. Después levantó la vista para leer lo que decía la tira.

Vi su cuerpo temblar levemente y sus ojos se llenaron de lágrimas al mirarme. Nunca había sentido tanto amor ni visto tanta emoción reflejada en una mirada.

—¿Estás...? —su voz fue un susurro extraño, casi irreconocible—. No sé qué decir...

Su mirada cayó a mi vientre, donde aún estaba el dispositivo.

—¡Lo estoy! ¡Vamos a ser padres! —No pude contener la emoción y rompí en sollozos—. Vas a ser papá...

Se deslizó a mi lado y me cubrió con un beso lleno de amor.

—No puedo creerlo... tú... —Su mano descansó en mi estómago—. Valentina, gracias... gracias... gracias —me dijo entre besos—. ¡Me has hecho el hombre más feliz del mundo!

Damián

Tan pronto escuché el latido resonando en la habitación, sentí una mezcla de angustia y emoción. Valenme permitió quitarme la venda.

Lo primero que vi fue la pantalla, mostrando a un pequeño bebé en el útero. Mi cerebro parecía derretirse.

Luego, al leer la tira, confirmé lo que sentía en mi corazón: voy a ser padre. La alegría desbordaba mis ojos y mi pecho.

Besé a Valentina sin poder expresar con palabras el tamaño de mi emoción. Ella me había dado el regalo más grande de mi vida.

Me entregó una pequeña caja con una prueba de embarazo positiva.

—¿Puedo? —le pregunté señalando el aparato.

Ella asintió y lo tomé con manos temblorosas.

—Es tan lindo —dije, llorando como un niño.

Para alguien que ha visto la muerte tantas veces, creer en la vida es un milagro. Eso me trajo Valentina: una nueva vida que nutrir juntos.

Busqué la mejor posición para ver al bebé, tan pequeño y adorable.

—Vamos a ser padres —dije, mirando la pantalla y sintiendo que mi pecho se agrandaba—. Valentina, te amo tanto... tanto...

La besé con la intensidad de quien quiere demostrar que su amor es tan vital como el aire.

—Yo también te amo, y amo a nuestra semillita —dijo ella llorando.

Nuestras lenguas y lágrimas se mezclaron. No sé cómo logró cambiar mi vida tanto.

—No llores, por favor. No quiero que el bebé escuche llorar a su madre; quiero verte sonreír siempre. Te haré la mujer más feliz del mundo, Mel. Te prometo cuidar de ti y de nuestra semillita para siempre. Nunca más estarás sola —le juré.

Ella me besó con pasión, con esa intensidad que dice "quiero más". Pero ahora, ¿podemos hacerlo?

—Mel, tómalo con calma. ¿Y si lastimamos al bebé?

Ella rió casi descontrolada.

—Oh, por favor, está muy bien protegido, en el lugar más seguro del mundo —sonrió—. Pero, ¿no vas a tocarme, verdad? —Hizo un puchero.

—Solo quiero hablar con un médico primero, ¿de acuerdo? Nunca fui padre, perdona mi ignorancia —ella sonrió—. Solo quiero estar seguro y no dejarme llevar por las hormonas de mi querida esposa.

La ayudé a limpiarse el gel pegajoso del vientre.

—¿Qué crees que es? ¿Niño o niña? —me preguntó.

—No sé. Por mí podrían ser mellizos, un niño y una niña, tan hermosos e inteligentes como la madre —le sonreí, levantando una ceja.

—Creo que, con lo que está pasando, no me tocarás por el resto del embarazo. Si es así, no querré otro bebé tan pronto.

—No digas eso ni en broma. Quiero escuchar ese hermoso sonido saliendo de tu vientre muchas veces más.

—

—Llamemos a tus padres. Le prometí a tu mamá que haríamos una videollamada apenas te lo dijera.

La miré, condenándola.

—Ella se enteró ayer y me ayudó con el viaje, tranquilo —dijo, levantando las manos.

Los llamamos. Seguramente esperaban con el celular en la mano. Mi madre lloraba; yo también. Mi padre, ese hombre duro y serio, también se dejó llevar por la emoción y lloró.

No podría desear nada mejor, nada más hermoso que este momento.

Valentina tiene mi corazón, todo mi mundo en su vientre. Ni siquiera sé si es pecado que alguien como yo reciba tanta alegría. Pero soy feliz como nunca, amando como nunca amé.

Valentina es la mujer de mi vida y ahora la madre de nuestro hijo.

Capítulo 96

Damián

El viaje a París fue increíble. A Valentina le encantó cada momento, aunque debo admitir que he sido insoportable desde que descubrimos que está embarazada.

—Damián, no estoy enferma, estoy embarazada. No tienes que actuar como si me fuera a romper en mil pedazos con cualquier movimiento —me dijo sonriendo después de que se le cayó una tarjeta en la tienda y casi me caigo al suelo por intentar evitar que se agachara.

Ella me llama loco, pero creo que solo soy cuidadoso. No quiero que nada malo le pase a ella, y mucho menos a nuestra bebé.

Caminó tanto dentro del museo que en más de una ocasión quise cargarla en brazos. Traté de hacerla parar varias veces, pero no me hizo caso.

—Podemos volver todos los días, no tienes que recorrer todo el museo de una sola vez, Valentina —intenté persuadirla, pero fue inútil. Solo había una forma de hacerla volver, pero no me sentía cómodo con la idea: quería hablar primero con un médico.

Después de que cumplió con todos sus deseos de visitas, regresamos a casa. Mis padres nos estaban esperando para darnos una sorpresa. Todo estaba decorado con pancartas felicitándonos por nuestro bebé.

—Estamos muy felices por ustedes —dijo Iván, que también estaba allí.

—No perdiste el tiempo, felicidades, cuñada, se lo merecen —abrazó a Valentina y luego a mí—. Ustedes se ven muy bien juntos.

—¡Por fin voy a ser abuelo! —anunció mi padre, acercándose a darle un fuerte abrazo. Era algo inusual en él, pero siempre que pasaba

algo muy bueno, se dejaba llevar.

Éramos una familia unida y feliz. Miraba a cada uno de ellos y no podía imaginar un lugar mejor donde estar.

—Voy a consentir tanto a este niño... No sirve de nada decir que no, voy a darle todo lo que quiera. No veo la hora de tenerlo en mis brazos —mi madre estaba emocionadísima—. Si es niño, lo mantendré alejado del abuelo, de Damián y del tío Iván —todos nos reímos—. Y si es niña... también. Si no, no la dejarán vivir.

—¿Cómo vas a alejar al niño de su padre? —preguntó Iván, riéndose de mi madre.

—¡Nada que un secuestro de dieciocho años no pueda resolver! Después de que lo haya criado, lo devolveré.

Pasamos la tarde y parte de la noche juntos, bromeando y contando cómo cada uno se había enterado y preocupado por Valentina.

—Esto es perfecto, ¿no? —me susurró Valenmientras observábamos a los demás discutir acaloradamente sobre nombres y si sería niño o niña.

—Será un niño fuerte como su tío, y me va a amar, se los digo —se levantó lleno de pompa—. Le enseñaré todos mis movimientos.

—No te atrevas a llenarlo de tonterías de lucha, lo quiero lejos de eso. Aunque creo que será una niña hermosa, delicada como un pétalo de flor... Así la abuela podrá llenarla de moños y joyas —mi madre soñaba con tener una niña. A veces hasta deseo que sea niña solo para complacerla.

Valenmiraba todo con tanta emoción que parecía imaginar cómo sería crecer en una familia así. Se veía en sus ojos.

—Estaremos aquí para siempre, siempre a tu lado. Somos tu familia.

Valentina pasó por todas sus consultas en los días siguientes. Quise asegurarme de que estaba bien, y todos los exámenes mostraron que ella y nuestra pequeña semilla estaban perfectas.

—Mira, te lo dije: todo es normal y perfecto en el paraíso —su sonrisa burlona fue la respuesta que recibí.

—Más vale prevenir que lamentar... Además, era necesario. Ahora tenemos todo arreglado, todo está bien y podemos seguir las recomendaciones médicas.

—Todas las recomendaciones, ¿verdad? ¡Has oído al médico! —se mordió los labios sugestivamente.

—¡Aún no puedo creer que realmente le hayas preguntado eso al doctor! —sonreímos.

—Oye, ¿no es ese Iván? —Me giré para mirar hacia donde señalaba. Estábamos en el auto, parados en un semáforo. Él estaba frente a un restaurante, un poco exasperado. No lo veía bien, pero parecía que había una mujer delante de él.

—¿Quién será? —pregunté.

—Quien sea, parece estar poniéndolo muy nervioso... ¿será la misma de la que hablaba el otro día? —Valenestaba emocionada con la idea de una posible cuñada.

—¿Está teniendo una relación secreta? ¿Por qué se escondería? —hablaba más para sí misma—. ¿Te imaginas si se vuelve a casar? ¿Y si tiene un bebé para que sea amigo de nuestra semillita y crezcan juntos? —Ella y sus hormonas...

—Mel... no sueñes tanto. Sabes que Iván tiene sus problemas, que nadie lo ha podido conquistar. Cada uno camufla su dolor como puede... Tú me curaste, pero Iván sigue fingiendo. Me encantaría que encontrara a alguien que lo haga feliz, pero a veces parece estar lejos.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca se sabe... Tú tampoco eras la persona más amable del universo.

Tenía razón. A mí también me parecía algo muy lejano, pero mira hasta dónde hemos llegado. Su barriga tiene un volumen precioso y yo soy el hombre más feliz del mundo. De verdad espero que Iván conozca esta felicidad algún día.

Fuimos a la empresa. La ayudamos a trasladar las cosas de su oficina al nuevo edificio de la sede. Estaba orgulloso de la mujer maravillosa que es e imaginaba la madre increíble que será.

—Realmente es un edificio impresionante... Felicidades, señora Castillo, todo es muy impresionante.

—Ni siquiera has visto la mejor parte. Soy una futura madre y sé que las mujeres tienen pocos privilegios en el mundo de los negocios —me llevó a un piso donde había un espacio "Kids"—. Hice esto pensando en todas las mujeres que se vuelven madres y tienen que elegir entre carrera e hijos.

El piso estaba equipado con juguetes, parque infantil y distracciones para niños de todas las edades, desde bebés hasta adolescentes. Había una sala de cine y una sala de informática.

—Quiero que los niños no solo estén aquí, sino que aprendan tecnología. Ellos son nuestro futuro; cuanto antes aprendan, mejor —la observé; no se cansa de sorprenderme—. Contrataré cuidadores, generará empleos, y los empleados sabrán que sus hijos están bien cuidados... Pensé en mí y en todos aquí.

—¿Te he dicho hoy lo maravillosa que eres? Creo que todas las empresas del mundo deberían implementar algo así.

—Las multinacionales con muchas ramas tendrían un gasto enorme. Tal vez yo no pueda mantenerlo en el futuro, pero pretendo mantener este modelo en esta sede, y si puedo, en las otras cuando las tenga.

—Aún así, es hermoso.

Recordé algo que nunca había compartido con nadie, algo mío, pero que quería compartir con ella.

—Después de ayudarte a organizar esto, ¿podrías acompañarme a algún lado?

—Uhm... depende... ¿recibiré algo a cambio? ¿Quizás un masaje muy relajante después? Pero que sea uno bien dado... —sus ojitos brillaban y me reí.

—Ya eras un pequeño monstruo, y con este embarazo me quieres agotar. Me alegro que tengas tanta energía. —Le di un beso en la frente—. Te prometo el mejor masaje de todos.

Ella aceptó. Era hermoso ver su dedicación en cada detalle del lugar. Dejó mensajes para los empleados, dulces en las mesas, flores esparcidas... No sé cómo lograba pensar en esas cosas que para mí parecían pequeñas, pero que vistas de cerca eran importantes.

Cuando todo estuvo listo, nos fuimos a casa, nos duchamos rápido y nos dirigimos a un lugar que nunca había compartido con nadie. Estoy seguro de que le encantará.

—Tengo mucha curiosidad. ¿No me puedes dar una pista? —hizo esos ojitos de cachorro.

—Si te digo, ya no sería sorpresa. Relájate, disfruta la vista, y ahórrate la ansiedad. No queda lejos, el viaje será corto.

Realmente esperaba que le gustara. Ya ha compartido tanto conmigo, sus alegrías y dolores. No quiero tener más secretos con ella. Quiero que me conozca completamente, sin un solo detalle oculto.

Capítulo 97

Valentina

Ya me moría de curiosidad, pero Damián se empeñaba en mantener el misterio sobre a dónde íbamos.

—Me está dando mucha ansiedad —le dije, mirándolo con sarcasmo —. ¿No crees que me puede hacer daño en este estado?

—¿En serio? ¿Doña "el embarazo no es una enfermedad" diciendo que la curiosidad le hará daño? —rió—. Por favor, sé honesta, estás loca de curiosidad y eso es todo. Ya casi llegamos.

Un poco más adelante, llegamos a la entrada de una finca no muy lejos de la ciudad, pero para alguien curioso como yo, parecía que habíamos tardado una eternidad.

—¿Dónde estamos?

—Mel, bienvenida a mi casa. Bueno, era mi casa donde crecí. Mis padres querían venderla hace unos años, pero me negué a perderla y se la compré sin que ellos supieran —dijo sonriendo—. La casa principal es antigua, pero está rodeada de muchas otras más recientes. Hoy funciona como un centro de entrenamiento y también como hogar para quienes quieren jubilarse sin estar tan lejos. Los mayores tienen experiencia y enseñan a los más jóvenes.

Quedé asombrada. Prácticamente había construido un pueblo dentro de la finca, y aún había obras en proceso. En la parte de atrás, un galpón enorme con gimnasio y ring de boxeo; en otro, un campo de tiro.

—La casa principal sigue intacta, quería mantener viva la memoria. Los que viven aquí la cuidan.

—¿Aquí viven los que trabajan para ti? —pregunté, reconociendo a algunos guardias.

Asintió.

—Es algo hermoso.

—Parece que los dos tenemos claro que el mundo necesita buenas iniciativas —le sonreí. Damián era un hombre admirable, y ese lugar solo me hacía admirarlo aún más—. Ven, te mostraré la casa.

Nos dirigimos a la casa principal. Por el camino, fue saludado con apretones de manos, especialmente por los señores mayores.

La entrada tenía una cerca blanca de piquetes, como en las películas antiguas. Flores en un pequeño jardín. Los muebles eran rústicos, nada lujoso como los que tiene ahora, pero de buen gusto.

Todo parecía intacto. Esperaba suciedad por la tierra, pero ni polvo había.

—Es hermoso... —dije. Todo me recordaba a la familia: fotos de él niño, del ejército, de la universidad, cumpleaños, Navidad... Una familia real y feliz.

Los colores brillantes y la naturaleza daban vida a la casa.

—Compartiste mucho de tu vida conmigo: miedos, dolor, inseguridades. Pensé que te gustaría compartir algo de la mía, algo que nadie sabe. Esto es lo que soy. Sin cámaras, sin flashes. Esto es para la gente que se parece a mí, que enfrenta los mismos fantasmas... La psicóloga de la empresa viene aquí una vez por semana a ver a los jubilados.

—¿Y qué hacen para divertirse?

—Cuidan los jardines y los animales. Hay un salón de juegos enorme —respiró profundo—. Muchos desistieron de tener familia. Sirvieron hasta que no pudieron más. Para ellos fue un gran honor. La familia es una distracción y el ejército no lo fomenta. Por eso la mayoría tenía padres o hermanos con quienes ya no hablaban, y nunca tuvieron esposa ni hijos.

—Es muy triste —susurré—. No puedo imaginar tanta desesperación.

—Lo sé... pero imagina vivir con la muerte como compañera diaria, sabiendo que podrías ser el siguiente. ¿Le causarías ese dolor a alguien que amas? La muerte es constante. Vi cuánto sufría mi madre cuando no sabía de mi padre, y ella sufría cuando no sabía de mí. Por eso muchos terminan solos. Menos mal que a mí no me pasó. Me dieron de baja temprano por todo lo que pasó...

—Sé que fue duro para ti, y que nunca lograste perdonarte. Pero mira lo que hiciste, cuántas vidas salvaste. Tienes que considerar eso, Damián. Debes dejar ir el dolor, perdonarte. No pudiste hacer nada por esos hombres, y aún así arriesgaste tu vida para salvar a dos... —Su mirada profunda se encontró con la mía, y sentí tantas emociones mezcladas.

Estoy tan orgullosa de él. Lo admiro tanto. Ojalá pudiera ver lo que yo veo. Sé que no es fácil; es un camino largo para perdonarse y dejar atrás el dolor, pero ahora me tiene a mí, y haré todo para que tenga éxito.

Las pocas mujeres que vivían allí ayudaban con la limpieza y mantenimiento. Hablé con algunas y lo que escuché me llenó el pecho de alegría.

—Después de que algunos regresan, nunca son los mismos —me dijo una—. Los recuerdos duelen, y hablar no es fácil. Mostrar debilidad es casi un pecado para un soldado —suspiró con tristeza—. No sé qué sería de mi esposo si el señor Castillo no lo hubiera encontrado.

—Aquí están los casos más difíciles. Él siempre busca a los más necesitados, no sé cómo lo hace. Fue un ángel para nosotros —dijo otra con orgullo—. Tu amor le ha hecho mucho bien. Antes parecía tan triste, pasaba horas en el campo de tiro. Todos lo respetábamos, pero sabíamos que necesitaba ayuda. Me alegro que te haya encontrado.

Todo el mundo aquí tiene una buena vida gracias a él. Y él cuida el secreto con mucho cuidado.

—Nunca hubo un rumor sobre esto. A veces, las personas con dinero solo ayudan para mostrarlo al mundo, para salir en la televisión. El señor Castillo mantiene esto en secreto —me dijo un anciano en su mecedora—. ¿Está embarazada, señora? —Asentí—. Que este niño tenga la bondad del padre y la luz de la madre, y que traiga más felicidad a sus vidas.

Agradecí.

Se juntaron para una gran cena. Estaban llenos de alegría, repartiendo tareas, ayudándose como una gran familia.

—Lo que haces por esta gente es admirable. Todos te agradecen, he escuchado muchas cosas buenas —comenté mientras conducíamos a casa.

Él sonrió.

—Busco un poco de redención. Han sido tantas vidas... —sus ojos se oscurecieron—. Sé que nada será suficiente, pero todo lo que pueda hacer...

—Has hecho más que suficiente, Damián. No debes nada, no necesitas redención —le aseguré.

—Tengo una cosa más que mostrarte —entró a un condominio de casas preciosas—. Pensé que un departamento sería demasiado restrictivo para criar a un niño.

Se detuvo frente a una casa maravillosa, una que jamás imaginé pisar.

—¿Qué te parece?

—Es linda —susurré emocionada.

—Bienvenida a nuestro nuevo hogar, amor. Espero que seamos tan felices aquí como en el apartamento —sacó una tarjeta con las contraseñas—. Entremos, quiero que veas si quieres cambiar algo.

No pude contenerme más. Me aferré a él, lo besé, rezando para que sintiera la magnitud de mi amor.

Bajamos del auto, aún con la boca pegada. Él abrió la puerta y entramos.

—Vamos a estrenar esta casa —dije entre besos.

—Aún no tenemos cama...

—No la necesitamos, solo te necesito a ti...

Capítulo 98

Valentina

Mi panza no dejaba de crecer. La semillita ya no era tan pequeña, y para nuestra total sorpresa —o tal vez no— resultó ser una niña hermosa.

—¿Entonces, doctora? ¿Podemos saber el sexo? —Nunca imaginé que estaría en la sala de ultrasonido rodeada de Damián, mi suegra, mi suegro y Iván… todos ansiosos por descubrir si sería princesa o príncipe. Creo que la escena era bastante inusual.

En cuanto el médico nos confirmó que era una niña, la habitación se convirtió en un campo de fútbol en el momento del gol. La celebración fue intensa; parecía que todos gritábamos de alegría.

—Es una niña, mi amor, tan hermosa como su madre —dijo Damián, besándome, mientras sus ojos llorosos humedecían mi rostro—. Gracias por este regalo tan maravilloso, Mel. No hay nada en el mundo que pueda hacerme más feliz que ustedes.

Mi suegra empezó a trazar sus planes para proteger a la niña de los "locos" de la familia.

Iván, en su estilo, decía que le enseñaría a ser una mujer fuerte, que pelearía tan bien como él, y que Damián no tendría que preocuparse por ningún hombre, porque ella sabría defenderse sola.

Mi suegro pasó una mano por mi cabello y la otra por mi vientre, agradeciéndome por darles la mayor alegría de sus vidas.

Aunque el embarazo ya estaba avanzado, seguí trabajando con normalidad. No reduje mi carga laboral como me había pedido Damián; me volvería loca quedándome parada en casa tanto tiempo.

Gabriel vino una vez a verme en la empresa. Pensé en no dejarlo entrar, pero lo hice, en contra de la voluntad de Santiago, quien insistió en quedarse conmigo. Me sorprendió su actitud.

—Gracias por atenderme —dijo con una sonrisa torpe.

—No tengo mucho tiempo, así que vayamos al grano. ¿Qué quieres?

—Entiendo tus razones para actuar así. Fui un idiota... Te ves hermosa; el embarazo te sienta muy bien —noté que tenía los ojos llorosos—. Vine a disculparme por todo. Sé que estás dolida y que me debes odiar, especialmente por lo de la cena. Lo siento, Mel… soy un imbécil, un cobarde —suspiró con esfuerzo, pero su sinceridad era palpable—. Espero que seas muy feliz y que Damián siga siendo el hombre que nunca fui para ti.

—Estás perdonado. No me gusta cargar resentimientos; no me hacen ningún bien. Espero que tú también encuentres la felicidad.

—Hoy me voy del país. Voy a intentar una vida diferente por mi cuenta —me dio una sonrisa sin gracia—. Aquí no hay nada más para mí. No tengo motivos para continuar.

—Buena suerte y buen viaje —me acerqué y vi que Santiago se tensó y quiso intervenir, pero lo calmé. Gabriel me dio un abrazo fuerte, aunque breve.

—Mi padre te dijo que no desaparecieras, que fueras a tomar café con él de vez en cuando. Aún le gustas mucho.

Nos despedimos, poniendo fin a una gran parte de mi pasado.

Daniela, en cambio, estaba muy descontenta con la vida que llevábamos Damián y yo. Nunca imaginé que se atrevería a buscarnos después de todo lo que hizo, pero la descarada tuvo la osadía de buscar a Damián.

Nos amenazó, diciendo que nunca nos dejaría ser felices, que el bebé que esperaba no nacería… Teníamos un recurso que no queríamos usar, pero ante su insistencia y estupidez, recurrimos a él.

Santiago no era un tonto. Sabía que necesitaría pruebas contra ella si algo salía mal, así que reunió todo: grabaciones donde Daniela le pedía que me secuestrara o me matara, y pruebas de que él difundió malas noticias sobre Damián usando su computadora, lo que

molestó al ejército por la invasión y distribución de archivos clasificados.

Juntaron todo y la arrestaron. Enmascaramos la participación de Santiago y todo salió bien para él.

Lo que más me sorprendió fue cuando mi papá apareció en mi oficina… No sabía qué sentiría al verlo de nuevo, pero para mi sorpresa, no sentí nada.

—Valentina...

—Hola, cuánto tiempo... ¿cómo has estado? —Parecía mayor, cansado. Había envejecido meses en lo que parecían años.

—No me puedo quejar. Podría ser peor —no cedía—. Veo que te está yendo muy bien —miró mi vientre—. Ya casi nace, ¿no?

—Sí, estamos en el último trimestre. Mi semillita pronto llegará al mundo —acaricié mi barriga.

—Así que es una niña. Felicidades —era raro hablar con mi padre sin discusiones ni peleas—. Me enteré por los periódicos de tu empresa y el embarazo... Sé que me pediste que me alejara, y pensé en no venir, pero quería hablar contigo —pensé que pediría dinero o ayuda —. ¿Me permitirías intentar ser el padre que te mereces? ¿Participar en la vida de mi nieta? Aunque sea poco, una vez al mes, solo para verlas…

Eso me tomó por sorpresa. Imaginé que algún día vendría a pedirme dinero, acciones, algo, pero nunca a participar en mi vida.

Quedé tan estática que no supe qué decir; mantuve la boca abierta sin emitir sonido.

—No tienes que contestar ahora. Si no quieres, vuelvo el mes que viene y me dices —nunca lo había visto tan emocionado, y en ese momento derramó una lágrima—. Soy viejo y puedo irme de este mundo en cualquier momento. No quiero irme sin redimirme contigo. Cometí muchos errores, algunos irreparables... Tu madre no merecía cómo la traté, ni tú tampoco... Sé que quizá no quieras

perdonarme, pero estoy dispuesto a pedir perdón tantas veces como sea necesario.

—Yo... no sé qué decir. Son tantos años soñando con algo así. En esa época, ustedes eran las únicas personas que tenía. Solo quería cariño... Ahora soy amada, soy el mundo entero para alguien. No necesito migajas de un sentimiento; lo tengo completo... Me cuesta creer en tu sinceridad.

—Lo entiendo, pero si solo puedo verte, aunque sea una vez al mes, para mí sería suficiente —me dedicó una débil sonrisa—. No quiero exigirte nada. Sé que no lo merezco y respetaré tu decisión. Solo quería intentarlo... Quiero tu perdón.

Sentí que podía estar siendo tonta, pero le pregunté cómo estaba y cómo sobrevivían.

Me dijo que trabajaba en una empresa. Su experiencia le ayudaba, pero era solo asistente de abogado.

Mi padre tiene título y experiencia, pero solo ayuda con causas pequeñas.

Mi hermana trabajaba en una tienda por departamentos, algo que debía ser una tortura para ella. La "querida mamá" nunca trató bien a nadie; me pregunto cómo logró entrar ahí con ese carácter.

Tuvieron que despedir a las dos empleadas domésticas, así que "la mamá" estaba haciendo todo el trabajo de la casa, algo que jamás hizo antes. Me gustaría haber visto esa escena; ella siempre me ponía a hacer todo, decía que tenía que ser útil, servir para algo... Espero que ahora pueda ser útil.

Hablé un rato con mi padre. No sentí pena ni nada. Sabía que podía estar equivocada, pero le di la oportunidad de verme más a menudo, con la condición de que mis hermanas no supieran y siguieran lejos de mí.

Damián me apoyó, sea cual sea mi decisión, pero advirtió que si alguien me hacía daño, tendría que enfrentar las consecuencias.

No confío en mi papá, pero le di el beneficio de la duda. Seguirá en la cuerda floja hasta que me demuestre lo contrario.

Tengo mi familia, no necesito a nadie más, pero sentí que esta vez fue honesto y no quiero guardar ese rencor para siempre. Le di una oportunidad, sin expectativas. Si realmente quiere, tendrá que ganarse un espacio y no será fácil.

Capítulo final

Hoy es Navidad. Nuestra primera cena en casa. La mesa está casi lista, el horno huele a gloria y, por primera vez en mucho tiempo, todos estamos juntos. Incluso mi padre dijo que vendría, aunque solo fuera para desearnos felices fiestas.

Le dejé claro que no quería ver a esas dos. Él lo entendió: vendría solo, sería una visita breve. La verdad, si quisiera quedarse, no me molestaría... pero todo tiene sus límites.

—¿Iván? ¿Por qué frunces el ceño en plena Navidad? ¿Es por alguna mujer? ¿Eh?

Me miró como si estuviera perdiendo la cabeza.

—¿Por qué te importa tanto si encuentro a alguien? ¿Estás intentando deshacerte de mí, cuñada? —me señaló, dramático—. ¡Nunca te dejaré sola! ¡Aguántame!

Solté una carcajada. Él también.

—Ve por los vinos a la bodega de una vez —le dije, señalando con la cabeza. Mi semillita podría haber nacido ya, y yo soñando con una copa... Pero aún nos queda un mes.

Damián apareció en la cocina.

—Ni se te ocurra pensar en vino —me dijo, besándome con una sonrisa—. Te toca jugo natural. ¿Dónde está la tabla de quesos?

Se la mostré y le pedí que la colocara en el aparador. Iván también iba y venía con lo que había preparado. Ninguno me dejaba levantar ni una cuchara.

—Cariño, ¿dónde están los cubiertos? —Damián buscaba entre los cajones.

Nos perdíamos un poco todavía en esta casa. Él la había remodelado entera para que fuera más "como yo", según decía. Tonos claros,

vivos, nada de oscuridad. La habitación tenía una pared amarilla, por mis girasoles favoritos. Siempre los había por toda la casa.

—Mel, tu padre llegó. Dice que no puede quedarse mucho. ¿Quieres venir? —dijo mi suegro, asomando por la puerta.

—¡Dile que pase!

Nos veíamos siempre fuera, en la empresa o algún restaurante. Había cumplido con su parte del trato: ni mi madre ni mi hermana sabían de nuestro acercamiento. Cada vez que venía, traía girasoles.

—Eran las favoritas de tu madre —me dijo una vez—. Fuerte, imponente... como tú.

—Buenas noches —saludó con un ramo en la mano. Sonreí automáticamente.

—Pásame el jarrón. Puedes sentarte, te lo llevo a la mesa. ¿Cómo estás?

Damián entró, revisando el pavo y las salsas.

—Hmm, todo huele increíble. ¿No puedes quedarte un poco más? —le dijo a mi padre, con esa amabilidad desarmante suya.

Mi padre me miró, temiendo una negativa.

—Claro que puede quedarse. Hice comida como para un batallón.

Santiago llegó con su sobrino, su cuñada y una pila de regalos. Besé la coronilla de Pedrito y saludé a su madre.

—Bienvenidos. —Miré a Santiago de arriba abajo—. ¿De verdad vienes vestido como si fueras al trabajo? ¡Te invité a cenar!

Todos rieron.

Observé esa escena… y no pude evitar emocionarme. Si me hubieran mostrado esta imagen años atrás, nunca la habría creído. Pero ahí estaba. Mi familia. Mi nueva familia. Mi hogar.

—Incluso un ciego puede ver lo que estás pensando —susurró Damián, abrazándome por detrás—. Nuestra hermosa familia… hasta

tu padre está aquí. Me alegro de que le dieras una oportunidad. Todos cometemos errores… aunque algunos sean más graves que otros. Tú mereces todo el amor del mundo, Mel.

Ya casi era medianoche. Risas, bromas, el pequeño Benjamín frotándome la barriga sin parar.

Pero entonces… algo cambió.

Una presión en el vientre. Un dolor que se repetía.

—¿Estás bien, mi amor?

—Debe ser el cansancio... —mentí. Pero no podía ocultarlo mucho más.

Y entonces, el primer gran dolor.

—Mel… ¿qué pasa? —preguntó Damián, alarmado.

—Creo que es hora… —susurré, con los ojos muy abiertos.

Todo fue caos: Damián caminando en círculos, buscando las maletas; mi suegra llorando; mi padre en shock; Iván gritando que no podía ser tan pronto.

—¡Por favor! ¡Contrólense! —espeté, justo antes de romper fuente.

Las contracciones vinieron con fuerza, cada una más intensa. Apretaba el brazo de Damián hasta casi romperle la piel.

Nos lanzamos al hospital. Los médicos ya estaban avisados. Al llegar, la familia quería entrar también.

—Solo el padre puede acompañarla —ordenó el personal.

Damián me tomó de la mano.

—Todo va a salir bien, amor. Aguanta.

Con contracciones y sin dilatación, no hubo opción: cesárea.

No era lo que había soñado, pero haría cualquier cosa por traerla al mundo sana.

Tenía miedo. Mucho miedo. Me sentía sola en la sala mientras me preparaban… hasta que él regresó.

—Estoy aquí. Te amo —me repetía como un mantra, más para tranquilizarse que a mí.

—¿Papá, quiere ver nacer a su hija? Por aquí, por favor.

Damián me miró con lágrimas en los ojos. Asentí. No podía hablar.

Y entonces… lo escuché.

El llanto más hermoso del mundo.

Nuestra hija había nacido.

La vi de lejos: la limpiaban, la pesaban, la envolvían en una manta. Mi cabeza estaba nublada, pero no podía apartar los ojos.

Damián volvió, rojo de emoción, llorando como un niño.

—Es perfecta. Hermosa… como tú.

El doctor se acercó con ella en brazos.

—Vamos a conocer a mami, mi amor. Ha estado esperándote mucho.

La colocaron en mis brazos. Y algo dentro de mí se rompió… o tal vez se reparó.

El amor me ahogaba.

—Parece una muñeca… una princesa… —murmuré. Mi voz era apenas un susurro. Pero mi corazón gritaba.

Todo valió la pena.

Cada caída. Cada herida. Cada lágrima.

Porque ahora... **mi semilla floreció.**

Y sé que esto no es el final.

Es apenas… el comienzo.